CROSS

María José Márquez

CROSS

M.J Márquez

Copyright © 2019 M.J Márquez
Todos los derechos reservados.

CAPITULO 1

El corazón latiendo con fuerza. La mente fría y en blanco. El pulso firme.

Así debía ser y así era.

Aunque me costó horrores entender mi vida, entender la situación en la que me encontraba, ahora era seguro, listo, sabía moverme con agilidad, pensar en todo. Mis oídos se habían agudizado para estas situaciones. Mi vista, siempre en el mismo punto. Tenemos que ser rápidos y silenciosos. El mínimo error mandaría todo a la mierda, aparte de mandarnos a prisión. Y si ya pensábamos en lo peor, tal vez muertos. Todos. Nosotros y La Colmena.

- Cross. Listo.

- Bien. ¡¡Vámonos!!

Esa noche nos tocaba robar en uno de los grandes almacenes de la ciudad. Comida, ropa, lo necesario para la higiene, etc. Así era nuestro día a día. Así era nuestra vida.

La Colmena. Una nave abandona a las afueras de la ciudad de la que El Cabeza se hizo para poder vivir, o por lo menos sobrevivir. Nosotros, los abandonados, exiliados, pobres, huérfanos, vagabundos... éramos muchos, bastantes familias y gente sin ella que acabamos allí, o bien por nuestro propio pie, o bien porque alguien de dentro nos encontraba y nos prestaban su ayuda. Nosotros formábamos La Colmena, nuestra comunidad. Sin casa, sin comida, sin dinero, sin ropas, sin trabajo... nadie allí tenía nada. Ancianos en sus

últimos días, bebés recién nacidos que no tenían nada que llevarse a la boca, mujeres y hombres maltratados que viven con el miedo en el cuerpo de que sus parejas terminaran con sus vidas, niños que no alcanzaban los quince años sin padres, o simplemente abandonados por hijos de puta que no sabían qué hacer con ellos. Así salíamos adelante. Robando por donde podemos. Trapicheando con drogas y armas y, por eso, nos habíamos ganado fama y enemigos en la ciudad. Perseguidos por la policía, por mafias a las que les jodemos el negocio de la droga. Teníamos al mundo en contra, pero no importaba. Nos teníamos a nosotros, protegiéndonos unos a otros. Dándonos un hogar, un apoyo. Éramos una gran familia.

El Cabeza, el jefe, un hombre del que nadie sabía mucho. Era reservado, en realidad nadie sabía por qué estaba aquí, porque hacia esto por todos nosotros. Nadie le preguntó nunca, y en realidad, a nadie le importaba el por qué. Solo importaba que él era el jefe, el que nos había ayudado, el que nos había dado un lugar, una oportunidad de seguir en esta mierda de vida y con eso se había ganado el respeto de todos. Un hombre alto, fuerte, entrando en los cincuenta. No sabría decir si casado, con familia o no. Nadie sabía si tenía una vida fuera de aquí. Él me había sacado de la calle.

Yo, Axel Diyit, Cross para los de La Colmena. Nadie sabía mi nombre real a excepción de dos personas. Una era el jefe y la otra, la única persona que se había ganado mi confianza, Erik. ¿Por qué? Sencillo. Me buscaban para matarme. Era una manera de que nadie llegara a mí por mi nombre. Tuve que cambiar de aspecto. Yo era un niño dulce, familiar, cariñoso. Tenía el pelo largo y rubio. Pero cuando entre aquí, El Cabeza me hizo cambiar de imagen, como pasaba con la mayoría de los recién llegados. Ahora soy moreno, tengo el pelo corto y nada queda de aquel inocente niño. La gente me tiene respeto, algunos me temen y soy el que más sabe de aquí, después del Cabeza, por supuesto. Soy su mano derecha. Cuando él no está, el que manda soy yo. Y aunque no me gusta hacerlo, debo fingir para que esto no se vuelva un caos. Más de quince años perteneciendo a La Colmena. Llegué con doce y ahora tengo veintisiete.

Esta es mi vida y me la juego por ellos.

CAPITULO 2

Salimos de allí echando leches. La alarma había saltado, por suerte ya teníamos la furgoneta cargada y los tres estábamos montados ya. Erik arrancó y salimos rumbo a nuestro destino. La Colmena. Me quite la capucha y me baje la braga que cubría mi rostro, una vez más salimos airosos. Comida, ropa, jabón de todas las clases, bebidas, utensilios de cocina, algunas sábanas y no lo sé. Cogimos todo lo que pudimos. Estos golpes los hacíamos una vez a la semana, con suerte cargamos lo suficiente como para no tener que liar muchos estropicios por la ciudad.

- Buen trabajo. - dijo Andi.

- Como siempre. - le conteste. Erik sonrió de medio lado al notar mi tono de voz, de burla.

Erik y yo siempre trabajamos juntos. Andi por el contrario se dedicaba al trapicheo con las drogas, pero no sé por qué, hoy el jefe había decidido que me lo llevara.

- Bien, sabéis lo que toca ahora. En cuenta descarguemos, os lleváis la furgoneta y la hacéis desaparecer. - dije encendiéndome un cigarro.

- Sí, jefe.

- ¿Como lo hacéis? - Andi apenas llevaba tres meses aquí, de nuestra parte de trabajo no sabía nada. Tuve que explicarle paso a paso nuestra manera de entrar y dar el golpe y, aun así, le tuve que gritar un par de veces. Le pediría al jefe que nunca más lo mandara con nosotros, no valía para esto.

- Fuego, Andi. Gasolina, mechero y... ¡Pum! Adiós furgoneta.

Me reí al ver cómo se abrían sus ojos, esa parte la iba a disfrutar, podía verlo. Seguimos el camino hacia nuestra comunidad. Allí nos esperaban los vigilantes para abrirnos las puertas y los chicos jóvenes para descargar lo más rápido posible. Una vez descargado la furgoneta, Erik y Andi se irían, uno con la furgoneta y el otro con su moto para volver. Eso era el pan de cada día.

Todo fue sobre ruedas. Ya teníamos todo descargado y los chicos se habían ido para hacer volar por los aires la furgoneta. No era nuestra, por supuesto. Los coches que usábamos para robar eran robados.

Me senté en el pequeño escritorio de la oficina improvisada, una caja de metal, la caja de un tráiler. No era gran cosa, pero conseguimos hacer una ventana en la parte trasera para así hacerla más... "acogedora". Con lápiz y la carpeta en la mano, realice una lista de lo que habíamos conseguido. A las siete de la mañana, como cada día, vendría el jefe y entre él y yo haríamos el reparto por igual para cada familia, dando prioridad a los bebés y personas enfermas.

- ¿Se puede? - me giré para ver quién era, como no, Gustav. Siempre que terminaba su turno de vigilancia venía a charlar un rato.

Gustav era menor que yo, me recordaba mucho a mí, antes. Era risueño y encantador. Muy cariñoso. Al pobre le metieron un disparo en la pierna y lo dejaron cojo de por vida. Aquí no servía para mucho, así que él era de los encargados en hacer la vigilancia. La vigilancia consiste en pasar horas aburrido, con prismáticos en la mano y mirando a todos los lados y ninguno. Tenían que vigilar que no se acercara nadie a la comunidad, a la mínima sospecha de un vehículo acercándose y que no fuera nuestro, tenían que dar la alerta.

- Claro, pasa. Siéntate. - le dije señalando con el lápiz a la silla del escritorio.

- ¿Quieres que prepare un café?

- No estaría mal. Déjame que termine con esto.

Seguí haciendo recuento mientras Gustav preparaba café para los dos. Habíamos conseguido bastante comida, no fue difícil, las estanterías con comida enlatada estaban las más cercanas a la puerta así que, fue lo que más nos dio tiempo a cargar.

Cuando termine me quite el odioso chaleco y el jersey negro de manga larga con capucha, quedándome con una camiseta de tirantes negra. Mi ropa era toda negra, aparte de que me gustaba ese color, era el que tenía que usar para robar. Me dejé caer en otra silla y peiné mi pelo con los dedos hacia atrás, me molestaba los pequeños mechones que caían sobre mi frente.

- ¿Cómo ha ido la noche?

- Tranquila. - dijo encogiéndose de hombros. - Ni un triste perro. ¿Y vosotros?

- Hum. - deje la taza de café sobre la mesa. - Tengo que hablar con el jefe. Hoy nos mandó con Andi, es un puto grano en el culo.

- Es bueno con las drogas, pero no sirve para nada más.

- En fin. - mire el reloj, apenas tenía tres horas para dormir. - Gracias por el café Gustav, pero si quiero dormir algo...

- Si. Vámonos. A veces me olvido de que tu apenas descansas.

- Exacto. - le dije alborotando su corto pelo.

- Descansa.

Me quedé echando un último vistazo a toda la mercancía, cogí la hoja donde todo estaba apuntado y la metí en mi bolsillo. Apagué las luces, salí y cerré con llave. Aquí solo podíamos entrar el jefe y yo, aunque en la comunidad había varias normas, era mejor no fiarse de nadie, por eso solo había dos llaves. En nuestra comunidad tenemos leyes, leyes que si te saltas vas derecho a la calle, y si es muy grave, lo más seguro es que acabes con una bala en la cabeza. El que entraba aquí, difícilmente salía. Éramos muchos los

que nos escondíamos aquí escapando de la muerte, como mi caso, así que no podíamos dejar salir a nadie que nos delatara.

- ¡¡ Axel!! - Erik grito corriendo hacia mí.

- ¡¡Que no me llames por mi nombre, gilipollas!! - estaba harto de decirlo y cada día me arrepentía de haberle dicho como me llamaba.

- Lo siento. Cross.

- Imbécil. - pase de él y seguí caminando, quería tirarme sobre mi cama de una puta vez. - ¿La furgoneta?

- Cenizas.

- Bien. Pues vete a descansar, solo tenemos tres horas para dormir.

Seguía mis pasos en silencio. Sabía lo que quería, pero hoy no me apetecía, estaba cansado. Llevo un par días sin apenas dormir y ahora mismo, esas tres horas eran sagradas como para perderlas follando. Llegue a la puerta de mi casa, bueno, casa, no. Eran cuatro chapas y cuatro maderas, como todas las de aquí. Cada familia había construido su propio hogar como podía con lo que encontrábamos por los alrededores. La verdad no hacía falta mucho ya que estábamos dentro de la gran nave, pero si querías intimidad, tienes que construirte algo. La mía tenía poco, había una cocina y baño común en la nave, así que para mí solo, con prepararme una cama para descansar me sobraba. Y era lo único que tenía, junto con un pequeño mueble donde guardo mi ropa y una pequeña televisión sobre él. Mi última adquisición era una cama de matrimonio, me la compre hace como dos semanas. Si, comprada, no pensaba dormir sobre un colchón encontrado en un basurero. Mi ropa tampoco era robada, solía irme a la ciudad de al lado, apenas a 25 kilómetros a comprar mis cosas, prefería que los demás se quedaran con lo que conseguimos, yo cobraba mas así que, no me parecía justo quedarme con parte de nada de eso siendo que yo podía darme el lujo de comprarlo, mientras muchas familias no.

Abrí la puerta cerrada con llave, era de los pocas "casas" que tenían puerta y además cerradura, giré para mirar a Erik. Levante las cejas esperando a que

hablara.

- Joder, me lo prometiste. - rodé los ojos.

- Lo sé, coño, pero tío, estoy cansado no tengo ganas de follar ahora mismo, Erik.
- Andi me ha dado polvitos mágicos, mira. - saco una papelina frente a mis ojos, tentadora... pero no. - Vamos, ¿qué me dices?

- Paso. Mira Erik, no seas pesado. Después.

- ¿Después cuando?

- Cuando hagamos el reparto. ¿Ya? Vete antes de que te patee el culo.

Y se fue tan contento. Negué con la cabeza, algún día le mandaría a la mierda de verdad. Me tenía harto. Todo el mundo aquí me tenía harto. Entre y volví a cerrar la puerta. Me dejé caer sobre la cama, puse la alarma en mi móvil y en cuestión de segundos me dormí.

No es que no aguantase a Erik, pero coño, no le prometas nunca un polvo, si no te lo pedirá hasta aburrirse. Entre nosotros no hay nada, pero, bueno, follamos. No hay otra cosa que hacer aquí para matar el tiempo. Beber, drogarse, follar... Ese es nuestro pasatiempo. No hago ascos a nada, me da igual tía o tío, con tal de que no tengan ninguna enfermedad rara y me alivien, me sobra. Aunque la verdad es que no me he tirado a muchos aquí. Tíos, Erik y Gustav. A Erik le doy, Gustav... bueno, con Gustav me doy solo porque el pobre no puede, y no es gay, así que a él eso de que le den no le mola y, a decir verdad, me lo paso bien con él. Cómo está cojo no hay mucha acción, pero lo hago al ritmo que me gusta. Él se sienta y yo me pongo sobre él, si me apetece que la cosa vaya lenta, pues voy lento, si quiero acción, con saltar sobre él la tengo, no se queja así que me gusta jugar con él. De momento con ellos dos tengo el cupo completo. Por delante y por detrás. No me hace falta nadie más. Aunque bueno... Sigo intentándolo con Sheila. Algún día caerá.

Sexo, puro sexo y nada más que sexo. No sé lo que es el amor ni creo descubrirlo aquí. Y creo que nadie lo sabe, las parejas y matrimonios que hay,

vienen de antes, aquí no ha surgido ninguna relación estable nunca. Cada quien folla y pasa el tiempo con quien le apetece. Yo suelo jugar a dos bandas, pero ellos solo juegan conmigo y eso me gusta más, ¿por qué? Sencillo. No hay miedo a enfermedades. Aunque con Erik siempre uso condón. A Gustav le dejó hacerlo sin nada, creo que es el único de aquí que se limpia las manos antes de mear y después, y creo, si no me equivoco, que se ducha dos veces al día. Bastante limpio el chico. Sin contarme a mí.

Yo, bueno, a decir verdad, soy demasiado, como diría, no lo sé. Limpio, higiénico, rarito, presumido, pijo... Al menos esas palabras han salido cuando se han referido a mí. Me ducho todas las mañanas y me gusta maquillarme los ojos, me hace ver más duro, aunque en cierta manera me sirve para ocultarme un poco. Uso bastantes cadenas, collares, pulseras. Si, soy rarito de cojones. O este sitio me volvió rarito. Ni lo sé. Tampoco es que me importe.

Si estoy aquí, supongo que es por esta gente, porque soy bueno en lo que hago y porque gracias a eso siguen aquí. Yo no tengo nada en la vida por lo que luchar.

La alarma del móvil me despertó. Las siete menos cuarto. Me levanté de la cama, con lo a gusto que me quedaría durmiendo unas ocho horas más, o quizás todo el día. Me miro en el trozo de espejo que tengo colgando de la pared y salgo de allí.

Algunos ya están agolpados a la espera de recibir su parte. Normalmente solo vienen los hombres de cada familia, claro, también las mujeres que están solas. Yo me hago cargo de quedarme la parte de los niños que no tienen a nadie. Estos están aparte, el jefe consiguió una pequeña casa de madera, de esas que la gente con dinero cambia de lugar como si de una casa de muñecos se tratase, y la trajo aquí para ellos. Está llena de literas y al menos ahí, tienen comodidad. Así que yo recojo su parte de comida, las raciones, y a sus horas voy a dárselas, a veces me ayuda Sheila, ella es la que la cocina, otras voy solo.

- Buenos días Cross. - saludan a mi paso. Algunos me dan la mano y otros

me palmean la espalda. La rutina de cada día. Normalmente no abro la boca, suelo saludar con un movimiento de ceja.

- Buenos días, Cabeza. - cierro la puerta tras de mí y me siento frente a él.

- Hola, Axel. ¿Como fue la noche? - ni siquiera me mira, está con unos papeles y supongo que ni me escuchara.

- Bien. Durmiendo toda la noche, un par de rayas y alcohol, ya sabes. Me tire a tu hermana y bueno...

- Siempre haces bien tu trabajo. - como suponía, ni me prestó atención. Ahora sí, levanta la vista y frunce el ceño al darse cuenta de lo que dije y de que estaba jugando con él. - Lo siento. Estoy con algo... importante.

- Tranquilo. La cosa fue bien. Ten. - le digo sacando la lista de mi bolsillo y dejándola frente a él. - Solo, no me vuelvas a mandar al maricón de Andi. No vale, Cabeza. Estuve a punto de dejarlo allí.

- Seguirá con las drogas entonces. Sí no vale, no vale. De todas maneras, es lo mejor, así el nuevo irá contigo. A tu lado estará más seguro.

Sus palabras me extrañan. Nunca viene alguien nuevo sabiendo con antelación. Simplemente se presentan aquí o los trae. Pero nunca me avisa. Y menos busca la seguridad de ellos.

- ¿De quién se trata si puede saberse? Debe ser algún pez gordo para que te preocupes por él.

- Nada serio. Un chaval como otro cualquiera.

- Hum... - no me lo trago. Pero si le pregunto solo lo molestare así que prefiero callar.

Coge mi lista y hace cuentas. Divide lo que hay entre las familias. El jefe siempre controla el número de gente, de familias, de bebés y de enfermos. Es bastante rápido sacando el reparto, así que no le llevó más de cinco minutos.

- Bien. Ahí tienes. Ya sabes, repartes y avisas que a las doce aquí. Veremos de donde podemos sacar dinero y cómo va el tema de las drogas. ¿Bien?

- Entendido.

- Bien. Por cierto. Me han informado que en el Área 4, junto a la autovía, están haciendo una obra y los camiones llegan mañana. Los quiero.

- ¿Obras? ¿Para qué queremos cosas de... construcción?

- Había pensado que podíamos tirar la nave. Cada familia podría construirse su casa y de una vez vivir como dios manda. Tenemos terreno de sobras. Con la carga que llevan esos camiones, tendríamos suficiente para todos.

- Si, es buena idea, pero, ¿no crees que será un caos? Quiero decir, hacer cemento, tierra, ladrillos... - empezó a reírse. Me callé porque no encontré la gracia.

- Axel, pensaba que eras más listo. Los camiones llevan planchas de madera, hoy en día apenas se usa el ladrillo.

- Oh, perdone usted. Hace años que no veo una obra, por si no lo recuerda. – rodé los ojos.

- Cierto. Discúlpame. Son planchas de madera tratada, impermeable, resiste a las lluvias. Baldosas. Pilares de madera. En dos días se monta una casa fácilmente entre tres o cuatro personas. - sonreí de lado. Se escuchaba bien. Bastante bien. - También llevan ventanas y puertas. Creo que les hará mucha ilusión saber esto, pero no digas nada, todavía no.

- Entendido.

- Bien. ¿Algo que deba saber?

- Am... ¿que necesito condones? - dije a modo de broma. No había nada

para contarle, la cosa estaba en calma. Se rio de medio lado levantándose de la mesa con la carpeta debajo del brazo, cualquiera que lo viera diría que es un hombre de negocios respetable. Bueno, es que lo era, qué coño.

Me puse en pie para salir tras él, pero volvió a hablar.

- Cross. Úsalos con moderación. - me guiño el ojo y del bolsillo de la chaqueta me tiro una caja. Se fue de allí riendo. Mire la caja entre mis manos, condones con sabor a melón. ¡¡Vamos, no me jodas!!

- Cabrón. - El tío se había quedado conmigo. Negué y me los guarde, ya que los había dado, les daría uso.

Me asomé por la puerta y llamé a mis dos de confianza. Entraron y entre los tres, siguiendo la lista del jefe, fuimos repartiendo todo.

- Hola, bonito.

- Buenos días, Sheila. ¿Cómo estás hoy de ánimos? - me apoyé en el marco de la puerta mirándola de arriba abajo. No estaba nada mal, la verdad. Un poco más bajita que yo, delgada, un buen par de tetas y culo bonito.

- Hum... Creo que, para ti, no estoy disponible... por el momento.

- Que pena. Cuando quieras tener sexo del bueno, sabes dónde encontrarme.

- Lo sé. Anda, dame lo mío. Esta noche haremos una pequeña fiesta. Pasaros los tres.

- ¡¡Ahí estaremos!! - dijo Erik. Este no le decía que no a una de esas fiestas, ni aunque no pudiera moverse.

Le dimos su parte de comida más todas las bebidas de alcohol. El alcohol siempre iba para el Dunque, un intento de bar que teníamos aquí, Sheila era la que se encargaba de él. Ya tenía un bar fuera, en su vida normal, así que el jefe la colocó ahí. Hacía buen trabajo controlando a los borrachos y se sacaba algo

más de dinero para ella.

Sheila estaba aquí por venganza se podría decir. Esperaba el día que tuviera frente a frente al cabrón que mató a su pequeña. Tenía una hija de apenas dos años que se la arrebataron un día cuando entraron a robar a su bar. El Cabeza sabe quién fue el responsable, esa noche él estaba allí, y así es como Sheila terminó aquí. Pasó una mala, malísima temporada en la que no paraba de llorar la muerte de su hija, pero un día se levantó, renovada y con todas sus fuerzas, dijo que no lloraría más, pero que se iba a cobrar la muerte de su hija con sus propias manos. Y me lo creo. De seguro llega ese día y lo veré con mis propios ojos y, además, lo disfrutare, porque lo merece, ese hijo de puta merece la muerte. El Cabeza le prometió que ese día llegaría, que se lo traería y ella podría matarlo.

Metí las cosas de Gustav en un par de bolsas para que le fuera más cómodo llevarlo y se fue con ellas. Antes de irse le volví a llamar.

- ¿A qué hora empieza tu turno hoy?

- A las diez de la noche. - dijo con una sonrisa tímida.

- Bien. A las nueve paso.

- Ahí estaré.

Gustav, Erik y yo, éramos los únicos tres que vivíamos solos aquí. No teníamos familia ni nadie viviendo con nosotros.

- ¿Una de tus visitas especiales? - me pregunto Erik ayudándome a cargar las cosas de los críos para llevarlas a mi casa.

- Algo así. - sí, tanto Gustav como Erik sabían que me acostaba con él otro. Ninguno tenía problema, y esperaba que fuera así de verdad, porque si no terminaría con las sesiones de polvos con el que fuera.

- Bien, ¿y lo mío? ¿Para cuándo? - cerré los ojos, cansado de su insistencia. - Vamos, joder, tengo ganas de que me revientes. Van tres días, Axel, ¡tres!

- Lo sé, joder. Vamos, dilo. Nunca pasan de dos.

- Pues si lo sabes, no lo voy a repetir.... Van tres. - pero lo repitió.

- O te callas o te juro que lo único que va a entrar por tu culo es el palo de la escoba. - se quedó callado y cargó las bolsas. - Así me gusta.

Ambos carguemos todo hasta mi casa. Todavía no había mucha gente despierta, el movimiento aquí empezaba sobre las diez de la mañana y apenas eran casi las ocho. Los niños, tendría que ir a verlos a las once, siempre les dejaba dormir hasta esa hora. Así que me daba tiempo.

- Déjalas por ahí.

Dejamos las bolsas y me dejé caer en la cama. Erik se quedó de pie mirándome sin decir nada. Lo de la escoba lo había acojonado, lo peor es que sería capaz de hacerlo y él lo sabía.

- Tengo algo nuevo. ¿Te gusta el melón?

- ¿Melón? ¿Para qué quieres saber si me gusta el melón? ¿Me estás tomando el pelo? No me jodas, Cross. - solo cuando estaba enfadado me llamaba así.

- Anda, ven. - palmeé la cama y me hice a un lado. - La pregunta es fácil, si responder bien, hay premio, si no... pues no hay premio.

- Eres un hijo de puta.
- Si, pero te encanta que este hijo de puta te dé por el culo. Vamos, que no tengo todo el día. ¿Te gusta o no?

- Si, pesado.

- ¡¡Premio!! - metí la mano en mi bolsillo y saqué la caja de condones tirándosela en el pecho.

- ¿Esto que coño es? ¿Ahora te van estas mariconadas? - cruce los brazos debajo de mi cabeza, cerrando los ojos y acomodándome.

- Puede ser. Ya sabes lo que hacer.

CAPITULO 3

Estaba tumbado en la cama, como Dios. Mis pantalones y mis calzoncillos por las rodillas, y entre mis piernas, Erik a cuatro patas chupándomela.

Si fuera el de antes, probablemente me gritaría a mí mismo “puta maricona”, pero ahora me la suda. Viviendo aquí no tengo otro entretenimiento. Además, mucho mejor una mamada que una “manuela”. Y ya si nos ponemos, mejor meterla en caliente.

- ¡¡Coño, los dientes!!

- Hum...- supongo que eso era un "lo siento".

Estaba con los ojos cerrados y las manos detrás de mi cabeza. Disfrutando del momento. Erik no es que la chupara de maravilla y encima con condón, tampoco es lo mismo. Pero bueno, hacia lo que podía y yo lo disfrutaba.

- Oh, joder. - su mano subiendo y bajando y su lengua me estaban llevando directo a una corrida rápida. - Para. Para, coño.

- ¿Qué pasa? - se limpió la boca restregando su mano.

Me puse de rodillas, era hora de meterla en caliente. Si seguía chupándomela de esa manera iba a correrme sin disfrutar casi nada.

- A cuatro, va. No tengo todo el día, joder.

Rápidamente se puso de espaldas a mí, bajándose los pantalones de igual manera, hasta las rodillas. Se puso a cuatro y me dejo su blanco culo todo para mí. Le di un par de cachetadas, hacía poco había descubierto que ese rollo le

molaba, por eso en cierta manera era tan cabrón con él, le ponía, le ponía y mucho.

Yo tenía mis propias reglas en cuanto al sexo. Yo nunca chupaba, nada, y cuando digo nada es nada, mi boca la mantenía lejos de cualquier parte del cuerpo del otro. Lo único que me permitía era masturbar, claro, de esa manera se relajaba y podía ser más bruto. Después del sexo nadie se quedaba en mi cama. Y, sobre todo, nunca besaba. Besar por placer me parece ridículo. Si follo, follo, no tengo la necesidad de comerme las babas de nadie. Besos... eso era para los cuentos de hadas, de príncipes y princesas, para niños de quince, para estúpidos enamorados, no para mí. Nunca, jamás he besado a nadie.

Le cogí del culo con firmeza, no hacía falta preparar a Erik porque siempre, mientras me la chupaba, él mismo se ocupaba de eso con la otra mano. Así que la cosa era rápida. Solo entré en él y empecé a follármelo con fuerzas.

- Ah. Oh. Joder... - le daba fuerte, pero el cabrón nunca tenía suficiente. - Mas... ah... más fuerte.

- Si sigo... dándote así... algún día la... sacaré por tu boca.

- No me... importa... Hummm ... ¡Joder! - golpeaba la cama con los puños con fuerza.

No he visto a nadie más puta que Erik. Una buena polla y una gran follada y era el tío más feliz que pisaba la tierra.

Me agarré de sus caderas con fuerza, clavándole los dedos para poder follarlo más duro y rápido. Casi estaba llegando. Erik se masturbaba él solo con saña, con rabia, sabía que la cosa iba rápida así que, si no se conseguía correr antes que yo o al mismo tiempo, ahí se quedaba.

- ¡¡Vamos, joder!! - se animaba a él mismo.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, ya podía sentir que me iba. Ese hormigueo y mi estómago contrayéndose. Le di un poco más fuerte, más

adentro, todo lo que podía.

- Ohh... dios... - Erik se corrió y gracias a la presión de su jodido culo, me hizo correrme a mí.

- Joder... tan estrecho como siempre. - dije entre jadeos.

Si, me gusta su estrechez y cuando se tensa por culpa del orgasmo, es la puta locura para mis sentidos. Me dejé caer de espaldas y me quite el condón, haciendo un nudo y tirándolo al cubo de la basura que tenía ahí al lado. Erik se quedó boca abajo recuperando la respiración.

- Ya sabes donde tienes las toallas, así que limpia tu mierda. - se había corrido sobre las sábanas, y estaba claro que yo no pensaba limpiar eso.

- Déjame recuperar la respiración al menos, ¿no?

- ¿Tú sabes quién es el nuevo? - le pregunté de repente, acordándome de las palabras del jefe.

- Nuevo, ¿qué nuevo? Nunca sabemos cuándo viene alguien. ¿Es que viene alguien o qué?

- Eso parece. Vamos, pírate y déjame dormir.

Se levantó de la cama, abrió uno de los cajones del mueble y sacó las toallas para limpiar la cama.

- Ni se te ocurra. - el muy cerdo iba a guardarlas de nuevo. - Te las llevas, las lavas y me las traes de vuelta.

- Joder, cada día eres más especialito, Axel.

- Y tú más cerdo, no te jode. Piérdete.

- A sus órdenes. - dijo picado. Hizo las toallas una bola y salió con ellas. Mierda, se me olvidaba lo que me había dicho el jefe.

- ¡¡ Erik!! - grite para que volviera. Entró y se me quedó mirando con una ceja alzada. - En el Área 4, junto a la autovía, están de obras y quiero los camiones con la carga que llevan. Habla con Marcus, Creel y... ¿Como se llama el chino?

- Ni puta idea.
- Bueno, habla con ellos e informaros de los horarios. A qué hora llegaran, cuántos son y desde donde vienen.

- ¿Y se puede saber par...?

- Solo hazlo. - le corte. - El Cabeza los quiere.

- Bien, ¿desea algo más, señor?

- Si. Desaparece, capullo.

Dio un portazo lo que me hizo apretar la mandíbula, un día lo mataba.

Al fin solo. Y ahora sí que dormiría descansado y relajado después del polvo. Volví a ponerme la alarma en mi móvil a las once para ir a ver a los niños. Por fin podría dormir un rato más.

Cuando me desperté cogí un par de bolsas con batidos y galletas y me dirigí hacia la casa de madera donde estaba los niños durmiendo, o eso esperaba.

Eran como veinte, veinticinco tal vez, lo cierto es que no lo sé. No son revoltosos, son buenos. Lo único es que son críos, solo tienen ganas de jugar todo el puto día. Creo que son los únicos de aquí que no me respetan mucho, y lo suelo pasar por alto. Con ellos puedo ser yo, quitarme esa mascara de amargado, duro y cabrón. Me hacen volver a mis días, cuando todo estaba bien y era feliz. Los niños creo que son una de las primeras cosas por las que estoy aquí. Si yo no me ocupara de ellos, la verdad es que no se si alguien lo haría.

Si, Sheila me echa una mano, pero más por obligación que porque ella misma quiera. Le recuerdan demasiado a su hija y no le gusta mucho venir.

Cuando llegué, me quedé en la puerta escuchando. Ya se podía oír a alguno por ahí dentro gritando y algún que otro lloro de algún bebe. Casi todos rondaban los doce, trece, catorce, pero teníamos algunos más pequeños. Dos bebés y tres de dos y cuatro años. A los bebes sí que solían venir las mujeres de la comunidad a hacerse cargo de ellos, ya que necesitaban más cuidados y comidas especiales.

- No gritéis, pandilla de retrasados, vendrá Cross y nos gritará. - decía uno.
- Cross no es malo.

- ¿Y tú qué sabes? ¿Sabes lo que me han contado? - ahora si me di cuenta a quién pertenecía esa voz. Luis. - Dicen que, si te portas mal, Cross viene y te lleva a un calabozo.

- ¡¡Mentira!! Cross no haría eso. - también supe de quien se trataba. Esa dulce voz era de Sara. Podría decirse que es mi mimada.

- Buenos días, pequeñajos. - todos se quedaron callados al verme aparecer en la puerta. - Luis, ven un momento. - se quedó pálido, pero vino hacia a mí. Salí de la casa, salió detrás mío y cerré la puerta. Me agaché a su altura y me quedé mirándole a los ojos. Me tenía miedo, podía verlo y notarlo.

- ¿Por qué hablas así de mí?

- ¿Eh? - trago saliva.

- Te he oído. Soy malo y llevó a los niños a calabozos. ¿No?

- N-no.

- ¿Si o no, Luis? ¿Yo hago eso?

- No. No, Cross, no lo haces.

- Bien. Entonces no vuelvas a decir eso de mí, porque... tal vez algún día lo haga y no te gustaría ser el primero, ¿a qué no?

- N-no.

- Bien. Que sea la última vez que metes miedo a los demás niños. Ahora entra, vamos a desayunar.

Asintió con la cabeza y entró rápidamente saltando a su cama. Cogí las bolsas y empecé a repartir un batido por niño y un paquete de galletas con chocolate. Algunos seguían callados, otros reían y algunos cantaban. Cuando los repartí, guardé la bolsa vacía en mi bolsillo, quedándome con uno de los batidos para mí.

- ¿Queréis que me quedé un rato con vosotros?

- ¡¡Si!! - gritaron varios, otros ya estaban con la boca llena comiendo.

Vi a Sara bajando de su cama y caminando hacia mí con su pequeña sonrisa. La cogí en brazos y la senté en mis piernas. Siempre hacía lo mismo, desde que llegó aquí. No solía confiar en nadie, era una niña que vino con mucho miedo. Solo lloraba día y noche y tampoco comía. Pase muchísimas horas con ella hasta que me cogió confianza y logré que comiera y dejase de llorar. Desde entonces, cuando les traigo la comida y me quedo con ellos a pasar el rato, viene conmigo, ya sea para sentarla en mis piernas, cogerla en brazos o simplemente pasear conmigo por la comunidad.

- ¿Cómo has dormido hoy, pequeña?

- Bien. No he tenido pesadillas.

- Esa es mi chica. - le dije besando su cabeza.

- Cross. ¿Me peinas?

- Claro, peque.

Mientras los demás desayunaban más tranquilos, unos mirándome y otros mirando sus galletas, le hice una trenza a Sara. Era rubia, pero era un rubio casi blanco, con algunos mechones más oscuros, el pelo liso y mucha cantidad. Cogí un peine que tenían ahí, en el mueble, y lo pasé por todo lo largo de su pelo. Después fui cogiéndolo poco a poco y trenzándolo. Me gustaba peinarla. Mi madre me enseñó a hacer trenzas cuando era pequeño. Me acuerdo que mi abuela tenía el pelo canoso tan largo como Sara, o más, y también me pedía peinarla.

Una vez que terminaron de desayunar, les mande bañarse uno a uno. En la misma casa tenían una ducha para ellos, así no tenían que salir a los baños comunes, que de esa manera lo más fácil que podía ocurrir era que cogieran alguna infección. Fueron entrando poco a poco. Alguna mujer de la comunidad también llegó para cambiar los pañales a los bebés y darles biberón. La verdad es que teníamos todo bastante bien organizados. Entre las mujeres se turnaban y demás y ellas se ocupaban también de limpiarles la casa y hacerles las camas.

- Te toca ducharte, Sara.

- Vale. ¿Vendrás luego a verme?

- Claro. Después pasare.
- Vale. Adiós. - me cogió de las mejillas con sus pequeñas manos y me dio un beso en la cara. Saltó de mis piernas y se fue corriendo al baño.

Yo salí de allí. Mire mi reloj, apenas eran todavía las doce menos cuarto.

Di una vuelta por la comunidad. Ruta diaria para ver que todo estuviera bien y se cumplían las normas. Fui avisando a los chicos según me los cruzaba para que a las doce fueran a la oficina del jefe.

La comunidad estaba más que despierta. Los niños ya jugaban correteando por ahí, las mujeres estaban preparando la comida, algunas en sus casas y otras en la cocina común. Se podía oler la rica comida de cada casa. Hombres haciendo cola en las duchas y otros intentando mantener todo aquello limpio.

A más de uno le gustaría salir de aquí, volver a su antigua vida o rehacerla, pero saben que, si salen de aquí, poco durarán. Aquí tenemos techo, dinero, comida, protección. No es fácil vivir en una nave rodeada de una alambrada. Pero al menos tienes cierta libertad, puedes vivir tranquilo.

Yo también he pensado en irme. Muchas veces. Pero cuando pienso realmente en hacerlo me pregunto para qué. No tendría donde ir, nadie me esperaba fuera, bueno si, mi propio padre para matarme. Tendría que seguir robando y haciendo lo mismo que aquí para poder vivir hasta conseguir algo decente y una vida. No me merecía la pena. Al menos aquí tenia a quien cuidar, mi vida tenía un sentido, algo por lo que seguir, por lo que despertarme todos los días. Ellos eran mi motivo. Estas familias, estos niños. Me da igual si un día me encuentro a mi padre y aprieta el gatillo junto a mi cabeza, no me importa si un día me meten a la cárcel o si caigo en manos de los narcos y me dan la paliza de mi vida. Tal vez por eso sigo vivo, porque no tengo miedo a nada. No lo sé.

Junto con Erik nos dirigimos a la oficina, ya todos esperaban en la puerta a la llegada del Cabeza. Nosotros, los que nos ocupamos de robar, los de las drogas y los pocos que teníamos que se dedicaban a vigilar durante el día para después nosotros saber dónde pisábamos.

Esperemos un poco, el Cabeza nunca llegaba tarde, pero parece que hoy se le habían pegado las sábanas, o alguna puta en su cama. Quien sabe. Me dio tiempo a fumarme un cigarro en lo que apareció.

- Buenos días. - saludo bajando de su gran Hummer negro. La envidia de todos. Aquí nadie tenía coches. Cuando necesitábamos alguno, lo robábamos, como hicimos con la furgoneta de ayer. Nosotros usábamos motos, era más fácil para dar golpes y huir. Así podíamos meternos por pequeños callejones o bajar escaleras, nos era más fácil despistar tanto a la policía como a los narcos.

- Buenos días, jefe. - se escuchó al unísono.

Entró en oficina y a los pocos segundos salió, quedando bajo el umbral de esta.

- Bien. Para hoy tenemos varias cosas que hacer. Andi. - como cabecilla de los que se dedicaban a las drogas, se dirigió a él. - Lo tuyo no es el grupo de Cross así que, seguirás en tu sitio. - Andi asintió, pero en su gesto pude ver la decepción. - Descampado del este. Seis y cuarto de la tarde. Dos coches. Iréis, cogeréis la mercancía y se la llevareis a los Rosas. Os entregaran el dinero, revísalo Andi, que no pase como la última vez.

- No se preocupe.

- Ya veremos. Podéis iros. - todo su grupo se fue. - Chino. - el Cabeza tampoco se acordaba como se llamaba. - Con los tuyos iréis al Centro Comercial de la Plaza Imperial. Quiero saber la seguridad, cámaras... ya sabes. Ten, este es el mapa. Haz fotocopias y señalar lo que haga falta. Fijaros en tiendas de bebés, necesitamos de todo para ellos. Cajeros, bancos... donde haya dinero. Si veis algo interesante, lo apuntáis.

- Bien. - cogió los papeles y junto a su grupo también se fue.

- Bien, ahora queda lo importante. Cross, sobre lo que te dije esta mañana.

- Si. Erik, Marcus, el chino y alguno más se harán cargo de sacar información.

- Bien. Erik. - fruncí el ceño. ¿Como que Erik? A Erik nunca se dirigía. - Necesitaremos dos coches y una furgoneta. Llévate a quien quieras.

- Pero... - extrañado al igual que yo, me miro a mí y después al jefe.

- Sin peros. ¿No podéis robar tres coches sin ayuda de Cross?

- Sí, jefe.

- Pues ya estáis tardando.

Se fueron sin decir nada, pero Erik volvió a mirarme. Curve mis labios, diciéndole con ese gesto que yo tampoco entendía nada. Yo me encargaba de ese trabajo con ellos. Siempre. No entendía por qué hoy no me mandaba

trabajo.

- Los demás, quiero el almacén como los chorros del oro. No quiero ver ni un rastro de mierda. Así que ya podéis empezar.

Todos se fueron, quedando el Cabeza y yo. Con un gesto de cabeza me hizo seguirlo dentro de la oficina. Cerré la puerta y me quedé de pie esperando a que hablara.

No entendía nada. No había hecho nada mal para que me ganara una buena bronca o algo así. No sabía que pensar. ¿Y si me echaba de aquí? No, no creo.

- ¿Tienes tu casa visible?

- ¿Eh? - ¿mi casa? ¿qué pasaba con mi casa?

- Que si la tienes bien para poder ir. Quiero verla.

- Pues... no sé. La tengo como siempre. Lo más limpia que puedo, pero, ¿para qué quiere ir a mi casa?

- Necesito verla y ver que hace falta.

- ¿Que hace falta para qué?

- No me interrogues, Axel. Vamos.

No podía decirle que no. Mi casa era, joder era una pocilga como todas las demás, coño, ¿que esperaba encontrarse? Lo que no entendía era eso de ver que hacía falta. A mi casa no le hace falta nada. Al menos no para mí.

- ¿Cómo están los niños? - me pregunto mientras caminábamos.

- Bien. Siguen revoltosos, pero al menos no me siguen preguntando por sus padres.

- ¿Y Sara?

- Sara está preciosa. Hoy me dijo que no había tenido pesadillas. Duerme mejor y come bien. El problema es Luis.

- ¿Qué pasa con él?

- Intenta meter miedo a los niños conmigo. Hoy le escuche diciendo que los encierro en calabozos. - me pare al escuchar las carcajadas de mi jefe.

- Lo siento, Axel. - dijo calmándose. - Solo que, no te imagino haciendo eso.

- Ya.

- ¿Le gritaste?

- No, claro que no. Le dije que eso no lo hacía pero que, si volvía a decir lo mismo, sería el primero.

- Oh, vamos son niños.

- Por eso mismo, Cabeza. ¿Qué tal si todos me cogen miedo?

- Te entiendo. Eres el único que realmente se preocupa por ellos.

- Hum. - asentí.

Pronto estuvimos delante de mi casa. El Cabeza echó un vistazo de arriba abajo con cara de asco, podría decirse. Y no me extraña, seguro que él vive en una lujosa casa y hasta con sirvientes.

Abrí la puerta y entramos al pequeño cuarto. Paseo su mirada por todos los lados. Mirando la cama, el suelo, el techo, las paredes.

- Oh, tienes televisión.

- Si. La compre hace poco.

- Ya veo. No está... mal. La verdad me esperaba algo peor. ¿Qué es eso? - se acercó al cubo de basura. De puta madre, ahora se burlaría de mí de nuevo. - Joder, Axel. ¿Hablabas en serio con lo de los condones? ¿Ya lo usaste? ¿Con quién?

- Eso no creo que le importe. Y si, esta usado. Y no, no hable en serio, pero ya que me lo dio...

- Ya veo. ¿Sheila? ¿Tal vez... Marta? No, seguro que fue con Katrina. - sí, pues iba bien encaminado, de cojones.

- Venga, Cabeza, deje de preguntar lo que no le importa. ¿Para qué quería ver mi casa? Que es el tema.

- Si, bueno... - apartó la mirada del cubo y se sentó en la cama. - Tendrás compañía. - dijo sin más.

- ¿Que me va a traer alguna puta para tirármela?

- No. - sonrió. - Es alguien que, debes cuidar bastante bien.

- ¿Cuidar? No soy ningún canguro o chacha. No me tome el pelo. - me apoye en la pared cruzando los brazos. Este a mí no me jodía y menos metía a nadie en mi casa.

- Eres mi persona de confianza. Esa persona es especial, necesito que te encargues de ella. Vivirá contigo y...

- ¡¡Alto!! ¿Vivirá conmigo? ¿Y si no quiero?

- No te estoy preguntando. - bien. De puta madre.

- Pues dígame quien es al menos. No me joda.

- Todo a su tiempo. - volvió a ponerse de pie. - La cama es grande así que de momento tendréis que compartirla. Después cuando hagamos las casas

nuevas podrás hacer dos habitaciones. Y te pediría que un baño y una cocina propia también.

- ¿Y terracita para tomar el sol? Ah, ya sé, en vez de ducha un jackuzi de esos también.

- Jacuzzi. Y no, no hace falta tanto. Y te pediría otra cosa. - dijo acercándose a la puerta para irse. - Se amable con él.

CAPITULO 4

- ¿Se puede?

- Sabes que puedes entrar cuando quieras.

Ya que el jefe me había dejado sin nada que hacer, dejándome en la comunidad con la mierda de noticia, decidí ir a ver a Gustav. Erik estaba fuera y, además, con Gustav puedo hablar de lo que quiero y sabe escuchar y entenderme. Me hacía falta hablar con él.

La verdad es que el jefe me había dejado con un cabreo de un par de cojones. Se atreve a meter a alguien en mi casa, nuevo, y ni si quiera me dice quién es.

- Habla, te noto irritado. ¿Qué pasa? y, por cierto, ¿qué haces aquí? Deberías estar fuera.

- Tu lo has dicho. - cerré la puerta y me tiré boca arriba en su cama, a su lado. - Debería, pero hoy el jefe me ha dejado aquí, tenía que hablar conmigo.

- Y eso es lo que te preocupa.

- Sep. Va a meter a alguien en mi casa. Y eso significa adiós privacidad, compartir mis cosas, hasta mi puta cama. Y lo mejor es que no me ha dicho ni quién es. Solo sé que es "él"

- ¿Él? ¿Como que él?

- Pues un tío, Gustav. Él. Cuando se ha ido me ha dicho "se amable con él".

- Vaya. Entonces, debe ser alguien importante. Lo primero es que nadie

sabe cuándo viene alguien nuevo, ni el Cabeza, y si pide que viva contigo... Joder. ¿Quién coño será? - Gustav miraba al frente, con el ceño fruncido, con ganas de saber quién sería el tipo.

- Pues no lo sé. Según el Cabeza uno más. Pero no me lo creo. No cuando me pide que le cuide y sea amable con él, vamos, no me jodas. Tengo que estar al tanto de todo lo que pasa aquí, haciéndome cargo de la mayoría de las cosas, ¿y ahora me carga a "él"?

- Bueno, mira el lado bueno. Podrás quitarte cosas de encima, mandárselas a él.

- Hum... dudo que pueda. Joder, tío. Es una mierda.

- Lo siento. - ambos nos quedemos callados durante unos segundos. – Ya no podrás tirarte a Erik en tu propia casa. - dijo riéndose.

- ¿Eh? - me gire para verlo. - ¿Qué pasa? ¿Esa idea te gusta o qué? Hijo de puta. Eso es lo de menos. Si lo miro así, tendré a alguien a quien tirarme en mi propia cama.

- Si, eso también. ¿Le unirás al club?

- Estaba de coña, rubio. Joder, que poco me conoces. El club está cerrado hace tiempo. Bueno... Sheila si quiere puede entrar, claro.

Aunque si lo pensaba, no era mala idea. Tendría a alguien en mi cama para cuando yo quisiera. No estaría mal. Claro, siempre y cuando no sea un puto viejo. Entonces ni de lejos. Me buscaría un colchón o capaz soy de dormir en el suelo.

- ¿Qué haces? - me había sentado y estaba a punto de bajar los pantalones de Gustav, tan solo pensar en...

- Me han entrado ganas de follar. ¿Tienes algún problema o qué?

- Pues sí. - dijo apartando mis manos. - Que tengo sueño tío. He pasado

toda la noche despierto por si no te acuerdas, y esta noche me toca vigilar de nuevo. Además, pensaba que habíamos quedado a las nueve.

- Aburrido. - dije peinándome con mis dedos. - Entonces me voy para que la Bella Durmiente pueda descansar.

- Gracias, Cross.

- Que te jodan.

Me iría yo también a dormir aprovechando el día libre. Iba camino a mi casa paseando por las callejuelas que las casas formaban dentro de la nave. Los hombres estaban limpiando, tal como había pedido el jefe. Lo que me hizo pensar que en realidad si estábamos hablando de alguien importante. Y también me estaba dando por pensar que lo de construir casas nuevas y decentes era por él. ¿Pero por qué? ¿Quién cojones era? Sabía que hasta que no lo tuviera delante no tendría respuesta, y tal vez, ni teniéndolo delante. Si viene aquí, lo más seguro es que lo haga con un nombre falso y una vida inventada o simplemente no hablaría de ella. Pero yo me encargaría de saber sobre él, si iba a vivir conmigo, quería saberlo porque no iba a vivir con algún asesino o yo que sé, algún desquiciado y que en mitad de la noche me matara. O que resultara ser que fuera conocido de mi padre, inventando algo para entrar aquí y matarme. No, pero no podía ser eso, el Cabeza lo conocía bien, eso estaba más que claro.

- ¡¡Cross!! - me giré al oír el pequeño grito. Casi no me di cuenta de quien se me echaba encima, rodeando mis piernas, pero al ver ese pelo rubio me di cuenta que era Sara y estaba llorando.
- ¡Eh! ¿Qué te pasa, pequeña? - me agache, arrodillado y la abrace.

- Me he hecho pupa.

- ¿Pupa? ¿Te has caído?

- Si. - se apartó de mí, abrazada a su pequeño peluche y limpiándose las lágrimas. - Mira. - Se señaló las rodillas. Apenas llevaba nada, un par de rasguños.

- ¿Quieres que te cure en casa? - asintió y estiró los brazos para que la cogiera.

Lo hice. Qué remedio. A Sara no podía decirle que no, me había ganado desde que llegó. La quiero mucho a este pequeña, quizá sea la única persona que mueva algo dentro de mí, cariño, puede ser. La lleve a casa y la deje sobre la cama. Cogí un bote de agua oxigenada y un par de algodones que tenía para cuando yo mismo venía herido.

- Va a escocer un poquito, ¿vale? Pero te curará.

- Vale.

Poco a poco fui limpiando las heridas de sus rodillas. Sara no se quejó, pero podía ver como se aguantaba sus ganas de llorar por el escozor. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos y apretaba su peluche con fuerza.

- Pero mira que chica más mayor. Has aguantado sin llorar. ¡Qué grande!

Sonrió un poco, casi a la fuerza. Deje las cosas en su sitio. De verdad quería dormir, pero no quería dejar a Sara sola estando así.

- Cross, ¿me puedo quedar con tu?

- Contigo. Se dice contigo.

- ¿Me puedo quedar contigo?

- Claro, pequeña. Pero tengo que dormir un poco. - me eché sobre la cama. - He trabajado mucho, ¿sabes?

- Si. Duermo contigo, aquí. - se acercó a mi gateando por la cama y se quedó tumbada a mi lado, entre mi costado y mi brazo. - ¿Me dejas?

Sonreí de medio lado. La abracé y le besé la cabeza. Allí nos quedemos los dos dormidos. No me molestó y descansó tanto como yo. Claro, hasta que

el cabrón de Jost decidió venir a joder.

Por suerte solo me despertó a mí, tirándome pequeñas piedras a la cabeza.

Jost, el más grande hijo de puta que te puedes echar a la cara. Y como no, me odiaba a muerte, aunque delante del jefe sabía disimular. Tampoco es que le sirviera de mucho, porque el Cabeza sabía de sobras de qué pie cojeaba. Jost me tenía una envidia que se moría, quería llevar todo esto, ser el que mandara, que todos fueran detrás de su culo y besaran el suelo que él pisara, por eso mismo el jefe lo tenía como uno más. Sabía perfectamente que, si le daba ese puesto que él tanto quería, posiblemente se cargara la comunidad en dos días.

Jost era hijo del que antes era mano derecha del jefe, por eso mismo pensaba que él ocuparía su lugar cuando su padre murió. Y por eso mismo, me tenía tanto odio. Jost tiene casi diez años más que yo. Solo vive con su hermana aquí, y su hermana casualmente es Katrina, la tía más pesada, plasta, cansina que he conocido en mi vida. Está dispuesta a conseguir algo conmigo, pero lo tiene crudo. Muy crudo siendo como es. No puedo ni verla.

- Capullo. El Cabeza te espera y tu aquí durmiendo la mona con la princesa. No vales para nada. - dijo mirándome con asco.

- Más quisieras que fuera verdad. ¿Qué hora es?

- Las cinco de la tarde. Mierda. Apenas te dejan un día libre y si se matan en la comunidad ni te enterarías.

Capullo. Miré a Sara que todavía seguía durmiendo. Me daba pena despertarla, pero no iba a dejar mi casa abierta mientras yo no estaba en ella.

- Sara. - la moví un poco y se abrazó con más fuerza a mí. - Sara, tengo que irme, vamos, ve a jugar con los niños.

- No quiero. - se alejó y se restregó los ojos, llorando de nuevo. - Quiero ir contigo.

- Hum... Está bien.

Mande a la mierda a Jost, que se fue sin decir ninguna palabra más. Cerré la casa con llave y me dirigí a la oficina. Tenía las esperanzas de que me dijera por fin quien sería el tío ese, pero no sucedería, seguro.

Me encontré con Sheila, que me dijo que había entrado en casa a coger la comida de los niños y les había dado de comer. Menos mal. Me acorde que ni yo ni Sara habíamos comido, así que en cuanto la reunión con el Cabeza terminara, me la llevaría a comer.

- Hola, Cabeza.

- Hola. - saluda Sara con una gran sonrisa. Se bajó de mis brazos y fue corriendo a darle un beso. El Cabeza también le tenía un cariño especial, siempre la cargaba y le regalaba alguna cosa si es que tenía algo encima para ella. Por eso la traje, sabía que no me diría nada.

- Hey, ¿cómo está mi reina?

- Bien. Mira, tengo pupas. - sonreí de medio lado, sentándome frente a ellos. - Pero Cross me ha curado. Y hemos dormido la siesta.

- Ya veo. Cross te cuida bien, ¿eh?

- Si.

- Mira lo que tengo para ti. - metió su mano en el bolsillo interior de su traje y saco una piruleta. Sara la cogió contenta y enseguida empezó a comerla. - Bien, a lo que íbamos. Vamos a salir tu y yo. Quiero que compres todo lo necesario para la casa nueva.

- No tengo dinero, Cabeza. - si pensaba que lo poco que tenía lo iba a malgastar en comodidades, la tenía clara.

- Pago yo. No hay problema por eso. Y cuando digo que quiero que compres todo lo que haga falta, es todo.

- ¿Todo? ¿Muebles? ¿Camas, sillas, mesas, televisión...?

- Todo. Toallas, jabón, cuchillas, cubiertos, platos... Todo lo que se te ocurra.

- Espera... ¿a cambio de qué? - no me fiaba una mierda. Esto era bastante raro.

- De vivir con el nuevo.

- ¡Ahhh! Ya decía yo. Todo por el nuevo. Casas nuevas, calles limpias, comodidades. Venga ya, Cabeza, ¿quién coño es? ¿Es que acaso vas a traerme al rey, al príncipe, algún pez gordo?

- No. - dijo sonriendo. - Ya te dije que es y será uno más.

- Ya, claro.

Seguía sin creerme ese cuento.

Salimos los tres, Sara le dijo al cabeza que tenía hambre así que tuve que decirle que ninguno de los dos habíamos comido por estar durmiendo. Le preguntó a Sara si quería salir, lo que me hizo flipar, nunca sacamos a niños de allí, pero claro, él vendría así que, bueno, sería una excepción, la única, mejor dicho.

Nos llevó a una hamburguesería, joder, los dos nos pusimos las botas de comer esa mierda y patatas fritas. Sara estaba muy contenta y emocionada, y yo estaba igual. Como un crío de diez años comiendo su primera hamburguesa. Yo salía de la comunidad, pero para lo estrictamente necesario, solo hacía un par de salidas al mes por gusto y nunca comía fuera.

Después fuimos a un centro comercial, seguidos por un par de tíos, guardaespaldas del Cabeza. Fuimos comprando lo que hacía falta y ellos cargaban con todo. Aun así, uno de ellos tuvo que dar varios viajes al coche para ir dejando las cosas, no podían con todo. Ya que el Cabeza pagaba, me

aproveche. Que cabrón soy. Sara tampoco se quedó con las manos vacías. El Cabeza le compró un par de vestidos nuevos y algo más de ropa, un par de peluches y juegos para que jugara con los demás niños.

Compremos dos camas individuales, lo que me jodió, pero bueno, siempre podía guardar la nueva y poner la mía, la grande. Y es lo que haría. Ya me había acostumbrado a dormir en una grande como para meterme en una de noventa de nuevo, ni de coña, además... me hace falta grande para mis visitas. También me hizo elegir armarios, alfombras, sabanas. Los muebles para una cocina totalmente equipada. El baño completo, con su ducha, su taza, su lavabo. Flipando, estaba flipando. No sé cuánto gasto, pero ni de coña podría haber pagado todo eso yo solo, ni en toda mi puta vida. Los muebles se quedaron encargados y a la espera de que la casa estuviera lista para venir a por ellos, nos dijeron que la misma empresa se encargaba del transporte e instalación, pero nos neguemos, nadie debía saber dónde estábamos.

Así pasamos casi toda la tarde, de compras. Aproveché también para pillarme algo de ropa nueva, pagada por mí, claro está. Tampoco era tan sinvergüenza como para aprovecharme tanto.

Me encantaba ver a Sara tan contenta. No paraba de saltar por todos los lados, incluso hicimos varias paradas para que jugara en algún parque.

- Bien, ahora necesito que hagas una última cosa antes de volver a la comunidad. - me habló estando sentados en la parte trasera de aquel Hummer con Sara en medio. - ¿Ves esa oficina? - miré hacia donde señaló y asentí. - Bien. Debes entrar, en recepción estará una chica, pregunta por el encargado de pedidos o el secretario, es el mismo. Finge que estás interesado en algún producto. La empresa trabaja en varios sectores, revistas, moda, pasarelas... por eso me haces falta tu.

- Ya, por mi look.

- Exacto. Necesito que montes un buen jaleo. Que le dejes mal.

- ¿Mal? ¿Cuánto de mal estamos hablando?

- Tanto como para que le despidan. - me quedé mirándole. ¿Hablaba en serio? ¿Desde cuándo nos dedicamos a joder el trabajo a la gente? - No me mires así, ya lo entenderás. Pero ahora no. - dijo cuando vio que abría la boca, obligándome a cerrarla. - Y si, haz lo que haga falta, no me importa cómo lo consigas, solo hazlo.

- Bien. Entendido.

Me baje del coche, acomode mi ropa y pase mis dedos por el pelo, peinándolo un poco. No iba como para ligar con la ropa que llevaba, pero no iba mal. Llevaba unos pantalones de cuero ceñidos, una camiseta de tirantes y una chupa negra con tachuelas. Me serviría. Si necesitaba que lo echaran qué mejor que fingir que me está tirando los tejos o mejor aún, que se quería aprovechar de mí. Haría uso de mi faceta de angelito, de niño bueno.

Entré allí, paredes blancas, con el suelo de madera en un tono grisáceo. Bonita, muy bonita. La secretaria estaba ocupada con el ordenador, apenas me miró. Tosí cuando estuve frente a ella y me di cuenta de que ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia.

- Disculpe. ¿Que se le ofrece?

- Buenas tardes. - sonreí, mostrando todos mis dientes. - Venía para hablar con el secretario, tenía una cita con él.

- Déjeme ver. - tecleo algo en su ordenador. - Puede pasar, está libre. Primera puerta del pasillo.

- De acuerdo, ¿me puede decir si el encargado o jefe se encuentra aquí?

- Am, sí, también está. ¿Quiere que avise sobre su visita?

- O no, no hará falta, gracias. - si no estaba el encargado no serviría de nada montar un escándalo.

Camine por el pasillo. Me quedé fascinado con el montón de fotografías que colgaban sobre la pared, todas eran en blanco y negro, modelos con el

pecho desnudo.

- Joder... - susurré para mí. Estaban tremendos los jodidos.

Pronto encontré la puerta que me había dicho la mujer. Mire al fondo del pasillo, había tres puertas más y las tres estaban abiertas, perfecto.

Toque la puerta con mis nudillos y una suave voz, de hombre, me dejó pasar. Parecía la voz de alguien joven, mejor. Abrí la puerta y pasé dejándola abierta, para que me pudieran oír los de las oficinas cercanas.

- Buenas tardes. - sonreí de nuevo incluso me mordí un poco el labio. El chaval no estaba nada mal, hay que reconocerlo.

- Buenas tardes. - se puso de pie y señaló una de las sillas frente a él, con la mano abierta. - ¿En qué puedo ayudarle?
- Am. - coño, no había preparado nada. Piensa rápido Axel. - Moda. Moda claro, estaba interesado en... ropa... moderna.

- Si puede ser un poco más... - dijo tomando asiento de nuevo.

- Si. Am.- miré el escritorio, los papeles que tenía frente a él, parecían bocetos de vestidos para mujer. - Quiero lanzar mi propia línea y...

- ¿Quiere que le haga algún boceto, o tal vez la publicidad?

- Si, eso es. - vi que tenía un café al lado de su mano derecha. Bingo. - ¿Me puede mostrar así de una forma rápida como dibuja? - me miró extrañado, como si estuviera intentando saber mis intenciones. O tal vez se dio cuenta de que no tenía puta idea de que cojones estaba diciendo.

- Si. Claro.

Cruce mis piernas, una sobre otra y me acerque lo más que pude al escritorio, apoyando mis codos en él. Me quedé mirando al tipo, mordiendo mi labio inferior y mirando los gestos que hacía mientras dibujaba. La verdad, le echara un polvo ahora mismo. Ni siquiera sé que narices estaba dibujando,

no sé si algo de moda o un simple perro. Eso no me interesaba.

Levantó la mirada y frunció un poco el ceño en cuanto vio mi forma de verlo, un tanto... provocativa, o eso estaba intentado.

- ¿Pasa algo?

- No. Solo que... - estiré la mano, haciéndole creer que quería coger su lápiz, pero en vez de eso, disimuladamente le di al vaso de café, provocando que cayera sobre sus pantalones.

- ¡¡Joder!! - pegó un grito y se levantó rápidamente del asiento.
- ¡Oh, que torpe soy! - me puse de pie, acercándome a él. - ¡Cuanto lo siento! Perdóname. Soy un torpe. - puse cara de pena, de arrepentimiento. Me dejé caer al suelo de rodillas frente a él. - Lo siento. Oh, mierda. Si no le da rápido con algo... - sin darme cuenta como, tenía un pañuelo en las manos, se lo quite rápidamente y aquí empezaba mi juego.

Cogí el pañuelo de sus manos, estaba arrodillado frente a él, si ahora mismo nos veían ya daría que pensar, pero no sería suficiente para que le echaran.

- Lo siento. Déjame que intente limpiarlo. - dije, sonriendo para mis adentros. Con el pañuelo en mano fui dando pequeños toques al pantalón. Tuve buena puntería, pues el café había caído en su pierna y en su entrepierna.

- N-no hace falta... no sigas... - no le hice caso y me fui acercando con pequeños toques a aquel bulto que parecía crecer. Joder, estaba muy necesitado o yo le ponía bastante. - Am...

- Soy muy, muy torpe. - seguí tocando en esa zona. - Lo siento tanto... De verdad. - intente poner voz sugerente, que le pusiera más junto con mis toques con aquel pañuelo y parecía funcionar porque algo crecía ahí. Joder... y pensar que lo voy a dejar así, qué pena. Me encantaría ocuparme de ese problema.

- P-para, por favor. - me cogió de los brazos y me obligo a levantarme. Me quede frente a él, mordiendo mi labio. El tío estaba más que rojo, pues tenía

una importante erección ahí abajo. - No ha sido tu culpa.

- Ah, ¿no? - le puse ojitos y me acerqué un poco más a él. No pensaba besarle, solo provocarlo. Así que cuando estaba apenas a un centímetro de sus labios, gire a su mejilla, acariciándola con la mía. Note su respiración entrecortada sobre mi cuello. Joder, si me estaba poniendo hasta a mí.

Note sus manos aflojando el agarre en mis hombros, bajando suavemente por mis brazos. Y en cuanto tuve la oportunidad, baje mi mano acariciando su pecho hasta que llegue a su dura polla, acariciando por encima del pantalón.

- Por favor. - me pidió, pero no se alejaba así que me estaba dando vía libre.

Llevé mi otra mano hasta su cuello, acariciándolo con mis dedos. Cogí de aquellas trenzas negras e hice que mirara al techo con un leve tirón mientras seguía acariciando su gran bulto entre esos pantalones.

- Agg. - se quejó por el tirón, pero empecé a lamer y besar su cuello. Sabía bien, sabía a limpio. A niño pijo. Bien afeitado. Buena colonia. - N-no puedo... por favor... - volvió a pedirme en susurros, pero sus manos estaban agarradas a mi cintura.

Deje que me mirara a los ojos soltando su pelo. Volví a acercarme a sus labios.

- No puedes, pero quieres. ¿Quién te lo impide? - miró mis labios. Vamos, bonito, no me lo pongas difícil. Fóllame. - le dije sin apenas oírme a mí mismo.

Su mirada se encendió. Rápidamente me cogió sin apenas darme cuenta, me llevo prácticamente en el aire hasta el sofá que tenía allí. Joder, sí que había sido fácil. Me recostó sobre él, dejándose caer encima de mí. Mierda. Me había puesto demasiado esa forma de cogerme y ser tan bruto. Empezó a besar mi cuello e incluso gemí del gusto. Coño, tenía que controlarme si no iba a dejar que me follara de verdad.

- ¿Qué quieres? ¿eh? Se que no has venido por trabajo. - mierda. - ¿Me buscabas a mí? - bien, él solo me estaba dando la respuesta.

- Si. Solo a ti. - sonrió y... joder.

No podía creer lo que estaba haciendo. ¡Coño, que me estaba besando! Me quedé sin respiración, con los ojos tan abiertos como pude, sorprendido. ¡A mí nadie me besaba!

Intente apartarlo, con la estúpida idea de querer hablar, y lo único que conseguí es que su asquerosa lengua se colara en mi boca. Le empujé con mis manos, quería quitármelo de encima. No sé cómo lo hizo, pero tenía su mano metida en mis pantalones.

¡Oh, joder! Como me tocaba, coño.

Sus labios seguían pegados a los míos y su lengua paseándose por la mía y... acariciándola. ¿Sabía dulce? Si, joder, sabia dulce y su lengua era...

- Ah... - gemí. Sus manos no paraban ni un segundo, con una me tocaba el cuello, los brazos, el pecho, mientras la otra seguía con la tarea de masturbarme. Y ese beso, me estaba gustando, demasiado.

Mierda.

- Tom, te traigo los... ¿Pero qué cojones...?
- ¡¡Sinvergüenza!! ¡Pervertido! - grite. Golpeando su pecho, quitándomelo de encima de un empujón aprovechando que se había quedado sin habla delante de aquel hombre que había interrumpido en su oficina.

Gracias a dios, que llegó ese tipo. Joder.

CAPITULO 5

No sé cómo pude empujarlo, como pude pensar con la mente fría con el calentón que tenía encima. La madre que lo pario. Ese tío sabía muy bien lo que hacía.

El tío se quedó en el suelo mirándome con la boca abierta, estaba culpándolo de lo que yo había empezado. El otro hombre se tapaba la boca, asombrado. Menuda sorpresa.

- ¿Que...? Tom, no esperaba esto de ti. - le dijo furioso.

- Pero yo...

- ¡¡Eres un aprovechado!! - volví a gritar. Hice que mis manos temblasen, mi cuerpo entero, hasta casi conseguí que se me saltaran las lágrimas.

- Perdónele, por favor. - me dijo aquel hombre con las manos juntas, rogándome. - Ves a mi oficina. - le dijo. El chaval me miró con el ceño fruncido. Supongo que como me vuelva a ver se me tirara a matarme. Pero sin decir nada, obedeció a quien supuse que era su jefe. Salió de allí cerrando la puerta, pero antes de hacerlo me dedico una mirada, que, si matara, me hubiera quedado ahí. - Lo siento mucho.

- Esto es... Voy a denunciar. ¡A él, a la empresa! Se os va a caer el pelo... No puedo creerlo. - me puse la mano en el pecho, fingiendo un ataque de... algo, no lo sé. Una lagrima bajo por mi mejilla. Soy el mejor actor del mundo.

- No, no, no. Por favor. No queremos escándalos, pídame lo que sea. Dinero, ¿Quiere dinero? ¿Cuánto quiere?

- No quiero su estúpido dinero. ¡Han estado a punto de violarme! ¿Por quién me toma?

- Lo siento... Por favor. Seguro que encontramos algún modo de solucionarlo. - el tío estaba desesperado. Una denuncia de este tipo para cualquier empresa supondría la quiebra. Y ahora, era de nuevo mi oportunidad para conseguir lo que quería.

- Despídalo. Que se vaya a la calle. Es un peligro, por dios. ¿Cuánta gente habrá pasado por esto? ¿O pasará? Ese hombre no se merece este trabajo.

- Tiene razón. Si. Si, la tiene. Ahora mismo lo despido. Gracias. Gracias de verdad. Vuelva cuando quiera, le haremos el encargo que usted quiera por cuenta de la empresa.

- No puedo aceptar eso. - me tire el rollo, ya que estaba, aunque unos diseños de ropa, de mi estilo, estaría de puta madre.

- Si puede. Tenga. - me dio una tarjeta. - Cuando quiera me llame, le atenderé personalmente. Y por favor, discúlpeme de nuevo por lo sucedido.

El tío me cogió de la mano y la beso. Qué asco. Supongo que me pase con el papel de hacerme el delicado. En fin. Por lo menos había conseguido que lo despidieran.

Después de pedirme disculpas de nuevo como tres veces más, me dejó ir. Y me fui con la pena de no tirármelo, estaba bueno de cojones y me había tocado como nadie lo había hecho. Joder. Tendría que enseñarles a Erik y Gustav.

Abrí la puerta del Hummer del Cabeza y entré con una sonrisa y un importante problema en mis pantalones, que por suerte no se notaba, si no traumaría a la pobre Sara.

- ¿Cómo ha ido? - me preguntó el Cabeza.

- Si espera cinco minutos, lo verá salir por la puerta con sus cosas.

Y allí esperamos. No es que el Cabeza no se fiara de mí, si no que parecía querer ver el momento en el que el tío ese saliera de allí.

En cierta manera me daba pena. Era un buen trabajo y por lo que pude ver, se le daba bien, pero, por otro lado, yo estaba haciendo el mío, que por suerte se me da mejor.

Al poco rato lo vimos salir. El Cabeza, sus guardaespaldas y yo, estábamos mirando a través de los cristales tintados del Hummer, observando la escena. El chaval había salido casi a empujones por su jefe, que salió detrás de él sin dejar de gritarle. No lo escuchemos porque teníamos las ventanas subidas, pero por la gente que se giraba a ver, estaban montando un espectáculo en la calle.

- Sabía que podías hacerlo. Vámonos.

Dicho eso, el Hummer arranco y volvimos a la comunidad.

Acompañe a Sara a la casa. Ya eran casi las ocho y media de la noche y los pequeños no tienen permitido estar fuera pasadas las ocho. Así que la lleve junto con la cena de los pequeños que ya había preparado Sheila. La repartí en platos, y como pequeño castigo, dejé a Luis a cargo de recogerlos y dejarlos en la mesa. Le di un beso a Sara en la frente y la deje cambiándose, poniéndose el pijama.

La verdad es que seguía cansado de cojones. Dormí bastantes horas, pero al no hacerlo del tirón, no me servía. Y ahora tampoco podía dormir, tenía que ir a buscar a Erik para que me contara como les había ido. Esta noche no saldríamos por lo visto, o al menos el jefe no nos dio indicaciones de hacerlo, así que esperaba poder descansar de una puta vez.

Después de hablar con Erik y decirme que ya tenían los coches y contarme alguna que otra de Andi, me fui para casa de Gustav. Ya eran las nueve y había quedado con él, y a Erik puede, pero a mi rubito no le dejaba sin su sesión de

sexo.

- ¡Gustav! - le llame, pero al parecer no había nadie. Bueno, me echaría en su cama y lo esperaría. A los pocos segundos entró, nada más que con una toalla enrollada en la cintura. - ¿Te has duchado para mí, amorcito?

- Oh, claro, mi amor. Siempre limpio para ti. - estalle en carcajadas. Era un cabrón, siempre sabía cómo seguirme el rollo.

- Ven aquí anda. ¿O el señor sigue sin querer de mis servicios?

- No hables así, no me gusta, Cross. - se sentó en la cama a mi lado. - ¿Dónde has estado toda la tarde?

- Ocupado con asuntos del Cabeza.

- Entiendo. - me puse de rodillas tras su espalda desnuda. Gustav era blanquito como la leche y no sé cómo hacía para tener la piel de un bebé. Le empecé a dar un masaje, o al menos lo intente, pero se quejó así que lo deje de lado. Ya tenía la pierna jodida como para cargarme su espalda con lo bruto que yo era.

Me quité la chaqueta y me senté sobre sus piernas. Gustav no dijo nada, solo me miraba y me sujeto de la cintura.

- ¿Que significan para ti los besos? - empecé a tocar su pecho.

- Besos... ¿de qué tipo?

- Besos con lengua, morreos. Esos besos.

- Pues, no lo sé. - me puse de pie frente a él, cogí sus manos y las llevé hasta la cintura de mi pantalón para que me los quitara. Empezó a desabrocharlos y quitármelos.

- ¿Nunca has deseado besar a alguien?

- Si, supongo. - levante una pierna y luego la otra para sacarlas de los pantalones y los calzoncillos. Estaba desnudo de cintura para abajo para él. Le quité la toalla y me subí de nuevo sobre sus piernas.

Empecé a restregarme contra su pene de broma. Le llamaba así, porque lo que Gustav tenía entre las piernas no se le podía llamar polla. No muy grande, ni tampoco muy gruesa, pero era suficiente para mi estrecho culo. Cumplía la función, así que no tenía pegas.

Pronto la note dura, como la mía.

- ¿Por qué tanta pregunta sobre besos? Que yo sepa no te gusta darlos.

- No. - me acomode un poco más adelante, juntando nuestros pechos. La necesita dentro ya. Hice que Gustav cayera sobre la cama para poderme acomodar mejor. - No me gustan. Solo tenía curiosidad.

Me levanté un poco y con mi mano derecha se la cogí encaminándola a mi pequeño agujero. Lentamente fue entrando, soy un burro porque ni siquiera me preparo, pero me gusta sentirlo así. Sentir como entra, como duele al principio, cerrar los ojos y dejarme llevar por la sensación.

- Hum... cada día pareces más estrecho. - me reí por el comentario.

Me senté por completo, sintiéndola dentro de mí. Solo necesitaba unos segundos para que el dolor pasara y diera comienzo la excitación de nuevo.

- ¿Y a quien has querido besar, eh, rubito? Confiésate. - empecé a moverme, rápido, de arriba a abajo, sintiendo como entraba y salía de mí.

- Oh... joder. Cross... Nunca lo sabrás.

- Dímelo. - cogí su pelo, hundiendo su cabeza en mi cuello, necesitaba que me tocara.

- No. - empezó a morder y lamer mi cuello. Y a mí me estaba dando intriga quién era esa persona que Gustav quería besar.

Me separe de él, echando mi cuerpo hacia atrás, apoyándome en sus rodillas y dejando que viera todo mi cuerpo. Empezó a masturbarme con fuerza al ritmo que yo saltaba sobre él.

- ¡Ah! - Gustav era bueno masturbando, Erik chupándola, pero... nadie me había hecho empalmarme como el tío ese de la oficina.

Joder...

Empecé a recordar cada caricia que me dio, cada toque. Su cuerpo más duro que el mío sobre mí. Su aliento. Sus manos por todo mi cuerpo y como me tocaba.

Sus besos.

- Joder. - me corrí. Me corrí brutalmente. Pero no deje de saltar sobre Gustav. Abrí los ojos y me di cuenta de lo que había pasado.

Mierda.

- Ah, más deprisa, Cross.

Me moví tanto como pude hasta que sentí como me llenaba y gemía.

Cogí la toalla que llevaba antes para limpiarme y después se la di para que se limpiara él y empecé a vestirme.

- Ha sido...

- No lo digas. - le corte.

- ¿Por qué? Ha sido el mayor orgasmo que has tenido, conmigo, claro.

Bufe. Se había dado cuenta. Y yo me maldecía por eso. Tenía razón sí, pero no quería reconocerlo. No. Ni en broma. Y menos que había sido por pensar en el de las trenzas.

Me vestí y salí de ahí. Gustav tenía vigilancia así que no vendría al bar. Yo me tomaría un par de tragos y me iría a dormir. No tenía ganas de nada más que de dormir horas seguidas.

Cuando llegué ya estaba toda la cuadrilla allí. Los de siempre. Erik, Andi, el chino, el cabrón de Jost y cuatro o cinco más. Me senté al lado de Erik, en un extremo de la barra.

- Vienes de ver a Gustav, ¿eh? - me pregunto Erik con una sonrisa de lado.

- Que te importa.

- Eh, tranquilo.

- ¿Que te pongo, Cross? - me pregunto Sheila.

- Todo me pones, preciosa. - rodó los ojos y apoyó una de sus manos en la cintura. - Una cerveza.

Me puso la cerveza y se me quedó mirando. Fruncí el ceño y la miré preguntándole con la mirada que era lo que pasaba. Negó con la cabeza y se fue.

- ¿Y a esta que le pasa? - dije sin apartar la mirada de ella.

- No sé. Pregúntale. - bien Erik, como siempre no sirves para nada que no sea follar.

En fin. Me bebí la cerveza y tres más. Estaba tan acostumbrado a ellas, que podría beberme más de diez y no me temblaba el pulso. Lo que es una mierda cuando quieres emborracharte. Pero como hoy no era de esos días, me daba igual. Jost y Andi conversaban casi susurrándose al oído, cuchicheando. Y no hay cosa que más me reviente que hagan eso delante de mí.

- Capullos. Parecéis abuelas coño, si no queréis que os oigamos, hablar en otro lado. - los mire de reojo, Jost miro a Andi sonriendo. Conocía esa sonrisa

de cabrón, algo tenía en mente y sospechaba que era contra mí.

- ¿Que tal la salida con el Cabeza?

- Que te importa.

- Demasiado enchufe ya, ¿no, Cross? No será que le haces algún tipo de favores para que... - no le deje terminar.

- ¡Ten cojones a terminar la frase y será la última que digas en tu vida! - le dije cabreado.

- Solo digo que ya es raro, muy raro. Por lo que hablan por aquí, te invito a comer. - Andi soltó una carcajada que cayó en cuanto le miré. Sabía que lo estaba diciendo con segundas, y a lo que se refería era a comerle la polla al Cabeza.

- Cross... pasa de él. Solo está buscando provocarte. - me dijo Erik en voz baja, sujetándome del brazo para que no hiciera ninguna gilipollez. Si se me ocurre tocarle, sería mi fin aquí, porque por mucho que Jost me provocase, era una de las leyes y me echarían de aquí sin pensarlo dos veces. Sonreí de medio lado.

- Mañana si tienes huevos, lo dices delante del Cabeza. ¿eh? Pregúntale a él que tal la chupo, anda.

- Solo bromeaba. - dijo.

- Claro. Pues te digo algo que no es broma. El Cabeza tiene muchas ganas de echarte de aquí, sigue tocándome los huevos y entonces verás el enchufe que tengo.

- Jost. Cállate ya. Eso es verdad. - le dijo Andi. - Si él se lo pide el Cabeza te echara sin dudarlo.

- Mira como tiemblo. - dijo él agitando las manos con burla. Se levantó de su sitio. - Hijo de puta. - me dijo antes de salir del bar.

Me levanté dispuesto a reventarle la cara, pero de nuevo Erik me lo impidió. Bufé y me senté en la barra de nuevo.

- Dame un puto whisky doble. O triple. Mejor dame la puta botella.

La estantería a la espalda de Sheila se movía, las botellas bailaban, la música no tenía sentido, ni ritmo, ni siquiera tenía nada de música, era puto ruido taladrando los oídos. La cara de Erik se desfiguraba, la de Sheila también, si es que era ella.

No sé cuánto bebí.

Con una risa absurda y diciendo un montón de cosas sin sentido, me di cuenta que estaba caminando, o al menos intentándolo, gracias a los brazos de Erik que no me dejaban caer.

Sabía que esta era la única salida para calmarme. Siempre lo hago. Cuando Jost o cualquiera me toca los huevos, bebo y olvido. Así de simple. Era la reacción del alcohol en mi cuerpo. Me hace olvidar mi enfado, mi cabreo, me relaja y me calma, tanto que acabo riéndome de lo más absurdo. Siempre me dicen que cuando bebo saco ese lado de mí que oído. Mi lado de niño, mi cara oculta, mi yo verdadero, pero no importa. Primero porque de esa manera consigo que todas las gilipolleces que me digan me resbalen, y segundo, porque cuando pasa solo están presentes Erik y Sheila. Sheila por fuerza, porque ella lleva el bar, y Erik, porque nunca me deja solo en ese estado.

- Eh, aquí no, mamón. - digo riéndome al notar la mano de Erik rozando mi polla.

- Estoy buscando las llaves de tu casa. Joder... ¿por qué cojones llevas pantalones tan ajustados, coño?

- Porque realzan mi culo. - digo riéndome, Erik me mira con una cara que no logro descifrar, pero me la suda, me sigo riendo.

Entramos a mi casa, por fin, y lo primero que hago es dejarme caer en la cama.

- ¡Ay! ¡Coño! - vaya ostia.

- Coño, Axel. Ten más cuidado, tío. - me cogió por debajo de los brazos y me levanto del suelo.

- No ha sido mi culpa.

- Claro, la cama se ha movido, ¿no?

- Eso es. Que listo. - de nuevo me río como un loco.

Siento como me hundo en el colchón. Abro mis piernas y mis brazos tanto como puedo. Estoy en la puta gloria, no, en una nube, en una nube de algodón. Blandita.

- Hummm. - casi ronroneo del gusto.

- ¿Quieres que... me quede o.?.

La cama es tan blandita.

Sigo totalmente estirado en la cama, con los ojos cerrados y una sonrisa boba. Noto como cogen de mi brazo y me quitan la chupa. Vuelvo a caer sobre esa nube, río a carcajadas, me recuerda a cuando era niño y jugaba en las colchonetas hinchables, saltando y dejándome caer de golpe. Me siento igual. Como un crío, sin problemas, feliz. Tiran de mis pantalones y recuerdo a mi madre. Recuerdo cuando me llevaba a la cama y me acostaba de pequeño, medio dormido ya por ver películas hasta tarde con ella, cuando me dejaba en la cama y me desnudaba para ponerme el pijama. Solo que ahora no siento que me pongan el pijama.

Noto una respiración en mi cuello y lo giro hacia el lado contrario dejando más espacio, besos, besos por él. Una boca recorriéndolo. Unas manos por

mis brazos, por mi pecho desnudo, bajando. Tan suaves.

- Hummm. - me gusta el tacto. Y me gusta cómo me está tocando. Si. Otra vez de esa manera.

Me masturba con fuerza mientras se dedica a pasear su lengua por mi cuerpo y me siento en la puta gloria. Sigo sin abrir los ojos, no quiero hacerlo, quiero llenarme de esa sensación, de sus caricias, de sus roces. De él. Pero no quiero verlo porque lo que quiero es grabar estas sensaciones en mi mente.

- ¡Ah! - noto su boca húmeda, me la chupa, me lame e incluso noto sus dientes suavemente.

Me retuerzo en la cama, me está matando y no voy a aguantar. No aguantaré si sigue así.

Dios. Es tan bueno.

- Hummm... joder... ya... ya... - me corrí con fuerzas. Brutal. Tanto que agarraba las sabanas clavando mis uñas en ellas, igual que mi cabeza hacia atrás en la almohada y mi cuerpo arqueado.

- Joder... - le oigo decir.

- Tom...

- ¿¿Que?? ¿Como me has llamado?

Mierda, esa no es la voz del de trenzas. ¿Y por qué cojones estaba pensando en ese tío?

No. No otra vez.

- ¿¿Quién cojones es Tom?? - abrí los ojos. La borrachera me ha bajado un rato en este tiempo y me doy cuenta que he metido la pata hasta el fondo. No por llamar a Erik por otro nombre, si no por nombrarle a él.

Me levanto de la cama, cogiendo la sabana y tapándome. Sigo algo

mareado por lo que me tengo que parar de mover y agarrar mi cabeza. Tengo que echarlo de aquí si no seguirá preguntando. Ahora mismo me daría de ostias a mí mismo.

- Lárgate. - le digo sin que apenas me salga la voz.

- ¿Quién es Tom? - insiste.

- Que Tom, ni que cojones. Tomates. Me apetecen tomates, coño. - me mira extrañado. Se que no se lo cree así que intenté disimular riéndome. - Tomates para Sheila, para la comida. Ahí, joder. Me duele la cabeza.

- Quien te entiende cuando vas borracho, tío. Buff. - resopla, de seguro ahora me echa en cara de que no le he tocado a él. - ¿Bueno, vamos a echar un polvo o me piro?

- Hum... - me dejo caer en la cama, riendo todavía. - Vete, chupapollas.

- Que gracioso. - me dice haciéndome la burla. - Descansa, pequeña puta.

- Zorra.

¿Por qué cojones he tenido que nombrar a ese tío? Si ni siquiera me acordaba de su nombre y lo tengo que recordar ahora. Me cago en la puta.

No es normal esto en mí, me he corrido dos veces como un bestia pensando en él. Supongo que será por el calentón con el que me dejo.

Si.

De seguro solo es por las ganas con las que me quede de tirármelo. Sacudí la cabeza, intentando espabilarme un poco sin éxito. Cogí el móvil e intenté poner la alarma. Ahora sí. A dormir por fin.

CAPITULO 6

- Veamos. Vosotros iréis primeros, os colocareis en el cruce con la general. En cuanto pasen los camiones dais el aviso. Cross. - dijo mirándome. - Erik, Jost y tú esperareis en el siguiente cruce que está exactamente a cinco minutos del primero. En cuanto os den el aviso cortáis la carretera con las señales haciéndolos parar. Cogéis los camiones y venís para aquí con ellos sin deteneros. Ser rápidos y no tendremos problemas.

- ¿Y el coche? - subnormal. Jost siempre dando la nota.

- ¿En serio me lo estas preguntando? - le dijo el Cabeza negando. - Aquí estaremos esperando con todos los hombres y unos cuantos toros de carga para descargar todo. Chino, Andi y Marcus. Os llevareis los camiones y ya sabéis lo que hacer con ellos.

- Sí, jefe. - contestaron a la vez.

- Bien. Pues adelante.

Todos salimos de allí dirigiéndonos a nuestros puestos. Apenas eran las once de la mañana, pero teníamos aviso de que los camiones pasarían por ese tramo de la autovía que vigilaríamos sobre las doce.

Me desperté hecho mierda. Con una resaca de un par de cojones, pero con una de las pastillas de Andi estaba como nuevo, más despierto que ninguno. Primero que nada, fui a avisar a Sheila de que se tendría que encargar de los críos. Y después fui a la oficina donde nos había reunido el Cabeza.

Jost era subnormal. Preguntar por el coche robado cuando sabe que siempre nos deshacemos de ellos. ¿Que importaba dejarlo tirado en medio de

la autovía? Nada.

Iba vestido como solía hacerlo para trabajar. Pantalones negros, vaqueros, pero elásticos, y una chaqueta con capucha. Así la braga me tapaba el rostro y la capucha el pelo. Cuando menos nos vieran, mejor. Casi todos íbamos igual, pero cada uno con su estilo.

La cosa era fácil. Coger los camiones y traerlos a la comunidad. Simple. Y entre los tres podríamos deshacernos de los camioneros rápidamente. Tres camiones, uno para cada uno. Claro, contábamos con que íbamos armados. Nunca solíamos usar las pistolas, pero venían bien para acojonar.

Erik iba conduciendo, yo de copiloto y detrás Jost. Ya habíamos dejado a los otros en sus puestos y nosotros ya estábamos aparcando el coche fuera de la autovía, al lado del cruce por donde saldríamos con los camiones. El cruce iba directo a un camino, que por este siguiendo unos 15 kilómetros, llegábamos a la comunidad.

- No entiendo para qué quiere camiones cargados de maderas. - dijo Jost. Erik y yo guardamos silencio. Erik porque no sabía tampoco para qué eran. Yo por simple vagueza. - ¿Hola? Cross, tú tienes que saberlo por cojones.

- Aja. - dije sin hacerle mucho caso. Le escuché resoplar y bajé del coche.

Abrí el maletero cogiendo el montón de señales, le di unas cuantas a Erik y empecé a caminar hacia atrás. Poniéndolas, avisando de que redujesen la velocidad y al final que se detuvieran. No había mucho tráfico así que nos dediques a decir a los vehículos que paraban que siguieran su camino. La gente se asustaba al vernos, normal. Tres tíos encapuchados en medio de la carretera, no era para menos.

Pasaba de Jost, y seguiría pasando todo lo que pudiera.

- ¿Quieres? - Erik me ofreció un cigarro el cual cogí. Le ofreció a Jost, pero se negó con mala cara.

Estaba enfadado por ignorarlo y eso me gustaba y me hacía gracia. No había nada que me gustara más que joderlo sin necesidad de abrir la boca.

Mi móvil sonó en mi mano, leí el mensaje. Ya venían. Devolví un "ok" como que lo había recibido y nos pusimos manos a la obra.

- Es la hora. - avise.

Yo me puse en un extremo, Erik en medio y Jost al otro lado. Cada uno nos ocuparíamos de uno, cogeríamos los camiones y saldríamos de allí echando ostias.

Los camiones se fueron acercando en fila, cada vez más lento hasta nosotros, hasta que se detuvieron por completo. Me dirigí al primero, sacando el arma de la cintura de mi pantalón a mi espalda, le apunté, con el seguro echado, pero no se daban cuenta porque en cuanto veían el arma se cagaban. El tío empezó a temblar y como acto reflejo levantó las manos, enseñándomelas. Erik y Jost pasaron de largo camino a los otros dos camiones. Abrí la puerta y apuntándole le eché.

- ¡¡¡Fuera!!! ¡¡¡Vamos!!!

- Si. Si. N-no dispares. No... No dispares. - me pidió con voz temblorosa.

Bajo del camión sin apartar la mirada de mí. Le hice caminar hasta que salió de la carretera y le mandé tumbarse boca abajo en el suelo.

- ¡¡Cross!! - mire hacia mi izquierda, atento al grito de Erik. - ¡¡Se a desmayado!!

- Joder. - murmure. - No te muevas o te meteré un tiro en la cabeza.

Fui caminando de espaldas hacia Erik. El tío estaba sobre el volante. Totalmente desmayado. Le mande vigilar al otro y eche un vistazo a Jost, tenía al suyo igual que el mío, tirado en el suelo, boca abajo. Subí las dos escaleras del camión de Erik para tomar el pulso al tío.

- Me cago en la puta.
- ¿Qué pasa? - me pregunto, baje del camión. Nunca nos había pasado esto,

pero el tío era viejo, podía verse que tendría más de setenta años.

- Tíralo al suelo y móntate.

- ¿Que dices? Se llevará un buen golpe en la cabeza.

- ¡¡He dicho que lo bajes y te montes!! ¿No entiendes? Estamos perdiendo mucho tiempo, joder. ¡¡Vámonos!! - no quería decirle a Erik que ese tío estaba muerto. - ¡¡Joder!! - yo mismo volví a subir el par de escalones y de un tirón lo tiré al suelo.

Erik se llevó la mano a la cabeza, asustado, pero cuando vio que el tío ni se movió, me miró esperando una respuesta. No le dije nada. Le volví a mandar que subiera entre gritos y por fin me hizo caso.

- Jost. ¡¡Nos vamos!! - asintió y se subió al camión.

Corrí de nuevo al mío e hice lo mismo. Mire por el retrovisor, los dos estaban montados. Ya podíamos irnos.

Erik con estos temas era algo delicado, no sé qué le pasaría en su vida, pero no podía ver a nadie muerto. Cuando lo hacía se quedaba paralizado, como si su cabeza se fuera de este mundo. Le paso lo mismo cuando el padre de Jost murió en la comunidad. Fue muerte natural, pero a Erik eso le daba igual. Estaba muerto y eso era suficiente. Por eso no quería decírselo, porque no reaccionaria y el plan se hubiera ido a la mierda. Aunque casi se queda ahí parado, y suponía que ahora mismo iba en camino dándole vueltas a la cabeza. Solo esperaba que tuviera los ojos abiertos y puestos en el camino, y más aún en mí, en mi camión, porque a la velocidad que íbamos por un puto camino, un fallo y acabaríamos estampándonos.

Seguimos recorriendo esos quince kilómetros sin problemas. Decidí marcarle a su móvil y lo puse en manos libres.

- Dime.

- ¿Todo bien?

- Estaba muerto, ¿verdad?

- Erik...
- Dímelo, Axel. - no nos podía haber pasado a mi o a Jost, no, tenía que ser a Erik.

- Estaba mayor. Del susto le habrá dado un infarto. No es tu culpa. - escuche su soplido. Miré por el retrovisor y pude ver como pasaba su mano derecha por su cara y luego la izquierda. ¿Estaba llorando? - Erik.

- Dime.

- Esta noche te follare fuerte. Como la gran puta que eres. - mire de nuevo por el retrovisor para ver qué cara ponía. Estaba riendo y lo escuche por el móvil también. Sonreí de medio lado. Era fácil levantarle el ánimo.

- Hecho. Pero no me vuelvas a llamar Tom.

- Agg.. Cállate zorra. Siempre tienes que joder el momento romántico. - soltó una gran carcajada.

- Estamos llegando. - y con eso colgó la llamada.

Poco tiempo nos llevó bajar todo de los camiones entre todos los hombres de la comunidad. Tal y como había dicho el jefe, tenía tres toros de carga para hacer el trabajo pesado. No sé cómo lo hacía, pero cuando necesitábamos cosas de estas, siempre las conseguía. Y sin nuestra ayuda. Mas raro todavía.

- ¿Has visto? - me pregunto Gustav poniéndose a mi lado y señalando con la cabeza hacia la casa nueva de madera. Una de esas como la que teníamos para los niños.

- Si. Supongo que será para los críos. - la había visto cuando lleguemos, pero tampoco me paré a preguntarme por ella porque tenía que encargarme de los camiones.

- No creo. Eso es lo raro. - fruncí el ceño y me giré para mandarle a los chicos que se llevaron los camiones.

Todos movían los grandes tableros, las puertas, las ventanas. Todo contra la oficina. Ahí se quedó porque no supe donde mandar dejarlos, así que ahí pensé que sería la mejor opción.

- ¿Como fue? - pegué un pequeño bote al escuchar de repente al Cabeza a mi espalda. Me giré y sonrió. Se dio cuenta de que me había asustado.

- Bien. Solo que... un pequeño problema.

- ¿Que ha pasado? - esperé a que abriera la oficina y entré detrás de él.

- Uno de los camioneros la palmo.

- ¿Muerto? ¿Como? - me miró alzando las cejas y tomó asiento detrás de la mesa.

- Supongo que la edad y el acojone lo han mandado para el otro barrio. La putada es que le ha tocado a Erik. - me senté frente a él.

- Vaya. A este chico siempre le toca todo.

- Cabeza... ¿Por qué le pasa eso? Llevo años que le conozco y todavía no lo entiendo. - le pregunté aun sabiendo que no me contestaría. Cada uno tenía su vida y todos la ocultaban. Por muy cercano que fuera a Erik, no me lo contaría, ni mucho menos el Cabeza.

- Es... duro. Axel, sabes que no soy quién para hablar de la vida de ninguno de los de aquí, pero... - hizo una pausa. Se levantó a poner la cafetera y se giró para verme. - Digamos que, lo que te paso a ti, a él le pasó por tres. - fruncí el ceño y por un momento me quedé en blanco repitiendo sus palabras.

Lo que te paso a ti, le pasó a él por tres.

No me jodas.

- ¿Quienes? - pregunte interesado en saber más de su historia.

- Sigues siendo un niño curioso a pesar de tener veintisiete años. - sonrió de lado. Cogió las dos tazas de café, dejando una frente a mí y otra para él, sentándose de nuevo en la silla. - Su madre, su hermana y su padre.

- Joder... - no me lo podía creer. Si para mí fue duro perder a mi madre, no me gustaría ponerme en el lugar de Erik. Pero seguía sin entender porque le conmocionaba tanto el ver a gente muerta.

- Él los encontró. Paso un día entero junto a ellos. Apenas tenía siete años. Todavía no lo ha superado, y creo, seriamente, que sería bueno que fuera a un psicólogo.

- No puede estando aquí. - ambos guardamos silencio.

Erik ya estaba aquí cuando yo llegué, y nunca hubiera pensado que esa era su historia. Nunca. Siempre ha sido un niño feliz, incluso ahora lo es. Bueno, voy a decirlo yo. Supongo que se parece más a mí de lo que podría haber pensado. Una careta, un muro, una coraza cara los demás.

La mierda la guardamos dentro, para nosotros.

- Mierda, justo en estos momentos...

- Es cuando odias la comunidad y toda la mierda que nos rodea. - dijo cortándome y terminando mi frase. - Créeme que pienso lo mismo, Axel. Nadie se merece esta vida. Somos como animales encerrados en una jaula.

- No te incluyas. - dije molesto y deje caer mi espalda contra el respaldo de la silla. - Tu no vives aquí las veinticuatro horas del día. No sabes lo que es no tener a nadie, estar solo. No sabes lo que es no saber lo que hay ahí fuera. Tú no, Cabeza. Tu sales y entras cuando te da la gana. Vienes y vas a tu antojo. Tienes cochazos, guardaespaldas, y lo más seguro es que tienes una puta mansión con sirvientes y una mujer esperándote, y quien sabe, hasta hijos. No puedes hablar. - lo dije calmado, pero con rabia. Me jodía cuando se comparaba con nosotros cuando él no tenía la misma vida. Ni de lejos.

Asintió lentamente, clavando la mirada en el escritorio y bebió el café tranquilamente. Me repatea, me jodía mucho que hiciera eso, como si me ignorase.

Bajo el café y lamió sus labios. Se cruzó de brazos y después de mirar la oficina, volvió a mirarme a los ojos.

- Bien. Dime si realmente conoces a alguien de la comunidad, si realmente lo haces, si podrías decirme la vida de alguien. ¿Podrías?

- No. - conteste seco.

- Entonces tampoco puedes decir nada sobre mí. ¿Cierto? No sabes nada de mí. - tenía razón, no sabía una mierda de su vida. - Puedo tener un coche de lujo y podría ser robado. Tengo guardaespaldas que podrían ser dos personas cualesquiera a quienes tengo amenazados para que hagan ese trabajo. Casa, ¿quién puede decir que cuando salgo de aquí no me voy a dormir debajo de un puente? ¿Eh? - baje la mirada a mis manos. ¿Por qué no me callaré? Siempre tenía que cagarla hablando de más. - No quiero cabrearme contigo, Axel. Contigo no.

Y ahí estaban de nuevo esas frases que me hacían preguntarme qué coño de especial tenía para él. Cuando le tocaba los huevos con mis preguntas, con mi insistencia, siempre me decía lo mismo.

A veces no entiendo porque llegó justo en el momento indicado. En el momento exacto de sacarme de allí antes de que mi propio padre me matara. Me preguntaba por qué y cómo. Él apareció sin más, en el momento justo de impedirlo y me salvó la puta vida. Y esas frases siempre me dejaban con las ganas de preguntarle, pero nunca lo hacía. No sé si por miedo de revolver el pasado, o por miedo a su respuesta.

Algo esconde, eso estaba claro.

- No tengo una mansión. Tengo una pequeña casa a las afueras de la ciudad. Mis guardaespaldas, como los llamáis, Ryan es mi hermano pequeño, James

mi primo. - joder. - Crecimos en la calle. Mis padres nos abandonaron y crecimos entre cajas de cartones y comiendo de lo que las tiendas, por pena, nos daban. Si, tengo hijos. No, no tengo mujer, pero, estuve enamorado de una muy guapa y... - sonrió, guardando un segundo de silencio, parecía recordarla amargamente. - Era preciosa. - era...

- ¿Murió? - cogió aire y cerrando los ojos siguió hablando.

- No soy rico, Axel. No soy rico como todos aquí piensan. Vivo con lo justo, como tú, como cualquiera aquí, solo que yo tengo gastos de la casa, vosotros no. Y alguien a quien a mantener y pagar estudios y pasarle dinero. - sus hijos.

- ¿Por qué pagar todos los muebles para mi casa entonces?

- Lo entenderás, cuando llegue el momento. Por ahora, confórmate con que eres la primera persona a quien le hablo de mí. Escúchame. El nuevo, es importante. No de la manera que piensas, no es ningún pez gordo. Es un caso... especial. Digamos que... es como tú y Sara. ¿Entiendes?

- No muy bien, pero bueno... - no entendía nada.

- ¿Has visto la casa nueva? - levante las cejas, ahora me cambiaba de tema como si hubiéramos estado hablando de cualquier cosa.

- Si.

- Bien. Vamos a verla.

Yo flipaba con este hombre. Por más que lo intento juro que no lo entiendo. Salimos de la oficina cerrándola con llave. Ni siquiera habíamos hablado de las maderas, del cargamento de los camiones. Me hablaba de su vida y ahora íbamos a ver una puta casa. ¿Quién podría entenderlo?

Había varios curiosos por alrededor, mirándola. Jost el primero. Me miró con mala hostia, como siempre. El Cabeza les hizo un gesto con la cabeza y todos desaparecieron. Lleguemos frente a la casa y abrió la puerta. Me dio

pasó con la mano, para que yo fuera el primero en entrar. Y juro que, si ya no entendía nada de lo que había pasado en la oficina, ahora entendía menos. Nada más entrar pude ver todos los muebles que compramos ayer. Todo estaba ahí, como si esa casa tuviera tiempo en ese lugar. Todo acomodado y en su sitio. Me paseé por la cocina con la boca abierta, por el pequeño salón, ambas cosas estaban en un solo cuarto, nada más entrar ya podías verlo. Al fondo vi tres puertas. Fui a una de ellas, a la de la izquierda la primera. Una habitación, también con todos los muebles que elegí. Dos camas separadas por un pequeño espacio entre ellas y un armario de dos puertas. Salí de allí, abrí la segunda puerta. El baño. Con su lavabo, su taza para cagar tranquilo y una ducha. Joder. Esto era un lujo. Salí de nuevo. El Cabeza solo me miraba desde fuera con una sonrisa. Pase de él, quería ver lo que escondía la última puerta. Una habitación, ¿rosa? ¿Pero qué coño? Era como una habitación para niña con peluches y...

Oh, mierda. No.

Sara.

- ¿Qué es esto? ¿Qué significa todo esto?
- Siéntate Axel. Hablemos. - me dijo tranquilo, sentándose en la mesa de fuera, de la cocina o el comedor, no sé. Esto no me gustaba y me estaba imaginando cosas que no sabía si eran reales. ¿No me podía meter con alguien nuevo y una niña a vivir? ¿Verdad?

Me senté frente a él. Pero pensaba dejarle las cosas claras, yo quería mi privacidad, mi casa, solo mía, mi pocilga, mi mierda. Pero solo para mí. No podía obligarme a vivir con una niña de la que me tendría que ocupar y con un tío que no sabía quién cojones era.

No.

- Mira, Cabeza. No sé si te has dado un golpe en los sesos o qué coño estas fumando estos días, pero... No puedo hacerme cargo de todo. No puedo estar pendiente de todo el mundo, de Sara y del tío nuevo. ¿Dónde queda mi privacidad? ¿Eh? Voy a tener que compartir habitación con él y casa con los dos.

- Te estoy dando una casa, completa. Axel, deberías de darme las gracias.

- ¡Pues no me gusta! - dije levantándome de la silla. - No la quiero, joder.

- ¿Y Sara? ¿Has pensado en Sara? - mierda. No podía utilizarla a ella para convencerme. - Sara te quiere, te aprecia. Sabes qué le haces falta. Ella es especial, lo sabes. Es especial para mí, y sobre todo para ti. Acepta por ella.

- Joder. - entrelace las manos detrás de mi cabeza, mirando al techo.

Estaba claro. Contra eso no podía. Sara me quería y siempre quería pasar el tiempo conmigo, nada le haría más feliz que vivir en una casa de verdad, con un solo cuarto para ella, con todos sus juguetes. Y yo.

- Tu solo... Seguirás haciendo lo mismo, al nuevo no tienes que vigilarlo estando aquí, solo cuando salga con vosotros.

- ¿Que? ¿Encima piensas meterle en mi grupo? No me jodas... - bufé cabreado. Me volví a sentar en la silla, sobando mi cara y moviendo ambas piernas. No me gustaba. No me gustaba enseñar a los nuevos, siempre la cagaban.

- Vamos. Por favor. Te lo pido como favor personal, Axel. Yo me encargare de llenaros la nevera, de comprar lo que os haga falta y...

- Antes me has dicho que apenas tienes dinero. Dime de una vez quién es. No me trago que es uno más. La casa, comida, todo... ¿por alguien más?

Bajo la mirada y empezó a golpear los dedos en la mesa.

- Acepto. - volví a hablar ganándome su atención de nuevo. - Acepto si me dices quien es. La verdad, quien es en realidad.

- No es fácil.

- Si lo es. Solo dilo.

Se puso de pie, nervioso. Nunca le había visto así. Camino por la casa paseando su mano por su corto pelo. Dudando si decírmelo o no. Guarde silencio. Quieto en mi sitio observándole, esperando paciente. Quería saberlo de una vez.

- No puedes decírselo a nadie. Si lo saben, irán a por él. Por favor, Axel.

- Sabes que puedes confiar en mí, Cabeza.

- Es... es mi hijo.

CAPITULO 7

No me lo podía creer. ¿Quién en su sano juicio metería a su propio hijo aquí?

Me quede callado. No supe qué decirle y tampoco quería cagarla con mi puta boca, porque a veces me perdía y lo sabía. Era mejor callar. Callar y analizar todo. El Cabeza confiaba en mí más de lo que yo mismo pensaba. Joder, me estaba confiando la vida de su hijo. Poniéndola en mis manos al pedirme que viniera en mi grupo cuando saliéramos de aquí. Su hijo robaría como yo. Estaría en constante peligro. Y me pide a mí que cuide de él. ¿Está loco? ¿Por qué yo? ¿Por qué me habla de su vida y me confiesa que el nuevo es su hijo? ¿Qué pasa con Sara? Porque ahora sospecho también de eso. El cariño que le tiene, el cuidado que le da, como la trata. Y yo. Y todo. No sé porque siento de repente que no se nada. No entiendo nada. No entiendo una mierda y mi cabeza me dice que hay algo más, mucho más tras todo esto. El Cabeza nunca metería aquí a su propio hijo, no si no tiene algún fin. Algún motivo por el que deba hacerlo.

- ¿Tiene problemas fuera? - logro decir en voz baja.

- ¿Que?
- Que si tiene problemas fuera de aquí. Así como yo, así como todos.

- No. No, él... No.

- ¿Entonces? ¿Por qué joderle la vida metiéndole aquí? No tiene sentido cabeza. No le hagas eso a tu propio hijo.

- No puedes entenderlo. Te dije que sabrías todo a su tiempo y ya sabes demasiado, Axel. No sigas cuestionándome, por favor. Ya es duro para mí. No

me hace gracia, pero debo hacerlo y sé que él terminara de entenderlo, aunque al principio me odie.

- No lo sabe, ¿verdad? No sabe nada de la comunidad, de la Colmena. No sabe nada de tu vida. - podía verlo en su expresión, en sus gestos. Su hijo no sabía nada de su vida y estaba a punto de descubrirlo de la manera más cruda. Metiéndolo de cabeza en nuestro mundo.

Para nadie es fácil ver esto. Ni siquiera para los que estamos desde hace años aquí. Esto no es vida. No es vida ver familias destrozadas por mucho que muestren una sonrisa cuando te ven, o saluden con unos buenos días cuando ningún día es bueno. No es fácil ver niños llorar noche y día llamando a sus padres. Esto no era fácil para nadie.

- No. No sabe nada de mí. Ni de vosotros. - se dejó caer en el sofá. Me levanté y me senté en el de enfrente, mirándolo. Nunca le había visto así, estaba conociendo una parte nueva del Cabeza. Y sabía perfectamente que solo lo hacía porque se trataba de mí. No lo haría con cualquiera. - Ni siquiera me reconocería si me viera por la calle. - dijo con una sonrisa amarga.

- Cabeza... - le llame en apenas un susurro. Quería saber más. Pero no me dejo.

- Bienvenido a tu nueva casa entonces, Axel. - se levantó de un salto, sonriendo, como si nada hubiera dicho de nuevo. Cerré los ojos y negué cansado de su actitud. - Ten. Aquí tienes una copia de las llaves, la otra será para el nuevo, y si no te molesta, me quedaré con otra por si hay alguna urgencia. - no pude decirle que no, no después de saber que su hijo viviría aquí. Mi intimidad se iba a la mierda definitivamente. - Ves a por Sara y hoy podéis empezar a vivir aquí.

- Cabeza... Sara...

- Gracias de nuevo, Axel. - posó su gran mano en mi hombro sin dejarme preguntarle nada. - Sé que siempre podre confiar en ti. Ahora me marcho. Debo indicarles a los demás cómo construir las casas a partir de esta. Me gustaría que se viera como una bonita urbanización.

Una bonita urbanización, dice. Se despidió de mí, dejándome con esa llave en las manos, en medio de esa casa. Mi nueva casa. Una casa de verdad, real.

Me dejé caer en el sillón, mirando al techo, dándole vueltas a esa llave en mis manos. El nuevo resultaba ser el hijo del cabeza, y encima ese chaval no sabía ni que el Cabeza era su padre. No tenía problemas y lo metía aquí. Y por otro lado estaba Sara. Por mucho que le tenga cariño, o sea un caso especial, el Cabeza nunca daría preferencia a nadie porque eso conlleva desatar envidias y más de una pelea aquí. Sara. ¿Qué pasaba con Sara? Sentía que algo se me escapaba. No sé por qué, pero siento que la pequeña Sara también esconde algo. Bueno, ella no, pobre. El Cabeza. Algo no me quiere decir. Y luego yo, la preferencia que me daba, los muebles, la casa, la manera de tratarme. Joder. Ya sé que dijo que todo a su tiempo, pero me muero por saber que cojones es lo que pasa con el Cabeza. Lo conozco y se me hace muy difícil pensar que quiera meter aquí a su hijo sin algún motivo que sea realmente fuerte, importante.

Por mucho que le diera vueltas no iba a sacar nada en claro, así que me levanté y salí de allí. Si tenía una jodida casa, y una puta cama en condiciones, no iba a perder ni un segundo más en salir de esa pocilga.

Cuando abrí la puerta y cerré a mis espaldas, al darme la vuelta vi como Erik, el Chino, Andi y Gustav ayudaban con las limitaciones para las casas, pintando sobre la tierra rayas con un spray de color rojo. No me fije mucho, pero era bastante espacio para cada una de ellas, casi como la mía. Solo que, bueno, no sé cómo quedaran una vez montadas, pero sabía que la mía iba a destacar.

Y ahí me di cuenta. Me di cuenta que yo no merecía más que los demás. Era como todos ellos, aunque yo fuera algo así como el jefe, pero no dejaba de ser como el resto. Con la misma vida y los mismos problemas. Yo no me merecía una casa con todo el confort que esa tenía.

- ¿Qué pasa, Cross? - Jost seguía mis pasos, caminando detrás de mí sin dejar de hablar. - Ya no solo es irte de citas con el Cabeza, salir a cenar y comprar, ahora es una puta casa. Qué será lo siguiente, ¿eh? ¿Te traerá un coche? ¿Una chacha para que...

- ¡Ya vale, joder! - me gire y avance los pocos pasos que me separaban de él hasta que le hable a tan solo centímetros de su cara. Cerro la boca y apretó los ojos por la sorpresa, pero no se tambaleo ni un milímetro, Jost no me tenía miedo. - Yo no he pedido nada de lo que me está dando, ¿entiendes? Deja de decir gilipolleces. Me jode tanto como a ti porque yo no merezco nada de eso. No soy más que nadie.

- Eres más puta que nadie. - dijo sonriendo de lado.

- Si quieres pensar que se la chupo, me importa una mierda, piénsalo. No es mi culpa que no puedas ver más allá de tus putas narices. Para ti todo se consigue así.

- ¿Qué quieres decir? - su expresión cambió, la pequeña sonrisa se borró y ahora se estaba cabreando, se estaba poniendo rojo porque sabía perfectamente a lo que me refería.

- Sé lo que hiciste. - oí como gritaban mi nombre a lo lejos, pero no podía despistarme porque sabía lo que iba a suceder de un momento a otro. Todos estaban ocupados y entretenidos con lo de la mierda de las casas y era un momento perfecto para Jost. Todos ocupados, nadie mirándonos. Un rápido movimiento y cumpliría su sueño. - Sé que te rebajaste ante el Cabeza para que te diera mi puesto. Eso te hace más puta que a mí.

- Eso es mentira. - su rabia crecía.

- Sabes perfectamente que es verdad. Lo vi, te vi, de rodillas frente a él y también vi cómo se rio en tu cara por pensar que chupándosela te daría mi lugar.

- Hijo de puta.

- ¡¡No me vuelvas a llamar así!!

- Hijo de pu-ta. - dijo en voz baja, inclinando la cabeza, separando las letras y burlándose de mí. Si algo me jode de sobremanera, me encendía y me

hacía perder el control, es que nombraran a mi madre. Mordí mi labio inferior, quería reventarle la cara, pero quería que él hiciera el primer movimiento ante los ojos que estaban observándonos apenas unos pasos a su espalda. - Podría acabar contigo aquí, en un segundo, en un solo movimiento, lo sabes.

- Hazlo. Hazlo y deshazte de mí. Hazlo y no me volverás a ver, pero no con ello lograras mandar aquí.

Su brazo derecho se movió rápidamente, pero yo estaba preparado. Sabía lo que estaba por hacer, con qué mano y como. Así que sin dudarlo y tal como pensaba que sería, conseguí parar su muñeca apenas unos centímetros de mi costado.

- ¡¡Jost!! - la punta de su navaja logró rozar mi ropa, pero la pare a tiempo.

- Acabas de joderte tú solo. - le susurre.

El Cabeza se terminó de acercar tan rápido como pudo. No dijo nada. Mis ojos estaban puestos en los de Jost y los de él en los míos. Sabía que, si no le echaban ahora mismo de aquí como aun perro, podría estar agradecido de por vida. Solté su muñeca cuando me di cuenta que el Cabeza le había agarrado y le arrancó de manera brusca la navaja. Jost apartó la mirada de mi para dar un paso atrás dejando que corra el aire entre nosotros, mirando sus pies.

- ¿¿De qué coño vas?? ¿Así agradeces todo lo que hago por ti? - no contestó, ni se movió. - Estoy muy cansado, hasta los huevos de ti. Jost... Te juro que si no fuera por tu padre... ¿Qué pensaría él?, ¿eh? Dímelo.

- Lo siento Cabeza.

- Ya puedes sentirlo. No me esperaba esto de ti. ¿Pensabas matarlo? Si Cross no fuera más rápido que tú, estaría desangrándose ahora mismo. ¿Qué hago contigo, eh? - se guardó la navaja en su bolsillo ante la atenta mirada de Jost. Se podía ver claramente que estaba mordiéndose la lengua para no pedirla. - Se acabó con tu gilipollez. A partir de ahora te quedaras en vigilancia.

- Pero...

- ¿¿Pero?? ¿Tendrás los huevos de reprocharme nada? Sera eso o irte de aquí. Tú mismo.

Jost le miró, y sin decirle nada más, después de dedicarme una última mirada, se dio media vuelta. Pero el Cabeza no había terminado.

- No quiero verte de nuevo cerca de Cross. En ningún sitio. Si él va al bar, tú te iras. Y así con todo. ¿Entendido?

- Si.

- Ahora lárgate. No quiero verte.

Jost se fue cabreado y quemado. Evitarme no le gustaba, le gustaba tocarme los huevos hasta hacerme saltar, pero ahora lo iba a tener jodido, porque, aunque el cabeza no estuviera en la comunidad, sabía de sobras que se lo dirían. Así que no le quedaba otra más que cumplir con la orden. El Cabeza se pasó la mano por la frente, estaba sudando, y ahora me daba cuenta que estaba hasta blanco.

- Joder. - dijo en apenas un susurro soltando un suspiro. - Menudo susto me ha dado.

- No ha sido para tanto.

- ¿Que no ha...? Tú estás loco, definitivamente estás loco.

- Sabía lo que iba a hacer y cómo. - dije encogiéndome de hombros.

- A veces pienso que de verdad estás jodido de la cabeza, Axel. - dijo negando, yo sonreí de lado. Eso casi era un cumplido para mis oídos. - En fin, menos mal que no te ha tocado. Anda, sigue con lo ibas a hacer.

- Cabeza, ¿puedo preguntarte cuándo vendrá tu... el nuevo?

- Ya lo has hecho. Ya me has preguntado. Cuídate. Esta tarde a las siete, reunión.

Y ahí estaba de nuevo. Joder. Dejándome como si nada, como si hubiera contado un chiste, es un hijo de puta cuando quiere. Y yo un imbécil por pensar que me contestaría.

Seguí mi camino. Fui a mi pequeña pocilga y en un par de viajes llevé lo poco que tenía. Mi ropa, la televisión y alguna cosa más. Lo demás lo deje ahí. Cuando tiraran la nave abajo lo harían con las casas dentro así que, no tenía nada más que recoger ahí. Cuando entre de nuevo a la casa, los recuerdos de mi madre me vinieron a la cabeza. Hacía mucho que no entraba en una casa de verdad. Y hacerlo de nuevo me recordaba a aquellas veces que volvía del colegio, o simplemente de jugar con mis amigos y mamá me esperaba con los brazos abiertos para llenarme de abrazos y besos. Y lo que me jodía era entrar en esa casa tan fría, sin nadie esperándome, sin ella, sin sus besos y sin sus abrazos.

Deje todo encima de mi cama. Ya que estaba solo de momento, podía elegir así que cogí la cama que daba a la ventana, como en mi antigua casa, en la de mama. Así podría dormir mirando la luna y las estrellas. Ya no me haría falta irme a la parte de atrás de la nave como solía hacer.

Algunas noches, cuando no podía más, cuando sentía que nada tenía sentido y quería desaparecer, me iba detrás de la nave, a la poca hierba que ahí crecía y me tumbaba en el suelo. Me quedaba por horas mirando la luna y las estrellas, y llorando en silencio. Ahí recordaba porque seguía aquí, en la comunidad, en esta mierda de vida y con vida. Yo no solía ser vengativo, no era un niño que guardara la rabia dentro, al contrario, no sabía enfadarme, pensaba que era absurdo. Cuando alguno de mis amigos me hacía enfadar o jugaban sucio conmigo, yo, al día siguiente, simplemente aparecía con mi mejor sonrisa. Olvidando todo. Pero desde entonces no puedo. No puedo hacer lo mismo, no puedo ser ese pequeño ángel que era, ese niño que amaba la vida. No tenía nada que amar ahora mismo. Y no podía olvidar y mucho menos perdonar si se trataba de él. Porque él me la quito. Porque él me había mandado de cabeza aquí. Porque el me arrebato lo que más quería y la vida, mi propia vida. A él no.

- Sara. - la llame. Estaba jugando con su peluche, ella sola sentada en la tierra manchando su nuevo vestido, pero ahora no importaba porque teníamos una lavadora donde limpiarlo.

- Hola, Cross. - salto a mis brazos, con los que la esperaba y beso mi mejilla.

- Tengo una sorpresa para ti. ¿Quieres verla?

- ¡¡Si!!

- Pues vamos, pequeña.
La solté en el suelo y me cogió de la mano, como a ella le gustaba caminar conmigo. Estaba feliz, con esas simples palabras era feliz, aunque la sorpresa fuera una pequeña flor sin sentido, a ella le haría feliz.

- ¿Que hacen? - me pregunto cuando vio a todos los hombres moverse con maderas.

- Están haciendo casas muy bonitas para vivir. Como la vuestra.

- Ah. - siguió mirando sin perderse ningún detalle. A ratos se quedaba atrás y tenía que tirar de su mano para que siguiera caminando. Sara era muy curiosa y le encantaba fijarse en lo que hacían los demás.

- Mira, ¿ves esa casa de ahí? - dije señalando la nuestra.

- Si. Es bonita, más bonita que la mía. - dijo refiriéndose a la casa de los niños.

Seguimos caminando y cuando estuvimos frente a ella, solté su pequeña mano para abrirla con la llave. La mire después de abrir la puerta y guardar la llave en mi bolsillo. Estaba por preguntarme algo, pero no abrió la boca. Empuje la puerta y deje que viera la casa.

- ¡Ala! - se quedó con la boca abierta y corrió dentro. Sonriendo y saltando

contenta. - ¿Esta es tu casa ahora?

- Si. - entré y cerré a mi espalda. Sara se subió al sofá y se dejó caer como si estuviera en una colchoneta. Me reí. El sofá era grande y ancho, Sara se veía tan pequeña sobre él.

- Me gusta mucho Cross. Es más bonita que la otra.

- Sara. - me senté a su lado y la levanté haciendo que quedara sentada también. - ¿A ti te gustaría vivir conmigo?

- ¿Eh?

- Que, si te gustaría vivir aquí, en esta casa, conmigo.

- Pero yo vivo con los niños.

- Lo sé. Pero si tú quieres, puedes vivir conmigo. Aquí.

- Pero... ¿voy a dormir aquí? ¿Y comer aquí?

- Sí, conmigo. Los dos comeremos juntos y dormiremos aquí. Y mira, podremos ver dibujos en la tele.

- ¡Ala! - se quedó mirando la televisión. Algunas veces había visto dibujos conmigo y eso para ella era mucho.

- ¿Quieres?

- ¡¡Si!! ¡¡Sí, quiero!! ¿Me dejas?

- Claro que sí, pequeña.

- ¡¡Si!! Voy a vivir con Cross. Voy a vivir con Cross.

No pude aguantarme una gran sonrisa de verla tan contenta. Saltaba de pie en el sofá, cosa que me estaba jodiendo, pero no podía regañarla. Así que solo

me quede sonriendo como un idiota viéndola tan contenta.

- Ahora, vamos a ver tu habitación. ¿Quieres?

- Si. Si.

La cogí en brazos y fuimos hacia allí. Me quedé parado en la puerta. No quería ser yo quien abriera la puerta, quería que fuera ella sola quien entrara en su espacio y descubriera todo lo que había en él.

- Esta será tu habitación. Dormirás tú sola porque ya eres una chica grande. Mi chica, y mi chica tiene que dormir sola. - la baje al suelo. - Sara, tienes que cuidar las cosas que hay ahí dentro, ¿vale?

- Si, Cross.

- Pues vamos, ábrela. Esa es tu habitación. Para ti sola.

Me dio un abrazo. Estiró su pequeña mano cogiendo el pomo de la puerta y la abrió despacio. La puerta abriéndose, los ojos de Sara de par en par, su boca de asombro y mi sonrisa, todo sucedió a la vez. Esa habitación era como un sueño para una niña como ella. Rosa, llena de peluches, sábanas de princesa. Entró quedándose en la puerta, dándome la espalda, no pude ver su expresión y me confundió mucho que no hiciera lo que yo pensaba. Creí que saldría corriendo, que saltaría en su cama, que tiraría todos los peluches por el suelo de alegría, creía que desarmaría la habitación completamente. Pero no paso eso.

Me puse detrás de ella, de rodillas como siempre hacía para quedar a su altura y la abracé por la espalda. Pensé que no le gustaba.

- ¿Qué pasa, pequeña? ¿No te gusta? - me quede callado y entonces note el pequeño temblor de su cuerpo entre mis brazos. Se giró rápidamente y se abrazó a mi cuello. Llorando. Me dio mucha pena y a la vez ternura que esa fuera su reacción. Cualquier niño se hubiera vuelto loco. Sara no. Sara lloraba de felicidad, pero sin tocar nada. Como la gran observadora que es, miro todo y se dio cuenta que todo eso era para ella y llorando fue su manera de expresar

su felicidad.

- Te quiero mucho, Cross. - me dijo abrazando mi cuello con sus pequeños brazos.

- Gracias, pequeña. Pero esto, esto nos lo ha regalado el Cabeza. - la aparté un poco de mí y limpié sus lágrimas. - Así que cuando lo veas, le tienes que dar un abrazo tan fuerte como el que me has dado a mí. ¿Vale? - asintió con la cabeza y una pequeña sonrisa se formó en sus labios. - Ahora, ves a ver tus juguetes y tu nueva cama.

- Tu conmigo.

- Vale.

La cogí en brazos y fuimos mirando los peluches y juguetes. Los cogía uno a uno acercándoselos, los veía, sonreía y me decía que los volviera a poner en su sitio. Así con cada uno de ellos. Después me senté en la cama con ella. Paso sus manos por la colcha, sintiendo la suavidad y la frescura. Sara estaba más feliz que nunca. La quería tanto. Si. Quería a Sara como si fuera mi pequeña hermanita, una que nunca tuve, y despertaba en mi ese sentimiento de quererla proteger y cuidar. Cuando vimos toda la habitación, me hizo tumbarme con ella en la cama, y abrazada a mí, ambos nos quedamos dormidos. Entre sabanas rosas de princesas.

CAPITULO 8

Sentado en un banco, en una ciudad distinta a la que siempre solía salir cuando podía, cuando el Cabeza me daba permiso y cuando no había nada que hacer, ahí estaba una tarde más. Pasando el tiempo sin nada que hacer, sin nada que observar más que a la gente a mi alrededor.

Ayer, en la reunión en la oficina con el Cabeza, nos dijo que hoy no haríamos nada. Y eso significa no salir a trabajar, no traficar con las drogas, ni dar ningún golpe. Día libre. Día de aburrimiento y día largo. Así que decidí salir esta mañana con su permiso. Deje a Sara al cuidado de Sheila dejándole las llaves de mi nueva casa, pues Sara no quería salir de allí de ninguna manera. La noche la pasó sentada en la cama, mirando todo una vez más, por largas horas, sin atreverse a tocar nada por miedo de romper algo o simplemente por miedo de romper esa perfecta organización de muñecos y juguetes. Me hizo dormir con ella en su cama. Y no me pude negar. Lo que me hizo pensar que tal vez tenga que dormir con ella alguna noche más hasta que se acostumbre a la casa, hasta que pierda el miedo de verse entre cuatro paredes ella sola. Pero lo haré encantado si es el caso.

La gente en la comunidad seguía construyendo sus casas, y en contra de mis pensamientos e ideas que me hice de como quedarían, no se veían diferente a la mía. Digamos que eran las mismas, solo que la mía ya estaba montada, como de muestra, como de ejemplo para que se fijaran en ella para construir las suyas. Tal como dijo el Cabeza, eran rápidas de montar. Tanto, que en cuanto vuelva a la comunidad, tengo seguro que cada familia ya estará en su casa.

Miro a mi alrededor y solo siento envidia. Envidia de los niños que juegan sin preocupaciones, de las familias que pasean sin miedo a ser vistos, a ser seguidos, sin miedo a nada. Envidia de esas parejas que disfrutan de lo que

para mí es irreal, sacado de cuentos y falso. El amor. Ese sentimiento que dicen que logra volverte loco, y yo sé que es real. El amor te hace perder el sentido de lo que está bien y está mal. Tanto, que es capaz de hacerte realizar la más puta locura de todas. Por eso sé que el amor es falso. Es falso e irreal. Porque un día piensas tener todo y al otro, tus propias manos acaban con eso que decías ser todo para ti. Yo no conozco ese sentimiento, ni el cariño, o si, porque lo que siento por mi pequeña Sara creo que es lo más cercano a querer que he podido sentir. Amar, solo he amado a una persona. Y es mi madre. Pero no hablo de ese amor o ese cariño. No. Hablo de ese del que te vuelve completamente inútil, imbécil, ese amor por el que haces locuras. Nunca lo he sentido ni tampoco lo quiero. Porque no quiero terminar siendo como mi padre. No quiero que esa locura me lleve a hacer lo mismo. No.

Y solo en momentos así, o bajo la luz de la luna, es cuando me encuentro con mi yo real. Y lo odio. Odio sentir los latidos de mi corazón golpear por mis pensamientos, moverse de diferente manera según mis recuerdos. Lo odio tanto. Odio sentir. Odio cualquier sentimiento que se aloja en mi corazón. Odio todo lo que me ha llevado hasta aquí, y a la vez, lo agradezco. Lo agradezco porque me ha hecho fuerte. Porque ahora soy capaz de no pensar si no quiero, ni sentir remordimientos. Porque soy una persona totalmente diferente, pero sigo teniendo alma de niño. Ese niño que quedó encerrado con apenas doce años para convertirse en lo que es hoy. Y entonces, odio mi yo de ahora.

No me entiendo ni yo mismo a veces. No sé en realidad lo que odio o lo que me gusta. A veces creo que es real eso que me dice Erik. Soy como dos personas encerradas en una, y nunca sabes con quién estas realmente.

Me empieza a doler la cabeza y sé que he llegado a mi tope y no aguanto un segundo más aquí. Así que me levanto para volver con los míos. Pero entonces, mirando al frente logro diferenciar a alguien caminando por las calles, sin saber de mi presencia, sin saber que estoy tan cerca de él. Cierro mis puños y susurro algún que otro insulto dirigido a él. Se porque estoy aquí, porque sigo vivo, verle me lo recuerda y me hace odiarlo todavía más. Porque él es una de mis razones de querer seguir adelante, él es parte de esta persona en la que ahora me he convertido. Él es mi meta. Y cuando logré lo que quiero... podré dormir más tranquilo. Sé que no es bueno sentir lo que siento,

pero lo haré por ella. Por mi madre.

Quiero venganza.

- ¡Sara! - la llamo en cuanto entro a casa, oigo su risa, pero no sale corriendo hacia a mí. Dejo las bolsas con lo que he comprado encima de la mesa.

- ¡¡No hagas eso Sara!! ¡Me estas mojando! - esa voz era de Sheila.

Y al volverme a fijar en las puertas de los cuartos, me doy cuenta que sale luz del baño y hay una pequeña raja dejando salir sus voces y sus risas. Me acerco a ella y la abro. He tenido que duchar más de una vez a Sara así que no es problema verla en la bañera, además, es una niña pequeña. Lo que no me esperaba, es ver a Sheila así. Está arrodillada frente a la bañera, sentada sobre sus pies, y no lleva pantalones. Lo único que veo de tela es un fino hilo perderse entre sus nalgas. Un tanga. Sonrió de lado al observarlo.

- ¡¡Cross!! - grita Sara, haciendo pegar un bote Sheila, que se levanta rápidamente para taparse con una toalla.

- Vaya. Yo cuando baño a Sara no me quito los pantalones.

- Idiota. ¿No sabes tocar a la puerta?

- Es mi casa. - dije encogiéndome de hombros. Y sonrío aún más al darme cuenta que su camiseta está completamente mojada y me deja apreciar sus pechos. La fina tela parece una segunda capa de piel, y al no usar sujetador, no hace falta usar imaginación, porque los veo completamente ante mí. Ella se da cuenta de lo que estoy observando, se pone más roja todavía y mira hacia abajo, dándose cuenta que es como yo digo. Y se tapa corriendo con la misma toalla subiéndola hasta sus hombros.

- Definitivamente, eres un gilipollas.

- ¡Eh! Cuida las palabras delante de Sara. Y no es mi culpa si usas poca ropa y menos que estés en tanga.

- Sara me a mojado entera. ¿Qué querías que hiciera?

- ¿Bañarte con ella? Hubiera sido una bonita imagen. - resopla, cabreada. Coge el pantalón y sale del baño empujándome.

- Cross, ¿me ayudas? - Sara esperaba para que la sacase de la bañera.

Así que cogí otra toalla y la envolví en ella como una momia. Sara ríe como una loca. La cojo y me la echo al hombro como un saco de patatas. Ella sigue riendo y pataleando, se divierte y eso me hace reír con ella. La llevé hasta a su habitación, en la que no estaba Sheila, así que supuse que fue a la mía a vestirse y tal vez coger algo de mi ropa.

- ¿Dónde has estado? - me pregunta Sara cuando la dejo en la cama.

- Comprando comida. ¿Te gusta la pizza?

- ¡¡Si!! - me acerco a ella después de coger un vestido azul marino con lunas blancas y unas braguitas de la Sirenita.

- Pues hoy cenaremos pizza.

- ¡¡Bien!!

La pongo de pie sobre la cama, quitándole la toalla y vistiéndola. Se ve preciosa. Me pide que le haga una trenza así que me siento en la cama, sentándola sobre mis rodillas y comienzo a peinarla. Sheila aparece en la puerta apoyándose en el umbral y puedo ver que lleva mi ropa. Unos vaqueros negros rasgados y una camiseta negra de tirantes, sin dibujos. Le queda bien.

- Tranquila, puedes coger mi ropa si quieres. - le digo riendo.

- Cross. Todos nos hemos enterado de lo que paso ayer con Jost. - levanto la mirada para ver sus ojos y parece preocupada.

- ¿Y?

- ¿Y? Te podía haber... - se muerde los labios antes de decir la palabra delante de Sara. - No te fíes de él. Sin ti aquí, esto sería un caos.

- No te preocupes por mí. Se cubrir mis espaldas. - termino de poner la goma al final de la trenza de Sara y le dejo un beso en la cabeza. - Lista, princesa.

- Gracias. ¿Puedo ir a jugar?

- Claro que sí, pequeña.

Sara sale corriendo de allí y oigo el portazo que da. Me levanto con la toalla en mis manos y voy al baño, a recoger el desorden que han montado y limpiar el agua que hay por el suelo. Sheila sigue mis pasos, como si quisiera decirme algo más. Pero parece que no se atreve.

- ¿Qué pasa? - le pregunto mientras que, con la misma toalla que he secado a Sara, limpio el agua del suelo. - ¿Vas a pedirme por fin un polvo?

- ¡Oh! Cross. ¿Sabes lo que más me jode de ti?

- Sorpréndeme. - cojo la toalla y con todo lo demás voy hasta la cocina seguido por Sheila. Meto todo en la lavadora y la cierro. Mierda, ¿cómo cojones funciona esto?

- Déjame a mí.

Mientras que le observo como aprieta y gira botones, ella me explica para qué es cada uno. Solo había usado la lavadora que teníamos antes, la común, y esa era abrir, meter, cerrar y play. Lo más sencillo del mundo. Pero coño, esta, esta era como una puta nave espacial. Tenía más botones que el mando de mi televisión.

- ¿Has entendido?

- Se. ¿Una cerveza? - asiente y saco dos dejándola sobre la mesa. Me siento en una silla y Sheila se sienta enfrente.

La verdad, no he pasado mucho tiempo con Sheila. Bueno, sí, pero en el bar, de borrachera. Normalmente solo hablo con ella cuando tengo que hacer el reparto y para los niños, poca cosa. Y hoy creo que, hasta el momento, es el tiempo más largo que he pasado con ella. Nunca me había fijado en su manera de mirarme, o tal vez es que hoy lo hace de manera diferente. Tal vez si esté preocupada de verdad por lo de Jost. No lo sé. Y me intriga saber lo que piensa, pero a la vez no me importa. Le doy un trago a mi cerveza y me fijo como ella da vueltas a la suya entre sus manos. Se que quiere decirme algo, pero le cuesta, o no sabe cómo decirlo, o simplemente no sabe si decírmelo o no. Así que decido romper el hielo.

- ¿Y qué es eso que te jode de mí? ¿Eh? - vuelvo a beber y entonces me mira.

- Que siempre te escondas detrás de esa puta máscara de borde e hijo de puta que has armado. - levantó una ceja. No sé de qué se extraña. Nadie aquí se muestra como es. - Nunca hemos hablado, nunca te has parado a tener una puta conversación conmigo. Se que no eres tan cabrón como intentas hacer ver. Y... Y me jode que todo el tiempo me digas que si quiero acostarme contigo.

- Es que estas buena.

- Cross... - cierra los ojos y resopla.

- ¿Que? Es la verdad, y hoy me lo has dejado más claro todavía.

- No soy un par de tetas y un culo, joder. Es lo que intento decirte. Me gustaría conocerte más, saber que es de ti, ser tu amiga. - se queda seria mirándome, lo dice enserio. Sonrío de medio lado.

- No tengo amigos, y menos aquí. Además, ¿por qué quieres serlo? ¿Quieres que vayamos al cine, a alguna discoteca a bailar, a emborracharnos? No podemos salir de aquí. Amigos dice.

- Esa es tu definición de amistad, ¿no? Algo que no podemos hacer porque no podemos salir de aquí. Pues para mi es lo que estamos haciendo ahora mismo, sentados en una mesa, con una cerveza y hablando. Eso lo hacen los amigos.

- Entonces... Ya lo estamos haciendo, ¿qué más quieres?

- Eres imposible. - se bebe la cerveza de un trago y se levanta de la silla. La veo que va a mi habitación y sale con su ropa hecha una bola y se para para volverme a hablar.

- Si un día estas mal, si un día te apetece desahogarte, estaré para ti, Cross. Eso son los amigos. Eso es lo que me hace falta. Se que no lo entiendes, pero creo que eres la única persona aquí que merece la pena, y me gustaría... me gustaría tener alguien que me escuchara. Pero déjalo, veo que tu no estas por la labor.

- Sheila...

Y con su nombre en la boca, me deja solo. Se ha ido cabreada y decepcionada, lo sé. Y lo entiendo. Claro que entiendo todo lo que me ha dicho y lo que acaba de pedirme, pero yo no sé si estoy dispuesto a abrirme, a hablar con ella. Yo no sé si soy el indicado para darle esa amistad. Podría escucharla, pero no creo que supiera consolarla porque sé que lo que necesita es hablar de su hija, que la consuele, pero qué podría decirle yo. También echo en falta a mi madre, hablar de mis problemas con alguien, de mis sentimientos, de la mierda que oprime mi corazón, pero se dónde estoy, estoy consciente de esto, y sé que no merece la pena lamentarse por el pasado ni dar vueltas a lo que no va a volver. Lo tengo asumido. No tengo vida y por lo tanto no tengo de qué hablar. Pero me jode no poder apoyarla y comportarme como un estúpido con ella. Para mí no es un par de tetas y un culo, es más, la verdad es que ni siquiera me acostaría con ella. Solo lo hago por joderla, por seguir fingiendo. Esa es parte de Cross. No de Axel. Ese no soy yo. Pero me siento tan perdido. Si fuera el de antes, aun con doce años sabría las palabras que decirle para hacerla sentir bien, aun siendo un niño sin experiencia en la vida sé que encontraría las palabras perfectas, pero ahora no.

Sigo en mi sitio, en la misma silla en la que me he quedado sentado cuando Sheila se ha ido, pensando en lo que me ha dicho, en sus palabras. No podre consolarla, pero si algo puedo hacer es dejar de comportarme como un capullo con ella. Y es lo que pienso hacer. Me levanté de la silla. Tiré la lata vacía a la basura y me saqué otra cerveza de la nevera junto a tres pizzas. Las metí al horno, por lo menos esto no era tan difícil. Temperatura arriba y abajo, a doscientos grados y solo quedaba esperar a que se vieran doradas y crujientes.

Cuando las tuve preparadas, me asomé a llamar a Sara. La encontré a poca distancia de casa, jugando ella sola con su peluche, como casi siempre. No tardó en venir corriendo a mí. Entramos en casa, le conté mi plan y dando palmadas y saltitos de felicidad, me hizo caso y salió de casa. Me quedé preparando la mesa. Tenía de todo. Servilletas, vasos de cristal, cubiertos nuevos. Coloqué todo para tres y me quedé mirándola. No estaba mal para no haberlo hecho en mucho tiempo. Tocaron a la puerta y fui a abrir, sabía que era Sara con mi invitada.

- ¿Qué te ha pasado? La niña me ha asustado. - se me quedó mirando de arriba abajo.

- Estoy bien, Sheila. - dije sonriendo.

- ¿Entonces...? ¿Por qué Sara me ha dicho que...? – afiló la mirada, ya se había dado cuenta. - ¿Las has mandado con una mentira para hacerme venir?

- Algo así...

- Cross. La madre que te pario...

- Sheila. - la agarré del brazo antes de que se fuera. - He preparado la cena, solo quería que cenaras conmigo y Sara.

- No.

- Por favor. Por Sara. - sabía que ante eso no se negaría.

- No la utilices a ella. - miré a Sara para que siguiera con el plan.

- Yo quiero que te quedes. - le dijo mi pequeña tal como le pedí. Con carita de pena y las manos entrelazadas delante de ella.

- Aiss... Está bien.

Al final aceptó y los tres nos sentemos en la mesa. Le corte un par de trozos a Sara y los puse en su plato, después corte el resto de pizza para ir cogiendo. No hablemos mucho, por no decir nada. Casi la media hora que duró la cena, ambos nos dediquemos a escuchar las increíbles historias de Sara. De lo que había oído por ahí, de lo que había visto, lo que los otros niños le decían y a lo que jugaba con su peluche. Era muy habladora y, se le dabas pie, no callaba nunca. Me fije en la expresión de Sheila, en como miraba a Sara, como hacía que se sorprendía por cosas insignificantes, como le preguntaba aparentando querer saber más cuando algo parecía importante para Sara. Por primera vez, Sheila me recordó a mi madre. Y me quedé embobado mirándola. Mi madre también solía hacer eso, darme la razón como a los locos, hacerse la interesada por mis historias. Cuando llegaba del colegio no podía parar de hablar, así como Sara, yo era igual. A veces me veo reflejado en ella. Somos muy parecidos, a decir verdad. Solo que en distintas versiones de sexo.

- Cross. Oye. - volví a la realidad. Sheila y Sara reían. Supongo que me perdí en mis pensamientos. - Te has quedado embobado mirándome.

- No. Bueno si, lo que pasa es que me has recordado a... Hum. - me quede callado. No podía decirlo. Esquive su mirada mirando hacia otro lado. Su mano se acercó a la mía y la acaricio.

- Todos necesitamos alguien que nos escuche. ¿Lo comprendes ahora? - parpadee un par de veces. Si, la entendía. Y puede que, en realidad, tuviera razón. Tal vez pensaba tanto en mi madre por no poder hablarlo con nadie. Tal vez si lo hiciera...

- No. Sara es tarde. Vamos a dormir.

- Cross. - estaba cogiéndola por los brazos para abrazarla, pero Sheila me detuvo. - Deja que cene primero. - cierto. No había terminado su pizza.

- Lo siento. - le dije a Sara dejándola de nuevo en la silla.

Me fui al baño y cerré la puerta tras mi espalda. Necesitaba despejarme. Los nervios me habían ganado y recurrí a Sara como escapatoria y Sheila lo notó. Nunca nadie me ha visto así. Me moje la cara y limpie el maquillaje que tenía. Me mire al espejo con toda el agua chorreando por ella. Me parecía tanto a mi madre sin maquillaje, que ahora que lo pienso, creo que me maquillo para apartarla de mis recuerdos.

Mama. Me haces tanta falta. Te echo de menos ¿sabes? Echo de menos que me esperes cuando vuelvo a casa y tus abrazos. Echo de menos tus gritos cuando volvía a casa con la ropa manchada. Echo de menos todo de ti, hasta tu manera de enfadarte conmigo. Y sé que, desde allá arriba, es así como estas. Enfada por lo que hago, por lo que he convertido mi vida. Sé que si estuvieras viva no me mirarías a la cara si supieras que robo, que me drogo y que.... Si estuvieras viva tendría una vida normal como un niño normal de mi edad. Si estuvieras aquí...

- Cross. - un par de toques en la puerta me hicieron cerrar los párpados y entonces las lágrimas cayeron.

- Voy.

- ¿Todo bien?

- Si... Si, ya salgo.

CAPITULO 9

He robado en tantas tiendas que no podría enumerarlas. Tantas joyerías que no podría ponerme todas esas joyas encima. Tanta comida que, si solo fuera para mí, estaría más que saciado hasta después de muerto. Coches para poder montar un concesionario de los grandes, tantos que llenarían un parking de tres plantas y lo más seguro, es que faltaría espacio. He perdido la cuenta de toda la mierda que me he metido en el cuerpo. Las veces que he follado con Gustav y Erik. Todos los insultos y amenazas de Jost tampoco podría apuntarlos en una puta libreta. No sé la razón exacta de porque nunca me he negado a nada de ello cuando va en contra de quien soy. Pero supongo que el pensar que por mi comen familias y se curan enfermedades, es razón suficiente para seguir con esto.

Sigo encerrado en el puto baño, no sé el tiempo que ha pasado. Hace rato que no oigo a Sara hablar, ni su risa. Ni tampoco a Sheila. Pero sé que sigue aquí porque no he escuchado la puerta de casa. Y no se si no salgo por miedo a que me pregunte de más o por miedo a derrumbarme delante de ella. Las putas palabras que me ha dicho hoy, y eso que no han sido ninguna cosa del otro mundo, han derrumbado un poco esa barrera que tanto me costó construir.

Me levanto del suelo, tengo que salir. Lo primero porque no puedo pasarme la noche encerrado aquí, y segundo, porque yo no me escondo. Nunca.

Sheila está sentada viendo la televisión en voz baja. Al oír la puerta del baño a volteado la cabeza para verme y me sonríe.

- ¿Todo bien? - me pregunta.

- Si. ¿Cerveza?

- Bien. -voy hasta la nevera y me doy cuenta que la mesa está recogida, y los pocos cubiertos que hemos usado están fregados. Cojo las dos cervezas y me dejo caer en el sofá a su lado y le paso una. - Gracias.

- ¿Por qué?

- Por fregar y acostar a Sara.

- No es nada. - ella está sentada de costado, de rodillas sobre sus piernas y un brazo en el respaldo. Yo solo me he dejado caer, como mi culo casi fuera del sofá. - Nunca te había visto sin... maquillaje. - bebo de mi cerveza sin mirarla y asiento.

- Nadie lo ha hecho. Eres la primera.

- Vaya, me siento privilegiada. - sonrió de medio lado. - Mírame. - lo hice. Gire la cabeza y le mire. Sus ojos recorrieron mi cara, analizándola. Viéndola por primera vez. - ¿Por qué lo haces?

- ¿Maquillarme? - asiente. - No lo sé. Empecé a hacerlo cuando llegué aquí.

- ¿Una barrera?

- Supongo. - bebo mi cerveza de nuevo. - La verdad es que... de pequeño en casa solía coger el maquillaje de mi madre cuando ella no estaba. Me gustaba probar como quedaba en mí. No sé, supongo que la intriga de ver que veía ella en eso que hacía todos los días.

- Te entiendo, yo también lo hacía. Aunque supongo que en una chica es más normal hacer esas cosas.

- ¿Me estas llamando anormal? - bromee entre risas.

- Tú no eres normal, Cross. Pero no, claro que no eres anormal. - dijo rodando los ojos. - Me refiero a que, es raro, ¿no? ¿Tu madre te pillo alguna vez?

- No. Nunca. Aunque supongo que lo sabía porque su maquillaje bajaba de cantidad día a día. - Sheila carcajeó por eso. - Pero nunca me dijo nada.

- ¿Sabes? Yo una vez de pequeña vi a mi madre en el baño, haciendo pipí. Me fije en que cogía algo de una bolsa que siempre veía en el baño pero que no sabía que era. Un día, también por curiosidad, cogí eso mismo y lo puse en mis braguitas, así como vi que lo hacía mi madre. Ella se dio cuenta porque pase todo el día con eso, y al final me molestaba y andaba como los pingüinos. Cuando me preguntó que qué era lo que me pasaba, yo le dije que me había puesto esas cosas suyas. Mi padre se rio mucho de mí. Ahí mi madre me explico para qué servían las compresas y me dijo que entonces no las necesitaba.

Padre...

Si yo supiera lo que esa palabra significa de verdad...

- Cross... ¿he dicho algo que te moleste? - la mire y negué. - Lo siento, pensé que te haría gracia.

- No es por eso. Solo... me quede pensando.

Sheila cambio de conversación. Agradecí que no me preguntara en que. Ambos seguimos hablando de cosas y anécdotas de cuando éramos críos. Me estaba sacando las cosas de forma natural, sin cuestionarme, sin darme cuenta. Sin darme cuenta le estaba contando por primera vez mi vida a alguien. Y, por raro que suene, me sentía bien. Pero supongo que era porque era ella. Con alguien más no podría hacerlo, incluso con el Cabeza que sabía todo acerca de mí no podía hablarle de mi pasado de forma natural. No me salía. Pero Sheila sabia como hacerlo, haciéndome reír, como si fuéramos... amigos.

- Me gusta hablar contigo. ¿Ves como no resulta tan difícil abrirte un poco? Solo hemos charlado y bebido unas cervezas. ¿A que sienta bien?

- Si. La verdad es que sí. Gracias, Sheila.

- Estoy para cuando quieras. En el fondo sabía que no eras como aparentabas. Creo que te estoy conociendo un poquito más y.… me gusta.

- ¿Que te gusta el que?

Me miró sonriendo y yo tenía la tontería de las putas cervezas. No entendía a qué se refería. Pero cuando vi que se inclinaba hacia mí, me puse más que nervioso. Rozo su nariz con la mía y acercó sus labios a los míos, pero no le deje tocarlos, gire la cara. Sheila me toco el pecho, acariciándome por encima de la camiseta.

- ¿Que... que haces, Sheila?

- Lo que siempre me has pedido. Ahora quiero. Quiero acostarme contigo, Cross.

- No... no, no, no. Espera... - la aparte de mi cogiendo sus hombros, empujándola hacia atrás. - Lo primero está Sara, y lo segundo...

- Lo segundo es que en realidad nunca has querido nada conmigo.

- ¿Eh? Claro que he querido, es más, creo que si no fuera por Sara...

- Oh, cállate. - dijo riendo. Me acomode de nuevo en el sofá, ya que me había recostado un poco por la sorpresa. - Sé que no es así. Vamos, es tu puta fachada. Tontear, ser un hijo de puta. Te he calado, Cross.

- ¿De qué hablas?

- De que me has dejado conocerte más de lo que piensas, de eso. Puede que sí quieras, pero en realidad no lo harías. ¿Verdad?

- Ja. ¿Quieres probar?

- Lo acabo de comprobar. Pero... Vamos. Demuéstrame que, según tú, no es cierto lo que digo. - se acostó en sofá boca arriba. - Toda tuya.

- ¿Estás segura?

- ¿Yo? La pregunta es si tu estas seguro. Vamos, ven aquí y bésame.

- Yo no beso. - dije riendo de medio lado. - Eso lo primero. Y lo segundo, demasiado fácil.

- Ya. - se volvió a sentar y se me quedó mirando a los ojos sin decir nada.

- Es tarde. Y debo despertarme a las...

- ¿Eres gay? - le miré alzando la ceja. - Eres gay. Por eso solo te tiras a Erik y Gustav. Conmigo era un juego, para hacerte más duro. ¿Verdad?

- Cállate. No sigas por ahí. No sigas con el interrogatorio, ¿quieres? Vete a casa.

- Es una pena, ¿sabes? - dijo levantándose del sofá. - Estas bueno y en el fondo, eres bueno. Gracias por la cena y la charla.

- De nada. - me dio la espalda y aproveché para darle una palmada en el culo.

- Eso, tu sigue con tu juego. En fin... Descansa, capullo.

- Adiós.

Cerré la puerta y volví al sofá. Apenas quedaban cuatro horas para ir a la oficina del Cabeza así que, para que deshacer la cama. Me quedaría ahí a dormir.

Sheila no era tonta y me lo acababa de demostrar fingiendo que quería acostarse conmigo. Me había cogido por los huevos. Y yo, soy imbécil, ¿qué me hubiera costado tirármela? Si lo hubiera hecho no la hubiera dejado pensar que yo era como ella pensaba después de la charla. Me maldije por eso. No estaba mal hablar un poco, desahogarme, pero no quería, para nada, que me viera tal y como yo era. Y lo había hecho. De la manera más tonta. Por lo

menos sabía que ella no es de los que van contando todo por ahí, así que al menos, lo que había salido de mi boca no saldría de la suya. Y por eso me quedaba un poco más tranquilo.

- Buenos días a todos. - nos saludó el Cabeza a lo que todos contestaron con un buenos días de igual modo. - Bien, empecemos. Hoy tenemos varias cosas que hacer. Andi, con los tuyos iréis a esta farmacia. - le tendió un papel, el típico mapa donde nos señala donde teníamos que ir, las cámaras que había y donde estaban las cosas que necesitábamos. - Cogeréis lo que hay en la lista para la comunidad, todo lo demás que podáis coger, os vais a las fábricas y los vendéis. ¿De acuerdo?

- Sí, jefe.

- Bien. Podéis iros. Chino, necesito un coche, que no sea muy grande y a poder ser negro.

- Sí, jefe. - de igual modo, se fueron una vez sabido el trabajo.
- Cross. Erik, Marcus y tú, iréis al mercado central. En la parte trasera hay un par de camiones listos para descargar mañana. Sacáis todo lo que podáis.

- No tenemos furgoneta ni camión.

- Os iréis con mi Hummer.

- ¿Que? - me quede pillado.

- Los camiones no están vigilados, ni hay cámaras, por lo tanto, no hay peligro. Cargar la parte de atrás tanto como podáis. Esta vez, cogéis de todo. Da igual si es carne fresca o congelado. Ahora con las casas equipadas podemos permitírnoslo. ¿Bien?

- Bien. - todavía no salía de mi asombro de coger ese puto tanque.

- Yo iré llamando ahora para que estén listos y hacer el reparto nada más que lleguéis. Ese será uno de los cambios de ahora en adelante con la comida. - asentí. - Cross, quédate un segundo.

Los chicos fueron al coche, dejándome a mi conducir. Sabía que me tocaría, pues no hablábamos de un coche cualquiera, sino del puto Hummer del Cabeza.

Entremos en la oficina y vi a los dos tipos que siempre iban con el Cabeza, lo que pasa es que ahora sabía quiénes eran y me costaba más mirarlos como siempre lo había hecho.

- Buenos días. - me atreví a saludar cuando nunca antes lo había hecho. Me contestaron con un movimiento de cabeza. El Cabeza me sonrió y entonces habló.

- ¿Cómo está Sara? ¿Le gusto su cuarto y la casa?

- Ella se ha quedado durmiendo. Le dejo mis llaves a Sheila cuando salgo para que la vigile mientras no estoy. Y si, la habitación le encantó. Pero sigue sin querer jugar con todas las cosas que le compró.

- ¿Por qué? - dijo frunciendo el ceño.

- No lo sé. Supongo que no quiere romperlos. Sabes como es. - asintió bajando la mirada.
- Después quiero ir a verla, cuando vuelvas. Y de paso hablo contigo del nuevo.

- Bien.

- Pues... a trabajar.

Estábamos camino del mercado ese y me estaba poniendo de los nervios. Marcus y Erik no dejaban de tocar todo y abrir guanteras y los cajones que había debajo de los asientos. Me estaban tocando mucho los huevos.

- ¡Parar ya, joder!

- Pero tío, ¿tú has visto este puto tanque? ¡Es la hostia!

- La hostia que te voy a dar. Para ya, coño. Y tú también, Erik. Ya vale.

- Oh, oh.

- ¿Que? - dije sin entender la cara de Erik.

- Desvíate, control.

- ¿Control? - intente afinar la vista, intentar ver algo, pero no veía una mierda.

- ¿No ves las putas luces? Hay más de cinco coches de policía. Estarán buscando algo. Desvíate por la primera que puedas a la derecha. Si seguimos por ahí, tardaremos cinco minutos más. - dijo mirando en el GPS de su móvil. - Pero los esquivaremos.

- Bien.

Seguí tal como me dijo y los pasamos de largo. Había una gran fila de coches parados así que si, estaban en busca de algo.

Tras cinco minutos más de los que nos hubiera costado llegar por el primer camino, llegamos sin problema siguiendo las indicaciones del GPS de Erik. Cuando lleguemos al lugar vimos un camión. Lo que me pareció raro. El Cabeza dijo dos, si dijo dos es que tenían que estar los dos.

- ¿No eran dos? - preguntó Marcus.

- Si. Eso se supone. - respondí mirando a todos los lados antes de acercarme más. Ya era demasiado raro que el Cabeza se equivocara en algo. Y más, que hubiera un par de coches cuando se suponía que solo tenían que estar los camiones.

- ¿Por qué paras? - me pareció ver una sombra detrás del camión y pare en seco.

- Esto no me gusta. - Erik se quedó fijamente mirándome, sabía que si hablaba así era porque en realidad no estaba viendo las cosas bien. Y no las estaban. Aquí había gato encerrado. Algo estaba pasando. - Lleváis las pistolas ¿verdad?

- Siempre. - dijo Marcus, mire a Erik y asintió.

- Bien, creo que nos están esperando así que, estar al loro. Taparos. - los tres nos cubrimos la cara, yo también la cabeza con mi capucha.

Bajemos del coche. Mande a Erik a un lado y a Marcus al otro. Rodeemos el camión y parece que no había nadie. Tal vez la sombra que vi fuera un gato. Me quedé mirando los coches. No se veía movimientos en ellos, pero aun así no me terminaba de fiar.

- Erik, quédate conmigo apuntando, quita el seguro. - hable en voz baja.

- ¿Que? No, ni de coña.

- Hazme caso si no quieres palmarla esta misma noche. - me miro con miedo, pero lo quito. - Marcus, abre rápidamente la puerta y te apartas. ¿Entendido?

- Si. ¿Crees que...?

- Si. Creo que están dentro.

Erik y yo nos coloquemos a ambos lados del camión, casi enfrente de las puertas, pero un poco ladeados, lo más seguro es que nos esperaran entrando a saco en él, así que así, se desconcertarían al no vernos de primeras. Marcus se acercó, sin cuidado, haciendo ruido, así como lo haríamos si no sospecháramos que había alguien. Abrió rápidamente la puerta ocultándose tras ella. Tal y como me esperaba, saltaron dos tíos de dentro. Cubiertos de igual modo que nosotros.

- Mierda.

Erik cogió rápidamente a uno por el cuello apuntándole y yo hice lo mismo con el otro.

- No, no, no, no. - decía el que yo tenía agarrado.

- ¿Quién os manda?

- Nadie.

- ¡¿¿¿Quién os manda???! - grité clavando la pistola en su sien. - ¿¿Hay más??

- No. Solo estamos los dos.

- ¿Seguro?

- Si, si, te lo juro. No me mates.

- Dime quien te manda.

- Nadie. Nadie. - apreté un poco más.

- Tengo una pistola cargada que no dudare en apretar si no hablas rápido.

- ¡¡Jost!! Jost, joder. - mire a Erik que se quedó con la misma cara que yo. No me lo podía creer. Pero sabía que no mentía porque nadie fuera de la comunidad sabía nuestros nombres.

- ¡¡Por favor!! - grito el que sujetaba Erik entre lloriqueos.

- Os vamos a soltar, os vais a montar en el puto coche y os vais a largar. Y cuando vuelvas a hablar con Jost, le mandas saludos de mi parte. ¿Entendido?

- Si, sí. Muy claro.

- ¡¡Pues largo!!

Lo solté de tal manera que se cayó de boca al suelo. Los dos salieron corriendo, no eran más que un par de críos de veinte años, si no tenían menos. No entendí nada porque ni siquiera iban armados. No sé qué pretendía Jost con esto.

Hijo de puta.

- Marcus, trae el Hummer. Vamos. Cargamos y nos piramos de aquí. - Marcus fue a por el coche del Cabeza. Mientras, Erik y yo entremos en el camión para ir moviendo cajas.

- ¿Qué crees que pretendía?

- No lo sé. Pero me estoy cansando de sus juegos.

- ¿Se lo dirás al jefe?

- No. De esto me encargo yo.

Marcus dejo la parte de atrás del Hummer junto a la parte trasera del camión. Hicimos cadena y apenas en diez minutos teníamos el Hummer cargado hasta los topes.

Volvimos a la comunidad por el mismo camino por dónde venimos. Con el Hummer cargado, no podíamos arriesgarnos a que siguieran con el control y que nos pararan. El Cabeza tenía un par de lonas que echamos por encima de todo lo cargado para que no se viera a simple vista, porque un coche cargado de comida a las siete de la mañana, era un poco raro. Así que seguimos por la carretera secundaria.

- ¿Qué piensas hacer con Jost? - me pregunto Marcus. Marcus se llevaba bastante bien con él, así que supongo que no tardará mucho en irle con el cuento.

- ¿Hacerle? ¿Por qué piensas que voy a hacerle algo? - le mire por el retrovisor.

- Porque nos ha jodido. Una cosa es tocar los huevos en la comunidad, otra jugar con el trabajo.

- Me alegra que pienses así. Pero no, no pienso hacerle nada.

Dije la verdad, no pensaba hacerlo. No pensaba mover ni un solo dedo. Marcus se encargaría de ir diciéndolo por la comunidad y el cuento llegara a oídos del Cabeza sin necesidad de abrir mi boca.

- Mierda. Policía. - paré el Hummer a un lado de la carretera.

- Mierda, ¿qué hacemos? - Erik se puso bastante nervioso.

- No sé... Em... Coño. - volví a mirar, Habían parado unos metros delante nuestro y venían caminando hacia nosotros. Todavía no había amanecido así que eso jugaba a nuestro favor, eso, y que los cristales eran tintados. - Marcus, escóndete tras el asiento de Erik y tu... Estate quieto. Me desabroche el cinturón lo más rápido que pude, estire mis manos hasta el pantalón de Erik.

- ¿Qué coño haces?

- Sígueme el juego, joder. Desnúdate. Corre.

En un visto y no visto, me subí sobre Erik y le estaba comiendo la boca. No se me ocurrió otra cosa y me arrepentí de hacerlo al segundo. Mis pantalones estaban en mis tobillos y los suyos con sus calzoncillos también. Los dos agentes tocaron el cristal, haciendo que nos separáramos y nos mirásemos. Bajé la ventanilla del coche y hundí la cabeza de Erik en mi cuello. No sabía mentir y con solo ver su expresión, nos descubrirán.

- Humm... - gemí cerrando un poco mis ojos. - ¿Pasa algo... agentes?

- ¡Oh! Perdonen... no... no queríamos molestar.

- Pues lo están haciendo.

- Si... ya...- el tío miró mis piernas sin disimulo alguno. - Esto... no es lugar para...

- Es una urgencia. Lo sentimos tanto...

- Em .... ya veo... Disculpen. Buenas noches.

- No hay problema.

Cerré la ventanilla y me quedé mirándolos como volvían al coche sin cruzar palabra entre ellos.

- Coño, como aprovechas. - le dije a Erik que seguía chupándome el cuello.

- Han vuelto a pasar días y soy débil, ¿qué quieres? - me aparté de él y me vestí, Erik también lo hizo, y Marcus salió de detrás del asiento.

- ¿A esto os dedicáis cuando no tenéis nada que hacer?

- Como digas una sola palabra, te arranco la lengua.

- Eh, tranquilo. Solo preguntaba por si podía unirme. - Erik empezó a reír y le pegue un golpe en la cabeza.

- No tiene ni puta gracia y tú, te buscas a una puta porque yo no lo soy, ¿estamos?

CAPITULO 10

En cuanto llegamos, entre todos los hombres para descargar, estaba Jost que me sonrió de medio lado el muy hijo de puta. Le sonreí de igual manera y le tiré la caja a mala hostia sobre los brazos.

- Tranquilo. - tubo los huevos de decirme.

- ¿Por qué tendría que estar nervioso según tu?

- Pues... no sé. Solo que se te ve alterado. Tal vez necesitas más tiempo libre, ¿no crees?

- Y tu estas dispuesto a dármelo, ¿verdad?

- Jost. - el Cabeza se puso a mi lado. - ¿Ocurre algo?

- Nada, jefe. Solo estaba aconsejando a Cross que debería descansar un poco más. - se dio la vuelta y se fue con la caja.

- ¿Algún problema? - me pregunto esta vez a mí.

- Nada, Cabeza. Todo bien.

- Bien. Dejamos que descarguen y... me invitas a un café.

- Claro.

Jost me echó una última mirada. La verdad es que me apetecía putearlo para que se entere de una puta vez con quien se está metiendo, pero, por otra parte, no quería montar escenas ni hacer problemas en la comunidad.

Caminé con el Cabeza hablando sobre las casas terminadas, como habían quedado y lo contentos que estaban todos. Lleguemos a mi casa, joder, que raro me sigue pareciendo el simple hecho de nombrar "mi casa", pasemos y se sentó en la mesa. Sara todavía estaba durmiendo, era pronto para ella, pero no tardaría en despertarse, porque al mínimo ruido lo hace. Me puse a preparar el café y también un vaso de leche con chocolate para cuando Sara se despertase.

- ¿Tomas... chocolate?

- No. Es para Sara. No creo que tarde en despertarse en cuanto nos oiga.

- La conoces bien, ¿verdad? Quiero decir, sus manías y esas cosas.

- Pues sí. - dije poniendo los tres vasos en la mesa y me senté enfrente de él. - Ya sabía sus manías y eso de antes, pero ahora la estoy conociendo mejor.

- ¿Por qué crees que no quiere tocar sus juguetes? Cualquier niño lo haría.

- Sí, pero Sara no es cualquier niño, eso deberías saberlo. - bebí de mi café mientras él daba vueltas todavía al suyo. - No lleva veneno. - sonrió de medio lado.

- Lo sé. No es eso, solo pensaba.

- Hujum. - a veces me intrigaba en qué pensaba tanto que me mordía la lengua para no preguntarle, pero tenía tantas dudas y cosas que quería descubrir últimamente que no pude. - ¿En qué?

- En Sara. En mi hijo. En ti. - vaya. - Sé que será un poco locura todo esto, pero sé que saldrá bien.

- Me dijo que su hijo no sabía que tú eres su padre, ¿no?

- No. O eso creo. Hace muchos años que no me ve. Supongo que no lo sabe porque alguna vez me lo cruce por la calle y ni siquiera me miró. Pero no sabría decirte, la verdad. Puede que solo finja.

- Entiendo. ¿Pero cuando venga... tendrás que decírselo?

- Humm. Si. Eso es lo más duro. Pero tú no le digas nada, déjame hacerlo yo, a mi ritmo y cuando vea conveniente.

- Esta bien. No soy quién para meterme en sus problemas. Pero le va a ser muy raro entrar aquí sin más, sin un motivo y sin razón. Mucho más si no ha hecho nada. ¿Cuántos años tiene, si puedo preguntar?

- Pues... creo que es de tu edad, si no me equivoco. - dijo acomodándose en la silla. - Y me atrevería a pedirte algo más. No quiero que... se involucre... con nadie de aquí. No sé si me entiendes.

- ¿Sentimentalmente? Aquí no pasa eso, Cabeza. - dije riéndome. - Aquí si follamos es por pasar el rato.

- Bueno, de igual manera. Cuídalo.

- ¿Estas de broma? ¿Como quieres que haga eso? Si tiene mi edad ya es mayorcito para saber dónde mete su...

- ¡¡ Axel!! Ya lo he entendido, no hace falta que hables así.

- Cross... - me giré y vi a Sara, abrazando su peluche y rascándose los ojitos.

- Hola, princesa. - la cogí en brazos y le dejé un beso en la cabeza. - ¿No vas a decirle nada al Cabeza?

- Si. - dijo en voz baja, todavía andaba medio dormida. Se bajó de mis piernas y fue a su lado, el Cabeza la cogió y la puso en su regazo como si fuera un bebé, hasta la acunaba. Por dios, este hombre me sorprendía cada vez más. - Gracias por la casa y mis juguetes.

- Oh, pequeña. No hay de qué. ¿Te gustaron?

El cabeza siguió hablando con Sara bajo mi atenta mirada. Hablando de la

casa, de su habitación, de la ropa y los juguetes. Sara estaba contentísima. A cada segundo tenía más claro que pasaba algo con Sara. No solo era porque cuando llegó estaba muy jodida la pobre, era algo más. La manera del Cabeza de hablarle, de tratarle... Había niños peor que ella, emocional y físicamente. Niños que necesitaban atenciones a cada minuto. Pero no eran ellos, era Sara a la que más cariño le tenía. ¿Por qué?

Sara ni siquiera probó el vaso de leche, se quedó dormida en sus brazos, le dije que la cogía y la llevaba a su cama, pero me dijo que no, que le dejara disfrutar de ese momento.

- Bueno, lo que quería comentarte, es que el nuevo vendrá esta noche. - dijo sin mirarme, solo tenía ojos para Sara. - Lo traerán mi... hermano y mi primo. Ya sabes. - esta vez sí que me miro y asentí. - Yo vendré por la mañana, tengo que encargarme de algo a primera hora y no podré acompañarlo. Lo traerán sobre la una, más o menos.

- ¿De madrugada?

- Si. Quiero que se instale estando todo en calma, que no sea mucho shock para él.

- Entiendo.

- Vas a recogerle y le traes para casa, que se instale y demás y después que él salga cuando se sienta preparado y eso. Que él se sienta bien.

- ¿Y si me pregunta por esto? Quiero decir, quienes somos y qué hacemos aquí y toda la historia.

- Pues... cuéntaselo. Tiene que saberlo y tiene que entenderlo, y cuanto antes mejor. Le daré una semana para que se acostumbre y entienda su papel, después de eso, empezará a trabajar como los demás.

- Bien.

Estuvimos hablando un rato más, diciéndome como quería las cosas y de lo

que se podría enterar su hijo y de lo que no. Me dejo bien claro que le dijera las normas, pues si las incumplía, por mucho que fuera su hijo, tendría que actuar con él como si fuera uno más. Me dijo que, ante todo, nadie se entere que él es su padre. No de momento. Que ya llegaría el día en que él mismo lo dijera. Pero el saberlo ahora, solo sería ponerlo en peligro, porque de igual modo que van a por el Cabeza, irían a por su hijo. Así que, en cierto modo, estaba tocado como todos los demás, solo por ser hijo de quien era.

Sara volvió a despertarse media hora después. Me reí, el Cabeza tenía cara de cansado de aguantar la misma postura por tanto rato, pero parecía que no quería apartarla de él por nada del mundo. Se quedó mientras desayuno y después se fue.

Le di la ducha diaria a Sara, la vestí y la deje en su habitación mientras yo también me daba una ducha, que me hacía falta. Cuando salí, me asomé a ver que hacía. Por fin había decidido jugar con sus nuevos juguetes y peluches. ¿Sería que esperaba de algún modo agradecer al Cabeza para tocarlos? A esta niña es difícil de entenderla, pero parecía que así era. De todas maneras, me hizo sentirme bien ver que por fin disfrutaba de sus cosas nuevas.

Tocaron a la puerta mientras estaba fregando los vasos. Me sequé las manos y fui a abrir.

- Buenos días.

- Buenos días. ¿Por qué no has usado tu llave?

- No es mi casa. Me parecía mal. - me dijo Sheila. - ¿Y la peque?
- Jugando en su habitación. - dije volviendo a la fregadera.

- ¡¡No!! ¿¿Jugando??

- Sep. Ha venido el Cabeza y han hablado. Creo que de algún modo quería agradecerle antes de tocar nada.

- Que tierna. - se puso a mi lado, apoyada contra la encimera.

- ¿Y tú? ¿Dónde vas tan temprano? Apenas son las diez de la mañana.

- Quería... bueno. Me apetecía llevarme a Sara un rato a mi casa. Pasar la mañana con ella y eso... ya sabes. - ya me imaginaba el por qué.

- Ella...

- No me lo recuerdes. - me corto. Quería preguntarle si ella le recordaba a su hija, pero era obvio que sí. - Es muy cariñosa y me gusta pasar el tiempo con ella. Pensaba llevármela y hacer unas galletas.

- Pregúntale. Yo no voy a decir que no. Por cierto. Esta noche vendrá el nuevo. No sé si encontrarse una niña de primeras en su casa sea buena idea.

- ¿Qué pasa con él? ¿De dónde sale y por qué?

- No lo sé. - me miró alzando una ceja. - Bueno, si lo sé, pero no puedo decir nada. Solo te diré que él no viene aquí con un motivo como el nuestro, así que será un poco más duro para él asimilar todo. Por eso quería pedirte que esta noche...

- Sin problemas. Yo me llevo a Sara a dormir a casa.

- Gracias.

- Para eso están los amigos. - me dijo riendo. - ¿Y si me la quedo todo el día? No hay problema.

- Como quieras. Si te la llevas yo aprovechare para dar una vuelta y ver cómo está el panorama. Desde que la tengo no he dado ni una sola vuelta.

- Hecho entonces.

Realmente, esto se veía muchísimo mejor. Todo estaba de puta madre. Hasta las mujeres habían colocado plantas en las puertas de las casas. Esto era otra cosa. La gente tenía otra expresión, las mujeres, sobre todo. Todos andaban felices y eso me gustaba. Un punto más que anotar para el Cabeza.

- Eh, tío.

- ¿Como va, rubio?

- Joder, mira que esto es pequeño, pero apenas te veo.

Y así era, desde que tenía la casa y a Sara a cargo, me había descuidado de todo lo demás. Hasta de tener contentos a mis chicos, y a quien iba a engañar, ya tenía ganas de follar yo también.

- ¿Tu casa ya está preparada?

- ¿Eh? Si, bueno, a medias. Tengo que mover algunas cosas, pero con la pierna... ya sabes. Voy a mi ritmo.

- Te echo una mano si me invitas a una cerveza.

- Claro. Y, por cierto, la parte de la comida, de lo que trajisteis esta mañana, la tengo yo.

- Ah. Si, me olvide de comentarles eso. A partir de ahora, no hagáis parte para mí.

- ¿Y de qué piensas alimentarte? ¿Del aire?

- El Cabeza llena mi nevera y todo lo demás.
- ¿El Cabeza? Joder, Cross... Lo tuyo es suerte, colega. Vamos. Te invito a esa cerveza.

Caminemos juntos rumbo a su casa, dando la vuelta a los cuadrados que formaban las casa. La verdad era que, si te fijabas, parecía un pequeño pueblo, organizado, ya no era la puta nave, ni tampoco te daba la sensación de estar rodeados por alambre. Llegamos a su casa, casi al lado de la oficina del Cabeza. Era igual que la mía, igual que todas las demás. Al contrario que yo, Gustav solo tenía un sofá, una pequeña mesa con un par de sillas, una cocina antigua y un solo armario, pero comparado con lo que teníamos antes, estaba

de puta madre. Tenía que mover la cama y el armario, y también quiso mover el sofá, decía que desde esa posición no veía bien la tele, así que, entre los dos, fuimos moviendo todo a su gusto.

Con la tontería, el cachondeo y la conversación, nos bebimos como cinco cervezas cada uno. Para nosotros la cerveza era como el agua de cada día, no teníamos fondo. La bebíamos como si nada y solo sabíamos que nos habíamos pasado cuando ya no sabíamos ni porque reíamos. Hoy quería aprovechar. Quería aprovechar por dos cosas. La primera es que Sara estaría todo el día con Sheila, y lo segundo, es que esta noche llegaría el nuevo y en cierta manera, sabía que me cortaría el rollo. A parte de que ya intimidad, no iba a tener de ninguna clase.

Puta vida.

Gustav se dejó caer en el sofá una vez que teníamos todo en orden. Me quedé mirándolo, o era ahora o no sabría cuándo.

- Gustav... ¿te apetece si... pasamos el rato a nuestro modo o qué?

- Sabes lo que voy a contestar, así que no preguntes. - me reí por su respuesta y por los colores que subieron a su cara.

Había veces que no le entendía. Gustav era callado, a veces, otras no había quien lo callase. Normalmente era algo tímido. Conmigo lo he visto de todas las maneras. De follar como locos, a ver como se me queda mirando con una extraña mirada. A veces no lo entiendo. Como los colores de ahora. Le mandé que se bajara los pantalones y yo lo hice frente a él. Me subí sobre sus piernas, dejando las mías flexionadas a ambos lados y ahí, comenzaba la fiesta.

Todo iba de puta madre. Como siempre, yo llevaba el ritmo como quería, me dejaba que me tocara y me masturbara como él quería mientras yo saltaba sobre sus piernas. Pero no sé qué coño le paso de repente que se quedó mirándome.

- ¿Pasa algo? - le pregunté bajando el ritmo.

- No, es solo que... Mmm - gimió fuerte cerrando los ojos.

- ¿Hablamos o follamos?

- La otra vez... me preguntaste que... a quien quería besar.

- Si, lo recuerdo. ¿Y? - ya me pare del todo. No entendía que quería decirme.

- Cross. Yo no quiero joder esto. Sé lo que piensas del amor y todo eso...

- Eh, espera un momento, rubio. No me jodas. - ya me lo olía. Mierda. Rompí la penetración. Me bajé de él y me vestí.

- ¿Que...? ¿Por qué...?

- Porque me estoy oliendo lo que me vas a decir y no quiero escucharlo. ¿Me oyes?

- Pero yo quiero decírtelo, además, no puedes saber algo que todavía no te he dicho.

- Bien. Bien. - intente tranquilizarme. Esto no me gustaba y menos viniendo de Gustav, no quería. - Después de que lo digas, no pasara más, ¿lo sabes verdad?

- Sí... - dijo nervioso. - Pero... Prefiero decírtelo que... seguir con esto sabiendo que no... que no habrá nada más.

- ¡No me jodas, Gustav! ¿Te has pillado por mí? Agg... Mierda. - me restregué la cara con las manos. Joder, y yo que estaba seguro de que esto no pasaría.

- Pues sí, lo siento si te jode, pero es así. Me gustas, me gustas, Cross. Y no quiero seguir acostándome contigo si no...

- No voy a sentir lo mismo por ti, nunca. Ni por ti, ni por nadie. - le corte antes de que lo dijera. - Joder. Lo siento, Gustav.

- No pasa nada. Lo entiendo.

Salí de ahí. Me sentía mal, asustado, cabreado. No lo sé. Fue un cúmulo de sensaciones raras. Nunca nadie me ha dicho que le gusto como lo acababa de hacer Gustav. Nadie. Y ahora no sabía si ir a ver a Erik como tenía pensado. Joder, todo era una mierda.

Yo quiero mucho a tu madre, Axel, nunca debes dudar de eso. ¿Vale hijo? Pero a veces las mujeres se ponen muy cabezonas, y un poco de mano dura no viene mal. No te tienes que asustar si ves que grito a tu madre, no la dejo de querer por eso. La amo mucho, así como a ti. Pero debes entender que el hombre soy yo, y tu madre es mujer, tiene que hacerme caso. Eso es amor, pequeño. La quiero así.

- La quiero así. No la querías, hijo de puta.

Entré en casa y me dejé caer contra la puerta. Ya estaba de nuevo con toda la mierda en mi garganta. De nuevo yo, de nuevo los recuerdos, de nuevo todo. Todo y nada.

No había recordado esa conversación en mucho tiempo, y Gustav hizo que volviera a mi mente con tan solo dos putas palabras. Palabras que odiaba y sentimientos que odiaba más todavía. ¿En qué momento dejé que esto pasase? Lo que tenía claro es que iba a dejar de follar con Gustav desde ya. Me iba a olvidar si o si, no le iba a gustar más porque me encargaría de eso.

Mierda. Me puse a llorar de nuevo como un puto gilipollas. Sentado en el

suelo contra la pared. Por suerte no estaba Sara.

No sé cuánto rato estuve allí, no lo sé. Al final me grite a mí mismo, no podía dejar que me viniera abajo cada vez que alguien me hacía recordar algo de mi vida, de mi pasado, y no sé qué coño tenían en mi contra ahora, que parecía que todos se ponían de acuerdo para hacerlo, para joderme. Cogí la botella de whisky que tenía en la nevera, y allí, por horas, tirado en el sofá y con música a toda ostia, perdí todas las horas del día.

Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta, tan fuertes que pude escucharlos aun dormido y por encima de la música. Me costó despertarme y más darme cuenta donde estaba. La botella vacía junto a otra más, cayeron al suelo. Me pegue un susto de la ostia. Cogí el mando de la televisión y la apagué. Me sobé la cabeza, joder, tenía un dolor de mil pares de cojones. Volvieron a aporrear la puerta con todas sus fuerzas.

- ¡¡¡Que ya voy, coño!!!

Me levanté del sofá, creo que aun iba borracho porque me tambaleé. Era borrachera con algo de resaca, creo. O ninguna. Ni puta idea. Miré mi reloj y entonces me di cuenta. Eran la una y media de la mañana pasadas y se suponía que a la una venia el nuevo. Y además a las seis tenía que haber hecho reunión. De cojones. Todo estaba saliendo de cojones. Ahora solo me faltaba que el tío fuera raro y toca-pelotas.

- ¡¡Cross!! - volvieron a gritar.

- ¡Que ya, joder! Impacientes. - abrí la puerta y me encontré con uno de los gorilas del Cabeza.

- ¿Por qué no has venido? Has faltado a tu palabra.

- Lo sé, lo sé, joder. Lo siento. He bebido y se me ha ido el tiempo.

- Esta bien. El Cabeza vino esta tarde, ya te vio. Solo dijo que espera que

no le falles. - ¿para eso quería las llaves? Cabrón, supongo que me encontraba dormido en el sofá cuando vino. - Bueno, te lo dejamos aquí.

- Si, sí. Que pase y se acomode. Voy al baño creo que... que... - me tapé la boca y salí corriendo al baño.

Necesitaba vomitar. No comí, ni cené en todo el día y el puto alcohol me estaba pasando factura. Joder. Tenía un olor a perros que daba asco hasta mirarme. Me limpié un poco la cara y me enjuagué la boca. Si tenía unas ojeras horribles que hasta debajo del maquillaje se me notaban. Estaba de cojones para presentarme ante el hijo del Cabeza. Pero qué remedio me quedaba. Oí como se despedían de él. El chaval les preguntaba que qué coño hacia aquí, que cuando pensaban decirle por qué le traían aquí. Bien, me espera una dura noche por lo visto. Salí del baño cerrando la puerta a mi espalda.

- Solo te voy a pedir que no chilles demasiado, ¿Estamos? Y por lo demás estás en tu casa. - ni siquiera le miré. Me fui a la nevera y cogí algo de comida llevándola directamente a mi boca.

- Tu...

- ¿hum? - me di la vuelta con la boca llena todavía. Escupí todo de la puta sorpresa que me llevé.

- No puede ser. ¿Qué puta broma es esta? - si para él era una broma, para mí era una puta pesadilla. Era el puto niño pijo, el diseñador de los cojones. El trenzas. El que...

- Mierda...

CAPITULO 11

Si pensaba que las cosas no podían ir peor, aquí estaba él para recordarme que sí. Siempre, todo, puede ir a peor. Me encontraba como una puta mierda y ahora me tocaba aguantar a este gilipollas. Tom, el puto diseñador de los cojones, hijo del Cabeza. Juro que no me los esperaba.

Que gilipollas soy.

Tenía que haberme imaginado desde el principio que algo pasaba con este cuando el Cabeza me pidió que lo echaran del trabajo. Si hubiera sabido que era su hijo, no lo hubiera hecho como lo hice. Eso seguro. Ahora cargaría en contra mía, o eso creo por su expresión de mala ostia. No me daba miedo, nada que ver, pero la puta sorpresa de encontrarme al Trenzas aquí, de saber que él era el hijo del jefe, que viviría aquí... Se me revolvió de nuevo el puto estómago. Me tuve que tapar la boca y salir corriendo de nuevo al baño. Creo que nunca he vomitado tanto como hoy. Joder. Vaya mierda de día estaba teniendo.

- Vaya sorpresa ¿no? - hablo desde la puerta, le daba igual que yo estuviera arrodillado en el suelo abrazado a la taza del váter y sin parar de vomitar. - Pensé que no te encontraría más. Pero mira lo que es la vida. En bandeja. - cogí papel y me limpié la boca.

- Cállate. - no quería oírlo.

- ¿Que me calle? Hiciste que me echaran de mi puto trabajo. ¿Qué quieres, que te dé las gracias por tu hospitalidad o qué? ¿Eh? - me levanté del suelo, mareado y tambaleándome de nuevo. Joder, definitivamente era la mierda más grande que había cogido desde hace tiempo.

Iba al lavabo, a enjuagarme la boca y refrescarme, pero el subnormal no me dejo. Me pegó un empujón que me hizo caer al suelo todo lo largo que era yo, y no soy pequeño que digamos. Me quedé mirándole con ganas de matarle.

- ¿De qué coño vas? Nadie me toca, ¿entiendes? - me puse de pie como pude, frente a él, que se cruzó de brazos muy chulito. Y ahora que me fijaba, no parecía el mismo que en aquella oficina. Iba vestido completamente de negro. Unos pantalones anchos, no como aquellos justos del traje que llevaba esa vez. No había corbata, ni chaqueta. Llevaba una camiseta negra, lisa, sin nada. Sus trenzas caían como la otra vez, solo que ahora tenía una banda en la frente, negra también. Se veía muy diferente. A decir verdad, pasaría por uno de nosotros sin problemas. Nadie pensaría que es nuevo aquí.

- ¿Que nadie te toca? - se rio en mi cara, dando el último paso que nos separaba. Bajo los brazos haciendo sus manos un puño. Si pensaba que me estaba acojonando estaba equivocado. - ¿Y quién se supone que eres para que nadie te toque? ¿Eh? - sonreí de medio lado.

- Si quieres acojonarme, no lo estas logrando. Aparta. - le pegué un empujón quitándolo de la puerta. Su expresión cambio, a más cabreado si podía. Abrí el grifo de agua, pero estaba claro que no me iba a dejar tranquilo.

- Hijo de... - ni le deje acabar la frase. Tal como lo vi acercarse por el espejo, me giré y le pegué un puñetazo en la boca. Si el cabeza lo viera ahora mismo, estaba jodido. Le había roto el labio y no sé si algo más por la cantidad de sangre que escurría por su barbilla. Se me quedó mirando por un segundo, se pasó el brazo limpiándose y antes de que pudiera reaccionar, me cogió tirándome al suelo de nuevo.

- ¡¡Cabrón!! - me volví a poner de pie. ¡Ya estaba bien! Me estaba tocando los huevos cuando ni siquiera tenía ganas de hablar. Me estaba pillando bajo de reflejos por la mierda del whisky, pero atiné a darle otro puñetazo que también lo dejó en el suelo.

- Vaya, el delicadito tiene fuerza por lo que veo.

- El delicadito te puede matar si quiere. Así que deja de tocarme los huevos.

- Pues parece que te gustaba cuando lo hice. - reí mirándolo desde arriba, no se levantaba del suelo.

- ¿Eso crees? No me jodas... Simplemente lo hice para que te echaran, diseñador de mierda.

- Ya claro, por eso me correspondiste el beso, ¿no? - se levantó del suelo. Eso ya había terminado por tocarme los huevos bien tocados. - Eres muy puta, ¿lo sabías?

- Si es un insulto... - hice una mueca como que no me importaba. - Suelen decírmelo mucho, tranquilo.

- Que hijo de puta eres. ¡¡Me has jodido la vida!! ¿Entiendes?

- Que no... me llames... ¡¡hijo de puta!!

Me abalancé contra él, repartiendo puñetazos por donde pude. Igual que él, que tampoco se quedó corto. Todo estaba pasando tan rápido que no me di cuenta ni de donde pegaba. Solo sé que me tiró contra la mesa, yo a él contra las sillas. Después estaba de nuevo en el suelo. Contra el sofá. Cada vez caíamos uno en un lugar diferente de la casa. Hacía mucho que no tenía una pelea de estas y me estaba desahogando de toda la puta mierda que guardaba dentro. No me importaba que fuera contra él que no tenía culpa de nada. Pero ya que estaba, ¿por qué no aprovechar? Seguimos peleándonos, dándonos golpes llenos de rabia uno contra el otro, cada uno con sus motivos. No sé en qué momento entraron porque ni siquiera me di cuenta. Solo oí los lloros de Sara y Sheila gritándome.

- ¡¡¡Cross, ya basta, joder!! ¡¡Parar!! - ambos paremos sin apartar la mirada del otro.

Le cogí del pecho de la camiseta y le hablé muy cerca de su puta cara.

- Si quieres matarme, por mí no hay problema, pero delante de la pequeña no. ¿Me escuchas? - bajo su mirada a Sara. Sus ojos se cerraron y toda esa rabia desapareció en apenas segundos. Puso sus manos sobre las mías,

haciendo que soltara el agarre y volvió a mirarme.

- Lo siento. - termine por soltarlo. Cogió una silla del suelo tumbada, la puso bien y se sentó en ella. Apoyó los brazos en sus piernas y después escondió la cara entre sus manos.

No entendía una mierda. Luego me dicen que yo soy raro. Joder.

Me giré de nuevo. Sara estaba agarrada a las piernas de Sheila llorando sin parar, supongo que estaba asustada.

- Sara. - la llamé despacio acercándome a ella. - Ven pequeña. - me miró dudando. Me miro a mí y luego al hijo del Cabeza. Corrió hacia a mi haciéndome caer de culo al suelo, me abrazó tan fuerte que pensaba que me ahogaría. - No pasa nada, ¿vale? - le acaricié la espalda. Se tranquilizo un poco y después se apartó. Me miró la cara y me acarició despacio.

- ¿Te duele? - no sabía que llevaba, ni si se me veía mal, pero imaginé que si por su carita.

- No, princesa. Estoy bien. - me dio un beso en la mejilla. Me levanté y la cogí en brazos. - ¿Por qué la has traído? Te pedí que durmiera en tu casa.

- Lo sé. Pero era imposible. No quería dormir, solo quería venir contigo. - joder. Bufé y asentí. Total... si se sentía incómodo el gilipollas que se aguantara. Ahora sí tenía claro que no iba a hacer nada porque se sintiera bien aquí, no de la forma en la que vino, no empezando así.

- ¿Vamos a dormir en tu cama de princesas?

- Si. - me di la vuelta para llevarla a su habitación. - ¡¡Tonto!! - soltó a mi espalda. Imagino que se lo diría al Trenzas. Me reí para mí mismo. Como quería a esta princesa.

La acosté y me hizo quedarme con ella preguntándome que quién era el otro, que por qué me pegaba, y cuando le expliqué que viviría aquí, casi se echa a llorar de nuevo.

- Pero es malo. - me dijo. - Te ha pegado.

- Si, pero no es malo, Sara. Solo... estaba nervioso. ¿Sabes? Contigo será bueno, ya lo veras. - porque yo mismo me encargaría de eso.

Al final se durmió y tras unos minutos salí de allí sin despertarla. Cerré la puerta y al darme la vuelta, Sheila estaba curando las heridas del Trenzas.

- Pero mira qué bonito. Ya puedes agradecerle, imbécil. - fui a coger un par de aspirinas, no podía más con la cabeza y ahora me dolía casi todo el puto cuerpo.

- ¿Qué haces? - me preguntó el señor diseñador.

- ¿Te importa mucho o qué?

- Te has bebido dos jodidas botellas de whisky, no puedes tomarte ahora dos aspirinas.

- Ja. Pues mira lo que me importa. - las cogí y me las tragué, sin agua. Ya estaba acostumbrado.

- Idiota.

- ¡¡Ya vale, joder!! - gritó Sheila levantándose de la silla. - Sois como dos putos críos. ¿Sabéis que por esto podéis ir los dos fuera de aquí? - y tenía razón.

- Mejor, ni siquiera sé qué pinto aquí. - dijo él.

- Pues no lo sé, ni me importa, pero si el Cabeza te quiere aquí será por algo. Y tú, Cross, se supone que tendrías que hacer que entendiera no romperle la cara.

- ¡¡Pero si ha sido él quien ha empezado!! No me jodas.

- ¿Yo? Si claro. Fuiste tu quien con tu mierda de... cara de puta hiciste que me echaran de mi trabajo.

- No tengo la culpa de que quisieras follarme.

- Ni de tirarme el café encima para tocarme la polla, ¿verdad?

- ¿Os conocéis de antes? - preguntó Sheila que seguía nuestras palabras como si estuviera viendo un partido de tenis.

- Si.

- No. - contestemos a la vez.

Los tres nos quedamos en silencio.

Me cago en la puta, de verdad. ¿No podía ser otro? No. Yo y mi puta suerte. Joder. Ahora me recordaría todos los putos días lo que hice. Bien. Pues para tener que vivir con él y trabajar con él, empezábamos de cojones.

Sheila siguió limpiando su cara, la verdad es que le había dejado como un puto cuadro. De la bonita cara que vi ese día, no quedaba nada. Tenía el labio partido, la nariz sangrando y el pómulo y el ojo derecho hinchándose poco a poco. Soy un burro, sí, pero no tengo culpa de que me insultara de la única manera que lograban sacarme de mis casillas. Nadie llamaba puta a mi madre.

- Le has llamado hijo de puta, ¿verdad? - yo estaba en el sofá viendo la televisión mientras ellos seguían a lo suyo. Sheila lo había susurrado, pero le había escuchado. Podía oírlos fácilmente.

- Si.

- Bien, pues no vuelvas a hacerlo si no quieres llevarte otra paliza.

- Pero es que... ha jodido mi vida.

- Nadie aquí tiene vida, así que si estás aquí es por algo. Lo de fuera no

importa más, así que olvida eso.

- No lo entiendo. No sé qué hago aquí. - la verdad es que parecía bastante confundido y sincero hablando con ella. Y no era para menos, imaginaba que el Cabeza había ido a por él sin más, le cogió y le metió aquí sin más explicaciones. Cualquiera estaría confundido.

Siguieron hablando poco más. Sheila le dijo que esto era otro mundo, que poco a poco lo entendería y que más valía que lo hiciera rápido. Y en eso le di la razón mentalmente. Al poco cambiemos posiciones. Él se sentó en el sofá a ver la tele y yo en la silla en la que él estaba para que Sheila me curará ahora a mí. Yo estaba más o menos como él por lo que me dijo Sheila. Labio y ceja partidos, nariz ensangrentada y un moratón en la mandíbula. A decir verdad, era la primera persona que me había metido una buena paliza. Aquí nadie se había metido conmigo, nunca, bueno, olvidándonos de Jost. Siempre he tenido alguna que otra pelea, pero fuera de la comunidad. Ya haya sido porque nos han pillado robando o porque he tenido que hacerme respetar cuando Andi no ha sabido hacer su trabajo. Pero no, nadie me había pegado como él. Tenía fuerza el cabrón.

- ¿Te duele?

- No. Ni siquiera lo noto. - dolía como su puta madre, pero no pensaba quejarme delante de él.

- Ya. Y a todo esto... ¿Cómo te llamas? - dijo levantando el tono y girando la cabeza para mirarle.

- ¿Yo? To...

- Thomson. - le corte. Nadie podía saber su nombre real. - Se llama Thomson, pero aquí será.... em... - piensa, piensa...

- ¿Puedo bautizarlo? Déjame, Cross. - a Sheila parecía hacerle ilusión así que... le afirme con la cabeza.

- ¿Y qué os hace pensar que quiera que me llamen por otro nombre? - dijo

poniéndose de pie y sentándose en la mesa a nuestro lado.

- Aquí nadie se llama por su nombre, bonito. - le dije para picarle. - Ella no se llama Sheila, ni yo Cross... ¿Lo vas pillando?

- Pues yo me quiero llamar Tom... - le fulmine con la mirada. - …son. Está bien, lo pillo. ¿Y cómo se supone que me llamareis?

- ¿Qué te parece...? amm... - Sheila miro al techo cruzando los brazos, pensando. - ¡Ya se! William. - ¿me estaba jodiendo? Acabarían por llamarle Will y si no Axel. No. Ni en broma. - Mi padre se llamaba así. - muy bien, y encima daba datos sobre ella.

- No. - negué. - Tiene que ser corto y ... ¿William? No le pega. Es muy blando.

- Oh. Gracias, me lo tomaré como un cumplido.

- Imbécil. Ray.

- ¿Ray?

- Si, Ray y punto. Y si no te gusta te jodes.

- Ray... - dijo en voz baja. - Bien. Me gusta.

- Pues venga, solucionado. Y ahora Sheila... me gustaría descansar que a lo tonto son las tres de la mañana.

- Si, claro. Bueno... esto... em... Ray... sí necesitas cualquier cosa, vivo tres casas más a la derecha. - que zorra. Con él sí, pero conmigo no.
- Gracias. - le guiño el ojo. Rodé los ojos y me levanté a abrirle la puerta.

- Hasta mañana. – le dije casi echándola de casa.

- Que mala hostia tienes. - me dijo Sheila al pasar por mi lado.

- Si, si, venga. Adiós.

Cerré la puerta y apoyé la frente sobre ella unos segundos, en serio que me dolía todo el puto cuerpo. Me di la vuelta y sin mirarlo de nuevo me fui a la habitación, a mi cama. Ya no tenía ganas de decir ni escuchar nada.

- ¿Dónde vas?

- A dormir. Y por si no lo sabías solo hay dos habitaciones. - dije mirándolo un segundo. - La de Sara y la nuestra.

- ¿Nuestra? ¿Encima tengo que dormir contigo? Dime al menos que hay dos camas.

- Mira, bonito. No compartiría cama contigo ni aunque fueras el último hombre en la tierra.

Entre en la habitación y sin más me tumbe en la cama. Boca arriba, con un brazo debajo de mi cabeza y con la mano sobándome las putas costillas. Al minuto entró él. Se me quedó mirando y me imito. Se dejó caer en la cama rebotando en ella y haciendo que se moviera chocando contra la pared. Cerré los ojos y negué. Bestia. Al menos parecía que ya no quería pegarme más. Un respiro, al menos de momento.

- Así que a partir de ahora me llamo Ray. - estaba a punto de dormirme, pero por lo visto, no me iba a dejar. Resople cansado. - Pero tú sabes cómo me llamo en realidad, ¿no? Por eso me has cortado.

- Tom. Lo escuche de tu jefe. Por eso lo sé. No te hagas ilusiones.

- ¿Y tú? Cross es tu apodo. Dime tu nombre.

- Tu flipas, bonito. Nadie lo sabe, y menos te lo diré a ti. Y me gustaría dormir, por si no te has enterado. Así que cállate de una puta vez.

- No creí que fueras así aquel día... Y deja de llamarme bonito. Eso iría más contigo. - no dije nada. No supe como tomarme esas palabras. Quedó callado durante un par de minutos, yo le di la espalda, me giré mirando a la

pared, acomodándome en la cama. - No fue mal momento, aunque perdiera mi trabajo. Tampoco me gustaba así que, me hiciste un favor. Un... gran favor. - abrí los ojos, pero seguí en silencio. Me quedé escuchándolo. No sabía de qué iba o qué era lo que intentaba ahora. Viene, me da una paliza, me reprocha que lo echasen por mi culpa y ahora, me estaba dando las gracias. Y por sus palabras, parecía que algo entre líneas también quería decir.

- Mas te vale dormir y cerrar tu boca. Te aviso que no solemos tener mucho tiempo para hacerlo, así que aprovecha. - le escuché resoplar.

- Sigo sin saber que hago aquí.

- Hasta mañana. - le dije para haber si así se callaba ya. Ni siquiera me contestó.

El tío era raro de cojones, o al menos eso me pareció. Aunque, yo también suelo ser así a veces. Tan pronto estoy de buenas cómo puedo estar de malas. Según me tocan el punto. Mañana vendría el Cabeza, y visto lo visto, lo acribillaría a preguntas, tal como había hecho aquí el poco rato que llevaba. Cansado, cerré los ojos y a pesar del puto dolor de costillas. Pude dormirme.

Me removí un poco, me estiré sobre la cama y bostecé. Me encogí de nuevo por el dolor, me había hecho polvo las costillas. Y entonces caí en la realidad. Él estaba aquí. Giré la cabeza hacia su cama, pero estaba vacía y perfectamente hecha. Me incorporé un poco mirando la habitación. Sus bolsas de ropa no estaban donde las dejo. A los pies del armario había tres o cuatro pares de deportivas y botas, colocadas de igual manera que mi calzado, haciendo una línea recta a los pies del armario. Fui a levantarme, me quedé sentado en la cama sobándome la cara y entonces vi lo que había encima de la mesita que separa ambas camas. ¿Me había preparado... el desayuno? Alcé ambas cejas, sorprendido. Muy sorprendido, a decir verdad. Nunca, nadie me había preparado el desayuno y me lo había traído a la cama. Por un momento pensé que quizás estaría Sheila en casa, pero Sheila tampoco haría esto. No, tenía que haber sido... Tom. Esto sonaba raro. Un zumo y un par de tostadas. Todavía no sabe mis gustos sino no lo hubiera hecho. Por un momento me dio

pena, porque yo no me comería eso, pero, por otro lado, me sudaba las pelotas. ¿Ahora quería hacerme la pelota, o qué? Se escuchaba algo de música, pero a volumen muy bajo. ¿Rap? Eso parecía.

- ¡¡Cross!!

- No grites, déjale descansar. ¿Quieres que te bañe yo? Se hacer pompas de jabón. ¿Quieres?

- ¡¡Si!!

Sara ya estaba despierta. Me levanté cogiendo la bandeja con el desayuno. No pensaba comérmelo. Para empezar, no me gusta el zumo, yo necesito de café para despertarme. Salí de la habitación, estarían en el baño porque no los vi. En la mesa de la cocina había un par de vasos. Uno con restos de zumo y el otro de leche con chocolate. También había un plato con más tostadas y otro con... ¿Qué coño era eso? ¿Tortas? Me acerqué un poco y cogí una, eran como blanditas y dulces. Hummm. No estaban mal. En la fregadera también había una sartén. ¿Le gustaba cocinar o qué? De verdad que no entendía a este tío, él había hecho esta mañana más que yo en toda mi vida. Me preparé mi café y me senté a tomármelo comiendo más cosas de esas. La verdad es que estaban buenísimas.

Sara y Tom seguían en el baño. Sara parecía pasarlo bien porque no paraba de reír. Estaba bien que después de lo de anoche no le cogiera miedo, solo le hacía falta a la pobre volver a lo de antes. Los escuchaba hablar y reír a los dos. Tom tenía una... bonita risa, a decir verdad. Poco o nada oías reír a alguien aquí de esa manera, sincera y... real. Me acerque al baño, tenía curiosidad de lo que estaban haciendo y de cómo la estaba bañando, aparte de que no me fiaba mucho de él. Abrí la puerta despacio, pero Sara me vio enseguida. Se me quedó mirando y le hice una señal de silencio poniendo mi dedo índice sobre mis labios. Ella me sonrió y dejó de mirarme, entendiendo a la primera. Estaba con el pelo completamente mojado y tenía una pequeña montaña de espuma sobre la cabeza. Estaba muy graciosa. Tom estaba arrodillado frente a ella y no dejaba de hundir las manos en el agua y después, acercándoselas a la boca y soplando, hacía que se formasen unas grandes pompas de jabón. Se las pasaba a Sara y ella las explotaba intentando

separarlas de su mano. No sé si decir que la escena me resultó... tierna seria normal en mí, pero así era. Tal vez el Trenzas no era tan cabrón después de todo.

CAPITULO 12

Verlos ahí, tranquilos, jugando y riendo, me recordó una vez a mi pasado. Solo que Sara era yo y el Trenzas mi madre. Era como si estuviera viviéndolo en ese momento, pero desde fuera. Podía verme allí, cubierto de agua y jabón y mama cantando y jugando conmigo. Feliz. Felices. Sonreí de lado ante el recuerdo, viéndolos, viéndome. Solo que no era mi madre, ni yo, y mi cabeza me jugó otra mala pasada. Él me miraba sonriendo, me estaba sonriendo y yo también, se me puso un nudo extraño en el estómago y en ese momento me di cuenta de lo que estaba haciendo.

- ¿Piensas seguir sonriéndome o me pasas la toalla?

- No te estaba sonriendo a ti, creído. - cogí la toalla colgada tras la puerta y se la tiré a la cara.

- Vaya humos por la mañana. ¿Ya no me vas a llamar bonito? - la cogió y esperó mientras la bañera se vaciaba para secar a Sara mientras ella seguía jugando con la espuma que se iba por el desagüe.

- ¿Te gusta o qué?

- La verdad es que no.

- Bien, pues entonces... Saca ya a Sara que me quiero duchar "bonito". Buenos días, princesa.

- Buenos días, Cross. - me contestó.

Si le jodía que le llamara así, pues así lo llamaría. Me fui del baño para ir a la habitación a coger ropa para darme una ducha en cuanto salieran.

Rebusque un poco. Al final cogí un pantalón vaquero negro y rasgado y una camiseta negra que yo mismo le recorté las mangas y el cuello para que fuera más cómoda. Cogí también unos calzoncillos y un par de calcetines. Me dejé caer por unos segundos en la cama. Tenía el estómago revuelto y... las putas costillas.

- ¡Cross! Cross, ¿puedo ir a jugar con Sheila? Porfi, porfi. - sin darme cuenta me quedé dormido. Sara estaba a mi lado tirando de mi brazo suplicando.

- ¿Ha venido a buscarte? - pregunté mientras me sentaba en la cama y la cogí en brazos.

- Si. Está fuera hablando con Tom.

- Ah, vale. Pues... - no, mierda. El gilipollas le había dicho a Sara que se llamaba Tom. - Esta bien. Ves con Sheila, pero pórtate bien. ¿Vale?

- Si. Te quiero mucho, bonito.

- ¿Que? - fruncí el ceño. ¿Por qué Sara me decía ahora bonito?

- Tom me ha dicho que te diga eso.

- ¿Bonito?

- No. - dijo riendo. - Te quiero mucho, bonito. - no entendía nada.

- Yo también te quiero, pequeña. Anda, ves. Luego iré a buscarte para comer.

- Vale. ¡Adiós!

Yo lo mataba. Le decía su nombre, encima la había vestido con un vestido recto con pantalones debajo, como si fuera una camiseta. Y para rematar, le había llenado la cabeza de esas putas trenzas igual que él. ¿Qué quería? ¿Un mini-yo? Ósea, un mini-el... Aggg, da igual. El caso es que no tenía puta idea de nada. Y encima le dice que me llame bonito, manda huevos. Ahora con más

razón le llamaría así para joderle. Cogí la ropa y salí de la habitación, estaba sentado tomando otro zumo viendo la televisión desde la mesa. Ni siquiera se dio cuenta de que salí de la habitación.

- Se supone que tienes que decir que te llamas Ray. - giró a verme. - Y ya has metido la pata con Sara. Y los vestidos no se ponen con pantalones.

- Era una camiseta.
- Es un vestido. ¿Desde cuándo las niñas llevan camisetas hasta las rodillas?

- Son camisetas raperas.

- Y tú eres gilipollas. - y lo decía tan serio, no, es que en realidad creía que era una camiseta. - ¿De dónde sales tu? Déjalo, no me importa. Me voy a duchar.

- Pensaba hacer lo mismo.

- Pues que bien.

Cerré la puerta a mi espalda una vez dentro. Me fui desnudando mientras iba pensando en todo. Esto no iba a encajar con nosotros ni de coña por mucho que el Cabeza quiera. Bueno, para pelear sirve, yo mismo lo he comprobado, pero dudo que para algo más. ¡Pero si esta jodido de la cabeza! No hay más que verlo para saberlo. ¿Quién cojones con sus años, y con sus pintas, se metería a diseñador? Pero si parecía venir de un lugar peor que este. Solo esperaba que por su bien y por el mío, me hiciera caso y cuando estuviéramos trabajando no metiera la pata. Me apoyé en la pared de la ducha. Me gustaba dejar que el agua cayera a mi cabeza, por mi pelo y fuera bajando por mi espalda. Me gustaba esa sensación y me relajaba. Ahora que Gustav está fuera, porque no pensaba volver a follar con él, tal vez podría reemplazarlo con el Trenzas. No es mala idea. Esta bueno de cojones y ya he comprobado que sabe tocar bien. Hum... La única pega es que se entere el Cabeza y me arranque la polla.

- Oye aquí hay un tío preguntando por ti.

- Pero que... ¡¡Definitivamente voy a matarte!! - cogí la toalla lo más rápido que pude y me tapé mis partes. - La puerta la cierro por algo, ¿sabes?

- Ya, pero si no echas el pestillo, invitas a que entren. ¿No sabias eso, Axel? - me sonrió y cerró la puerta.

- ¡¡¡Invito a que entre tu puta ma..!!!. - ¿me ha llamado por mi nombre? ¿Me acababa de llamar Axel? - ¡¡Eh!! Cabrón. - salí de la ducha corriendo detrás de él. - ¡¡Tu, imbécil!! ¿Como cojones me has llamado?

- No esperaba que me recibieras así.
- Ahora no, Erik. No me toques los huevos tú también. - Erik estaba sentado en el sofá y él trenzas estaba sacando una cerveza de la nevera.

- Lo siento. No quería molestar así que me ... - se levantó del sofá, mostrando las palmas.

- Tú te quedas ahí.

- Sí, jefe.

- ¿Sí, jefe? - se burló el gilipollas. - No pensarás que yo te llame así, ¿no? Ni tampoco que sea tan sumiso como ese. - dijo señalando a Erik sin mirarlo.

- Pues tendrás que hacerlo, porque aquí soy el jefe.

- No me hagas reír. Y vístete, se te ve ridículo discutiendo solo con una toalla cubriéndote ese... ese...

- ¿¿Que?? - grité.

- Pues... esa cosa... tan... pequeña que tienes ahí. - ¿me estaba diciendo que tenía la polla pequeña?

Me estaba sacando de mis putas casillas otra vez. Y encima el subnormal de Erik se reía. Le iba a dar una hostia, pero una hostia muy grande como

siguiera así. Se sentó como si nada en la mesa, bebiéndose la puta cerveza y mirándome con una medio sonrisa.

- Me estás hartando. - me acerqué a él y le quité la cerveza de la mano. Frunció el ceño, pero no dijo ni hizo nada. - Lo primero, yo soy el jefe y a mí me respetas, ¿estamos? Eso es lo primero que tienes que ir aprendiendo. Lo segundo, me llamo Cross, para ti y para todo el mundo. Ni se te ocurra llamarme como me has llamado, ni mucho menos como le has dicho a Sara que me llame.

- ¡Ah! ¿Me hizo caso? - sonrió - Esa pequeña es lista.

- Esa pequeña se llama Sara. Y sus vestidos no son putas camisetas raperas. ¡Y deja de ignorarme cuando te hablo!

- ¿Decías...?

- ¡¡¡Vete a la mierda!!
- Joder... pues sí que os lleváis bien. - me volví hacia Erik. No me quedaba una mierda de paciencia ahora mismo.

- Y tú, dime para qué has venido y lárgate.

- El Cabeza os espera en la oficina.

- ¿Y me lo dices ahora? Me cago en la puta...

Ambos salimos de casa en silencio. El silencio que se había formado desde que Erik salió de allí. Me termine de vestir después de gritarle dos cosas más. El Trenzas quería ducharse, pero no le dejé. Cuando el Cabeza quiere vernos, es ya, no esperar tres horas. Pero claro, como el señor no sabía nada todavía... Me iba a costar que me respetara como los demás y lo sabía de sobras. Pero lo conseguiría, como que me llamo... da igual. Lo conseguiría.

La gente ya estaba en sus faenas. Los hombres limpiando las calles, las mujeres con los niños y regando sus plantas y los niños correteando por ahí. No vi a Sara así que imagine que estaría con Sheila. Cuando lleguemos a la

oficina, el tanque estaba allí aparcado y los dos gorilas estaban también ahí, fumando y hablando. En cuanto nos vieron se callaron y se nos quedaron mirando. Raro, me pareció demasiado raro porque nunca prestan atención a nada. Ah, joder. Normal. Si los dos llevábamos la cara como un cuadro. Eso sería.

Cuando íbamos a entrar, el Trenzas me hizo una señal con la mano como que yo pasara primero. Rodé los ojos y lo hice, no pensaba montar un numerito delante del Cabeza.

- Buenos días, Cabeza. - saludé.

- Buenos días, Cross. Tom... espero que hayas pasado buena noche.
- No creo que te importe. ¿Ahora me va a explicar que cojones hago aquí y el motivo por el cual piensa que me voy a quedar? - había vuelto la bestia.

- Bien. Esperaba esta reacción. Por favor. Sentaros. - yo hice caso y tomé asiento.

- Estoy bien de pie.

- Como quieras. No voy a preguntar de que son todas esas marcas que ambos lleváis. Me lo puedo imaginar. - ja, que genio era el tío. Si estaba así era por su culpa y bien que lo sabía. - Supongo que, para que entiendas debo empezar por el principio. - dijo mirándole. ¿Le iba a decir que era su padre? ¿Tan pronto?

- Mira...

- Déjame hablar, Tom, por favor.

- Has tenido años para hablar así que ahora no me toques los cojones. - esto se ponía interesante. Me giré un poco sobre la silla para poder ver a ambos, ya que esto de seguro se convertía en un partido de tenis.

- Bueno, yo... supongo que...

- Eres mi padre. - ¡¡toma!! - Lo sé hace años, y se lo que haces y a lo que te dedicas. Si pensabas que eras el único que sabía jugar a los detectives, estas equivocado. - tío listo. Yo también hubiera investigado quien es mi padre si fuera mi caso.

- Bien. No me asombra, pero... ¿puedo preguntarte qué piensas de todo lo que sabes?

- ¿De qué robas?, bueno, tu no, tú tienes las manos limpias, haces que se las ensucien otros por ti. Pero sé que robas, que trafica con armas, con droga... ¿sigo? Porque también sé que pagas todos los meses la habitación de un hospital, lo que no se es...

- Ya. - le cortó justo en lo más interesante. - Sabes todo de mí, perfecto. Entonces me ahorras explicártelo. Cross...

- ¿Pero que tenéis en contra de los nombres? - le corto esta vez el de trenzas. - Se llama Axel, coño, lo sé. Y yo Tom, no Ray como pretendían ponerme. Me llamaré Tom, ¿entiendes? Es el nombre que me puso mi madre y tu no me lo vas a cambiar.

- Esta bien.

- ¿Que? - creo que él se sorprendió tanto como yo.

- Que está bien, hijo. Lo respeto.
- Oye, Cabeza... - yo también tenía mi nombre que mi madre también me había puesto y que a mí nadie me dio opción a dejarlo así. Me miro mal, bastante mal.

- Tus motivos son otros, te recuerdo que se te puso Cross por razones de vida o muerte. - asentí, agachando la mirada. Tenía razón. Pero siempre mi puta boca tiene que meter la pata. - Bien. Tom, acepto dejarte tu nombre ya que nadie sabe quién eres, nada más. Quiero dejarlo claro. Pero no digas que es tu nombre real. Será como si fuera tu nuevo nombre. Y en cuanto a...

- ¿Sara, Sara se llama Sara o..??

- ¿Sara? - le sorprendió tanto al Cabeza como a mí que preguntara por ella. - No te interesa.

- Me interesa.

- Bien, Tom, mi paciencia se agota rápido. A lo que iba. Axel te enseñara la comunidad, te va a presentar a la gente y te explicara lo que quieras saber. No saldrás de aquí, te guste o no. Tu vida es esta ahora y lo entenderás, aunque... - elevó la voz ya que el de trenzas abrió la boca para cortarle de nuevo. - Aunque, no te guste, sé que cuando sepas todo, entenderás. ¿Bien?

- No tengo otra opción por lo visto.

- Veo que vas entendiendo. Bien. A las dos vendrán a buscaros, os llevarán a comer fuera. A los tres.

- ¿Este, Sara y yo? - pregunte.

- Si. Y os pido que no os volváis a poner una mano encima al otro. Esta vez lo pasó por alto, no sucederá de nuevo. - dijo poniéndose de pie y pasando por el medio de los dos. - Hasta la noche.

- ¡Eh, no puedes irte así! - le gritó.

- Puede, y lo ha hecho. ¿Así que es tu padre?

- Tu lo sabias así que no te hagas el loco. - me dijo señalándome y echando humo por las orejas.

- Baja los humos, bonito. Que no te estoy diciendo nada ahora mismo. Lo sabía, pero lo supe hace un par de días porque él me lo contó.

- ¿Y para que me quiere aquí?

- No tengo ni puta idea y te aseguro que me intriga tanto como a ti.

- Quiero saber más de Sara. - dijo sentándose en la silla y acercándose con

ella a mí.

- Eh, relaja. No sé mucho de ella así que poco te puedo contar. Y dime por qué quieres saber de ella. Me di cuenta cómo te quedaste al verla cuando vino con Sheila. ¿Es que la conoces?

- No. No en realidad. - le miré alzando una ceja. - No lo sé. Creo que la he visto antes, pero no estoy seguro. Por eso quiero saber más de ella. - Sara no hacía mucho que estaba aquí, pero lo suficiente como para haber cambiado y crecido como para no reconocerla si la vio de pequeña. ¿Pero de que la conocía? ¿De dónde?

- ¿Y dónde se supone que la has visto? Sara era pequeña cuando llegó aquí. Dudo que puedas reconocerla.

Se me quedó mirando, como dudando si decirme más. Su mirada escondía algo, y se estaba poniendo nervioso. Conoce a Sara y sabía quién era, se le notaba, solo que quería asegurarse. Pero también veía que no me lo iba a contar. No confiaba en mí.

- Quiero hacer un trato contigo. - bufe.

- De tal palo tal astilla. Tienes la habilidad de tu padre para esquivar temas de conversación. - y eso me reventaba. Me puse de pie para irme de allí, si él esquivaba lo que a mí me interesaba, yo tampoco estaría dispuesto a escucharle.

Pero me agarro de la mano tirando de mí. No fue un agarre fuerte, no, era un agarre pidiendo ayuda. Fue fuerte como para frenarme, pero suave como para ponerle la atención que me pedía. Miré la unión de nuestras manos, y de nuevo esa cosa en el estómago que no sabía que cojones era.

- Por favor. Axel. - le mire a los ojos y era de nuevo ese tipo tranquilo de la oficina. Ese que me había atraído y que me había be... Cerré los ojos para sacar ese recuerdo de mi mente. No podía seguir pensando en.… en ese beso, joder.

- Esta bien. Te escucho. - saqué mi mano de entre las suyas y volví a sentarme frente a él.

- Yo te guardo respeto delante de los demás y acepto que seas el jefe y todo ese royo, pero tú me tiene que ayudar. - bien, esto no me lo esperaba. Sabía que no me lo pondría fácil e imaginaba que me vacilaría delante de los demás solo por dejarme en ridículo. Pero este cambio me gustaba. Total, no podría ayudarle mucho porque no es que sepa de más.

- Que se supone que tengo que hacer. Y no me pidas que te ayude a salir de aquí.

- No. Quiero quedarme. - ¿perdón? Si hasta hace dos minutos estaba pataleando como un crío pequeño pidiendo explicaciones de por qué tenía que estar aquí. - ¿Puedo confiar en ti?

- ¿Confiar en mí? Aquí no puedes confiar en nadie, ni en tu propia sombra.

- Me lo puedo imaginar, pero mi padre confía en ti, así que supongo que serás de fiar.

- Supones que seré de fiar... Bien... - no sé si se estaba riendo de mí o que. - Llegas anoche, me pegas una paliza, esta mañana me tocas los huevos de nuevo... Y ahora me pides ayuda y pareces otra persona. ¿Y me dices que si yo soy de fiar? Soy yo el que no sabe si tú eres de fiar con tu mierda de personalidad.

- Joder, entiéndeme. Hace unos días hiciste que perdiera mi trabajo, me traen aquí sin decirme ni dónde venía, ni para qué, ni por qué, y encima con la primera persona que me encuentro eres tú. Tú, justamente tú que te estuve buscando.

- ¿Que? - ¿cómo que me estuvo buscando? - ¿Para qué?

- Pues... para... Eso no importa, lo que importa es...

- Si importa, y quiero saberlo. - ¿tendría algo que ver con mi padre? No,

no podía ser porque es hijo del Cabeza, él lo sabría y no creo que lo metiera aquí si tuviera algo en contra de mí. - Dímelo y acepto el trato. Pero quiero la verdad.

- La verdad. - asentí con la cabeza. Miró al suelo, se pasó las manos por el pantalón, y si antes estaba nervioso, ahora parecía más. - Bien. La verdad es que... desde el otro día, en la oficina, pues... yo...

- Venga, no me jodas. No tengo todo el día.

- Me... gustaste.

- Si, claro... - reí. - Te enamoraste de mí en tan solo diez minutos ¿no? Bonito... - me acerque a él sonriendo de medio lado. - Fue un calentón. Nada más. Aprende a distinguir.

Maldita la hora que decidí acercarme vacilando con el tema. Rápidamente me cogió de la cara y había pegado sus labios a los míos sin ni siquiera esperarlo. Yo sabía prevenir los movimientos de los demás, esquivarlos, así como hice con Jost, porque normalmente solo mirando los ojos de las personas lo sé. Supongo que es por siempre mantenerme alerta, ante todo, pero con él... con él nada de eso me funcionaba. No sabía cómo iba a reaccionar, su próximo movimiento, ni sus próximas palabras. Cuando le miraba intentando ver más allá de su mirada, encontraba algo tan puro y limpio, sin malas intenciones que no podía descifrar. Pero no me gustaba esto de que tan pronto fuera una persona y luego otra. Ahora era el mismo de la oficina, pero cuando se cabreaba, era peor que yo, era una pura bestia que no media nada, ni su fuerza, ni sus palabras.

Y a mí me atraía uno y el otro lo odiaba.

Y ahora... estaba besándole sin darme cuenta. Yo, que odiaba esto, odia mezclar salivas, odia sentir los labios de nadie sobre los míos, era la cosa más asquerosa que podría imaginar, pero él me había enseñado que estaba equivocado, y sus besos me gustaban. Y este me estaba volviendo loco. Era lento, movía sus labios suavemente sobre los míos y simplemente le di paso a su lengua en mi boca. ¿Por qué? No lo sé. Ahora mismo es uno de esos momentos en los que no estas, en los que cuando pasan dices "¿qué ha

ocurrido?". Noté que sus labios se alejaron de los míos, y yo, como un completo gilipollas me quedé como estaba. Con los ojos cerrados y mis labios esperando más de los suyos.

- A esto yo no lo llamo calentón, le llamo algo más. - susurro sobre mis labios.

Me dieron igual sus palabras, me importo todo una mierda en ese momento. Solo quería una cosa, y era esa jodida boca.

CAPITULO 13

No sabía que me estaba pasando. El estómago me seguía doliendo, pero no era dolor, era como tenerlo revuelto. De seguro el puto whisky, pero nunca me había sentado tan mal, quiero decir, vomite y ya, se me tenía que pasar.

- ¿Cross? Ups... esto... - era Gustav. No podía ser otro el que nos encontrara... besándonos.

No me importaba el hecho de que nos pillara, sino que lo hiciera besándonos porque sabía que le daría muchísima más importancia, y además él, después de... ¿declararse? Supongo que se le llama así. Era un puto beso nada más. O eso creo, si, no hay nada más.

- ¿Qué pasa? - me levanté sin más de la silla como si no pasara nada. Gustav me miro extrañado.

- Ehh... Sara pregunta por vosotros, me ha mandado Sheila a buscaros. ¿Quien... quién es?

- Es Tom. Tom, él es Gustav, es de vigilancia.

- Un placer. - se levantó de la silla y se acercó para darle la mano.

- ¿Es el nuevo? - asentí. - ¿El que vive contigo?

- Si, Gustav. El nuevo, el que vive conmigo y Sara. Tom. ¿Ya?

- Tom... - repitió frunciendo el ceño. - Ya. ¿Puedo hablar un momento contigo?

- No. - pase por su lado saliendo de la oficina para ir en busca de Sara. Me giré al notar que Tom no venía detrás, y los encontré hablando. - ¡Eh! Hay cosas que hacer, rubio. Así que a lo tuyo.

Nunca había sido tan borde con Gustav, pero me daba igual. Me jodía un poco porque si a alguien tenía algo de aprecio era a él, pero no iba a dejar que se pillara por mí y me viniera con todas las mierdas de su cabeza a joder la mía. Eso del amor no era para mí, y odiaba que sintiera eso por mí. Así que, si tenía que ser un completo cabrón con él, lo sería.

Gustav se fue por el lado contrario y Tom siguió mis pasos en silencio. Ninguno dijimos nada, pero por la forma de mirarme de vez en cuando, sabía que se mordía la lengua para no decirme lo que sea que quería preguntar. Lleguemos a casa de Sheila, nos abrió la puerta y Sara estaba viendo la televisión. Me sorprendí de que tuviera una, rara era la casa que contaba con una.

- ¿Televisión? - yo me fui con ella hasta su habitación, me dijo que quería hablar conmigo.

- Si. - me senté en la cama y ella cerró la puerta quedándose de pie frente a mí. - El Cabeza me la ha traído esta mañana. Me ha dicho que sabía que Sara pasaba tiempo conmigo y que así podría ver los dibujos. ¿No te parece extraño?

- ¿El que?

- Su comportamiento con Sara. La protege mucho. Al principio era como una niña más, pero sabes que de hace tiempo no es así, y meterla a vivir contigo, sacarla a comer fuera, todo lo que le compra... Ahora esto. Es... raro.

Si, era raro y lo sabía. Pensaba lo mismo también. Al principio solo parecía que le mostraba cariño porque Sara también le cogió cariño enseguida. Pero eso había cambiado. Ya me extraño que la metiera en mi casa, pero me ha extrañado su reacción con Tom cuando le pregunto por ella. Tom estaba interesado en la pequeña, la conocía y el Cabeza la trataba como si fuera alguien especial. Estaba más que claro que estos dos escondían algo.

¿Pero qué? Y luego estaba eso de la puta habitación del hospital que había nombrado el Trenzas.

Ambos salimos de la habitación. Lo que me encontré solo confirmaba más mi teoría de que había gato encerrado. Un tío no es tan cariñoso con una cría sin apenas conocerla, le puede coger cariño con el tiempo, o como me pasó a mí, por verle tan mal. Pero Tom le había cogido demasiado cariño desde el principio. Y ahora, estaba durmiendo entre sus brazos tranquilamente. Y Sara no es que cogiera confianza con la gente tan pronto.

- Se ha dormido. - dijo en cuanto me vio.
- ¿No jodas?, no soy ciego.

- ¿Por qué eres tan borde?

- Dejar de discutir ya. - dijo Sheila. - Llevárosla a casa y dejarla dormir.

- No podemos. Saldremos a comer fuera y tengo que cambiarla. - no pensaba sacar a mi pequeña tal como la había vestido Tom, ni en broma. - ¿Por cierto, quieres explicarle que es un vestido y no una camiseta rapera? - le dije a Sheila señalando la ropa de Sara. Ella rio.

- ¿Una camiseta rapera? ¿De dónde vienes tu? Ya me parecía raro que tú la hubieras vestido así.

- Obvio que yo no la vestí. - no era el rey combinando ropa, pero al menos sabía vestirle en condiciones. - Ni tampoco la peine.

- ¿Tienes algo en contra de mis trenzas? Me pidió ella que la peinara así.

- Sí, seguro. Da igual. Dámela y nos vamos.

- No, la llevo yo.

- He dicho que me la des.

- ¿Y si no qué?

- Deja que la lleve Ray. - nos cortó Sheila.

- No me llames así. - dijo él poniéndose de pie.

- Se llama Tom, bueno, el Cabeza le ha puesto así, así que olvídate de Ray. - intenté explicarle sin que se diera cuenta de que Tom era su nombre real.

- ¿Entonces Tom? ¿Sin más? Que aburrido...

Después de que Tom la fulminara con la mirada, salimos de allí, y si, él la llevaba en brazos a mi pequeña. Lleguemos a casa y como todavía faltaba una hora para que los gorilas del Cabeza vinieran a por nosotros, él trenzas me pidió dejarla dormir mientras él se daba una ducha.

Yo me dejé caer en el sofá viendo la televisión. Había una mierda de programas, si cuando digo que solo vale la pena verla de noche es por algo. Solo merece la pena gastar tiempo viendo la caja tonta si es que hay porno en ella, si no para qué. La apagué y me levanté para poner música. Cuando lo encendí empezó a sonar la mierda de música de la mañana, saqué el disco.

- Mejores raps de la historia. - leí en él. - Mierda de música.

Cogí uno de los míos y ese lo dejé por ahí. Esto si era música.

Mis gustos eran un amplio abanico. Toleraba cualquier tipo de música, pero el rap, por favor... No tiene sentido, ni melodía, ni sentimientos, ni ningún tipo de mierda. Yo, si estaba animado me ponía rock fuerte, metal quizás, me subía el ánimo más todavía. Si quería estar tranquilo, ponía algo de música clásica. Y también escuchaba algo de pop y, bueno, casi todo menos rap.

Cuando me iba a tumbar de nuevo en el sofá, me quedé mirando la puerta del baño. Se escuchaba el agua de la ducha caer y también podía oírle a él cantando esas mierdas.

“Si no echas el pestillo, invitas a que entren. ¿No sabias eso, Axel?... “

Recordé sus palabras. ¿Él... habría echado el pestillo? No dude, no dude y

caminé hasta la puerta. Lo más seguro es que la hubiera cerrado, pero, ¿y si no? ¿Quería decir eso que me estaba invitando a pasar? Puse mi mano en el pomo, quería saberlo, quería saber si esa puta puerta estaba abierta. No sé por qué, pero lo necesitaba. Giré la mano lentamente, apretando la puerta hacia mí, si estaba abierta no lo sabría hasta que empujara un poco. El clic del pomo sonó. El agua todavía se oía caer y Tom seguía cantando. Solo tenía que empujar para saberlo, y lo hice.

Mi corazón empezó a golpear y me asusté. Me puse nervioso. Estaba abierta, no tenía pestillo y el olor a jabón rápidamente subió por mi nariz. ¿Entonces significaba que...?

- Cross.

- ¡¡Dios!! - pegué un bote del susto.

- ¡¡Eh!! Estoy duchándome, ¿qué haces? - y sin darme cuenta lo tenía frente a mí tal como su bendita madre lo trajo al mundo.
- Sara, no se entra cuando hay gente en el baño. - le grité a la pobre que enseguida hizo un puchero. Le tapé los ojos y de reojo, le grité a Tom también. - Y tú, hay una niña, el pestillo está para algo.

Di un portazo dejándole de nuevo solo en el baño. Su puta madre como estaba el condenado.

- Lo siento. - solté a Sara en cuanto oí su murmuró, todavía la tenía con los ojos tapados. Mierda, no tenía que haberle echado la culpa a ella.

- No pasa nada, pequeña. - me arrodille a su lado. - Ha sido culpa mía. - lloraba un poco, asustada de no entender nada. Le había gritado por algo que no había hecho.

- ¿He hecho algo malo?

- No, no princesa. ¿Me perdonas? - me abrazó el cuello fuerte y me dio un beso en la mejilla.

- Si.

La cogí en brazos y fui a cambiarla. Me daban ganas de apachurrarla con todas mis fuerzas cuando estaba así. Cuando se ponía triste y lloraba, tenía la manía de sacar la lengua y coger su labio superior. Era pura ternura. Y justo ahora estaba haciendo eso. Le puse un vestidito rosa que tenía un tutú debajo. Sabía lo que era porque de pequeño, mi mejor amiga por aquel entonces iba a ballet y siempre usaba uno. Le puse también unos zapatos del mismo color y, para terminar, le hice un moñito arriba de su cabeza dejando un poco de pelo cayendo de él. Me pidió permiso para jugar sentada en su alfombra y la dejé. Le alcancé todo lo que quería de las estanterías y me senté con ella en el suelo. Tenía el típico juego de las tacitas de café al que juegan todas las niñas, pero Sara las cogía, las miraba y las dejaba aparte. Se me ocurrió una idea así que, me puse a ello.

- Sara, ¿sabes jugar con esto? - le dije cogiéndolas y enseñándoselas.

- No.

- Mira. Vamos a jugar. Esto será la mesa. - cogí un pequeño pañuelo que tenía allí. - Esto es una tetera y tenemos que imaginar que dentro hay café. - asintió formando una sonrisa. - Bien. Esta es mi taza y esta es la tuya. Ahora vamos a jugar, ¿Vale? ¿Quién te gustaría ser?

- ¡¡Cenicienta!! - dijo casi en un grito.

- Vale, pues yo seré...

- El Príncipe. - me dijo ella.

- Bueno. Hola, Cenicienta. ¿Como está usted?

- Muy feliz, Príncipe. ¿Y tú?

- Yo estoy feliz siempre que estés conmigo. ¿Un poco de café? - asintió con la cabeza. Incliné la tetera como si estuviera echando café y se la acerqué. - Ten cuidado Cenicienta, está muy caliente. - hice lo mismo con mi taza. Sara

cogió la suya e hizo que estaba bebiendo de ella.

- Puaj. - alcé una ceja. Puso cara de asco. - Príncipe, no sabes hacer café. Esto esta malo. - oí una risa algo exagerada en la puerta, Tom estaba ahí mirándonos. Le saqué el dedo del medio y le miré con cara de pocos amigos.

- Perdón. - dijo cortando la risa. - Sara, ¿te quedas jugando un rato mientras yo hablo con Axel?

- ¿Quién es Axel?

- Nadie, pequeña. - ¿cómo podía ser tan torpe? No se iba a enterar nunca que aquí los nombres son importantes. - Quédate jugando. En un ratito nos iremos a comer fuera. ¿Te apetece?

- ¡¡Sii!!.

Le dejé ahí y salí de la habitación cruzándome con Tom que esperaba para cerrar la puerta. La cerró y vino hasta la cocina donde yo ya me estaba sentando en la mesa.

- ¿Una cerveza? - me dijo.

- No. Llevo el estómago raro hoy.

- No me extraña, te dije que no tomaras esa aspirina. - se sentó frente a mí con una cerveza. - Quiero que me cuentes sobre este lugar.

- Pensaba que no me preguntarías en todo el día. Y, por cierto, no me importa que me llames Axel aquí, en casa, solos, pero delante de Sara y de cualquiera soy Cross. Acuérdate.

- El tío de esta mañana sabe tu nombre. ¿Es el único? - claro, ahora entendía porque sabía mi nombre. De seguro cuando vino Erik con lo despistado que es, ni se dio cuenta que yo no abrí la puerta y diría mi nombre.

- De los que vivimos aquí sí, solo Erik. El Cabeza también me suele llamar Axel si estamos solos, pero nadie más lo sabe.

- El Cabeza, me hace gracia que llaméis así a mi padre. - sonrió de lado. No parecía estar mal al nombrarlo o hablar de él, visto como le hablo, pensaba que le jodería y que le tendría bastante manía, por así decirlo.

- Así que a la vez que tu padre seguía tu pista, tu seguías la suya. ¿Por qué nunca le dijiste que sabias quién era?

- Es una historia larga. Hace años que no vivo con él, pero sabiendo su nombre no es difícil dar con su casa y demás.

- ¿Ves la importancia de los nombres?

- Si y lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué todos aquí os lo cambiáis, ¿todos tenéis algo que esconder?

- A nosotros mismos. - frunció el ceño y me miró sin entender nada. - Aquí, como has podido ver hay familias y gente sola, hombres, mujeres, niños... Casi todos tenemos un pasado, a todos nos ha pasado algo y por eso acabemos aquí. Unos por no tener donde caer muertos, otros por huir de la policía porque les acusan de algo que no han hecho, otros simplemente están aquí por seguir vivos. Si estuvieran fuera, hace años estarían bajo tierra y sin ninguna razón, solo por ser quien son o por estar en el lugar menos indicado en el momento menos oportuno. - aquí me incluía a mí. Aunque a mi historial habría que añadir cosas. - Otros por venganza. No sé... Son muchos casos distintos y diferentes. Conforme pasen los días, te iras enterando de cosas.

- ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

- ¿Yo? - reí de medio lado, nadie lo sabía y él no iba a ser la excepción. - Digamos que estoy aquí porque tu padre apareció en el momento justo para salvarme la vida.

- ¿Mi padre? ¿Y te trajo aquí?

- Si. Hace más de quince años.

- ¿Quince años? Pero si... ¿qué tendrías, cinco? Llevas aquí toda tu vida

entonces.

- Tengo veintisiete, burro. Pero si, llevo aquí casi toda mi vida prácticamente, ¿por qué piensas que soy el hombre de confianza de tu padre? Sé mejor que nadie cómo funciona esto y me respetan.

- ¿Y robar, traficar...? ¿Con qué motivo lo hacéis?

- ¿Te parece poco el seguir con vida y alimentarnos?

- Podéis trabajar, buscaros la vida como cualquiera.

- No escuchas, ¿no? Si salimos de aquí, la mitad de nosotros acabaríamos con una bala en la cabeza, la otra mitad terminaría cumpliendo condenas en la cárcel por un muerto que no han visto en su puta vida y los demás, muertos de hambre en la calle. ¿No has visto todos esos niños jugando? Pues ninguno de ellos tiene con quien quedarse. Ni siquiera los aceptan en orfanatos o mierdas de esas. ¿Prefieres que mueran en la calle que vivir aquí? Creo que no. Aquí al menos tienen donde dormir caliente, no les falta comida nunca, ni medicamentos, ni a ellos ni a nadie.

- Hay otras alternativas. Lo que hacéis son delitos. - me reí en su cara. - ¿Dónde está el chiste? Yo no pienso meterme en eso. No mancharé mis manos con esas mierdas.

- Cuando lleves aquí un par de días, te aseguro que lo harás. Todos dicen lo mismo cuando llegan porque no entienden nada, pero en cuanto ven el panorama, lo entienden. Mira Sara, por ejemplo, tanto que te interesa. ¿No robarías comida para ella? ¿Ropa? ¿Medicamentos? Ella no tiene nada, solo cuenta con nosotros para poder ser una niña feliz y seguir creciendo. Dime, ¿te negarías a hacerlo por ella? - agachó la mirada, Sara era un punto débil para él y esto me lo terminaba de confirmar. Por ella si lo haría. – Pues yo lo hago por ella, por ella y por el resto de niños, de familias. Somos lo único que tienen. ¿Lo entiendes? Te aseguro que, si hubiera otras maneras, tu padre lo sabría, y te puedo asegurar que lo ha intentado, pero no hay otra "alternativa", como tú dices. - se mordió el labio y el piercing, pensativo. Supongo que procesando todo o tal vez haciéndose a la idea de lo que le tocaría hacer a

partir de ahora. - Hazte a la idea rápido porque, si tu padre no te lo ha dicho, te lo digo yo. No saldrás nunca de aquí. - me levanté para coger un poco de agua.

- ¿Como que no saldré nunca de aquí?

- Tu vida ahora es esta. No importa lo que tuvieras fuera. Si estás aquí, ahora solo vivirás por la comunidad. Olvídate de todo lo que dejaste.

- Pero... sí salimos. Quiero decir, tu aquel día saliste, hoy vamos a salir.

- Si. Pero no vas a poder irte por ahí con tus amigos de fiesta si es lo que piensas. Tal vez el Cabeza te deje salir como a mí, por despejarte y comprar algo, pero será con las horas contadas para volver.

- ¿Y nunca has visto a tu gente, a tu familia? ¿Qué haces cuando sales? - me senté de nuevo en la mesa. Ese ambiente que se creó la otra noche con Sheila, estaba sintiéndolo ahora. Por segunda vez estaba hablando tranquilamente con alguien sin importarme en realidad si hablaba de más.

- No tengo gente. No tengo familia, ni amigos. Llevo aquí tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo de sus nombres.

- ¿Y tus padres?

- Mis padres... - sonreí. - Mi madre está bajo tierra y mi padre me busca para mandarme al mismo lugar. - volví a mirarle a los ojos y me estaba observando con atención, sus ojos se abrieron en cuanto dije eso.

- ¿Por qué querría matarte tu propio padre? - ambos miramos la puerta, la estaban aporreando, y ya podía imaginarme quién era.

- Ya sabes demasiado sobre mí. - dije levantándome. Abrí la puerta y como pensé, eran los gorilas del Cabeza.

- Es la hora. - dijeron sin más.

Después de coger a Sara, los tres caminamos detrás de esos dos hacia el

coche del Cabeza. Tom pregunto dónde nos llevarían, no obtuvo respuesta. Esos dos no hablaban a no ser que fuera una orden del Cabeza. Salimos de la comunidad. Me di cuenta que no seguíamos el camino de siempre, hacia la otra ciudad, si no que íbamos en dirección opuesta y cruzamos toda la ciudad, la nuestra. Sara nos iba contando chistes que le había contado Sheila, nos contaba las cosas que había hecho con ella. Tom hacía lo mismo que Sheila, le preguntaba y le preguntaba para que ella hablara más y siguiera contenta. A mí no me salía eso. Yo era bueno para pasar el rato con Sara, pero no sabía tratarla así, supongo que porque siempre tenía mil cosas en mi cabeza.

Cada vez que él me miraba, me sonreía y eso me ponía nervioso sin saber por qué. El me atraía, mucho, joder, cómo no hacerlo después de verle en pelotas y más después de enseñarme que los besos no son tan malos como pensaba. Pero, no sé, a pesar de que empecemos mal, en pocas horas todo se ha tornado a algo totalmente diferente. Ya no me mira como si quisiera matarme, ni busca picarme para hacerme saltar. No lo entiendo. Aunque supongo que será parte de ese trato que hicimos en la mañana.

Volví la vista a la ventanilla. Estábamos saliendo de la ciudad y no conocía por donde íbamos. Nunca había pisado ese camino de tierra. Solo se veía campo y más campo. Hasta que, pasado un rato, vi una pequeña casa a donde, al parecer, íbamos.

Y así era. Allí aparcaron, delante de una gran valla negra con cuatro cámaras de seguridad.

- ¿Dónde estamos? - pregunté observando todo.

- En la casa de mi padre.

- ¡¿Que?!

Miré a Tom que tenía el ceño fruncido y cara de no tener ganas de seguir escuchando ni los chistes de Sara. Yo me sorprendí, no pensaba para nada llegar aquí, que nos trajeran aquí. ¡¡Coño, que era la casa del Cabeza!! Y me había traído a mí. Aquí. ¿Por qué?

- Bienvenidos a mi humilde morada.

Me quede mirándole. Tenía una sonrisa de oreja oreja, enseguida cogió a Sara y la abrazó cogiéndola en brazos. Tom se quedó parado, supongo que esto no le estaba gustando. Yo simplemente entré, la curiosidad de por qué estábamos aquí me estaba matando. Cada día tenía más claro que algo raro había conmigo y con Sara. Si ya las cosas no me parecían ni medio normales, ahora menos. El Cabeza no desvelaría donde vive por nada del mundo. Y las razones eran más que obvias.

CAPITULO 14

La casa no era muy grande, era como un pequeño chalet en el campo, en medio de la nada. La enorme valla rodeaba todo el terreno, la verdad es que casi tenía más terreno que casa. La casa era blanca con chorretones marrones, vieja, se notaban los pasos de los años en ella, pero, aun así, no se veía mal. En la fachada principal, se podía ver la puerta de la casa y un par de ventanas, arriba, en la segunda planta, dos ventanas más. Así era, daba la sensación de que iba a ser pequeña por dentro.

Sara entró delante cogida de la mano del Cabeza, yo lo seguía detrás observando cada rincón y Tom, Tom se había quedado más atrás y fue obligado a entrar por un empujón de esos dos. Tenía cara de repartir leches en cualquier momento, la misma cara con la que apareció en casa anoche.

- Bien, no es muy grande, pero espero que os sintáis bien en ella. - dijo el Cabeza. Esperó a que entráramos y cerró la puerta en cuando la cruzo Tom. Los dos gorilas se quedaron fuera. Nada más entrar en la casa ya estaban en una especie de salita, había dos sofás y una tele pequeña. Los muebles se veían viejos, hasta mi casa ahora mismo era mejor que esta.

- ¿Por qué aquí? ¿Por qué a tu casa? - pregunté curioso.

- Veras, pensé que sería buena idea ya que, bueno, la charla que tuve contigo me hizo pensar que lo mejor sería que comprobases con tus propios ojos que no vivo en ninguna mansión.

- Podrías tener dos y esta haberla conseguido para engañarme, que no digo que sea el caso, pero...

- No lo es. - me cortó Tom sentándose en el sofá. - Solo tiene esta, créeme.

- bueno, yo lo decía en plan broma. Pero vale, si lo decía Tom... pero qué digo, si él también podría estar mintiéndome.

- De igual manera, no me interesa. Pensé que saldríamos a comer en la ciudad.

- Solo quería pasar más tiempo con vosotros, bueno, con mi... hijo.

- Pero yo no lo soy así que... ¿me puedo ir con Sara a comerme una buena hamburguesa?

- ¡¡Si!! - gritó ella.

- No. No, Axel. Quiero hablar con vosotros y por eso estáis aquí, los dos. Y si es por comer una hamburguesa, yo mismo las prepararé. - a cuadros. ¿El Cabeza cocinando para mí? - Podéis ver la casa o salir a la parte de atrás si queréis con Sara, hay algún columpio. Yo prepararé la comida y en cuanto la tenga comeremos ahí mismo, en la terraza.

Le seguimos a la cocina y de ahí salimos a la terraza. Terraza, no es que fuera una. Un trozo de suelo encementado con una lona para tapar el sol, que por cierto se agradecía porque hoy calentaba de cojones. Tenía varios columpios para que la pequeña pasara el tiempo allí, que nada más que los vio, salió corriendo a ellos. Tom y yo salimos con un par de cervezas cada uno y nos sentamos en unas sillas y mesa de plástico que tenía allí.

Fue un poco incómodo, Sara jugaba sola, pasándoselo pipa, el Cabeza en la cocina, yo sentado con las piernas cruzadas y casi empezando la segunda cerveza por no saber ni que hacer ni qué decir y Tom seguía serio, parecía estar en un puto funeral en vez de en la casa de su padre. No se llevaban tan mal después de todo. Es como si ambos supieran que el otro sabia de él y por eso no tenían nada más que hablar o echarse en cara. Igual me equivocaba y en vez de comer tranquilos terminan tirándosen la comida a la cara del contrario. Miré a Tom por unos segundos sin que él se diera cuenta. Parecía más relajado por momentos y hasta tenía una medio sonrisa mirando a Sara. Siempre tenía esa expresión cuando estaba con ella. ¿Por qué?

- ¿Me vas a contar lo que pasa con ella? - le pregunté girándome hacia él.

- ¿Sara? - ni siquiera me miró, ni tampoco cambió esa expresión a pesar de que le estaba mirando. Asentí con la cabeza, aunque no me miraba sabía que me veía. - Tu no me has contado nada de tu vida. - giró para mirarme y sonrió más todavía. - ¿Por qué tendría que hacerlo yo? - rodé los ojos. Tenía razón, pero me jodía porque quería saberlo sin tener que decirle nada de mí.

- No te lo cuento porque no puedo confiar en nadie, no porque no quiera.

- Si me lo quieres contar, nada lo impide. Estamos en igualdad de condiciones. Tampoco confío en nadie.

- Ya, pero a ti no te... - me quede callado. Iba a decir que a él no le buscaban para matarle, pero si, si lo hacían y ahora entendía, sin darme cuenta, porque el Cabeza lo había traído a la comunidad. Lo más seguro es que ya lo estarían buscando y por eso decidió sacarlo de la ciudad.

- ¿Que no me buscan para matarme? - apartó la mirada de mis ojos y la centró en su cerveza. - Ya lo han intentado. - y bebió como si aquello no tuviera importancia.

- ¿Cuándo?

- Una semana antes de conocerte. - vaya. - Y también ese mismo día. - joder. - ¿Estamos en igualdad de condiciones o no? Lo único que me dijiste es que tu padre te busca, así que... Estamos en las mismas.

- Mirándolo así... - volví a mirar a Sara que pegó un grito al saltar del balancín. Se le veía tan feliz.

- Mi vida no ha sido fácil. - volví a mirarle, yo todavía no le había dicho nada de mí y parecía dispuesto a contarme la que quisiera que fuera su historia. - De pequeño vivía con mis padres, aunque mi padre desapareció, pero, sin que ni mi madre ni él lo supieran, siempre guarde una foto de él. Por eso no me fue difícil seguirle la pista. Además, él me ingresa dinero y siempre se ha ocupado de mí, por eso también sabía desde donde me hacía los ingresos, solo necesita saber dónde y cuándo. Y siendo puntual como lo era con los ingresos, lo vi más de una vez desde lejos en el Banco donde a mí me reflejaba que me llegaban.

- Raro en él que no se diera cuenta de eso.

- O lo hizo queriendo, para que yo lo encontrara. - buen punto de vista. El Cabeza no era tan despistado así que si, de seguro seria eso. - El caso es que, mi padre se fue porque engaño a mi madre, siempre, desde que se casaron. - y ahí va otra razón para no creer en el amor. - Mi madre lo sabía, pero pensó que, con el tiempo, él la dejaría, pero eso no paso.

- ¿Y por eso se separaron?

- No. - dijo con una medio sonrisa. - Mi padre era un tipo alegre, feliz, aunque en mi casa las cosas no fueran bien, supongo que era feliz por la otra mujer. La verdad, no lo sé. Un día vino a casa, esa felicidad se había borrado de su cara, yo era muy pequeño, no sé si tendría diez u once años, no lo recuerdo. El caso es que, lo que alcancé a escuchar que le dijo a mi madre, era que sin esa mujer no era nadie, y que le habían quitado lo que más amaba, y sin ella no podía seguir aguantando.

- No entiendo. - bebió un trago de la cerveza y suspiró como cogiendo fuerzas para seguir.

- La otra mujer, la habían matado o eso pensó en un principio. Sin esa mujer no podía seguir con la farsa con mi madre. Supongo que, era todo para él, y lo que fuera que pasara con aquella mujer, en cierto modo, mató a mi padre también. - no solo me estaba contando su vida, si no que me estaba enterando de toda la vida del Cabeza.

- Pero has dicho que, pensó que estaba muerta. ¿Sigue viva?

- Creo que sí. Eso no lo sé seguro. Creo que... - se quedó callado y me miró. - Axel, si te cuento todo esto es porque confío en ti, no me jodas, por favor.

- No lo haré. - conteste enseguida. Sus ojos se clavaron en los míos, confiaba en mí, de eso no había duda y sus ojos parecían sinceros y tristes recordando todo eso. Bajó la mirada y siguió hablando.

- Creo que esa mujer está en la habitación del Hospital que sigue pagando. No sé si viva, en coma, muerta... no tengo ni puta idea, pero creo que ella está ahí.

- ¿No has tenido curiosidad de ir y descubrirlo? - yo lo hubiera hecho.

- No. No, a pesar de todo, quiero a mi padre, aunque se alejase de mí, nunca me ha hecho nada malo y siempre me ha cuidado, aunque sea de lejos. - en eso tenía razón, se comportó mal con su madre engañándola de esa manera, pero a él no le había hecho nada. - Quiero esperar a que sea él el que me diga que pasa ahí, para quien paga esa habitación. Y.... Sara.... - se quedó mirándola de nuevo. Sonrió, agachó la mirada y negó con la cabeza.

- ¿Quién es ella? - estaba seguro de que la conocía y pregunté directamente.

- No estoy seguro. La última vez que la vi, si es que es la misma, era recién nacida. - eso quería decir que hacía como nueve, diez años que la había visto porque Sara tenía esa edad más o menos, a ciencia cierta no lo sabíamos. No sabíamos la edad exacta de los niños de la comunidad, solo de los más mayores, los que sabían los años que tenían cuando llegaron, pero Sara vino con dos o tres años. - Ella, creó.... creo que es... mi hermana.

- ¿Que? - grité, incluso casi me recuesto sobre la mesa en cuanto oí eso. - ¿Como que...? ¿Tu herma...? ¿Es hija del Cabeza? - no me lo podía creer, coño sí, pero no. Lo sabía, en parte, me lo imaginaba, pero no pensaba que... Joder. Claro. Ahora me empezaba a cuadrar todo. Su trato con ella, su cariño, su atención... - Ostia puta... - susurré.

- ¿Pasa algo? - el Cabeza salió con cara de susto.

- No, todo bien. - respondió Tom. Yo bebí de mi cerveza para no hablar.

- Oí gritar a Axel.

- Estamos jugando con Sara, no te preocupes.

- Bien. ¿Van a querer la hamburguesa con huevo o sin huevo? - preguntó sin sospechar nada de lo que estábamos hablando.

- Con huevo.

- Yo sin huevo, por favor. - respondí.

- ¿Y a Sara? - me preguntó, ya que yo era quien sabía sus gustos.

- No, tampoco. Ella solo la quiera con lechuga y queso. - asintió y volvió a entrar dentro.

Volvimos a quedarnos en silencio, ambos mirando a Sara. Me sentía bien, por una parte, porque ahora sabía, si es que ella era quien decía Tom, que tenía familia y no estaba sola. Y encima hija del Cabeza. Lo que eso ya no me gustó tanto. Si era así, Sara corría tanto peligro como nosotros dos, como media comunidad, sería una perseguida más que no podrá hacer una vida normal.

- Si es ella... - volvió a hablar Tom llevándose toda mi atención. - Seria medio hermana mía. Es hija de mi padre, pero no de mi madre. Sé que es hija de esa mujer.

- Pero entonces...

- Esa mujer no murió cuando mi padre pensó que sí, si es ella la que está en ese hospital, es por algo que pasó más tarde, después de nacer Sara.

- Vaya... - eso significaba que su padre había hecho vida con esa mujer, formando otra familia. Si pensaba que mi vida era de película, la suya no era para menos. - Y.… tu madre... ¿qué es de ella? - frunció el ceño. Creo que metí la pata de nuevo.

- Meses después de que mi padre se fuera de casa, llego a casa una carta. Yo la leí después. Ponía que mi padre... que le habían matado y mi madre no aguanto todo lo que estaba pasando a su alrededor y se... suicidó. - agachó la cabeza cubriéndola con sus manos. Eso le afectaba mucho por lo visto. Me sentí mal, me sentí mal y recordé cuando mi madre murió y todo lo que yo

sentí y que no tuve el consuelo de nadie. Me acerque a él arrastrando mi silla, verle así hizo que se me formara un nudo en la garganta.

- Lo siento. - le acaricié la espalda con mi mano derecha y con la izquierda le di un apretón en la rodilla, intentando reconfortarlo de algún modo. No sé por qué, pero no me gustó verlo así.

Bajo su mano derecha sobre la mía en su pierna y la acarició. Su piel se sentía suave al roce con la mía. Sus manos eran un poco más grandes que las mías, odia tener manos de mujer, supongo que las saque a mi madre. Mis manos parecían delicadas e incapaces de hacer algo de esfuerzo, con las uñas pintadas y... La giré y entrelacé mis dedos con los suyos. Se veían bien juntas. Y de nuevo esa cosa en mi estomago me estaba atacando.

- Gracias. - me miró y me perdí en sus ojos.

Estaban cristalinos, brillosos, a punto de llorar y eso me podía. No porque fuera él, me pasaba siempre que veía a alguien realmente afectado, como cuando me sentí como una mierda con Sheila y le preparé la cena. En momentos así, perdía toda mi bordería, me olvidaba completamente de Cross y me convertía en mí mismo, en Axel. Su mano izquierdo acarició mi mejilla y entonces me quedé de piedra. Sus caricias me provocaban algo, no sé, como un cosquilleo por todo el cuerpo que me pedía dejarme llevar. Y ahí estaba de nuevo, sus labios sobre los míos sin esperarlos.

¿Por qué me gustaban tantos sus labios? ¿Por qué le besaba sin importarme nada ni nadie a mi alrededor? Estábamos en la casa del Cabeza, con Sara delante y me importaba una mierda. Tanto como cuando nos pilló Gustav. Sus labios eran carnosos, el inferior más que el superior, y ese piercing, me gustaba sentirlo sobre los míos. Pero si algo me hacía perder la poca cordura que me quedaba, esa, era su lengua. Era extraño porque, si, aquel día tenía ganas de follármelo, el calentón del momento, sus roces, pero estas veces que le había besado, sentía que con eso me bastaba, lo de follar no rondaba por mi cabeza en esas situaciones. Pero como todo lo bueno, poco dura.

Se apartó de mí de igual modo que lo hizo la primera vez que me beso en la oficina del Cabeza, sin alejarse, quedándose a un par de centímetros de mí y

volviéndome a dejar con ganas de más, con mis ojos cerrados y mis labios buscando los suyos. Le oí reír por lo bajo y entonces caí de nuevo en la realidad.

- Me encanta cuando te quedas como ido cuando te beso. - me dijo sonriendo. Miré sus ojos, su sonrisa, su... No. No, no, no...

- No vuelvas a hacerlo. - le dije apartándome de él.

- ¿El qué? No te entiendo.

- ¡Que no vuelvas a besarme, joder!

Me levanté dejándolo más que confundido y me metí en la cocina. No podía empezar a... No podía, no yo, yo no, ¡joder!

- ¿Qué te pasa? - me preguntó el Cabeza.

- ¿Eh?

- Pareces... como confundido. ¿Pasa algo?

- No. - negué con la cabeza. - Solo estoy... algo raro. Llevo el estómago revuelto y...

- Anoche fui a tu casa y te encontré tirado en el sofá con dos botellas de Whisky, deberías cuidarte un poco más y no beber de esa manera.
- Si. - ni siquiera estaba escuchándole. ¿Podía ser que yo... que Tom...? No. Ni de coña.

Decidí dejar de pensar en eso y le presté mi ayuda al Cabeza. Cogí los panes y los tosté un poco, corte lechuga, algunos tomates y saqué platos, servilletas y todo lo demás que hacía falta. Con mi ayuda no tardamos en ponernos a comer. Pusimos la mesa entre los dos. Tom jugaba con Sara en los columpios. Ya no lo veía como un total desconocido jugando con mi pequeña, si no que veía a dos hermanos riendo juntos y ahí, el que sobraba no era él, sino yo. Mi pequeña ahora tenía alguien que le cuidara de la forma en la que

yo lo hice tantos años. Y eso, me puso triste de alguna manera. Era de las pocas cosas que tenía que me hacían tener los pies en la tierra. Pero si Tom resultaba ser su hermano, eso no significa que la perdería, ¿no? Coloqué la mesa y me senté enfrente de Tom, no quería estar a su lado. No quería que me tocara, ni siquiera que me mirara. Tenía miedo de que... Joder, sí. Algo estaba moviendo dentro de mí y no quería, no quería sentir nada por él, no quería convertirme en esos idiotas que se vuelven gilipollas, y, además, la historia, su historia, la del Cabeza, todo, me confirmaban que no debía. Que era una tontería. Que siempre se termina jodiendo la vida de alguien y haciendo daño. Y yo no quería ser de esos. No podía dejar que Tom se me acercara de esa manera más. No.

- ¡¡Dios!! Es la mejor hamburguesa que he comido en años. - dijo él.

- Vaya, gracias, hijo.

- ¿Eres su papa? - preguntó mi pequeña. Tom me miró, crucemos miradas y rápidamente mordí la hamburguesa apartando mis ojos de los suyos.

- Si, Sara. Tom es mi hijo. - ella no dijo nada más. Sonrió y se dedicó a seguir comiendo la hamburguesa que tenía partida en cuatro en su plato.

Los odiaba en estos momentos, a ambos. Si era verdad que Sara era hija del Cabeza, tenía todo el derecho del mundo a saberlo. A saber que tenía familia, que tenía un padre y un hermano y quizás, una madre, aunque estuviera mal, ingresada, pero la tenía. No me parecía justo. El estómago se me empezó a revolver y me tuve que levantar de la mesa corriendo. Entre en la cocina y cogí lo que más a mano encontré, el cubo de la basura. Ahí eche la media hamburguesa que me había comido.

- ¿Estas bien? - era Tom. Logré estirar el brazo hacia atrás para que no se acercara, pero no me entendió y lo que hizo fue cogerme del brazo y acercarse a mí.

- Para. - intenta frenarlo con palabras, pero tampoco funciono.

- No me da asco, no te preocupes. Ten. - me acerco un par de servilletas.

Se las arranqué de la mano y me limpié la boca. Por dios, ¿qué coño me pasaba hoy? Suspiré un par de veces intentando que desaparecieran las náuseas que no paraban de atacarme. Me incorporé cerrando los ojos, me encontraba como una mierda. Yo, que nunca he enfermado ni nunca he vomitado tanto como hoy. Abrí los ojos al notar de nuevo la piel de Tom. Estaba pasando su pulgar por mis ojos, retirando las lágrimas que me caían por lo mal que lo había pasado vomitando. Y me sonrió de nuevo.

- ¿Por qué lo haces?

- ¿El que?

- Todo. Besarme, acariciarme, sonreírme, estar aquí ahora. ¿Por qué?

- Te lo dije esta mañana. - apartó sus manos de mi cara. Cogió un vaso y lo lleno de agua haciendo que me lo bebiera. Se lo devolví y se volvió a acercar a mí que me había apoyado en la pared, me encontraba mareado. - No eres ni fuiste un calentón. Desde el momento cero que te vi entrar por la oficina, me quedé pillado por ti. Me gustas, me gustas de verdad, Axel.

CAPITULO 15

Terminaron de comer, ellos, porque yo no me llevé ni un bocado más de hamburguesa a la boca y eso que estaba buenísima. De las mejores que había probado, pero no podía. Tenía un nudo ahí que no me dejaba ni comer ni beber nada más.

Después de comer me hicieron acostarme en el sofá, yo no quería, pero bueno, una cabezadita no me sentaría mal, así que dormí como por tres horas con Sara. Ella solía dormir siesta así que se acurrucó conmigo en el sofá. Pero cuando desperté no estaba. Me incorporé sentándome, parecía que me encontraba algo mejor.

- ¿Mejor? - me giré y era el Cabeza.

- Si, eso creo.

- Ten. Tienes que comer algo así que te preparé un caldo para que no te siente pesado.

- No me apetece, Cabeza. - negué con cara de asco.

- No te he preguntado. Te lo vas a tomar. - me lo dio y lo cogí. No había comido apenas así que tenía hambre, aunque no me apeteciera nada comer aquello.

Me llevé el tazón a los labios y le di un sorbo. Estaba calentito y estaba bueno. Muy bueno. Como los caldos que me preparaba mi madre cuando estaba enfermo de pequeño. Casi podía saborear ese mismo sabor en mi boca. No podía escuchar a Sara ni a Tom, la casa estaba en silencio. No se escuchaba nada más que nuestras respiraciones. Lo que me puso algo nervioso

por no saber dónde estaba Sara, pero me tranquilicé al recordar que Tom no le haría daño. Seguí bebiendo de ese caldo, no me apetecía hablar ni preguntar nada. No quería saber más, por hoy tenía suficiente. Saber de Sara, la historia de Tom, lo que paso con su madre, la vida del Cabeza, era demasiada información en pocas horas cuando normalmente mi cabeza no pensaba más allá del trabajo. Y luego estaba lo que me había vuelto a decir Tom, que lejos de acojonarme o hacerme reaccionar como lo hice con Gustav, con él me quedé sin palabras. Sin saber si estaba jugando conmigo, creérmelo o no. Después de que lo dijera de nuevo, salimos a fuera como si no tuviera ninguna importancia cuando la tenía. Mucha, a decir verdad.

- Después de todo, parece que tú y mi hijo os lleváis bien. - dijo mirando su móvil.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que, anoche casi os matáis y ahora os lleváis mejor, ¿no? Os oí hablar mientras cocinaba. Escuche lo que te dijo.

- ¿Todo? - pregunte mirándole de reojo.

- Si. Todo. No me importa. Quiero decir, al fin y al cabo, yo mismo empecé a hablarte de mí. Y eres tú. No me importa si te lo contó.

- Cabeza, ¿por qué yo? ¿Por qué a mí sí y a otros no? ¿Por qué a mí me traes aquí y haces todo esto?

- Humm. Tom y Sara ya vienen en camino. -miró su móvil y de nuevo esquivaba mis preguntar y eso me tenía ya harto.

- Respóndeme. Deja de cambiarme de tema cada vez que te pregunto por mí.

- Axel, a veces no hay un porqué, ni una explicación a por qué alguien te trata diferente. Déjame ser así contigo, deberías agradecerme y no tomarlo a mal como parece que lo haces. Tómalo como un agradecimiento por cuidar a Sara todos estos años. - Sara...

- ¿En verdad es tu hija? - pregunté tan rápido que casi ni se me entendió. Si había oído todo, no importaba preguntarle directamente, y si Tom dudaba de que fuera su hermana, aunque casi estaba seguro de eso, el Cabeza me lo podría confirmar. Tan fácil como decir sí o no.

- Si. Si es hija mía. Es medio hermana de Tom. Él es más listo de lo que creía y ha sabido seguirme la pista muy bien.

- ¿Y la que está en el hospital es su madre? - me miró frunciendo el ceño.
- No. No. - negó rápidamente. - Lo de la habitación del hospital es otra historia que no te importa. - bien, ahí me estaba diciendo que ya me estaba metiendo demasiado, y si no era la madre de Sara, tenía razón, ya no me importaba quien fuera entonces.

Sin preguntarle, empezó a contarme por qué llevó a Sara a la comunidad. Resumiendo, aquella mujer no murió, como era de suponer, estaba bastante jodida y la ingresaron. Después de aquello, salió y el Cabeza hizo vida con ella. Formaron una familia con Sara que nació años después. Al Cabeza le siguen hace años, por lo mismo que ahora, por meterse en negocios que no eran suyos y joder a los gordos de las drogas. Encontraron su casa, le siguieron y un día en el que él no estaba, volvieron a atacar a esa mujer.

- Ella sabía de la comunidad, de lo que yo hacía. Le había explicado muchas veces donde escondía mi arma por si aquello pasaba, pero no le dio tiempo a buscarla y usarla.

- ¿Murió?

- Me quedé con Sara, pero no podía permitir que le pasara algo a ella también, así que lo mejor era llevarla a la comunidad, allí estaría protegida y a salvo, eso es lo que tenía que haber hecho con... - se quedó callado. Estaba afectado de verdad. Por la manera de hablar de esa mujer, la quería, de verdad la quería. - La amaba, tanto, que no podía cortar su libertad pidiéndole que se metiera en la comunidad. No quería que viviera así. Pero si lo hubiera hecho... - se limpió una lágrima. Eso me impactó mucho. Supongo que todos tenemos algo blando escondido detrás de una coraza dura como una piedra. - Sara te

cogió cariño enseguida y también sabes que para mí eres especial por la forma en que te encontré. Así que, una cosa y otra... Es por eso que tú, bueno, eres mi mano derecha. De mi total confianza. Lo sabes.

- Lo sé. - así había sido siempre conmigo.

Fue la única persona que me abrazó durante años cuando lloraba a mi madre. No fue un gran apoyo, pero el hombre lo intentó. Me ayudo a crecer, a ser fuerte, a dejar de ser ese niño llorón y que llamaba a su madre a cada minuto. Le debo mucho también a él.

Hablamos un poco más, sin profundizar demasiado en ningún tema específico. Hablamos de la comunidad, del acierto que habían sido las casas. Le conté que más o menos Tom ya sabía a lo que nos dedicamos, que lo estuvimos hablando y que, aunque al principio no pareció aceptarlo, cuando toque a Sara poniéndola de ejemplo, parece que lo vio, así como lo veíamos nosotros. Supongo que yo será por el tiempo que llevo aquí, en la comunidad, supongo que por eso no me cuesta ver y aceptar que sí, que robo y todo lo que quiera, pero lo hago por una buena causa. Por ellos y para ellos. Y eso parece que Tom no lo ve. No dudaría en hacerlo si fuera para alguien cercano a él, pero si para el resto. Y eso, no me gustaba. No hace falta que una persona que necesita de tu ayuda sea de tu familia o de tu círculo, tal vez esa persona necesita muchas más atenciones que esa otra de tu alrededor, y no por ser un desconocido tenemos que darle la espalda. Además, de seguro son muchísimo más agradecidos que si fuera uno de los nuestros. Eso seguro.

Como a la media hora se escuchó un coche afuera y el ruido de las puertas de metal abrirse. Debían ser ellos. No sabía dónde habían ido. Al momento entraron en la casa los dos. Tom llevaba un par de bolsas y Sara comía una piruleta y llevaba muchas más chucherías en otra pequeña bolsa en la mano.

- ¡¡Cross!! Mira, tengo chuches. - vino hacia mí y la cogí en brazos sentándola en mis piernas. Me dio un beso en la mejilla y siguió comiendo de su piruleta.

- ¿Cómo ha ido? - preguntó el Cabeza a Tom tras darle unas palmaditas en la pierna al sentarse a su lado.

- Bien. Fuimos a comprar algo de ropa y después pasemos por allí. Los deje encargados, me dijeron que en tres días puedes pasar a por ellos. - no entendía nada.

- ¿Cuantos a elegido?

- Puff... Tuve que frenarla, si no hubiera comprado todos los columpios. - dijo riendo.

- ¿Columpios? - pregunté.

- Si. Cuando vi a Sara tan contenta allí fuera, pensé que sería bueno poner algunos en la comunidad.

- ¡Ah! - sí, sonaba bien, al menos tendrían algo más que la tierra para jugar.

Tomaron un café y yo acabé el caldo que me había preparado el Cabeza. Volvimos a la comunidad, ya era tarde y estaba anocheciendo. A lo tonto pasamos allí todo el día y a mí me preocupaba estar tantas horas fuera de la comunidad sin nadie que estuviera vigilando. Esta noche tampoco trabajaría, no sé qué coño estaba pasando, pero eran demasiados días sin salir, y eso, era muy raro. Teníamos comida de sobras y demás provisiones, pero el Cabeza nunca iba con las cosas justas. El tema de las drogas y demás no los había dejado de lado, en eso siguen trabajando Andi y los demás. Mi grupo era el único que estaba parado por así decirlo, y ya no sé si se debía a la llegada de Tom o es que el Cabeza tenía otras cosas en mente para hacer. Algún plan diferente.

Cuando lleguemos la cosa parecía en calma, pero en un visto y no visto, Marcus apareció corriendo llamándome como un loco. No supe qué cojones pasaba. Solo sentí un tirón en mi brazo y estaba corriendo tras de él. Los gritos se empezaron a oír a medida que íbamos avanzando. Sabía que no podía estar tanto tiempo fuera de la comunidad.

El círculo de hombre se abrió en cuanto me vieron. Y entonces vi lo que pasaba. Jost peleando con el Chino.

- ¡Eh! ¡Parar! - grité, pero no me hicieron caso.

Vi a Erik sentado en el suelo con la nariz rota, ensangrentado, a dos más casi de la misma manera, el labio rojo y el otro abrazándose el estómago.

- ¿Que mierda ha pasado? - le pregunté a Marcus.

- No lo sé, tío. Estaban hablando y de repente los he visto enganchados. Han intentado separarlos. - dijo señalándome hacia Erik y los otros. - Pero no han podido.

- Joder.

Sabía que tenía que hacer parar a Jost, porque el Chino, aunque no estuviera aquí para saberlo, sabía que él no había empezado esto. Así que sin más me metí en medio. Logré separarlos un poco en uno de los momentos en el que el Chino le pegó y le hizo tambalearse. Aparté al Chino y le metí un puñetazo a Jost en la cara, para ver si así paraba. Pero ni con eso, solo conseguí enfurecerle más, claro, solo faltaba que yo lo dejara mal delante de todos.

- Hijo de puta. ¡¡Te vas a enterar, Cross!! Ya me tienes hasta la polla.
Vi como metía la mano entre su pantalón y sacaba de nuevo otra navaja, no sabía de donde la había conseguido siendo que el Cabeza le quitó la suya y dio orden a todos de que no le dieran ningún arma. Corrió hacia mí, le esquivé haciendo que casi se cayera de boca al suelo. Se giró de nuevo, parecía un puto perro rabioso y sabía que hasta que esa navaja no termina clavada en alguna parte de mi cuerpo no pararía.

- ¡Para ya, joder, vas a terminar fuera de la comunidad por esto, lo sabes!

- Ja. Por eso mismo, ya que terminare fuera, al menos te me llevó por delante primero.

- Pues, vamos, ¿a qué esperas?

No tardó ni un segundo en volver a abalanzarse contra mí. Conseguí cogerle ambas manos, él intentaba soltarse. Lo que más me jodió es que nadie se metía en ese momento para pararlo. Lo tenía sujeto, solo tenían que cogerle por detrás, coño. Pero no, solo miraban, observando el espectáculo. Logró soltarse de mi agarre, giro la muñeca de tal manera que, si yo no aflojaba, me llevaba un corte en el brazo. Y aun así me lo lleve. En cuanto notó su mano libre, me rajó de lado a lado. Pero no note nada, sabía que había cortado, pero no dónde exactamente, supongo que, por el subidón y la rabia del momento, no lo sé. Volvió de nuevo contra mí. Si no me llega a tirar al suelo hacia atrás, el siguiente corte hubiera sido en mi garganta.

- ¿Y ahora qué? - dijo riéndose apuntándome con ella, acercándose a mí. Estaba en el suelo, lo tenía difícil para esquivarlo. - ¿Ves? Nadie hace nada por ti. Me respetan más a mí que a ti.

- A ti te tienen miedo, es diferente. No te confundas.

- ¡¡Deja la puta palabrería!! Me da igual si me temen, mejor todavía. Di adiós nenaza. Porque de esta no te libras.

Se abalanzó una vez más contra mí. Rodé en la tierra y conseguí esquivarlo de nuevo. Le agarre de las manos, pero para mí era más difícil manejarlo ya que seguía en el suelo. Hundió su pie en mi estómago y vi las putas estrellas y todo el firmamento junto. Joder. Parecía que un camión me hubiera pasado por encima. Me quedé sin respiración y doblado en el suelo. No podía ni moverme. El momento había llegado.

Jost no iba a perder esa oportunidad, así que a la mierda.

Mama, donde quieras que estés, ahí voy contigo.

Cerré los ojos. Jost estaba a mi espalda y me lo podía imaginar sonriendo triunfal. Por fin acabaría conmigo, pero el gilipollas no sabía que ni aun así sería el jefe. Si me mataba, lo más seguro es que el propio Cabeza acabase metiéndole él mismo una bala en la cabeza. Por matarme, por saltarse las leyes de aquí y, porque si lo dejaba con vida, nos delataría a quien fuera.

¿Morir? No me importaba, es más, sería un peso que me quitaría de

encima, a pesar de ser fuerte, yo no era capaz de acabar con mi propia vida y lo pensé, muchas veces, pero no tenía huevos de hacerlo. Y con el tiempo me di cuenta que servía para algo más que para lamentarme, y era para ayudar a esta gente, la cual, ahora mismo no estaba haciendo nada por mí. Sara tenía familia, así que ella tampoco me preocupaba. Tom... si las palabras de Tom eran sinceras, lo mejor que podía pasar era que desapareciera de su vida así que... Y para mi padre sería una buenísima noticia al enterarse que habrían acabado conmigo.

Sonreí, sonreí esperando mi final porque, a fin de cuentas, sentía que había servido de algo estando vivo, así que moriría orgulloso de mi mismo.

- Adiós, puta maricona.

Y sonó un disparo.

Abrí los ojos de manera exagerada. Me costó reaccionar. Una pistola. ¿Donde? Yo seguía vivo, yo no había muerto, no había muerto porque podía ver a todo el mundo frente a mi mirando un punto fijo. Oí un golpe sordo detrás de mí. Me giré. No entendía nada. Un disparo, un cuerpo... ¿pero ¿quién?

Jost estaba en el suelo. Sangrando. Muerto. Le habían disparado. Busqué con la mirada quien había sido el que había apretado esa pistola. Miré y miré, fijándome hacia donde miraban los demás y entonces lo vi.

Estaba parado, quieto, como una puta estatua. La pistola se resbaló de sus manos y cayó al suelo. No me lo podía creer. ¿Él?

- Tom... - apenas moví los labios.

Él tenía esa pistola, él había disparado. Tom había matado a Jost.

- ¿¿¿Pero eres gilipollas o qué coño se te pasa por la cabeza?? - grité a todo pulmón. Se me quedó mirando, parecía ido. Salió corriendo. - ¿¿Y vosotros qué coño miráis?? Cada uno a su casa.

- Cross.

- ¡¡He dicho que cada uno a vuestra puta casa!! ¿¿O es que no entiendes, Gustav??

- Si. Perfectamente. - se giró y se fue, como todos los demás.

- Marcus, Erik, Chino... - los llame poniéndome de pie. Entonces me empezó a doler el brazo, me llevé la mano a él y entonces sentí la raja, la sangre por mi brazo, el estómago doliéndome como su puta madre... - Marcus y tú. - dije mirando al Chino. - Cogerlo y... ya sabéis lo que hacer con él. Erik, ven conmigo.

Cuando alguien muere, por el motivo que fuera, lo enterramos fuera de la comunidad, a bastante distancia, pero al menos podría descansar en paz, era como nuestro cementerio, todos los seres queridos de las familias que estaban aquí, descansaban allí. Y aunque Jost se merecía ser tirado a la basura, no pensaba hacerlo por mucho que me odiara y hubiera estado a punto de matarme.

Me apoye en Erik, me doblaba del puto dolor de estómago. No podía ni andar normal. Joder. Esto era lo que me faltaba. Encima tendría que llamar al Cabeza para explicarle lo que había pasado.

- Casi te mata.

- ¿No jodas? No me había dado cuenta. El que está jodido ahora es Tom.

- ¿Tom? ¿Qué Tom?

- ¿Que Tom? - le miré alzando la ceja. - ¿El que vive conmigo, puede ser?

- Ah, él es Tom.

- Si, joder. - seguíamos andando hacia mi casa. - ¿Qué coño os pasa hoy? ¿Os habéis levantado tontos o qué?

- No, me refería a... ese Tom.

- Habla claro y deja de joderme. No estoy para juegos de palabras.

- El otro día follando me llamaste Tom. Ese Tom. A eso me refiero. - mierda, no me acordaba de eso.

- Nadie dijo que fuera ese Tom.

- Ya, pero...

- Nada. Por cierto, búscate a otro que te dé por culo. La fiesta conmigo se acabó.

- ¿Que? ¿Por qué? ¿Por el maricón de Gustav? No me jodas.

- Lo sabes.

- Si, me dijo que no podía seguir contigo así, así que, me dijo que te lo diría, le aconseje que no lo hiciera, pero prefería parar con eso que seguir pillándose por ti.

- Ajam... - no me importaba ahora eso. No tenía cabeza como para pensar en Gustav ahora mismo. - Da igual. La cosa es que se acabó. Ya lo sabes.

- Esta bien. Lo respeto... si no quieres, tampoco es que pueda obligarte.

Seguimos andando hasta mi casa sin decir ninguna palabra más. Abrí con mi llave y las luces estaban encendidas así que Tom estaba aquí.

- Ya puedes irte.

- No prefieres que me quede y...

- No. Adiós. - di un paso hacia dentro y cerré la puerta en sus narices.

Respiré apoyando mi cabeza contra ella. A todo esto, ¿dónde estaba Sara?

Me asomé a su habitación, encendí la luz y no estaba. Tom debía estar en nuestra habitación entonces. Me asomé y con la poca luz que entraba por la ventana pude verlo. Estaba sentado en el suelo, entre las dos camas con la cabeza entre las piernas.

- Tom.

- No. No te acerques. No me digas nada. Déjame solo, por favor. - ni siquiera me miró. Ni tampoco se movió, ni un milímetro. Su voz sonaba rota, grave, estaba llorando.

- Esta bien, pero... dime dónde está Sara al menos.

- Con Sheila.

- Vale. Esto... estaré aquí fuera si quieres algo. Tom, yo.... - sollozo más fuerte y entendí que necesitaba estar solo.

Me senté en el sofá. Cogí mi móvil e hice lo que tenía que hacer. Llamar al cabeza para avisarle de todo. Aunque en un principio grité a Tom, ahora no pude hacerlo.

- ¿Si? Axel, que pasa.

- Cabeza, tienes que venir. Jost está muerto.

- ¿Jost? Axel... tu no...

- No. - le corte. - Cuando lleguemos estaban dándose de hostias él y el Chino. Me metí en medio y casi me mata, pero... - hice un silencio, no sería fácil decirle lo siguiente. - Tom... no sé cómo ni de donde la saco. Todo fue rápido y no lo vi.

- ¿Tom? ¿Tom lo mató?

- Él... me salvó la vida. - las palabras me salieron solas, ni siquiera me di cuenta. Si. Tom me había salvado la vida.

- Mierda. Enseguida voy.

- Cabeza, trae algún relajante o alguna cosa fuerte, él no está bien. Estamos en nuestra casa.

- Si, bien. Algo fuerte. Vale. ¿Sara? ¿Dónde está Sara?

- Por lo que se ve, la dejó con Sheila antes de que pasara nada.
- Vale. Enseguida voy Axel. Intenta... intenta hablarle a Tom. No lo dejes solo.

Colgué el teléfono. Me levanté del sofá, cogí un par de aspirinas y me las tomé para los dolores que estaban atacándome ahora mismo. No sabía que darle a Tom, una aspirina no era lo que necesitaba, y hasta ahora, lo poco que sabía de él, si le ofrecía alguna raya o algún tipo de droga, igual me mandaba a la mierda. Así que, sin más, con un vaso de agua volví a la habitación.

CAPITULO 16

No sé en qué momento se me fue todo de las manos. Si hubiera sido más rápido, si yo mismo lo hubiera hecho, no lo hubiera matado él. ¿Pero cómo lo hizo? Tom no tenía pistolas, no tenía ni siquiera una puta navaja. No entendía de dónde la había podido sacar ni en qué cojones pensaba cuando apretó el gatillo. Delante de todos, delante de toda la comunidad, delante, incluso, de los niños. Tampoco sabía lo que el Cabeza haría con él, si bien esto era razón suficiente como para echarle de aquí, también era su hijo, acababa de llegar. Pero coño, ¡que lo había matado! Un golpe en la cabeza, dejarlo inconsciente, rajarlo... no sé, cualquier cosa, pero no. Un puto balazo, sin más.

Bien, tenía que tranquilizarme si no lo pondría más nervioso, y, además, no sabía que es lo que pasaba por su cabeza. Tal vez era la primera vez que mataba a alguien, que tocaba un arma o no sé, sería lógica su reacción si fuera así.

Abrí despacio la puerta, me asomé un poco y lo vi acostado en su cama, hacia la pared. Parecía un niño con miedo. Acurrucado abrazando sus piernas.

- Oye, ¿estás mejor? - hable en voz baja para no asustarle. No se movió. Por el movimiento de su espalda, parecía que seguía llorando, o al menos respirando bastante fuerte y agitado. - Tom...

Me acerqué a la mesilla que separa nuestras camas y dejé allí el vaso de agua. No sabía qué hacer. La verdad es que, si no me estuviera controlando, lo más seguro es que le estuviera dando una buena paliza por lo que había hecho. Pero no podía. Verle así, no... Me podía. Me senté a su espalda en la orilla de la cama. Cada vez parecía que temblaba más. Puse mi mano en su espalda y le acaricié de arriba abajo.

- ¿Estas bien? - era una pregunta estúpida porque sabía que no, no lo estaba.

- No, no se... no sé qué me pasa... Axel. - dejo de abrazarse las piernas para dejar sus brazos extendidos delante de mí para que lo viera. Abrí los ojos de sobremanera y me asusté. Temblaba, pero temblaba como nunca en mi puta vida había visto a nadie. En cuando se soltó las piernas, todo su cuerpo empezó a temblar. Me di cuenta que estaba pálido a más no poder, blanco.

- ¿Qué te pasa? - le ayudé a incorporarse un poco, se quedó sentado mirándome. Se le veía mal.

- Me va a dar algo, no puedo... no puedo respirar... - dijo asustado y todavía me asusto más a mí. ¿Dos putas muertes esta noche? No. - Me va a explotar. - me cogió una mano, todavía note más su tembleque. Llevó mi mano sobre su corazón. Joder, si parece que se le iba a salir del pecho.

Pero no le iba a dar nada. Era un ataque de nervios, de ansiedad... Lo sé porque también a mí me pasó. Cuando te pasa piensas que te está dando un ataque al corazón, que todo va a terminar en ese momento y que estas jodido. Te sientes ahogado, te falta el aire, tu cuerpo se duerme. Es una de las peores sensaciones del mundo. Pero todo está en tu puta cabeza. Si piensas que está mal, que algo malo va a pasar, lo único que haces es que tu cuerpo reaccione a eso y todavía te pone peor.

- No te va a pasar nada. - bajó sus brazos a sus piernas, restregando los pantalones, intentando calmarse a sí mismo. Mi mano seguía sobre su pecho que latía sin parar a un ritmo exagerado.

- No me encuentro bien.

- Tu padre viene para aquí. Escúchame. Tienes que hacerme caso. Solo estás nervioso.

- No, no. Me está dando algo, joder.

- Tom. - lo cogí de los brazos haciendo que su mirada se fijara en la mía. -

Tranquilízate si no será peor.

- No puedo, no... - empezó a moverse para soltarse de mi agarre.

- ¡¡Que te pares, coño!! ¡¡Escúchame, joder!! Te tienes que tranquilizar, si no de verdad sí que te va a dar algo.

- ¡¡No me grites!!
- No lo haré si me haces caso. - seguía temblando, pero me miró y asintió, aunque no muy convencido. - Vale. - dije bajando el tono de voz. - Bien, respira conmigo. - cogí aire por la nariz guardándolo por unos segundos, él me imitó. - Y ahora suéltalo despacio. - me miró y sus labios se abrieron soltando poco a poco el aire que había guardado. No me imaginaba que él podría estar en esta situación. Quiero decir, sé que las apariencias engañan, que me lo digan a mí, pero se le veía fuerte, seguro de sí mismo. No podía imaginarlo así, como ahora. - Bien, eso es. Hazlo de nuevo.

Parecía tranquilizarse conforme los minutos pasaban. No paré de hablarle, diciéndole que siguiera así, que lo estaba haciendo bien, que todo estaba bien. Le acariciaba ambos brazos de arriba abajo. Puse mi mano en su frente para ver si tenía fiebre o algo, pero no. Estaba de la misma temperatura que mi mano. Volví a poner mi mano en su pecho, sus latidos habían bajado bastante. Los comparé con los míos y si, estaba mucho más tranquilo y los temblores ya no estaban. Incluso había recuperado el color.

- ¿Mejor?

- Si. - dijo asintiendo con la cabeza. - Gracias.

- Ten, bebe un poco de agua. - le di el vaso y se lo bebió de un solo trago. Me lo devolvió y lo deje de nuevo en la mesilla. Cogió mi brazo y me gire para verle.

- Eso tienes que curarlo si no quieres que se infecte. - dijo refiriéndose a la raja que Jost me había hecho. La había olvidado por completo.

- Si, lo sé. Voy a curarla.

- No. - dijo rápidamente. - Yo lo hago.

- Estarás mareado. Déjalo. - pero no me hizo caso. Rápidamente se puso de pie y fue al baño. Al momento volvió con una botella de alcohol, gasas y vendas.

- Déjame ver. - tenía puesta mi chaqueta de cuero, tal vez si no es por ella, el corte hubiera sido mucho peor. Me la quitó con cuidado, demasiado, pues lo que era la herida en sí no me dolía. La tiró sobre mi cama y volvió a mí, cogiendo mi camiseta fina de manga larga por la cintura.

- ¿¿Qué haces?? - dije apartando su mano. Se supone que me iba a curar, no a aprovecharse de mí.

- Quiero curarte, es de manga larga. ¿Como quieres que lo haga sin quitártela? Además, en la espalda tienes otro corte.

- Mentira.

- ¿No? - estiró su brazo por detrás de mí y me toco algún punto de la espalda.

- ¡¡Joder!! - eso había dolido. Si, tenía otra tajada ahí detrás. - Mierda.

- ¿Vas a quitártela o no?

- Si, joder. Si. - conteste de mala hostia. Me quité la camiseta, pero a lo que iba a sacarla por la cabeza, no pude. - Agg... mierda.

- Te sigue doliendo el estómago, ¿eh? - dijo a la vez que la cogía y él mismo termino de quitármela.

- Y parecías tonto cuando llegaste. - claro que me dolía, coño. Se quedó mirando mi cuerpo, por un momento pensé que tendría más heridas y me mire. - ¿Que? ¿Llevo más?

- ¿Eh? No... no, es que... Joder, tienes fuerza, pero eres un puto palillo.

- Gracias. - dije forzando la sonrisa. - Me curo yo solo, no necesito tu ayuda. - me fui a levantar, pero no me dejo.

- No seas gilipollas. No aguantas que te digan nada.

- No me insultes. El único gilipollas aquí eres tú. ¿No se te ocurrió nada mejor que meterle un puto tiro? - y ahí volvió mi mala hostia. - ¿¿En qué coño pensabas, subnormal?? - me miró frunciendo el ceño, como enfadado. Me tocaba los cojones, encima se enfada él.

- En vez de agradecerme por salvar tu culo, me sigues recordando que disparé a ese tío. ¿Es que no te das cuentas de las cosas? ¿Tan ciego eres?

- No soy ciego. Vi perfectamente lo que pasó. Y...
- ¡¡Y nada!! - ahora era él el que gritaba. - Nadie movió un puto dedo cuando estaba a punto de matarte. ¿Esa es la gente por la que dices que tengo que robar y no sé qué mierdas más? ¿Eh? ¿Esa gente que no son capaces de mover su puto culo cuando tú has estado a punto de morir? - de eso ya me había dado cuenta. ¿Pero qué? Tenían miedo de Jost, en cierto modo entendía que nadie hiciera nada, porque si lo hubieran hecho, más de uno hubiera acabado mal. Pero si, de alguna manera tenía razón en lo que estaba diciendo. Pero ese no era el punto.

- ¡¡Por lo que has hecho tu padre podría echarte de aquí!! - se quedó mirándome sin decir nada más, con expresión de confundido. No había dicho nada raro, esa era la verdad. Podrían echarle por esto. Cogió mi brazo y empezó a curarme en silencio. De nuevo esquivando conversaciones. - ¿Te da igual, no?

- ¿El qué? - restregó fuerte y me queje por el escozor.

- Irte.

- ¿Eso es lo que más te preocupa, el que me echen y no el hecho de haber matado a alguien? - ¿que? Yo no había dicho eso. Me quedé callado. No me preocupaba que hubiera matado a Jost, era un estorbo menos para mí, dejaría

de joderme, aunque no era que quisiera su muerte. Y que lo echaran a él... ¿Me preocupaba eso? - No quiero irme. Te lo dije. Tengo a Sara, creo que es suficiente motivo como para querer quedarme aquí. Y también otro, pero supongo que no importa.

- ¿Cual? ¿Todavía tienes más secretos?

- Eres... - resopló cansado y se quedó mirándome. - Al final voy a creer que eres corto de mente.

- Oye, ¿quieres dejar de insultarme de una puta vez?

- Es que eres ciego, ciego y estúpido si no ves las cosas. ¿Te lo tengo que repetir de nuevo?

- No soy ciego. Ya me lo has dicho dos veces, no hace falta que me lo digas una tercera. - le quité la gasa de la mano y me di yo mismo en el brazo.

- No hablo de eso, Axel. Si lo hice... fue por ti. - me paré, mi mano se congeló y mi mala hostia se fue. ¿Me estaba diciendo que mató a Jost por mí? ¿Qué otro motivo podía tener? Si, soy ciego y estúpido. ¿Como no me había dado cuenta? Ni siquiera lo conocía. Mierda. Me quito la gasa y de nuevo empezó a curarme él. - Cuando saliste corriendo con ese tipo, no pensé, fui a casa de Sheila y le dejé a Sara. Pensé que algo malo estaba pasando y no me equivoque. - seguía hablando mientras me curaba y yo le escuchaba atento mirando sus ojos que no se apartaban de mi herida. - Solo... solo te vi ahí tirado y al otro a punto de... No sé lo que se me paso por la cabeza. El que estaba delante de mí tenía una pistola que asomaba por su pantalón y simplemente la cogí. Nunca había tocado una, podía haber fallado... Solo podía verte a ti y... Simplemente lo hice. - agachó la mirada. Era la primera vez que tocaba un arma y de qué manera. Ahora entendía un poco mejor porque reacciono así, salir corriendo y porque lo encontré sentado, llorando. También me dejó una cosa clara.

No supe qué decirle, no era bueno consolando a la gente, pero sentía que él no necesitaba consuelo de ninguna clase, si no, algo de mi parte. Me acababa de decir que lo hizo por mí, por verme a punto de morir. Y no sabía cómo

tomarme eso. Supongo que, por una parte, estaba bien, quiero decir, lo había hecho por mí, pero por otra, no podía tomarme eso a la ligera. ¿Matar por mí?

- ¿Por qué por mí? - conseguí preguntar.

- Ya lo sabes. Nunca nadie me ha hecho sentir con solo mirarme como lo haces tú. - volvió a mirarme a los ojos. - Así como me miras ahora.

Se acercó poco a poco a mí, cortando esa poca, mínima, distancia que nos separaba. De nuevo me iba besar, lo sabía por la manera en la que miraba mis labios. Y a pesar de que no quería que me tocara, que no se me acercara, miré también sus labios y me quede quieto esperándolos con ganas. Cerré los ojos. No podía contra él. ¿Qué otra prueba necesitaba que era sincero conmigo, de que no mentía cuando me decía que sentía algo por mí, que le gustaba? Ninguna. No había prueba mayor que esa, que matar por salvar mi vida.

Ninguna de las situaciones en las que nos habíamos encontrado, como justo ahora, ninguna había sido planeada, ni pensada, ni forzada. Solo surgía. Incluso la primera vez que nos vimos, en su oficina. Si bien iba con la idea de algo, no de lo que en realidad pasó. ¿Acaso tenía que dejarme llevar? ¿Olvidar toda la mierda de lo que la palabra "amor" significaba para mí y verlo de otro modo, de otra manera?

- ¿¿Axel?? ¿¿Tom??

- Mierda... - susurré contra sus labios, que ni siquiera había llegado a sentir. Noté el choque de su respiración al reír, abrí los ojos y me encontré con los suyos. No me había fijado que eran de un marrón casi idéntico al mío. Y bonitos. Y se le achinaban al reír. Y.… joder, no solo es que estuviera bueno y tuviera buen cuerpo, que ya lo había visto, sino que además tenía unos ojos preciosos. Aparte de unos labios carnosos que besaban de puta madre.

- Que oportuno. - dijo separándose de mí, pero sin quitar esa sonrisa. - ¡Estamos en la habitación! - gritó y rápidamente el Cabeza entró.

- ¿Que ha pasado? ¿Estáis bien? - Tom estaba envolviendo mi brazo con la venda.

- Si, tranquilo.

- ¿Tranquilo? ¿Me estás diciendo que has matado a Jost y que me esté tranquilo?

- Cabeza...

- No. - me cortó, esta cabreado, muy cabreado, a decir verdad. - Tu y yo hablaremos más tarde. - le dijo a Tom. - ¿Y tú qué llevas? ¿Te ha hecho mucho?

- No, solo consiguió rajarle el brazo y un pequeño arañazo en la espalda. - le dijo Tom, cogiéndome de la cintura para hacerme girar para que el Cabeza viera mi espalda. Mi mano automáticamente fue encima de la suya, notar su mano contra mi piel, ahí, en esa zona baja, cerca de mi ombligo, me hizo que directamente la sensación extraña, un escalofrío, se fuera más abajo. Me levanté de la cama casi de un salto.

- No es nada. - dije.

- Pero hay que curarla si no se te infectara. Deja que Tom te la cure.

- Si, pero... Primero... primero voy a darme una ducha y... así podéis hablar y esas cosas.

- Pero ahora tienes la venda en el brazo... - cierto.
- Pues tendré cuidado de no mojarla, pero necesito ducharme.

- Esta bien. Tu y yo vamos a hablar entonces, Tom.

Fui a mi armario a coger ropa limpia. La verdad es que necesitaba una ducha porque estaba cubierto de tierra. Ellos dos salieron al salón y vi como Tom cogió un par de cervezas para hablar cuando salí para ir al baño. Suponía que era lo correcto, dejarlos solos, eran padre e hijo al fin y al cabo y yo no pintaba nada ahí.

Me metí al baño y dejé la ropa sobre un taburete. Empecé a escuchar el

murmullo de estos dos, y tenía unas ganas inmensas de pegar la oreja a la puerta y enterarme de la bronca que le iba a echar el cabeza. Así que, ganando mi cotilla interior, pegué la oreja a la puerta.

- Ya te digo que no lo pensé, simplemente lo hice. Papá, sabes que en mi puta vida he hecho daño a nadie.

- Bueno, no tan así... Lo que paso con...

- Lo que paso con ese hijo de puta se lo merecía. No hay más que hablar sobre eso. Son dos cosas diferentes y por motivos distintos. No voy matando por la vida. Además, me ha dado un ataque o no sé qué mierdas.

- ¿Como un ataque?

- No lo sé. Me he puesto muy nervioso recordando todo y al tío esté tirado en el suelo y... No lo sé. Axel logro calmarme.

- Bueno. No hago una excepción al dejarte quedarte. Digamos que, lo que ha pasado ha sido por salvar la vida de Axel así que.... Olvidaremos el tema. Pero, Tom, te pido por favor que la próxima vez, piensa antes de actuar.

- Lo siento. Si se trata de él...

- ¿Qué pasa con él? Y no me mientas. Me he dado cuenta del cambio que habéis tenido en apenas un día, ni eso, horas, y en casa cuando le hablaste de todo... ¿Acaso él...? - no escuché nada más. ¿Yo qué? ¿Yo qué? Habla maldita sea. - Pero, ¿cómo? Si apenas os conocéis. - mierda, no escuché lo que había dicho Tom o igual ni dijo palabra. Joder...

- El día que... Bueno, el día que hiciste que me echaran, porque sé que fue idea tuya y no me lo niegues, pues... paso. Simplemente me gusto y...

- No me digas lo que pasó en esa oficina, porque conociendo a Axel... prefiero no saber nada. - ¿conociendo? ¿Perdón? Será capullo.

- Pues eso. Que me gusto, no hay más. Me gustó y no pude sacarlo de mi cabeza. Y cuando llegué aquí y me lo encontré, joder, pensaba que era una puta

broma. - espera, ¿le estaba diciendo a su padre, al Cabeza, que estaba pillado por mí? Joder... - Me interesa de verdad, Papá. Y si de verdad has sabido de mi vida todos estos años.

.

- Si lo sé. Se que no has estado con nadie, bueno, más de una noche...

- Bien informado te veo. Él es diferente.

- Por eso mismo sé que no saldrás bien parado. - ¿que? - Axel es alguien muy especial. - oh, gracias Cabeza. - Pero él, no cree mucho en el amor y esas cosas. Y no me preguntes razones. Si quiere él te contará las cosas, yo no debo meterme ahí. - bien ahí, Cabeza. Si quiere saber algo que me pregunte a mí. - No te enamores, Tom. - enamorarse dice. Por dios. ¿Quién se podría enamorar de mí? Bueno, Gustav al parecer. Pero no es el caso de Tom. A Tom lo que le pasaba era lo mismo que a mí, no había más, un calentón que se quedó a medias, atracción tal vez, pero nada más. Nada más.

- Pues... es tarde. Creo que siento demasiado por él. - ¿Que? - No siento que es alguien más, no sé si me entiendes. - no, no te entiendo. - Si fuera así, tendría ganas de... ya sabes.

- Si, llevarlo a la cama.

- Si. - y yo también lo haría, pero... ¿qué más hay entonces? - Pero no es lo que quiero, ósea sí, pero... quiero conocerlo, quiero... quiero ir despacio.

- Tom...

- No, papa. Me da igual que me digas que no cree en eso porque sé que no es verdad. Se cómo me mira e incluso se pone nervioso a mi lado. Lo veo en sus ojos. Le gusto. - ¿qué me gusta? Yo nunca he dicho eso. - Pero es ciego o no quiere confiar en mí. Creo que piensa que es un juego y que le miento.

- Espera, ¿Se lo has dicho? ¿Le has dicho que te gusta?

- Si, incluso nos hemos besado un par de veces. - pero coño, ¿que no te callas la boca con nada?

- Joder. Eso sí que no... no me lo esperaba. Yo... bueno, qué puedo decirte. Ambos sois mayores. Vosotros sabéis lo que hacéis... No me voy a meter ahí.

- ¿Está escuchando detrás de la puerta? - mierda, mierda... Había pegado un cabezazo en la puerta sin querer.

Joder. Me quite la ropa rápidamente, no sé ni como, abrí el agua y me metí debajo de la ducha. ¡Ostia puta! Estaba helada, normal, no había dejado que se calentara.

- ¿Axel? ¿Pasa algo? - preguntó tocando en la puerta. Joder. Pillada del siglo, que torpe soy coño. - ¿Estas bien?

- Pero que.... ¿Siempre vas a entrar cuando me esté duchando?

- Oí un golpe. Lo siento pensé que...

- ¡¡Que dejes de mirarme!! - me tapé la entrepierna como pude por el tembleque del agua fría.

- ¿Seguro que estás bien?

- ¿Qué haces? - se acercó hasta mí y tocó el agua. Mierda.

- Está helada. - dijo sonriendo de medio lado. - Así que también se te da bien escuchar detrás de las puertas. Vas a coger una pulmonía duchándote con el agua así. No seas gilipollas. - cerró el grifo y me paso una toalla.

- Deja de insultarme, coño.

- Es que eres tonto metiéndote debajo del agua así.

- ¡¡Bueno, ya!!

- Si, ya. Dúchate con agua caliente anda, y después te cambio la venda porque la has mojado completamente.

- Imbécil... - se me escapó entre dientes.
- Seré imbécil, pero al menos no soy tan torpe como tú. - me guiño el ojo y salió del baño de nuevo dejándome solo.

Salí de la ducha, cerré con el pestillo para que no volviera a entrar, abrí el grifo para que saliera la caliente y, cuando estaba como a mí me gustaba, volví a entrar. ¡¡Dios, que gusto!!

Bien, ahora me tocaba pensar en lo que había escuchado. Ya me había dicho dos veces, tres, que le gustaba y sentía algo por mí. La última pareció sincero de verdad, pero si se lo había dicho a su padre, es que de verdad si sentía algo por mí. ¿Pero yo? Joder, sí, me gustaba él, me gustaba su cuerpo, me gustaban sus ojos, me gustaban sus labios, sus besos, su manera de tocarme, su piel. Si, me gustaba todo eso. Pero ya está. ¿Amor? ¿Gustarme? Dios, no lo sé. Si, lo que él me provocaba nadie lo había hecho, pero eso no era que me gustara, ni significaba que sintiera lo mismo por él. No lo sé. No lo sé.

Mamá, ¿qué debería hacer? ¿Dejarme llevar y probar?

Necesitaba de sus palabras. Ella sabría lo que decirme ahora mismo. Ella lo sabría y me aconsejaría y me ayudaría a aclararme.

El amor, cariño, es complicado. No se puede explicar. Simplemente pasa. Te sientes bien, sientes nervios, hormiguitas recorriendo tu cuerpo. Cuando te pase, lo sabrás. Lo notaras aquí, en tu corazón. Pero sobre todo no dejes que te destruya, no dejes que te ciegue.

Mama me dijo esas palabras una vez. No supe a qué se refería cuando me dijo que no dejase que me destruyera, pero luego lo entendí, porque a ella... la destruyó por completo. Pero Tom, joder, había matado a Jost sin dudarlo cuando él estaba a punto de terminar conmigo. Si él no hubiera estado aquí, ahora mismo yo estaría en el lugar de Jost, bajo tierra. Y no creo que Tom... No me haría nada malo, ¿no? ¿No me destruiría? Joder, no lo sé, no lo conozco

apenas, como para saber eso. Ya está. Me da igual. Si acaba conmigo, que lo haga. Voy a dejarme llevar. Voy a probar que coño es eso del amor, eso de querer. Total, no tengo mucho que perder. Si me hace daño, si la muerte de mi madre no pudo conmigo, él menos.

CAPITULO 17

Cuando salí de la ducha el Cabeza ya no estaba y parecía que Tom estaba cocinando algo porque olía bastante bien. Ya era tarde así que no me arregle mucho, cogí una camiseta negra de manga larga que tenía y unos pantalones de hace un par de años, un poco anchos para mi gusto, pero bueno, total no pensaba salir hoy. Con lo que había pasado la gente estaba calmada por el susto así que suponía que no habría más problemas. No me maquillé, ni siquiera me peiné. Llevaba el pelo mojado caído hacia un lado. Normalmente con ayuda de laca y eso me lo hago estilo tupé o, si no tengo ganas, me lo peino hacia atrás, pero ahora me daba igual. Lo dejé tal como salí de la ducha. Una de las manías que tenía es que, si llevaba manga larga, esta me tenía que cubrir las manos. No sé, cosas raras mías. Crucé mis brazos y me acerqué para ver que hacía Tom. Lo tenía decidido. No pensaba forzar nada, pero estaba dispuesto a probar eso que él quisiera conmigo. Así que lo primero que tenía que hacer era controlar mis arranques de mala hostia.

- ¿Qué haces? - me puse a su lado y miré todo lo que hacía y movía. Incliné mi cabeza para ver su cara. No sabía si estaba enfadado por haberme pillado que escuche todo tras la puerta.

- Pues pasta. Algo suave para tu estómago. Llevas todo el día vomitando, y si tienes dolor después del pisotón del cabrón ese, te sentará mejor.

- Tiene buena pinta.

- Gracias. - al fin me miró. - No llevas maquillaje.

- No. No pienso salir de casa.

- Te ves... diferente.

- Ya sé que sin maquillaje soy...

- Bonito. - me corto y yo me quede con la boca abierta. - Sigues siendo bonito, incluso más. A todo esto, ya no me llamas así. - dijo volviendo a los espaguetis.

- No querías que te llamara así, ¿ahora lo echas de menos? - me senté en la silla que quedaba más cerca de él, girándola un poco y apoyé el codo en ella para dejar caer mi cabeza en mi mano.

- No, ya te dije que te pega más a ti. ¿Te puedo llamar así?

- Ni de coña. - le conteste rápidamente y él rio.

- Vale, lo pillo. Cross. - dijo con burla.

- En casa puedes llamarme por mi nombre. Oye... en casa de tu padre, hable con él de Sara.

- ¿A si? ¿Y qué te dijo?

- Me confirmó que era su hija.

- Hujum. - ¿y ya está? Le estaba aclarando la duda que tenia de si lo era o no.

- ¿Hujum? ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

Me ignoró de nuevo. Resoplé calmándome para no gritarle cuatro cosas. Me era difícil joder, no lo entendía, era raro de cojones. Esperaba un "¿en serio?" o yo que sé, más alegría, coño. No un puto "hujum". Puso la mesa, me fui a levantar para ayudarle, pero no me dejo. Pues que bien, tenía mayordomo por esta noche. La verdad es que los espaguetis olían de puta madre, pero apenas tenía hambre y lo más seguro es que volviera a echar todo lo que entrara por mi boca.

Cuando se sentó, lleno mi vaso de agua e hizo lo mismo con el suyo. Imaginaba que Sara ya pasaría la noche con Sheila, si es que no me echaba de menos y le hacía traerla. Empezamos a comer en silencio, un silencio incomodo porque yo esperaba que me dijera algo más sobre lo que le había dicho, pero él parecía estar más interesado en los espaguetis. Alzó la mirada y me vio que le miraba con la ceja alzada.

- ¿Que he dicho ahora? - dijo con la boca llena.
- Que "no" has dicho. Te acabo de confirmar que Sara es tu hermana, ¿y lo mejor que se te ocurre decirme es "hujum"? - tragó lo que tenía en la boca y se limpió los labios.

- Lo que pasa es que ya lo sabía. Mientras tu dormías en su casa hablé con él, se lo pregunté directamente y me lo contó. Sara tiene diez años y nació el 14 de Junio.

- ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

- Pues... no sé. No ha salido el tema y con lo que ha pasado... - se encogió de hombros. Negué con la cabeza y seguí comiendo despacio.

- Están muy buenos. - le dije y volví a mirarle, por dios, yo era el que vivía en una pocilga, pero el que comía con un cerdo era él. Sus mofletes estaban hinchados de tanta pasta que tenía en la boca y el tomate se le escurría. - Eres un cerdo.

- Ferdon, feñof delicao. - ni siquiera podía hablar. Y por hacerlo, se le salieron la mitad de la boca haciéndome saltar con la silla hacia atrás. Yo lo mataba.

Tom se agachó sobre su plato partiéndose el culo, se iba a ahogar si seguía riéndose así. La verdad es que había sido gracioso y no pude aguantarme las ganas de reír.

Seguimos cenando y comió algo más tranquilo. Estábamos bromeando y riéndonos de cosas absurdas, no paraba de hacer el imbécil con los espaguetis. Me sentía bien con él, la verdad. No sé, entre ambos se estaba

creando como un ambiente cálido, amable, bueno. Era como si nos conociéramos de más tiempo y no de apenas un día. Estaba siendo un día interesante a pesar de lo que había pasado.

Él ya había acabado su plato, incluso repitió. No sé dónde coño metía la comida con el cuerpo que tenía. Yo en cambio tenía más de medio plato y estaba jugando con el tenedor en él, no podía más. Se levantó quitando sus cubiertos y recogiendo su lado de la mesa y después se sentó en una silla a mi lado.

- Vamos, te entran un par de ganchadas más.

- No puedo más, en serio. Si como algo más vomitare.
- Mmm. Uno más. - le miré alzando una ceja sin entender. - Un solo espagueti más y te dejo tranquilo.

- ¿Un... espagueti? ¿Estás de broma? - sonrió de medio lado y miró el plato, no me gustaba esa mirada. - ¿Que tramas, eh?

- Seguramente me vas a dar una hostia, pero... ¿Has visto la Dama y el Vagabundo? - agaché la cabeza y le miré abriendo los ojos, ¿lo decía enserio?

- No pienso comerme un espagueti de esa manera con... contigo.

- Venga. - dijo riendo. - Solo uno. - ¿pero qué cojones? ¿Tenía veintisiete años o doce? Cogió uno y lo saco estirando de él, no era muy largo, un palmo tal vez. Lo levantó poniéndolo delante de mí. - ¿Qué tiene de malo?

- Que no coño, eres como un crío. - me levanté de la mesa y cogí el plato para guardarlo en la nevera, no me gustaba tirar comida, con lo que nos costaba conseguirla.

- Axel. Es un puto espagueti. O eso o hago que te comas el plato entero.

- ¡¡Te he dicho que no!! Y punto.

- Borde. - le miré, al final se ganaba la hostia. - Eres un aburrido. - dijo

llevándose el espagueti a la boca y comiéndoselo.

- Prefiero ser un aburrido que un crío estúpido como tú. - dije cruzándome de brazos.

- ¿Estúpido por qué? ¿Por querer besarte? - mierda.

Hice oídos sordos y empecé a fregar lo que había. Intentó apartarme para fregar él, pero no estaba inválido y me jodía que no me dejara hacer nada. He vivido toda mi puta vida solo y hasta con la muñeca rota he hecho mis cosas. Así que dos rasguños no me iban a dejar tirado en la cama todo el día. Él se sentó con una cerveza a ver la televisión. Yo terminé de fregar y me fumé un cigarro sin saber qué hacer. O estaba muy metido en la mierda que estaban echando en la tele o se había enfadado. Quería acercarme a él, pero no sabía cómo.

Las heridas. Eso es.

Fui al baño, cogí el alcohol, el algodón y las vendas. Era una buena excusa. Salí y me senté a su lado dejando todo en sus piernas.

- ¿Ahora sí? - dijo mordisqueando su piercing. ¡No hagas eso, coño! Mire sus labios sin poderlo evitar. - ¿Hola? Se que te gustan mis labios, pero podrías contestarme cuando hablo.

- No seas imbécil. - me quité la camiseta para que pudiera hacerlo. - Tu dijiste que me ibas a curar, ¿no?

- ¿Y si ahora no quiero?

- ¡¡Te podrías ir a la mierda con tu pu... !! - ta madre... ¿y ahora porque se reía?

- Es muy fácil hacerte enfadar. Ven, anda.

Me quitó la venda, todavía húmeda de la ducha, me curó de nuevo la herida y volvió a taparla. No hablaba así que me centré en la televisión. Quería relajarme con él, joder, pero era un maestro en hacerme enfadar

fácilmente. En la televisión había una mierda de serie, pero que poco a poco me parecía más interesante. Ese puto doctor era borde de cojones, me recordaba a mí. Siempre con cara de mala hostia. Pero no sabía hasta qué punto una mierda de serie, con vidas inventadas, todo ficticio, podía interesar a alguien. La vida real está aquí, y si quieren telenovelas, que vengan aquí que tienen historias para escuchar hasta morirse.

- Gírate un poco para limpiarte la de la espalda.

Noté el frío del alcohol cuando me lo echó y me mordí la lengua para no quejarme del puto escozor. A saber que mierdas había hecho con esa navaja. De seguro se me infectaran ambas y me dejaran una preciosa cicatriz para recordarlo por el resto de mi vida. Tom al menos era cuidadoso y no apretaba demasiado, ni tampoco restregaba la herida para no hacerme daño. Solo daba pequeños toques con algo de presión, pero era soportable. Se le daba bien. Mejor que Erik curándome la herida de la pierna que una vez me hice al saltar una valla y me rasguñé. Dios, ese sí que era burro con cojones. Menudas zarpas tenía. Pero la chupaba bien, al menos servía para algo. Bueno, y en el trabajo también es bueno. Siempre que no haya un muerto, claro.

Fruncí el ceño, es verdad. No le paso lo mismo que le pasaba otras veces cuando Jost. ¿Acaso no lo vio? Cuando me acompaño a casa se le veía bien. Qué raro...

- ¿En qué piensas? Estás demasiado callado. - me sacó de mis pensamientos, incluso olvidé por completo que lo tenía detrás, la herida. Solía pasarme, me era fácil desconectar totalmente de todo cuando me daba por pensar o recordar.

- Nada. No pensaba en nada.

- No confías en mí. - dijo bajando la voz. - Te la voy a tapar con un poco de es...

- Si confío en ti. - dije cortándole y se quedó callado. Incluso noté sus manos pararse sobre mi piel. - Solo es que, me cuesta abrirme con la gente y mantener cualquier tipo de... relación. No soy bueno en eso.

- Todo el mundo puede relacionarse. Solo necesitas no tomarte todo a mal, siempre saltas a la defensiva. - asentí con la cabeza. Era verdad, no lo iba a negar, pero aquí siempre tenía que ser así. - Supongo que serás así por esto, por vivir aquí o por estar solo. - estar solo. Estaba más solo que la una. Desde que llegué, solo desde que mi madre me dejó.

Me quede callado por eso, por esa frase. Noté la mano de Tom por mi espalda y abrí los ojos, los había cerrado al recordar de nuevo a mi madre. Me puse nervioso y tenso al mismo tiempo. Eran caricias. Estaba acariciándome y parecía que con cariño. Cerré los ojos de nuevo dejándome llevar por esa sensación que despertaba en mí. Me gusta.

- Pero ya no estás solo. - dijo despacio y pude notar su aliento en mi nuca, cerca de mi hombro. Un escalofrió me recorrió el cuerpo y pude notar todo mi vello de punta. Noté sus labios entre mi cuello y mi hombro, dejándome un beso y me giré para verle. - Déjame quererte. Déjate llevar. Solo... siénteme. - me miró a los ojos cuando dijo la última palabra. Tragué saliva. No sabía a qué se refería con eso, pero... quería hacerlo. Quería sentirme querido por una vez. - ¿Confías en mí? - cerré los ojos cogiendo aire. Él era el único que me hacía sentir así, que me despertaba algo, que me había demostrado más que nadie aquí. Si, confiaba en él. Asentí con la cabeza y miré de nuevo al frente cerrando los ojos.

Solo tenía que sentir, sentir y sabría de verdad que era lo que pasaba con él.

Siguió besando mi hombro, mi cuello, tan despacio que no paraba de sentir miles de escalofríos recorriendo mi cuerpo. Su mano por mi espalda acariciando tan lentamente que me estaban dando ganas de girarme y tirarme sobre él. Me sentía bien, tranquilo, relajado, pero a la vez nervioso y con una extraña sensación por sus roces, por sus labios, por sus manos... Besó mi espalda por completo. Sus manos subían por ella, bajando por mis brazos y volviendo de nuevo a mi espalda.

Supongo que a esto se refería, a que le sintiera así, acariciándome con cariño, sintiendo que sería incapaz de hacerme daño. Sentirme seguro con él a mi lado. Seguro en el sentido de no tener esa necesidad de salir corriendo

como me pasó con Gustav. Con él no me pasaba eso. Me había dicho que le gustaba y no salí corriendo. No sentía la necesidad de hacer que olvidase eso y se alejase de mí, ahora no. Ahora sentía que quería tenerle cerca de mí. Así. Solo para mí y dedicándose completamente a mí.

¿Esto es sentir por alguien? ¿Todas estas sensaciones? ¿No querer alejarlo y sentir la necesidad de pedirle que se quede siempre así, a mi lado?

- Axel... - habló de nuevo cerca de mi oído, su voz era suave y hasta dulce. - Vámonos. Cogemos a Sara y nos largamos de aquí los tres. - abrí los ojos rápidamente. Todo eso que estaba sintiendo se esfumó. - Si lo hablamos con mi padre...

- No. - le corté.

- ¿Por qué? Esto no es vivir, no vives aquí. - pasó sus brazos por mi cintura abrazándome desde atrás. - Olvídate de todo esto. Vámonos lejos y comencemos una...

- ¡¡No me voy a ir!! - aparte sus brazos, me levanté y me puse la camiseta. No pensaba irme de aquí, no podía irme de aquí, no hasta que cumpliera la promesa que hice. No podía.

- Joder, aquí acabarán contigo un día u otro. ¿Es que no lo ves? Tampoco es lugar para Sara. - se puso de pie y se acercó a mí, pero lo pare poniendo mis manos en su pecho.

- No voy a irme. Y me da igual lo que digas. Utiliza a Sara si quieres. No voy a irme.

- Axel...

- ¡¡He dicho que no, coño!! ¿Quieres irte? Coge a Sara, habla con tu padre y lárgate con ella. Dale todo lo que no ha tenido y el cariño que le ha hecho falta. Dáselo. Largaros. Iros. ¡Vete! Pero yo me quedo.

- No entiendo qué cojones te retiene aquí. No tienes a nadie, ¿qué te cuesta

largarte? Vámonos juntos. Olvida todo esto.

- ¡¡No puedo olvidar!! No sabes una mierda de mí. No sabes nada de mí. - me estaba pidiendo que dejara todo por lo que estaba aquí, estaba solo, si, no tenía a nadie, pero tenía lo que más importa y era una puta promesa que cumplir y hasta entonces, mi vida estaba atada aquí. Sabía que me jodería. Sabía que no podía dejarme llevar, me estaba engañando, solo quería irse de aquí. Se iría y me dejaría. ¿Para esto tenía que dejarme llevar? ¡Pues que se vaya a la mierda! - ¡¡Lárgate si es lo que quieres!! Coge tus cosas, coge a Sara y lárgate. Tú no tienes nada aquí. ¡¡Vete!!

- Axel... yo no queri...

- ¡¡No quiero oír una mierda más de tu puta boca!! Quieres irte, pues vete. Nadie te lo impide.

- Pero, ¿te estas escuchando? Yo no he dicho eso. ¿Te puedes calmar?

- ¿¿Que me calme?? ¡¡Déjate llevar, déjame quererte...!! - dije con burla. - ¡¡Una puta mierda para ti!! ¿Para qué? Quieres irte, pues me parece de puta madre. Encantado de conocerte y que la vida te vaya bien.

Pase por su lado, si se iba a largar adelante, yo no lo iba a frenar.

- Axel... - me cogió del brazo frenándome.

¿Mi reacción? Soltarle una hostia en la cara que resonó por toda la casa. ¿La suya? Agarrar mis manos tras mi espalda y besarme.

Si, era fácil que en mi puta cabeza saltara esa pieza que me volvía loco. Que me hacía hablar sin sentido, imaginarme mil mierdas en mi cabeza y perder el control por completo. Y a él se le daba de puta madre tocar esa puta pieza. Miedo. Miedo de que se largara, de sentirme solo de nuevo. De que se llevará a Sara y que entonces, la única persona que me hacía mantener los pies en la tierra, se esfumase también.

Miedo de sentir lo que sentía por él. ¿Así se siente uno cuando pensaba

que ese alguien especial lo iba a dejar?

Mierda, mierda mama, ¿por qué lo has puesto en mi camino? ¿Eh? ¿Acaso es que quieres verme perder la poca paciencia que me queda? ¿Volver la mierda de vida que tengo peor todavía?

Rompió el contacto de nuestros labios y dejó su frente sobre la mía. No abrí los ojos, no quería verlo mirándome tal como estaba ahora mismo. Perdí los nervios o no sé lo que me pasó. Deje mi cuerpo relajarse entre su agarre y poco a poco me soltó cuando vio que no pensaba moverme. Note sus dedos en mi mejilla retirando mis lágrimas. Era la primera vez que perdía el control de mí mismo delante de alguien y lloraba así, en silencio, pero sin poderlo evitar. Cogió mis manos y le dejé que las pusiera sobre sus hombros. Tom me abrazo por la cintura pegando nuestros cuerpos todavía más. Termine de abrazar su cuello, todavía con mis ojos cerrados y mi frente pegada a la suya.

- ¿Me vas a dejar hablar ahora? - dijo en un susurro. Solo asentí notando su aliento chocar contra mí. - Bien. No quiero irme, no voy a irme. No sin ti. No sé qué es lo que te ata aquí, ni quiero saberlo si no me lo quieres contar. Solo espero que lo hagas cuando estés preparado. Quiero a Sara, me gustaría darle una vida normal, pero no dejándote aquí. Escúchame, en ningún momento dije que quería irme, hable de los dos, irnos los dos, no yo solo. ¿Bien? Así que deja de pensar que me voy a largar porque no lo haré. Y si algún día lo hago, será contigo. - más lágrimas salieron de mis ojos. Ya me daba igual, ni siquiera sé porque lloraba. Pero lo que estaba diciendo Tom me gustaba.

- Yo sé que... lo harás. - ni siquiera sé cómo me salió la voz por el nudo que sentía en la garganta. - Un día te iras.

- Axel... ¿cómo hago para que me creas? - guardó silencio por un momento. Le creía, pero sabía que tarde o temprano se iría. No aguantaría estar aquí, sin vida, sin libertad. - Una promesa. ¿Crees en ellas, no? Has dicho que no te irías de aquí hasta cumplir tu promesa. - entonces lo miré. Si, creía en las promesas. Para mí una promesa era algo que yo no rompería por nada del

mundo. Y menos la que yo tenía con mi madre. - Pues te hago una promesa en este momento.

- No prometas lo que no podrás cumplir. - me separé un poco de él para poder ver bien su cara, sus expresiones.

- Lo voy a cumplir. Mi promesa es, estar contigo siempre y no dejar que te sientas solo de nuevo. Y si un día me voy de aquí, lo haré contigo y con Sara. - estaba mirándome a los ojos, acariciando la parte baja de mi espalda. Si no era una promesa estaba fingiendo demasiado bien. - Los tres. No pienso dejarte, no pienso dejar que nadie te haga daño. Y... - relamió sus labios y miro los míos.

- ¿Y...?

- Y... prometo enseñarte lo que es... sentir. - dijo acariciando mi nariz con la suya. - Querer y... - volví a cerrar los ojos notando la suave caricia de sus labios sobre los míos. - Amar.

CAPITULO 18

Estaba agotado, tanto físicamente como mentalmente. Era demasiado para un puto día. Muchas cosas, muchos sentimientos y... Mucho de todo para la vida tranquila, entre comillas, que yo estaba acostumbrado a llevar aquí. Así que yo me fui a la cama dejando a Tom viendo la televisión. Necesitaba pensar y aclarar todo. Estar seguro de lo que iba a hacer, de la decisión que tomaría.

O era todo o nada.

Todo era como una película a cámara rápida, tenía la sensación de haber pasado días con Tom, incluso semanas cuando solo eran horas, ni siquiera llegaba a un día, ni veinticuatro horas con él. Pero tenía algo claro, y es que, si daba el paso, si me arriesgaba, si me lanzaba a eso, no sería como él, no sería como mi padre. No sería así, ni tampoco dejaría que él me manipulara ni me cambiara a su antojo. Yo era como era, o me aceptaba así o se podría ir por donde había venido. Igual que yo haría con él.

Algo tenía ya a mi favor para empezar con esta locura con la que siempre he estado en contra. Y es que jamás pensé que alguien llegaría así, de la nada y moviera todo mi mundo. Tenía a mi favor que mis juegos con Erik y Gustav habían acabado, y eso estaba bien para empezar con Tom. O eso creo. Pero, joder, la necesidad era la necesidad y ya me moría por echar un puto polvo. Pero con Tom quería que las cosas fueran despacio, ponerle a prueba, estar seguro y que me demostrara que en lo que estaba a punto de meterme merecería la pena.

Por la mañana me desperté cuando aún Tom estaba dormido sobre su cama. No sé si dormía como yo o lo hacía porque yo lo hacía, pero me pareció raro

que también hoy durmiera vestido sobre la colcha. Yo solía dormir así por vagueza y cansancio por trabajar, pero al menos yo anoche iba cómodo. Él se durmió con los vaqueros, que muy cómodo no se veía y más siendo tan anchos. Me duché, vestí y me maquillé, y preparé el desayuno, hice el intento de las tortitas que él hizo la mañana anterior, pero la cagué bien cagada, incluso me cargué la sartén arañándola con el tenedor intentado dar la vuelta a la mierda de la masa pegada. Acabé haciendo tostadas. Cuando lo vio Tom se partió el culo en mi cara y me dijo que me enseñaría a hacerlas. Nos sentamos a desayunar tranquilamente y cuando me levanté para recoger todo, tocaron a la puerta.

- Voy yo. - dije mientras que Tom terminaba de tragar. Era un puto saco sin fondo, comía tres veces más que yo. - ¡¡Hola, princesa!! - cogí a Sara en brazos y la abracé con ganas.

- Hola, Cross. - me abrazó por el cuello y me dio un beso en la mejilla. - ¿Donde esta Tom?

- Desayunando, ves. - deje que pasara, Sheila me hizo un gesto con la mano para que saliera. Cerré un poco la puerta sin llegar a cerrarla por completo y me quedé afuera con ella. - ¿Qué pasa?

- ¿Como estas? No lo vi, pero ya me enteré de todo. Menos mal que estaba...

- Tom.

- Eso, Tom. Menos mal que estaba ahí. El cabeza reunió a todos y no veas lo enfadado que estaba. - fruncí un poco el ceño, pero me lo podía esperar. Para el Cabeza teníamos que ser una familia, si nosotros nos arriesgábamos para traer comida a todo el mundo, lo menos que podían haber hecho era intervenir. Así que me imaginé que pondría el grito en el cielo.

- ¿Sara ha dormido bien?

- Sin problemas. Estaba muy contenta y... oye, ¿es verdad eso de que el nuevo es su hermano?

- ¿Eh? ¿Quién ha dicho eso? - ¿Sara lo sabía?

- Me lo ha dicho ella. No paró de hablarme toda la noche de él, diciéndome que fueron a comprar ropa y columpios y... no sé. Es verdad, ¿no?

- Amm... - me rasqué la nuca. - Si, bueno. Es verdad. Pero no lo digas.

- Lo sé. Tranquilo. Me alegro por ella, por lo menos no está sola.
- No estaba sola, me tenía a mí.

- Lo sé, Cross. Me refiero a alguien de su familia. Tu eres importante para ella, lo sabes. En fin... ¿Puedo pasar?

- ¿Para qué?

- Pues... Joder, no seas así de borde, invítame a un café, aunque sea, ¿no? Encima de que os hago de niñera.

Me aparte de la puerta y la deje pasar, pero no me hacía ni puta gracia. No me hizo ni puta gracia en la manera en la que ayer le dijo a Tom que "estaba para lo que necesitara". Zorra.

Cuando entré, Sara estaba sentada con Tom y ambos comían de la misma tostada, Sheila se había sentado a su lado y cuando me puse a fregar tosió como llamando mi atención. Me gire para verla, seguro esperaba que le hiciera el café. Pues la tenía clara.

- ¿No has dicho que me invitabas a un café?

- Tu lo has pedido, yo no te he invitado así que levántate y hazlo tú si quieres, que para algo tienes dos manos. - Tom me miró negando cuando Sheila ya no podía verle. - ¿Que? - vocalice sin voz. Volvió a negar y empezó a reírse. Pasé por su lado para recoger los platos que faltaban y le pegué una colleja.

- ¡¡Oye!! - se quejó y Sara empezó a reírse.

- Te la has ganado, ¿a que si Sara?

- ¡¡Si!!

- Ves, hasta ella me da la razón, así que cállate.

- Eres un mandón, borde y con un humor de perros. - soltó Sheila.

- Y tu... No me hagas hablar delante de Sara. Que se lo que haces aquí. El arroz se pasa. - le dije dándome unos toques en la nariz. Me apetecía picarla, picarla y que se fuera.

- ¿¿Que?? ¿Pero de qué coño vas?

- ¿Que de qué coño voy?
- Ya vale. - dijo Tom ganándose la mirada de los dos. - Ya vale de decir palabrotas delante de ella. Sheila... ¿Por qué no te haces el café en silencio y dejas de joder? - toma esa. - Y tú, contrólate un poquito.

- ¿Que me controle? - se levantó de la silla y dejó a Sara sentada allí comiéndose la última tostada. Me cogió del brazo y tiró de mí.

- ¿Qué haces?

- Hablar contigo. - dijo tirando de mí. Me llevó a nuestra habitación y cerró la puerta después de soltarme el brazo. - ¿Qué te pasa con Sheila? ¿Siempre te portas así con ella?

- No, y no me pasa nada. Ella se lo está buscando.

- No ha dicho nada, solo quería un puto café.

- Pues que lo haga con sus putas manos. Se por qué quería entrar, no soy gilipollas.

- Ya sé lo que te pasa a ti.

- No me pasa nada. ¡¡Y no vuelvas a cogerme así delante de nadie!! - se acercó a mi haciendo que me chocara contra la pared. - ¿Qué haces?

- Estas celoso.

- Más quisieras. Quita. - intenté empujarlo, pero no lo conseguí. Él apoyó sus manos contra la pared a ambos lados de mi cuerpo. - Tom... - dije bufando.

- Estas celoso, admítelo. Te jodió que el otro día me dijera que fuera a su casa si me hacía falta algo. - a él parecía divertirle eso, a mi no.

- Que no, coño. Aparta. Déjame salir.

- No hasta que lo admitas o... me des un beso.

- No voy a admitir nada.

- Vale. - cerró los ojos y puso sus labios esperando mi beso. Me reí por su cara, se veía gracioso así. Puse mis dedos estirándolos, amontonándolos juntos y los puse sobre su boca. Tom abrió rápidamente los ojos frunciendo el ceño, lo que me hizo soltar una carcajada. - ¡Eso no vale!

- Te he dado un beso con los dedos. Si vale. No me has dicho como querías el beso. - rodó los ojos.

- No me jodas. Luego me dices que yo soy un crío. Dame un beso en condiciones. - negué con la cabeza mordiéndome el labio inferior. La verdad es que deseaba hacerlo, pero no iba hacerlo por el simple hecho de que me lo estuviera pidiendo así. - Lo estas deseando. - susurró.

- La verdad... - me acerqué a él y cuando vi que pensaba que lo iba a besar, negué. - No.

- Vale. Te lo pido de otra manera. - bajo una mano hasta mi cintura y la acarició. Acercó su cara un poco más a la mía, rozando mi nariz con la suya. Al parecer le gustaba hacer eso. - ¿Me das... un beso de... buenos días? - hablo

tan suave y tan... Agg.

Se lo di. Joder, no me podía aguantar las ganas. Tom término de abrazarme con ambos brazos por la cintura y yo deje mis manos contra su pecho. Me apretó contra la pared y su cuerpo. Joder. Me beso con ganas, metiendo su lengua al segundo en mi boca buscando la mía. ¿Cómo coño podía gustarme tanto esto? Su boca, sus labios, su lengua... Su sabor.

- Me vuelves loco. - dijo entre el beso. Mordí un poco su labio inferior y él se separó haciendo que su labio se estirase por mi mordisco. Era la primera vez que hacía eso, ni siquiera lo pensé, me salió solo y quería morderlo de nuevo. Y lo hice. Le cogí de la nuca para acercarlo de nuevo y se lo mordí. - Calma, fiera. Hay gente en casa y me vas a obligar a tirarte sobre la cama. - le di un golpe en el hombro de manera juguetona. - Oye... no te enfades ¿vale? Solo es curiosidad...

- Dime.

- ¿Es la primera vez que besas a alguien? Ahora no, me refiero... Ese día en mi oficina.

- ¿Por qué lo dices?

- Pues porque lo note. Fuiste muy torpe. - dijo riéndose.
- Serás... - golpeé su pecho haciendo que se alejara de mí. - ¡¡Pues ya no te beso más!! Para que te jodas. - no estaba enfadado, solo me lo hice.

- He dicho que fuiste... - dijo riéndose y abrazándome esta vez por los hombros. Yo deje mis manos agarradas a su camiseta en su cintura. - Ahora lo haces mejor.

- ¿Mejor?

- Lo haces bien. ¿Soy al primero que besas? - no sabía si decirle que si o que no. Pero si le decía que no, sabría que estaba mintiendo.

- Si. Nunca en mi vida he besado a nadie. Siempre pensé que eso era...

asqueroso.

- Oh, eso no lo esperaba. ¿Eso quiere decir que no te parecen asquerosos mis besos? - negué con la cabeza. - Me gusta eso de ser el primero.

- Chicos yo... me.... am... - rodé los ojos. Otra que no sabía lo que significaba una puerta cerrada. Pero esto me venía bien. Tom no me soltaba así que aproveché y me abracé a su cintura pegándome más a él.

- ¿Te importa? - le dije.

- Yo... ¿estáis liados? - dijo señalándonos a ambos.

- No.

- Si. - contestemos a la vez. ¿Como que no? Mire a Tom frunciendo el ceño. - ¿Qué has dicho?

- ¿Lo estamos? - ¿lo estábamos?

- Bueno. Yo ya me iba... solo quería avisaros para no dejar a la niña sola.

- Gracias, Sheila. - le dijo sonriendo. ¡¡Será capullo!! Le pegué un pizco donde primero pillé.

- ¡¡Au!! Coño, eso duelo. - se separó de mí y se sobó donde le había pizcado.
- Pues te jodes. - dije saliendo detrás de Sheila y acompañándola a la puerta.

- Oye... - me quede parado escuchándola. - No quiero estar a malas contigo, Cross. Lo sabes. Yo no sabía que... entre tú y él...

- Entre él y yo...

- No me digas que no hay nada, Cross. Deja de mentir por una vez. Me parece bien y además mereces algo de cariño. Me alegro por ti, de verdad. -

¿por qué siempre Sheila me hacía arrepentirme por comportarme como un auténtico gilipollas con ella?

- Lo siento, Sheila. Lo siento por comportarme como un... estúpido. - ella me abrazó y me dijo que no pasaba nada.

No estaba celoso como decía Tom, no. Lo que me pasaba es que me jodía que fuera tan directa y... ¿Estaba celoso? Mierda.

Cuando entre de nuevo y Sheila se fue, Tom estaba fregando y Sara ya no estaba ahí, imaginé que estaría en su habitación jugando con sus cosas. Me acerqué a Tom y me apoyé contra la encimera a su lado cruzando mis brazos.

- Sara le ha dicho a Sheila que eres su hermano. Deberías hablar con ella, no vaya a decir que el Cabeza es su padre. Ya me entiendes. - si le daba por decir eso, entonces estaría expuesta a lo mismo que Tom. Aunque diciendo que era hermana de Tom ya la había cagado. Al menos en la comunidad aún no sabían que Tom era hijo del Cabeza.

- No lo sabe. Solo le dijimos que era mi hermana. Tranquilo, no pasara nada.

- Bien. - se inclinó un poco sobre mi sin sacar las manos del agua y me dio un beso rápido. - ¿Y... eso? - no me lo esperaba para nada.

- ¿Que? - dijo encogiéndose de hombros y sonriendo de lado. - Me gusta que te preocupes por ella. Me alegro de que encontrara a alguien como tu aquí. El mundo es muy pequeño, ¿no te parece?

“El mundo es muy pequeño. No olvides eso. Tarde o temprano te encontraré y acabaré contigo igual que lo hice con ella.”

- ¿Axel? - el mundo es muy pequeño. - Oye, ¿que... que te pasa?

El mundo es muy pequeño, hijo. Tarde o temprano encontraras a alguien que te quiera y te haga feliz. Y no me importará quién sea, ¿bien? No me importa, cariño.

Sea mujer u hombre, si te hace feliz, estará bien.

- ¿Axel? Joder, oye... - noté mi cuerpo sacudirse. Entonces abrí los ojos y vi los de Tom, con el ceño fruncido y... Preocupado. - ¿Que ha pasado?

- Estoy bien. Solo... pensaba. - mi mente lo había vuelto hacer, recordando, llevándome a esos días en los que mi padre y mi madre usaron esas palabras para decirme cosas que no tenían nada que ver la una con la otra.

- ¿Solo pensabas? Oye, me preocupa esa manera de pensar tuya. No es normal que... - no le deje acabar.

No quería palabras, no quería discursos diciéndome que no era normal lo que me pasaba. Yo lo sabía bien. Lo sabía, pero nadie nunca lo noto, ¿por qué? Porque siempre he estado solo y nadie me ha visto así. Y ahora no deseaba nada más que un puto abrazo que me recordara que ahora le tenía a él y su promesa.

Y como si me hubiera escuchado, sin decir palabra, me abrazó. Me deje llevar. Le abracé también. Le abracé como agarrándome con todas mis fuerzas a ese pequeño motivo más que había encontrado para mantenerme aquí, en este mundo. Ya no solo era esa promesa, ya no solo tenía esa meta en mi cabeza. Ahora también le tenía a él. Cerré los ojos mirando hacia arriba, sintiendo sus brazos dándome eso que tanto había necesitado durante años y ni siquiera me había dado cuenta.

Gracias, Mama. Gracias por mandarlo a mi vida.

Salimos de casa por la tarde y fuimos recorriendo toda la comunidad. Todavía no le había enseñado nada de esto a Tom, aunque tampoco es que hubiera mucho que enseñar. Sara se fue con los demás niños a jugar, mientras yo iba presentando a Tom a la gente. Contándole lo poco que sabía de cada uno. Su cara era un poema. Estaba flipando con todas las historias. Le conté lo de la hija de Sheila y le impactó muchísimo. No es que me guste cotillear, pero, era Tom, me sentía a gusto con él y la charla me salía sola.

- Ahí es donde vamos a echar unos tragos casi todas las noches. Lo que pasa es que ahora con la historia de las casas, estos días no ha abierto.

- ¿Como un bar? - dijo mirándome.

- Más o menos. Sheila es quien lo lleva.

- ¿Y bebéis gratis? Digo, como hacéis reparto de todo... - sonreí.

- No. El alcohol es un vicio, como el tabaco o las drogas. Si lo quieres, pagas. La comida, ropa, medicamentos, es necesidad. ¿Entiendes?

- Si, y lo veo justo. Lo tenéis bien montado y organizado por lo que veo. - ahora lo llevé a la nave. Ahí si se caería de culo al ver cómo vivíamos.

- El Cabeza es quien lo tiene bien organizado. Solo seguimos sus reglas. - le dije encogiéndome de hombros.

Entremos en la nave, que, por cierto, estaba muchísimo peor que cuando vivíamos aquí. Todavía había gente recogiendo sus cosas, pero como se iba a tirar abajo, nadie tuvo cuidado con nada y daba asco. Ahora sí que era una puta pocilga con todas las letras y en todo el sentido de la palabra. Caminemos por allí, entre lo poco que quedaba de las casas y la mierda, hablando claro.

- ¿Aquí... vivíais antes de montar las casas? - asentí sin mirarle. No quería ver su expresión, su cara de asco, que seguro era la que tenía porque casi era la mía.

- Esa... esa es la mía. - me adelanté un poco y empujé la puerta. Ya no tenía la llave echada, ¿para qué? Entre y Tom entró detrás de mí. - Casi quince años aquí.

- Joder... No... me lo esperaba. ¿Desde qué llegaste vivías aquí? ¿Solo?

- No. Cuando llegue vivía con más niños. Después, bueno, quería estar solo y poco a poco fui montando esto.

- Al menos es mejor que todas las demás. - echó un vistazo con el ceño fruncido. - No tienes baño, ni cocina...

- Era común.

Seguí contándole un poco sobre todo. Enseñándole los baños comunes, las duchas... Todo. No le gustó nada de lo que vio, y era normal. Él de seguro viviría en un piso o una casa con todas las comodidades del mundo. Y también podría dormir en pelotas por la calefacción en invierno y... No era de este mundo. Así de sencillo.

- Cross. - me giré al oír mi nombre. Era Gustav. - ¿Que hacéis por aquí?

- Estaba enseñándole todo esto a Tom. - ya le había presentado a Gustav, y a Marcus y al Chino y a casi todos. - ¿Y tú?

- ¿Eh? Yo... solo paseaba. - me estaba mintiendo.

- Bueno pues que te diviertas. - le dije dándole la espalda.

- Cross. ¿Podemos hablar? - me volví a girar.

- Lo estamos haciendo.

- Quiero decir... solos. - dijo mirando a Tom.

- Puedes hablar delante de él. - no me importaba que estuviera Tom, además, Gustav no tenía nada que decirme que él no pudiera oír.

- Bien, si a ti te da igual... Si te dije lo que te dije no era para que te distanciases así de mí, y me jode, te consideraba un amigo y no porque ahora tenga sentimientos por ti tiene que joderse nuestra relación. Yo sé que tú no crees en toda esa mierda del amor y que siempre has huido de eso, pero... - hablo tan rápido que no entendí la mitad, pero pillé lo suficiente como para saber que me estaba hablando de lo que me dijo que sentía por mí. Y me lo estaba diciendo delante de Tom.

- ¡Eh, frena, frena bala! Que no entiendo la mitad. Escucha. Joder... - dije sobándome la frente. No sabía cómo hacerlo. Ahora tenía a Gustav pillado por mí, delante de Tom, pillado por mí, pero la diferencia era que por uno sentía y al otro me lo había tirado incontables veces. Bien. ¿Como decirle a Gustav que las cosas estaban bien sin que mencionara el seguir follando? - La cosa es... que para mí también eres un... - ¿estaría bien decir amigo? - Amigo.

- ¿Amigo?

- Si... eso creo... Da igual, la cosa es que no voy a dejarte de hablar, ¿bien? Vivimos aquí y nos vamos a ver queramos o no.

- ¿Con eso te refieres a que vamos a seguir fo...

- ¡¡No!! - mierda. Lo sabía. - No, no vamos a seguir con eso. Amigos, Gustav. Solo amigos. Eso se terminó.

- ¿Con Erik también? - Tom soltó una carcajada. Mierda. ¿Tan corto era, coño?

- Si, joder. Con él también. ¿Vale? Ya está. Cállate la puta boca de una vez.

- Sheila abre esta noche. No me toca vigilancia así que me pasare por allí. ¿Vendréis?

- No lo sé. No sé si el Cabeza tenga planes para esta noche.

- Bien pues... Ya nos veremos.

Él se fue dándonos la espalda. Nosotros seguimos caminando saliendo ya de la nave. El olor era insoportable. Ambos fuimos en silencio. No sabía si hablar después de eso porque sabía que Tom se había dado cuenta de lo que hablaba Gustav, aunque le cortara la palabra. Y no es que me arrepintiera de habérmelos tirado. Era un buen pasatiempos, pero no sabía cómo se tomaría eso Tom.

¿En serio me estaba preocupando por eso? De seguro él también se habría

tirado a muchas o muchos o no lo sé. No le tendría que importar una mierda. Además, qué coño, no teníamos nada. Él mismo lo había dicho.

CAPITULO 19

El Cabeza me llamo al móvil diciéndome que nos esperaba en la oficina así que fuimos. La charla fue corta. Otro día libre.

Me preguntó cómo me encontraba, si tenía dolores o si necesitaba algo. La verdad es que las heridas iban bien, ni me dolían ni tampoco me acordaba de ellas, y mi estómago de momento tampoco me había dado problemas. Habló un poco con Tom sobre Sara y si él se encontraba a gusto aquí. A diferencia de la que le montó el primer día, le dijo que estaba bien y que aceptaba quedarse aquí. Y para mi asombro, le dijo también que aceptaba trabajar con nosotros y adaptarse lo mejor posible, y con eso hizo que el Cabeza se alegrará como nunca diciéndonos que era la mejor noticia que podía tener. Sara nos pilló al salir de la oficina, venía con tres niñas más.

- Tom, ¿puedo quedarme a dormir hoy con ellas? - se refería a dormir en la casa de los niños, donde ella antes estaba.

- ¿Eh? Pues... ¿le has preguntado a Cross? - se me hizo raro que me llamara así, pero al menos había pillado que así debía hacerlo fuera de casa. Por cómo me miró, supuse que no sabía a lo que se refería Sara.

- Cross, ¿puedo? - ella y las otras empezaron a dar saltitos pidiéndome por favor que la dejara.

- Esta bien. Pero por la mañana pasaré a buscarte para desayunar.

- ¡¡Vale!! - dijo abrazando mis piernas y se fueron corriendo a la casa. Ya era su hora de volver dentro.

- ¿Cenamos algo y pasamos al bar? - le pregunté metiendo mis manos en

los bolsillos de mi pantalón. Se me hacía raro preguntar que hacer a alguien, siempre iba solo e iba donde me apetecía. Pero quería saber si le apetecía ir a él.

- Si, ¿por qué no? Así voy conociendo más a los demás y eso. Sara se refería a dormir en la casa de los niños ¿no? - asentí. - Vale, es que no sabía muy bien si podía o no, por eso prefería que te preguntara a ti.

- No pasa nada. Claro que puede. Ahí está vigilada así que no le pasara nada. - asintió aliviado.

Seguimos caminando hasta casa. De nuevo en silencio. No era un silencio incomodo, pero resultaba extraño estar con alguien andando a mi lado sin hablar nada. Tom miraba todo, atento a todo. Parecía que, de verdad, quería saber cómo funcionaba esto y hacerse un hueco, encajar con nosotros.

- ¿Quieres que... te cambie primero las vendas y después vemos que cenar? - me preguntó en cuanto cerré la puerta.

- Como quieras.

Me sorprendí de mí mismo. Si, estaba aguantando demasiado sin ser borde y cabrón. Era como si con él, ahora, fuera yo mismo de verdad, sin ocultarme. Y eso me gustaba y lo odiaba porque, sigo siendo el jefe aquí, tengo que seguir haciéndome respetar y, no sé si esa parte de mi le guste a Tom, y creo, por lo poco que he visto, que no le gusta. Al menos no le gustó como le hable a Sheila, y es así como normalmente soy.

Cogió las cosas necesarias para cambiar mi vendaje mientras puse algo de música tranquila, así me sentía y es lo que me apetecía escuchar. Nos sentemos en el sofá. Me quité la camiseta y primero le di la espalda. Tom empezó a curarme la herida sin más.

- Oye. - hable decidido. Quería dejar ese punto claro y así evitar problemas. Hizo un sonido con la garganta para que siguiera hablando. - Se que no te gusta cómo me comporte con Sheila, pero...

- Estabas celoso.

- Si, bueno, pero...

- Al fin lo admites.

- ¡Oh, por favor, no empieces! Déjame hablar.

- Bien. - dijo riendo. - Dime.

- Yo, bueno, sabes que aquí me tengo que hacer respetar y eso y, bueno, ya has visto que suelo ser directo y...

- Algo borde y cabrón.

- ¡Gracias! No, en serio, Tom. No quiero que te quedes con esa parte de mí. No soy así, bueno, no del todo. Digamos que tengo que serlo.

- ¿Y cómo eres en realidad entonces? - ¿que como era yo? Ni yo mismo lo sabía.

- Pues... supongo que... como soy contigo. Cuando no me jodes y me haces cabrear, claro está.

- Bueno, dejare pasar esa parte de ti si conmigo eres tú mismo. Pero no pienses que me voy a dejar tratar como tratas a los demás delante de nadie.

- No lo haré... si tu no me haces parecer un blando.

- Bien, entonces en casa serás el cariñoso Axel y fuera, el duro de Cross. ¿No?

- ¿Cariñoso? Yo no he dicho eso.

- Tenía que intentarlo. - me hizo reír. - No tienes que darme explicaciones, creo que voy entendiendo esto y como tienes que ser al ser la mano derecha de mi padre. - respiré tranquilo. Bien, al menos no tendría que explicarle todo

haciendo esquemas. - ¿Que hay con esos dos?

- ¿Que dos? - puso una mano en mi cintura para hacerme girar sobre mí mismo y curar mi brazo. Le miré a la cara mientras él cogía más gasas y las empapaba de alcohol.

- Con el rubito y el pelo Pantene. - pelo Pantene. Me hizo gracia, Erik tenía el pelo largo, pero nada cuidado como para llamarle así. Después se me formo un nudo en cuanto me miro a los ojos esperando una respuesta. - He pillado a la primera lo que quería decir el rubio.

- No te importa. - solté sin más mirando hacia otro lado.

- ¿Con quién estoy hablando? ¿Con Axel o con Cross? - volví a mirarle. - No voy a juzgarte. Solo es curiosidad.

- Para empezar, soy una persona y...

- Lo sé, pero tienes cambios que parecen dos totalmente distintas.

- Pues lo siento si no te gusta. Soy así.

- No he dicho que no me guste, y no eres así. Lo que pasa es que reaccionas borde para ocultar la verdad. Dime que te has liado con los dos, no pasa nada. - me rasque la pierna. ¿Porque me costaba tanto decírselo? Estaba en las mismas, a él no tiene por qué importarle, él también se habrá acostado con más. A la mierda.

- Pues sí. Con los dos. ¿Algún problema? - y ahí mi bordería de nuevo. Soy un puto desastre.

- Ninguno. - empezó a enrollar la venda en mi brazo. - Yo también he estado con gente. Antes. Eso es lo que importa ¿no? El cuándo.

- Supongo.

- Le has dicho que se había acabado con los dos. ¿Por qué? - ¿me estaba

vacilando? Bien. Si se lo he dicho le tendré que decir todo. Vamos Axel, relájate y habla tranquilamente. No va a pasar nada.

- Con Gustav... porque... me dijo hace un par de días que... sentía por mí. - bien, no era tan difícil decirlo. Ahora sigue hablando. - Y con Erik... en realidad no lo sé.

- ¿No lo sabes?

- Bueno, supongo que sí, pero... - dilo y ya está. No pierdes nada. Vamos, habla coño. - Por ti.

- ¿Por mí? - dijo como si no entendiera.

- Si. Si, joder. Y deja de hacerte el tonto porque sabes a lo que me refiero. - me levanté del sofá, pero ahí estaba de nuevo él para frenarme haciendo que me sentara de nuevo. Bufé cansado. Joder, ¿que no se daba cuenta que lo de hablar no iba conmigo? No puedo decirle lo que quiero porque simplemente no me sale.

- ¿Por qué te cuesta tanto decirme las cosas que piensas y sientes? - su agarre se aflojó y se convirtió en una caricia en mi brazo.

- No lo sé. - hable despacio al sentir de nuevo esa sensación recorrer mi cuerpo. - Déjalo ya, Tom. - le pedí mirando sus ojos que no se perdían ninguna de las expresiones de mi cara. - No quiero enfadarme y.… me estas poniendo nervioso.

- ¿Sabes que eso solo significa una cosa? - dijo acercándose a mí. Joder. Su mano fue a mi cintura, acariciando mi piel por debajo de la camiseta. Si, coño, sabía lo que significaba. Le quería a él, a sus labios ya sobre los míos. Que me comiera la boca con ganas y sentirle. Pero como siempre, ahí me quedaba como un jodido estúpido paralizado. ¿Por qué hacía que mi cuerpo y me mente se paralizara de esa manera? Era así hasta que le sentía, como si él fuera quien me diera la fuerza para reaccionar de alguna manera.

Esto era demasiado para mí. No me gustaba sentirme así, paralizado por sus caricias, perdido en sus ojos. Me gustaría ser yo, joder, me gustaría

cogerle y besarle con todas mis fuerzas para después desnudarle y.… ese no era yo. Ese era Cross.

- ¿Cenamos?

- ¿Que?

- Que... ¿si cenamos? Tengo hambre. - cerró los ojos para luego reírse. Volvió a abrirlos y acarició mi nariz con la suya.

- Si. Si, vamos a cenar, anda. - respiré tranquilo, aunque todavía nervioso por el momento. Creo que esto iba de mal en peor. Cuando más tiempo pasaba con él, más me costaba reaccionar y dejarme llevar. ¿Pero por qué coño me pasaba eso? ¡Mierda!

Cenemos con la compañía de la música que seguía sonando en repetición. Él me hablaba de los cambios que haría en la comunidad, pero no le hice ni puto caso. Seguía dándole vuelta a toda la mierda que sentía. Maldiciéndome por no poder ni aclararme yo mismo. Si quería algo con él, tendría que hacer algo, porque decírselo me era imposible. ¿Pero cómo hacérselo ver? Si parece que, en vez de ir acostumbrándome a su presencia, a sus besos de sorpresa, a sus caricias, era como si me costara más aceptarlas. ¿Acaso no estaba seguro de lo que me pasaba con él? No, no era eso porque si lo estaba. ¿Miedo? Claro que tenía miedo. Tal vez era eso. Miedo a que me rechazara y... Joder, ¿por qué mierda es tan complicado?

- Axel. - sentí su mano coger la mía, quitándome el tenedor y dejándolo sobre la mesa. - De nuevo estabas haciendo eso.

- ¿El que?

- Perderte en tus mundos. Llevo llamándote un rato. ¿Qué pasa? - negué con la cabeza y me sobé la cara.

- No entiendo nada.

- ¿Sobre qué?

- Nosotros, yo... No me entiendo. No puedo decirte lo que quiero, no puedo actuar contigo como quiero. Es tan... Agg.

- Escucha. - se levantó y se sentó a mi lado apartando mis manos de la cara. Me quedé con los ojos cerrados y moviendo mi pierna tan rápido como podía. Me odiaba por no poder expresarme y decir lo que quería gritar. - No hay prisa. No te estoy pidiendo nada. Solo se tu. Haz lo que quieras cuando quieras, grítame si lo necesitas, no me importa, pero no te obligues a ti mismo a nada. Mírame. - giré mi cara para verle de frente y abrí los ojos. - Axel, estoy aquí. Háblame cuando lo necesites, no me gusta verte así, no me gusta verte callado y perdido en.… no sé dónde. Estoy aquí, ¿vale? A tu lado. - y volvió a hacerlo. A tranquilizarme. Solo con su mirada.

Vamos Axel. Coño. Haz algo ahora. Lo tienes aquí, solo hazlo. Demuéstralo. Deja de pensar en toda la mierda y solo hazlo. ¿Qué tan difícil podía ser besarle?

- Axel...

Solo me incliné un poco, estaba cerca de mí, así que me bastó con solo acortar esa poca distancia para alcanzar sus labios. No sé si le besé, no le besé... Solo sé que mis labios estaban sobre los suyos. ¿Valia como beso? Entonces sus labios se movieron atrapando los míos. Y reaccioné, reaccioné y le besé de la misma manera. Abrí mi boca ansiosa de la suya. Le necesitaba y ahora que le tenía no quería soltarle. Sus manos me cogieron de la cintura haciendo mover mi cuerpo de mi silla hasta sus piernas. No pare de besarle, no podía, quería más. Quedé sentado sobre él, con mis piernas a cada lado de su cuerpo. Tom solo me abrazaba por la cintura y yo, yo lo tenía bien agarrado de la nuca para que no se alejara de mí. Noté sus labios separarse de los míos, pensaba que estaba dándole fin a ese beso que tanto me había costado darle, pero no fue así. Note su lengua por mis labios, dibujándolos. Me hizo notar un leve cosquilleo y después, mordió mi labio inferior, tal como lo hice yo anteriormente, y quise sentir lo que él sintió cuando lo hice. Así que, imitándole, eché mi cabeza hacia atrás notando como mi labio se escapaba de entre sus dientes y rápidamente volvió a besarme. Su boca era tan adictiva que me parecía imposible separarme de ella. Pero una vez más lo hizo y dio fin a ese jodido beso.

- No... - susurré. Me pareció patético pedirle que no parase. Abrí los ojos cuando noté su mano en mi mejilla.

- ¿Sabes lo que más me gusta de besarte? - con su dedo pulgar, acarició mis labios que todavía mantenía entreabiertos. - Tu cara. Tu expresión después de hacerlo pidiendo más.

- Pues dámelo... Dame más. Quiero más. - sonrió de medio lado y apoyó su frente en la mía.

- Si sigo besándote así... no solo será tu boca lo que voy a comerme.

- ¿Y qué te impide hacerlo? - me mordí el labio solo de pensar lo que podría hacer con esa boca en mi cuerpo.

- Quiero ir despacio. No quiero que sea solo... locura y.… sexo. Contigo no. - sacó la mano que tenía bajo mi camiseta en la cintura.

- ¿Por qué? - poco a poco nos íbamos separando, pero eso que se había formado allí, esa especie de burbuja, de ambiente íntimo, no se iba. Al menos no para mí. Baje mis manos acariciándolo por encima de su camiseta hasta dejarlas contra su pecho.

- Porque eres especial, eres especial para mí. No quiero cagarla. Quiero algo de verdad contigo. Y quiero que tu estés seguro de lo que sientes. ¿Vale? - asentí. Incapaz de decir nada más porque era justo lo que yo quería. Si era incapaz de darle un beso cuando me apetecía, incapaz de decirle lo que quería, no me veía comportándome con él como con Erik o Gustav, porque simplemente con él, era todo distinto. Empezando por las sensaciones.

- Entonces... ¿Nos vamos al bar? - asintió y fui a levantarme de nuevo, pero me frenó otra vez.
- Espera. - me cogió con ambas manos de mi cara y me dio un beso simple, un pico como dirían los críos. - Por el rato que no podré hacerlo.

Sonreí, de nuevo con esa seguridad y ese pequeño muro que iba cayendo

poco a poco. Me cogió en brazos poniéndose de pie, sujetándome del culo haciendo que me abrazara a su cuello con fuerzas por la sorpresa.

- ¿Qué haces? - pregunte riéndome al ver que me llevaba a la habitación.

- Tendremos que cambiarnos, ¿no? - me dejó caer contra la cama, de espaldas, pero sin soltarme.

- Este bar no es como tus bares, no tienes que arreglarte. Así vamos bien.

- A bueno. Entonces... - volvió a cogerme, como si no pesase nada, yo seguía riéndome como un crío que lo llevan y lo traen por toda la casa. - Nos vamos así.

- ¡¡Oye, oye!! Espera. - se paró delante de la puerta de casa.

- ¿Qué pasa? ¿Olvidas algo?

- Tu eres el que olvidas algo. No puedes llevarme como si fuera un mono. Bájame.

- Hum... Cierto. Lo siento, señor Cross. - dijo bajándome, pero todavía no me soltaba de mi culo.

- Las manos.

- ¿Que manos?

- ¡¡Que sueltes mi culo, coño!!

- Pensaba que así sí podríamos ir. - hizo una mueca, como un puchero que me recordó a Sara. Me pareció tan... ¿tierno? Joder, estaba peor de lo que pensaba. Le di un beso rápido, así como esos que él me había robado y le saqué la lengua. - Ese no me lo esperaba.

- Vámonos, anda.

- ¿Puedo cogerte la mano o tampoco?

- ¡¡NO!!

Cuando llegamos al bar todos los chicos ya estaban allí. Se notaba que Sheila no había abierto en un par de días, las ganas de alcohol y fiesta hacían falta. Al fin y al cabo, era el único modo que teníamos de olvidar un poco donde estábamos y más estos últimos días que ni siquiera salíamos a trabajar. Todos voltearon y se nos quedaron mirando en cuanto entré con Tom.

- Ahí vienen Cross y su sombra. - oí decir al Chino.

- Cierra la boca si no quieres que te la cierre yo mismo. - era de esperar ese comentario. Tom llevaba aquí un par de días y no nos habíamos separado ni un minuto.

Nos acerquemos a la barra y me senté donde siempre, en un extremo de ella y al lado de Erik. No me di cuenta de Tom, que se quedó de pie a mi lado. Esto de acordarme que ahora iba con él, me costaría. Me refiero al hecho de, como ahora, fijarme en un sitio para él. Yo fui a ocupar mi lugar sin darme cuenta que no había sitio para él ahí, así que, sin más, me levante y le dije a Marcus que levantara el culo de su taburete. Me miró bastante mal, pero me la traía floja. Lo cogí y lo puse al lado de Erik y mío, y ahí le hice sentarse después de medio pelear porque le pareció mal lo que hice. Pero al final se sentó.

La noche fue bien. Todos se mantuvieron en su lugar y no hubo comentarios de ningún tipo. Se notaba que no estaba Jost, de seguro si estuviera, estaría jodiéndome con Tom, soltando gilipolleces a cada segundo. Sheila hablaba con nosotros, pero no vi ningún gesto de parte de ella hacia Tom que me hiciera saltar. Erik parecía otro, no paraba de reír, incluso contamos chistes y... Parecía que Tom nos cambiaba a todos con su forma de ser. Pensé que esto sería una jaula para él, pero nada que ver. Era increíble ver a alguien aceptar también el hecho de estar aquí metido.

- Hasta mañana. - dijeron los pocos que quedaban al salir del bar.

- Bueno, otra noche más que nos quedamos los mismo. - dijo Sheila mirando su reloj. - Aún es pronto chicos, ronda de chupitos. Invita la casa.

- ¡¡Esa es mi Sheila!! - gritó Erik.

- Creo que ya habéis bebido suficiente. - Tom estaba a mi lado y con disimulo, como hizo casi toda la noche, tenía su mano en mi espalda acariciándola. - No bebas más. - me dijo en un susurro.

- ¿Por qué? - dije sonriendo. - Si voy bien. - no iba bien.

- Vamos Cross. Brindemos. - Sheila nos acercó los chupitos y todos los cogimos. - ¿Por qué brindamos?

- Por nosotros. - dije yo con mi puta sonrisa de borracho. - Por los de siempre.

- Y por el nuevo. - dijo Erik. Gire mi cabeza, Tom estaba cerca de mí, muy cerca de mí al acercarse a la barra para llegar a brindar.

- Eso. - dije en voz baja y me miró. - Por el nuevo. Ambos sonreímos y nos bebimos ese chupito.

Al rato salimos de allí, agarrado como siempre, pero esta vez me sujetaban dos. Erik y Tom. Sheila se fue para casa, o al menos parecía su cuerpo alejándose. Iba cantando o hablando, no lo sé. No sé qué era lo que mi boca decía, ni siquiera sé si era en mi idioma.

- Yo os dejo aquí. Me voy a casa porque estoy reventado.

- ¡¡Adiós zorrita!! - le grite a Erik. - Hazte una paja pensando en...

- Me gustaría otra cosa, pero... no creo que estés disponible.

- ¡¡Ohh!! Eres tan tierno Erik. Sabes que te daría encantado.

- Cierra la boca. Hasta mañana, chicos.

- Adiós. - respondió Tom porque yo giré la cabeza y me sentí perdido. Todo me daba vueltas.

- ¿Dónde vamos? - le pregunté a Tom.

- A casa. ¿Dónde quieres ir?

- Pues... a hablar con mi mama. - note mi cuerpo pararse. Me quedé mirando a Tom. ¿Por qué me miraba así? Oh, joder, qué guapo estaba ahora.
- ¿Hablar con tu madre?

- Si. ¿Qué pasa? Siempre lo hago, allí. - dije señalando la nave. - Detrás. Voy a ir un rato. Tu vete a casa a descansar. - Me solté de sus brazos y comencé a caminar como pude hacia allí. Hacía buena noche, era genial para hablar con mi madre un rato. Pero ni siquiera me dio tiempo a dar dos putos pasos que vomite todo lo que había bebido.

- Joder. - oí decir a Tom. - Creo que deberías de dejar de beber, no te sienta bien.

- Estoy bien.

- No, no estás bien. Vamos a casa.

- ¡¡No!!

- Escúchame. ¿Por qué no vamos a casa, te das una ducha y después si quieres vas allí, a hablar con tu madre? ¿Eh?

- ¿Me lo prometes?

- Lo prometo. - no dije nada. Solo me abracé a él y apoyé mi cabeza en su hombro cerrando mis ojos.

Un poco, Mamá. Solo espérame un poco y voy.

CAPITULO 20

- ¡¡No, no, para, para!! - gritaba muriéndome de la risa. No lo veía capaz de meterme debajo del agua helada de la ducha.

- Vas a entrar y si hace falta me meto contigo. - dijo arrastrándome de las manos.

- ¡¡No!! - seguí riendo. El momento, el juego, el alcohol... Todo estaba ayudando para ser yo. Yo mismo y solo yo. Tom y yo. - ¡¡Cabrón!! - me cago en su madre. Si, lo había hecho y el agua estaba fría como su puta madre. Pero como me agarré con fuerza a su cuello, le obligué a que él también se metiera debajo de la ducha.

- ¡¡Coño!! - se quejó al igual que yo, y ambos salimos corriendo soltándonos.

- Tú estás loco. - le dije cogiendo una toalla.

- Si, pero por ti. - dijo abrazándome por detrás.

Me sentía un poco menos mareado, además, me había hecho comer algo. Pero todavía tenía esa tontera del alcohol y me sentía tan bien así. Me giré entre sus brazos y pasé la toalla por sus hombros, Tom la cogió a mi espalda, envolviéndonos a ambos en ella haciéndonos quedar frente a frente.

- Deberías sonreír todo el día, como lo haces ahora. - me dijo apoyando su cabeza sobre mi hombro.

- Es por el alcohol, pero si quieres bebo todo el día y así la tendré. Por mí no hay problema.

- Eres un caso.

- Tom... quiero ir detrás de la nave.

- ¿Quieres ir solo o.… te acompaño? - se apartó de mí para mirarme. Me apetecía que viniera, pero, también me apetecía estar un rato solo. - Ves tu solo y en rato voy, ¿te parece?

- Gracias.

- No me las des. - posó sus labios sobre mi frente y se apartó de mí dejándome la toalla.

Me apoyé contra la pared y dejé salir un largo suspiro. Me sequé un poco el pelo y Tom apareció de nuevo con una camiseta y unos pantalones míos para que pudiera cambiarme, ya que ambos nos habíamos metido debajo de la ducha con la ropa. Me cambie, incluso me había traído unos calzoncillos limpios. Me reí al verlos. Era demasiado atento con todo. Miré el reloj de mi móvil antes de salir, todavía eran las cuatro de la mañana. Tom estaba tirado en el sofá, también se había cambiado de ropa.

- Puedes venir si quieres. No me importa.

- Pero quería dejarte espacio si querías pensar y eso. - sí, quería pensar, pero ahora mismo, con la ayuda del alcohol por mis venas y la tontería que tenía encima, me sentía capaz de hablarle, y ahora sí que, o aprovechaba este momento o no sé cuándo sería capaz de decirle nada.

- No. Quiero que vengas.

Ambos caminamos durante un pequeño rato detrás de la nave. La noche estaba clara y se podía ver. A mí no me importaba que no se viera, porque eran tantas las veces que había venido aquí, que podría llegar hasta con los ojos cerrados. Tom se encabezonó en traer una manta para tumbarnos, a mí me

parecía innecesario, pero acepte que la cogiera. Y él aceptó que yo cogiera un par de cervezas.

- Así que aquí vienes a despejar la mente. - dijo sentándose sobre la manta a mi lado.

- Si. Aquí tienes toda la tranquilidad que quieres. No sé porque, pero nadie viene aquí.

- Pues me gusta el sitio. - abrió una cerveza y me la pasó. Después abrió una para él y empezó a beberla. - Nunca había visto el cielo así. Desde la ciudad se ve distinto.

- En la ciudad todo es distinto. Vivir aquí no es tan malo después de todo.

- No. En eso tienes razón. - dejó la lata de cerveza a un lado y observe como se tumbaba sobre la manta. - Cuando supe que mi padre me traería aquí quería matarlo. Sabía de este lugar y siempre lo había odiado. Odiaba lo que hacía mi padre.

- ¿Odiabas? - bebí de mi cerveza y me quedé mirando la estrella que más relucía en el cielo.

- Si, odiaba. Cuando te vi pensé que después de todo no sería tan malo, que encontrarte aquí quería decir algo. Y cuando vi a Sara, terminó por convencerme de que no era malo. En apenas dos días todo lo que me ha pasado es bueno.

En apenas dos días has puesto mi mundo de cabeza. En apenas dos días has roto mis esquemas. Has hecho que crea en lo que jamás pensé creer. Que lo que me parecía asqueroso, lo terminara amando. Porque amo tus besos. Me gusta estar contigo y me gustaría que el tiempo no pasase.

Cerré los ojos tumbándome a su lado. Los dos nos quedemos en silencio. Solo se escuchaban nuestras respiraciones y un par de grillos. Amaba este silencio. Lejos de los coches, de los ruidos de la ciudad, de todo. Era estar tu solo, con la luna, las estrellas y nada más. Solo que ahora estaba él y todo

seguía igual. Sin romper esa tranquilidad, esa armonía.

Mándame una de tus señales, Mama. Dime que me estás viendo.

- Una estrella fugaz, ¿la has visto? - sonreí.

- Si. - era su señal.

- Pide un deseo. - giré para verle. - Mi madre me decía que cuando ves estrellas fugaces hay que pedir deseos y se cumplen. Solo tienes que...

- Cerrar los ojos y pedirlo con fuerzas. - dije acabando su frase. - Mi madre decía lo mismo. - ahora giró él para mirarme. Nuestros hombros se tocaban así que estábamos tan cerca que podía notar su respiración chocar en mis labios y en mi cara.

Cerré los ojos bajo su mirada y pedí mi deseo. Cuando los abrí, él los cerró durante unos segundos. Volvió a abrirlos y me sonrió. Él también había pedido el suyo. Volví a mirar al cielo, y noté como su mano rozaba la mía, buscándola. La abrí y dejé que entrelaza sus dedos con los míos. Cerré los ojos de nuevo, relajándome.

- ¿Sabes? En apenas dos días has conseguido romper casi todos mis muros. - le dije dejándome llevar por todo lo que quería decirle y nunca me salía.

- ¿Cuales?

- Dejarme besar por alguien. Que me digan que sienten algo por mí y no salir corriendo. Y.… hacerme sentir.

- ¿Sentir cómo? - me gustaba que me preguntara así, apenas dos palabras y darme espacio para hablar.

- Con el corazón. - cerré los ojos al notar como acariciaba mi muñeca con su pulgar. Creo que se merecía que le contara mi historia, así como el confió

en mí y me contó la suya. - Nunca creí en el amor, siempre me ha parecido algo absurdo y falso. Siempre he huido de él. - abrí los ojos mirando al cielo, creo que mi madre estaba mandándome señales, porque volví a ver otra estrella fugaz. Eso estaba bien. Significaba que me apoyaba en lo que estaba a punto de hacer. Abrirme y dejar que me conociera un poco más. - Un día estaba en casa, llamaron por teléfono y escuché a mi padre contestando. No sé quién era, no se quien fue quien llamó, solo sé que esa llamada volvió loco a mi padre. Empezó a gritar por toda la casa llamando a mi madre de una manera que me dio miedo, tanto miedo que me escondí debajo de mi cama. Cuando vi a los pies de mi padre pasando por delante de mí puerta, me acojoné. No entendía qué pasaba, no entendía por qué mi padre gritaba, porque estaba enfadado. Pero sabía lo que pasaba cuando estaba así, él pegaba a mi madre, le gritaba y le insultaba, y eso es lo que pasó una vez más. Solo que esa vez decidí salir de debajo de mi cama para ayudar a mi madre. La llevo arrastras cogida de su pelo por toda la planta de arriba, por las escaleras, y la tiró en medio del salón. Mi madre no paraba de llorar y suplicarle que le soltase, pero él... él no le hacía caso. Yo corrí hacia ella, pero mi padre me apartó cogiendo del jersey y tirándome contra la pared. Quede inconsciente. No sé lo que pasó. Solo recuerdo que.... - tuve que parar. Respiré hondo y seguí hablando. - Mi madre estaba cubierta de sangre tirada en el suelo. No podía dejar de mirarla. Alguien entró de repente en mi casa, gritándole a mi padre, le pego, le insulto... Solo recuerdo que después estaba en el coche de un hombre diciéndome que todo iría bien. Que mi mama estaría bien, pero yo sabía que no lo estaba. Sabía que mi madre no volvería, era pequeño, pero no tonto. En el momento que la vi tirada en el suelo, cubierta de sangre, como si fuera una puta muñeca... me di cuenta. Sabía que estaba...

- Axel... - quería hablar, pero no le deje, levante mi otro mano y le hice una señal para que no dijera nada. Lo entendió y volvió a apoyar su cabeza en la manta, mirándome y escuchándome atentamente.

- Mi padre siempre me dijo que la quería, que solo hacía falta un poco de mano dura para controlarla y... Dios. Hijo de puta... Es por eso que nunca creí en el amor. Mi padre decía amarla y mira como acabó, quitándole la vida a alguien al que decía amar con todas sus fuerzas. Y mi madre, mi madre solo perdió la vida por querer a alguien que no lo merecía. - cerré los ojos sintiendo mis lágrimas. - Ella no merecía morir, ella tendría que estar viva.

Viva. Mi madre tendría que...

- Ya, ya Axel. - susurró. Me abrazó, Tom me hizo girarme un poco y me abrazó con fuerza. Le abracé de la misma manera, dejando que esas lágrimas salieran de mi sintiendo su calor, su compañía. Ahora no estaba solo, de verdad le tenía a él. - Tu madre estará orgullosa de ti desde donde quiera que esté y seguro que nunca te ha dejado solo. Es más, seguro que ahora estará viéndote y no le gustará verte llorar. - sentía su mano acariciando mi espalda. Yo solo lo abrazaba, escondido en su cuello.

- No quiero ser como él. No quiero ser como ese cabrón. No quiero... hacerte daño. - lloré más fuerte todavía.

- Oye, oye, escúchame. - me cogió de los brazos y me hizo sentarme con él. Se movió y quedó detrás mío, dejándome entre sus piernas y volvió a abrazarme. - No me vas a hacer nada. No serás como él. No eres como él. Axel... - me hizo mirarle y limpio mis lágrimas. - Por mucho que fuera tu padre, por mucho que él hiciera eso, no significa que tu seas igual que él, así que deja de pensar eso. No tienes nada que ver con tu padre. ¿Vale? Créeme. No eres así. - me acarició la mejilla y me hizo apoyar mi cabeza en su pecho, quedando de medio lado recostado en él.

Me agarré de su camiseta con ambas manos e intenté tranquilizarme sintiendo de nuevo sus brazos rodeándome, dándome ese calor que hacía tanto no sentía. En cierto modo noté un alivio, como si me hubiera sacado un peso de encima hablando de eso. Era la primera vez que se lo contaba a alguien y hablaba de ese tema con alguien que no fuera el Cabeza.

- Ese hombre que apareció en tu casa, ¿era mi padre? - me preguntó en voz baja sin parar de acariciarme.

- Si, fue él. Nunca entendí qué hacía allí, pero él me salvó la vida. Cuando vi así a mi madre, me impactó tanto... no hice caso de nada y mi padre se estaba echando sobre mí, dispuesto a matarme también. Tu padre llegó justo en ese momento y lo impidió.

- Vaya. - asentí contra su pecho. Quería sentirle más, quería más de su

calor, más de él.

- Fue el único que estuvo conmigo esos primeros días aquí. Así como yo lo estuve con Sara.

- Bueno, de Sara me contaras otro día. Hoy quiero saber de ti y ya que estas parlanchín no quiero cambiar de tema. - reí contra su pecho. - Se que no nos conocemos apenas, pero, creo que sabes que te soy sincero cuando digo que... siento algo por ti, ¿verdad?

- Si no fuera verdad no creo que se lo dijeras a tu padre. - rio un poco haciendo que me moviera contra su pecho al hacerlo. Me incorporé, mis lágrimas habían parado y me sentía mejor. Menos mal que me quite el maquillaje cuando me metió debajo del agua si no ahora mi cara sería un desastre. Tom me hizo más sitio entre sus piernas y me quedé un poco girado para poderle ver y seguir hablando.

- Yo, no sé si lo que siento por ti es lo mismo, o va por ese camino. Solo sé que nunca me he sentido así con nadie.

- ¿Te gusto? - me preguntó.

- Sabes que sí.

- ¿Y si lo intentamos? Somos muy diferentes, pero, hablando nos entendemos y... Yo quiero intentarlo. Quiero estar contigo.

- Yo también, pero no estoy seguro de que salga bien. Y no quiero jugar contigo o hacerte daño.

- Ni yo a ti, Axel. Por eso quiero, si tú quieres, ir despacio. Vivimos juntos ahora así que, lo que tenga que ser será. ¿Qué me dices? ¿Aceptas dejarte llevar, me dejas demostrarte que el amor no es tan malo?

Aceptar eso quiere decir que tendremos algo, que dejaré que me dé su cariño y yo tendré que hacer lo mismo. Aceptar será sentir y dejarme llevar. Aceptar será romper ese muro del todo, romperlo y sacar todo lo que he

encerrado durante años. Pero, no puedo dejar a Cross, necesito esa parte de mí que ahora soy, la necesito para cumplir esa promesa a mi madre y terminar con mi padre, así como él la arrancó de mi vida.

- Pero...

- Lo sé. No quiero cambiarte. Quiero que seas tú, con todas tus facetas, tu mal humor y tus insultos. - me dijo sonriendo y acariciando de nuevo mi mejilla. - Y quiero descubrir esa parte dulce que escondes.

No podía decir que no porque de alguna manera ya teníamos algo, ya habíamos empezado con esto y si, estaba dispuesto a probar, a intentarlo. No tenía nada que perder, solo a mí mismo, y ya estaba completamente perdido así que, solo podría salir algo bueno de aquí. O eso quería pensar.

- Axel, háblame no te quedes callado.

Pero no hable, simplemente le bese como respuesta.

Supongo que siempre tiene que haber alguien que aparece en tu vida para sacarte del pozo o hacer que la veas de otra manera. Hace años fue su padre, hace poco fue Sara con su encanto y su cariño y ahora, ahora él con sus gestos, sus besos y sus caricias.

- ¿Es raro, no? - habló cuando nos separemos y los dos volvimos a mirar el cielo.

- ¿El que?
- Que primero casi follamos y ahora ni nos tocamos.

- No me jodas. - dije riéndome. - Se te da de puta madre joder los pocos momentos que tenemos.

- Al menos te he hecho reír. Oye y... Bueno, ahora que estamos hablando así sin cortarnos. ¿Iras debajo no? - ¿¿enserio??

- Bonito, créeme que eso... - dije levantándome - No te importará porque

yo, soy la hostia follando.

- ¿¿Bonito?? Te voy a dar yo a ti, pero bien bonito.

Se puso de pie de un salto y sin esperarlo me cogió echándome en su hombro como si fuera un puto saco de patatas. Le dije que me bajara, pero ni puto caso. Así que me dediqué a tocarle el culo todo lo que pude para joderlo a ver si así me soltaba, pero le daba igual. Por cierto, para bonito su culo. Vaya culo tenía el jodido. Durito y bien puesto. Así me llevo hasta casa. Suerte que todo el mundo estaba durmiendo. Abrió la puerta y no me soltó hasta llegar a la habitación, dejándome caer en mi cama. Por un momento pensé que se tiraría encima y follaríamos como locos, pero no. Me quedé mirándole sin saber que iba hacer, solo sonreía y vi como quitaba la mesita que separa ambas camas.

- ¿Qué coño haces? - pregunté apoyándome sobre mis codos.

- Ahora lo verás.

Me quede callado y observando. Quito la mesita, rodeo su cama, y empezó a empujarla contra la mía.

- ¿Pero que...? Oye, oye. A mí nadie me ha preguntado si esto me parecía bien.

- Cállate. - dijo terminando de juntarlas. - Tenías que haberle pedido a mi padre una puta cama de matrimonio y no estas dos mierdas.

- No sabía que el que iba a venir a vivir aquí eras tu. ¿Y si a mitad de noche necesito ir al baño, que pasa? - dije bromeando. La verdad es que mi cama había quedado contra la pared.

- Pues saltas por encima de mí. Aunque... - se tumbó encima de su cama a mi lado. - Te arriesgas a despertarme y si me despiertas no te soltare.

- Pues me mearé encima tuyo.

- Ten huevos. - dijo incorporándose he intentado sonar amenazante, pero eso no iba con él, no si no estaba de verdad cabreado y me hizo reír. Le bese de nuevo, un beso rápido y corto.

- Buenas noches. - le solté.

- Buenas noches.

Se dejó caer de nuevo a mi lado mirando al techo. Giré la cabeza hacia la ventana y busqué su mano. La cogió en cuanto le rocé y entrelazó nuestros dedos. Sonreí. Ese simple gesto ahora mismo significaba todo.

Me desperté durante un par de veces en la noche. Ambas le miré y volví a dormirme. Creo que nunca había dormido tan tranquilo como esta noche. Me desperté ya sin ganas de volver a dormir. Me quedé mirándole un rato dormir tranquilo. Creo que, por una vez, algo estaba saliendo bien.

Iba ser difícil vivir veinticuatro horas al día con él, vernos a todas putas horas, trabajar juntos... En realidad, lo difícil era convivir conmigo y mi forma de ser. Sé que salto a la primera, no me gusta que me tomen el pelo y menos que se rían de mí y a Tom, parece que se le da de lujo cabrearme como nadie, pero también sabe tranquilizarme. Y eso es un gran punto a su favor. Empezamos con mal pie. Pero tampoco ha sido tan malo después de todo. Y creo que anoche, yo, di un gran paso para que esto pueda ser, aunque no estoy seguro cien por cien de poder llevar una relación, de ser bueno en una relación. Todo sería cuestión de probar, supongo.

- Espero que sea lo que sea lo que esté pasando por tu loca cabecita, no tenga nada que ver con mandarme a la mierda hoy. - me sobresalté al escucharle. No me había dado cuenta que se había despertado.

- No. Al contrario.
- Eso es bueno entonces. - se acercó a mí apoyándose sobre sus brazos. - Buenos días. - dijo acariciando mi nariz con la suya. Nunca me acostumbraría a ese cosquilleo.

- Buenos días. - dije acercándome y robándole un beso que él siguió recostándose poco a poco sobre mí.

Solo él y yo. Nadie más.

Pasé mis manos por su pecho llevándolas hacia su cuello hasta que las deje en su nuca, e hice que se acercara más para profundizar en su boca y jugar con esa lengua que era mi jodida perdición.

Nunca me cansaré de decir que sus besos son mejores que un puto polvo con Erik o Gustav. Pero no era por sus besos, no era por su forma de besar y ahora me estaba dando cuenta de eso. Era porque era él, porque era Tom.

- Humm... Axel... Oye... - deje caer mi cabeza en la almohada... Ya sé. Puta calentura. - ¿Desayunamos? - resoplé molesto. No podía besarme así y luego mierda, ¡¡no podía hacer eso!!

- Si. - le empujé del pecho para que se apartase, se me notaba de lejos que eso me había molestado, pero no dijo nada. Se apartó, y al igual que yo, se levantó de la cama. - Voy a buscar a Sara.

- Creo que no hace falta. - fruncí el ceño y le miré confundido. - Está afuera, creo que esta con mi padre. Por eso no he querido... Ya sabes. - bien, así que era por eso y yo ya me había enfadado a la primera. ¡Ole mis huevos! Alguien había porque ahora que me fijaba, nos habían cerrado la puerta de la habitación.

- Oye, creo que deberías de decirle a tu padre que te dé su llave.

- ¿Por qué?

- Pues... no sé. ¿Qué tal si un día entra y ...? Ya me entiendes, coño. No me hagas decirlo.

- Espera. - dijo acercándose a mí y pasando sus brazos por mis hombros, abrazándome.

- ¿Que pasa ahora?

- ¿Eso quiere decir que vamos en serio?

- No. Lo de anoche era solo una escena, me gusta sacar mi faceta de actor. ¿Eres tonto? Te dije que sí, que quería intentarlo. ¿Qué parte no entendiste de eso? - su sonrisa se empezó a ensanchar y empezó a jugar con su piercing. - No hagas eso. - dije mirándole los labios mientras me hacía andar hacia la pared de espaldas. - Tom... Joder...

CAPITULO 21

- Humm.

Me lleve un gemido de parte de Tom al bajar mi mano hasta su entrepierna y acariciarle por encima del pantalón. Solo quería joderle un poco y hacerle ver lo que jode cuando te dejaban así. Como él me había dejado hace unos minutos en la cama, con la diferencia de que a él no le hizo falta tocarme. Mierda, me hacía falta follar más de lo que pensaba. Ese beso se estaba tornando diferente al de estos días y me recordó demasiado al de la oficina. Al beso que me dio en ese sofá y su mano dentro de mí... Oh, joder.

- Para... - había metido sus manos por debajo de mi pantalón de nuevo pero esta vez apretándome el culo. Me acordé de que estaban en el salón el Cabeza y Sara. No podíamos seguir. Tal vez antes me hubiera dado igual, pero ahora no, joder, eran su padre y su hermana. No creo que les hiciera mucha gracias escucharnos, y menos que lo hiciera Sara, y menos que le diera por entrar y... - Tom, para, coño. Sara. Fue decir su nombre y apartarse de golpe mirando a la puerta. Me reí, pensó que Sara estaba ahí.

- Joder. ¡No vuelvas a hacer eso! Dios, se me ha bajado del susto.

- Mejor. Aunque con esos pantalones no hay mucho que se pueda apreciar.

- Al contrario que a ti. ¿Nunca te han dicho el culo que te hacen esos pantalones? - se acercaba de nuevo a mí, mordiendo su piercing.

- Para, fiera. - dije mirando a otro lado. - Sal y prepara algo de desayunar, yo hago las camas.

- No las separes. - me advirtió con el dedo. - O volveré a juntarlas.

- Si, sí. Lo que tu digas. - le di la espalda y me acerqué a ellas. ¿Como mierdas quería que hiciera mi cama si no la separaba de la suya? - ¡¡¡Eh!!! Cabrón, eso pica. - dije sobándome el culo. Vaya hostia me había pegado.

- Lo siento, no he podido evitarlo.

- Pues sal rápido si no quieres que te la devuelva, pero en tu bonita cara.

- Borde.

- Capullo. ¡¡Ya!! Sal de aquí. Vete. - abrí la puerta, lo empujé fuera y volví a cerrarla. Me apoyé en ella sonriendo como un estúpido. ¿Porque me sentía así?

Terminé de hacer las camas y salí. Ya estaban sentado los tres desayunando. Por un momento me dio un escalofrío, verlos así, como la familia que eran, desayunando juntos, y yo no pintaba nada ahí. Pero Tom me sonrió de esa manera suya, Sara me llamó enseguida pidiendo un abrazo, y el Cabeza me saludo dándome los buenos días con otra sonrisa. Solo con eso hicieron que ese pensamiento se esfumase de mi cabeza y me sintiera bien, como perteneciendo a algo por primera vez, sintiéndome a gusto y, querido, tal vez.

Desayunamos tranquilos con las historias de Sara. Reímos. Todo estaba bien. Todo estaba en calma, yo estaba en calma, mi interior. Sara se fue a su habitación a jugar mientras el Cabeza nos explicaba que esa noche volvíamos al trabajo. Insistió en darme otro día, por mis heridas, pero le dije que no, que necesitaba hacer algo, necesitaba salir, trabajar y volverme a sentir útil en la comunidad. Volver a la normalidad. Esta noche nos tocaría entrar en una pequeña caja de ahorros, un pequeño banco que estaba en un pueblo a unos quince minutos de aquí. Las drogas no salían estos últimos días, parece que la banda de mi padre ha controlado bien por donde vamos y Andi no encuentra la manera de sacarlas. Sabía que mi padre pertenecía a una banda de traficantes bastante conocida en la ciudad, pero hasta ahora, no se había metido con nosotros. Él sabía que estaba aquí, pero también sabía que teníamos esto vigilado y por el momento, creo que no ha descubierto dónde se encuentra la comunidad.

- Oye, Papá. ¿Y qué te parece si hablamos con los del Paraíso y les vendes a ellos?

- ¿El Paraíso? ¿Todavía sigue en pie? - no sabía de qué coño hablaban, pero ellos parecían entenderse.

- Si, la última vez que fui trapicheaban y eso. Ya me entiendes. Por lo que pude oír se quedaron sin contactos, no sé qué es lo que pasaría pero, puede haber una oportunidad ahí, ¿no? - el Cabeza apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y se quedó pensando unos segundos.

- Si. Si, podría funcionar. Bien. Olvidar lo de la caja de ahorros. Me informaré y si podemos hacer algo te llamaré. - me dijo a mí. Asentí. - Y si es así, os encargareis vosotros. A Andi no se le da hablar. ¿De acuerdo?

- Si. - contestemos ambos.

- Después él ya se encargará del resto. Bien entonces, me voy. Tengo trabajo que hacer. - dijo levantándose de la silla. - Una cosa más. - dijo levantando su dedo índice. - ¿Estáis bien con esas camas o…?

- No me jodas. - mire a Tom negando. No me podía creer que el Cabeza nos estuviera preguntando eso. Y el cabrón de Tom se reía.

- ¿Qué pasa? No he dicho nada malo. Solo pregunto por si queréis que...

- No estaría mal. - dijo Tom, le pegué un buen puñetazo en el hombro.

- Bien. Entonces, cama nueva. Esta tarde la tendréis aquí.

- Cabeza, no hace falta. No hagas caso al estúpido de tu hijo. Está bien así.

- Axel, no tengo veinte años, ni tampoco me chupo el dedo. ¿Bien?

- Si... sí, haz lo que quieras.

- Bien. Pues aquí os dejo. Pasar buen día. Os llamo con lo que sea.

De puta madre. No solo el Cabeza nos había visto dormir con las camas juntas, si no que encima nos lo pondría más fácil poniéndonos una de matrimonio. Bien, si eso no quiere decir que acepta que tuviéramos algo, entonces no sé qué pretendía. A Tom parecía hacerle gracia, claro, a él le sudaba los huevos, era su padre, pero para mí era mi jefe, alguien al que respetaba y que supiera que tenía intenciones de follar con su hijo, no me hacía ni la mínima gracia. Y menos después del día que le pedí condones de coña y me los dio, y más encima viéndolo usado. Y se creía que me había acostado con una tía. Pues ahora le quedaba claro que no eran tetas justamente lo que me gustaban.

Bañemos a Sara entre los dos, eso sí que fue un puto show. La muy jodida nos dejó empapados a los dos desde la cabeza a los pies. Mientras yo le hacía de nuevo esas jodidas trenzas iguales a las de Tom en su cabeza, él fregó y recogió el baño. Después le expliqué cómo debía vestir a Sara porque pretendía ponerle de nuevo un vestido con pantalón debajo. Era burro de cojones. Lo mejor era con la seriedad con la que decía "son camisetas raperas", raperas mis pelotas. Después pasemos a ver a los chicos, Tom no conocía la casa y quería verla. Todavía estaban dentro así que le presente a todos mientras ellos le hacían preguntas graciosas sobre su pelo y su ropa. Nadie aquí vestía de la manera en la que vestía Tom y alguno le dijo que si no tenía ropa de su talla y se ponía la de su papá. Eso sí que fue gracioso. Me reí como nunca. En su día también me tocó a mi aguantar preguntas sobre mi maquillaje. Me decían que si era chico no me tendría que maquillar porque solo las mujeres hacían eso. Me acuerdo la primera vez que Erik me dijo algo así y le conteste que, si le enseñaba lo que tenía entre las piernas, dejaría de pensar de esa manera, y así empecemos con la tontería y terminamos follando.

Tom se acercó a los más pequeños, a los que estaban todavía en cunas durmiendo. Había uno despierto y fue directo a él.

- Pero mira que tenemos aquí. - dijo cogiéndole su pequeña manita.

- Él es Kilian. - era precioso, eso sí que es verdad. Tenía una carita

preciosa, unos grandes ojos y estaba todo el día sonriendo. Rara vez lo había visto llorar. Rubio, tenía el pelo tan blanco que apenas parecía que tenía. - Apenas lleva unas semanas aquí. Lo encontraron en un portal metido en una caja de cartón.

- Que cabrones. ¿Como puede haber gente así? - lo cogió y lo acomodó en sus brazos. - Me encantan los bebes.

- ¿Sí? Pues si quieres algo conmigo la llevas clara.

- Mira que eres imbécil. - acaricie la mejilla de Kilian y enseguida cogió mi dedo. Tenía las manitas enanas. - Siempre se puede adoptar, o quedarnos con alguno de ellos y darles una vida digna.

- No podría hacer eso.

- ¿Por qué?

- Porque... míralos. ¿Serías capaz de elegir uno dejando a los demás? - miró a todos, incluso a los más mayores que gritaban y jugaban en sus camas.

- No. Me sería imposible. - volvió a mirar a los más pequeños. - No entiendo cómo la gente puede... No lo entiendo.

- Tiene que haber de todo en el mundo, ¿no? Anda, vámonos. - noté como se tensaba y se cabreaba por momentos. Ver a los niños le podía más que otra cosa, o eso es lo que pude ver. No lo había visto así hasta el momento. Le cogí a Kilian de los brazos, le di un beso en la frente y le dejé en la cuna de nuevo. Nos despedimos de los chicos y salimos de allí.

Tom estuvo un rato en silencio, pero haciéndole un par de bromas y metiéndole mano cuando nadie nos miraba, lo fui sacando de esos pensamientos. Pasemos la tarde paseando por la comunidad, hablando con la gente y ayudando a unos cuantos que todavía estaban terminando de organizar las casas. Sara iba y venía a ratos solo para abrazarnos, otros nos traían flores arrancadas del suelo, y otras simplemente venía e intentaba asustarnos.

- ¿Como va? ¿Qué hacéis? - nos preguntó Erik cuando nos lo encontremos.

- Pasando la tarde. ¿Tu? - respondió Tom.

- Pfff. Nada que hacer.

- Oye, ¿por qué no echamos unas cervezas en casa? No hay nada que hacer por aquí. - dijo Tom mirándome como esperando mi aprobación.

- Ya lo has dicho, que remedio. - me clavó el dedo en las costillas y le pegué una colleja.

- Joder, veo que la cosa va bien, ¿no?

- Erik, no te metas donde no te importa, zorrita.

- Creo que ya no tienes derecho a llamarme así. - dijo levantando la cabeza.

- ¿Qué no?

- Bueno, llamaros como queráis, pero vamos a casa que me muero de sed. - dijo Tom empezando a andar.

Lleguemos a casa, volvimos a encontrarnos con Sara así que le dijimos que estaríamos allí. Tom fue a poner su música, lo que me jodió, pero qué remedio, tenía que tragarme también sus gustos. Saqué un par de cervezas para cada uno y nos sentemos en los sofás.

- Bueno, Tom. - dijo mirándome Erik, como dijera algo relacionado con nosotros le cortaba los huevos. - ¿Qué te parece esto? ¿Te acostumbraras?

- Bueno, no es que sea el paraíso, pero, sí. - dijo echándome una mirada. - Creo que me será fácil acostumbrarme. ¿Verdad Axel? - dijo golpeando mi pierna.

- ¿Y a mí que me cuentas?

- ¿Que pasa entre vosotros, eh? Parece como si os conocierais de antes.

- Bueno, digamos que Axel me hizo una visita a mi oficina.

- ¿¿Eh??

- ¿Tu eres tonto o te lo haces? - le dije a Tom. No quería que nadie supiera nada de los dos, que estábamos... bueno, lo que fuera que estuviéramos... Joder.

- ¿Que pasa ahora? No he dicho nada.

- Vamos que sí, que estáis liados. - dijo Erik riendo.

- Borra esa puta sonrisa.

- Oye, que por mí no hay problema, al contrario. Me parece de puta madre. Ya sabía que este Tom, era ese Tom... ya sabes... - hijo de puta.

- ¿Que Tom era ese Tom? ¿Qué me estoy perdiendo?
- Nada.

- Mmmm... - Erik apartó la cerveza de sus labios rápidamente. - Es que Axel te nombro un par de veces antes de venir.

- ¡¡No mientas, fue una y cierra la boca!!

- ¿Que me nombraste? Yo no sabía eso.

- Bueno ya me has tocado los huevos. A beberte la cerveza a la puta calle. Vamos. - me levanté y cogí a Erik del brazo y lo saqué de casa.

- Oye, oye...

- Oye, mierdas. Te estas pasando. ¿De qué coño crees que vas?

- Solo estaba bromeando.

- Pues tu broma no tiene ni puta gracia.

- Vamos, media comunidad rumorea que estáis juntos.

- ¿¿Que??

- Coño, dos días sin dejaros ver el pelo y sin salir de casa, ¿qué esperabas que pensaran?

- Pues te puedes ir a la mierda tú y todos, ¡¡¡¿¿me oís??!! - me gané la atención de unos cuantos al gritar en la puerta. - ¡¡Que os jodan a to...

- Eh, eh, deja de gritar. - Tom me agarró del brazo y tiró de mi metiéndome en casa. - Erik, hablamos otro rato ¿eh? - le dijo cerrando la puerta en sus narices. - ¿Qué coño pasa? ¿Por qué te has puesto a gritar como un loco?

- ¿Que por qué? Van diciendo que tú y yo estamos liados.

- ¿Y qué hay de malo en eso?

- Pues que... que...

- Que digan lo que quieran, Axel. No te puedes poner a gritar a todo el mundo como un jodido loco. Además, es la verdad. ¿Qué tiene de malo? ¿Hay que escondernos o qué?

- ¿Eh? No, pero... no me gustan que hablen de mí, de mi vida, de mis cosas y de... ¡¡No tienen por qué meterse en mi vida!!

- Bueno. ¿Qué más da? A mí no me importa que hablen y digan y que sepan. No estoy haciendo nada malo. No estamos haciendo nada malo.

- Lo sé, joder, pero... - bufé. No sabía cómo explicarle cómo me sentía. No me gustaba que mis cosas, mi privacidad, anduvieran en boca de todos.

- Por mi mejor. Que sepan todos que eres mío y de nadie más.

- ¿Como que tuyo? ¡¡Yo no soy de nadie!!

- Joder, Axel. Ven, cálmate ¿vale? - cogió mis manos llevándolas a su cintura y me abrazó por el cuello besando mi sien. Cerré los ojos y le abracé rodeando su cintura. - Me refiero a mío en el sentido de mi... ¿pareja? ¿novio? ¿algo especial?

- ¿Algo especial? No te entiendo. No somos novios, ni pareja.

- De momento no, pero... algo hay, ¿o no?

- Si.

- Pues a eso me refiero. ¿Qué tiene de malo que lo sepan? Yo quiero que sepan que hay algo, así no se acercaran a ti porque si no las verán conmigo.

- Luego el celoso soy yo. - rio contra mi cuello provocando escalofríos que despertaron todo mi cuerpo. - Tom... - me giré un poco y dejé un beso en cuello. Oliendo su aroma, olía tan bien.

- No me hagas esto. - me pidió dejándome más sitio para seguir besando su cuello, cosa que hice con ganas. Besé, mordí y lamí tanto como como pude. - Oh, joder...

- Estamos solos.

- No me lo digas dos veces...
- Estamos... solos. - susurré en su oído. Si algo se me daba bien era ponerlo al límite y eso lo sabía desde el primer día.

- Mierda. - me cogió del culo haciendo que mis piernas le rodearan la cintura y me llevó hasta el sofá, tal y como en su oficina. Empezó a besar mi cuello sin detenerse ni un solo momento. Joder, joder que falta me hacía esto.

- ¡¡Ah!! - me mordió y eso terminó por encenderme del todo. - Quiero tus labios, ahora. - cogí su cara y le besé con todas las ganas que pude. Me

restregué contra él, joder. Me perdía, me ponía tan burro besándome así, comiéndome la boca, mordiendo mis labios y buscando mi lengua sin parar.

- Axel...

- ¿Que?

- Tu móvil.

- No es mi móvil... - era mi polla.

- No, tú móvil está sonando.

- ¿Eh? Joder. - saqué el móvil de mi bolsillo y vaya, sorpresa. - Es tu padre.

- Que oportuno. - dijo levantándose de mí.

- No, tú aquí. - tiré de su camiseta para que no se moviera. - Dime, Cabeza. - contesté cuando descolgué.

- Ya está. Esta noche iréis tú y Tom al Paraíso. No tienen quien les suministre la droga así que tenemos posibilidades de negociar. El Chino y Marcus se están ocupando de conseguir un coche. Dile a Tom que ya sabe cómo es el lugar, que por favor se arregle como debe. A ti no te digo nada porque irás bien como vayas. Llamaras la atención así que te pido que no seas borde y no armes jaleo.

- ¿Algo más?

- En una hora tenéis el coche. Vais allí, tenéis cena reservada y a las doce irán a buscaros para hablar con el dueño. ¿Bien?

- Entendido.

- ¡Ah! Tenéis permiso para pasar la noche fuera si queréis. Y el coche, de vuelta a la comunidad. Un regalo de mi parte.

Me colgó, así sin más. Estiré el brazo y dejé el móvil encima de la mesa.

- ¿Qué te ha dicho?

- Tu padre últimamente se pasa de gracioso.

- ¿Por?

- Me ha dicho que tenemos permiso para pasar la noche fuera. - me miró alzando una ceja.

- Es broma.

- No, va en serio. Y el coche que nos ha conseguido para ir al sitio ese, dice que nos lo quedemos, un regalo.

- ¿Un regalo?

- ¿Eres sordo? Si, un regalo. Normalmente después de usarlos los quemamos, pero...

- ¿Qué hacéis qué?

- Quemarlos... Gasolina, mechero... Adiós. No podemos dejar pistas después de robar. Por eso se me hace raro que nos deje quedarnos un coche.

- Tal vez sea nuevo.

- No creo. Bueno da igual. En una hora nos tenemos que ir y me ha dicho que hagas el favor de arreglarte, así que me dejaras husmear en tu armario y te pondrás lo que yo te diga.

- Si pues... Todo lo que tengo es como esto.

- ¿No tienes un puto pantalón en condiciones, de tu talla?

- No.

- Pues tendrás que joderte con mi ropa.

- Ni de coña. - dijo levantándose. - No pienso meterme en esos putos pantalones. Eso es un castigo para mis... - dijo agarrándose los huevos.

- No exageres. Machito. Vamos a ver que puedes ponerte.

Me levanté del sofá y a empujones lo llevé hasta la habitación. Le hice sentarse en la cama mientras yo miraba su ropa. Iba en serio. No tenía ni un puto pantalón de su talla, al menos camisetas y jersey sí que tenía más pequeños. Bien. Pantalón mío entonces. Empecé a buscar en mi lado del armario y saqué unos vaqueros negros que apenas había llevado y me iban un poco grandes.

- Póntelos. Supongo que te irán y... - me volví de nuevo a buscar una camiseta o algo que le pegase. - Esta. - saqué una camiseta negra de manga larga, pero algo transparente. - ¿En serio es tuyo? - eso no le pegaba.

- Si, ¿qué pasa?

- Nada, solo que es raro. Bueno. Ponte eso, hace buena noche así que iras bien.

- ¿Qué haces? - dijo cuando me senté en mi cama gateando por la suya.

- Esperar a que te cambies para ver si te valen o no, si no tendremos que ir a pedirle algo a Erik, aunque... igual se te quedan cortos de largo.

- No, gracias. Supongo que los tuyos me valdrán. Pero que si querías verme desnudo solo tenías que pedirlo.

Me acomodé en la cama listo para el espectáculo. En cierto modo sí era excusa para verle. Se quitó la camiseta dejando a la vista esa tableta que se marcaba en su abdomen. Éramos similares en cuanto a estatura y cuerpo, pero él estaba claramente más fuerte que yo. Erik también estaba cuadrado, pero el cuerpo de Tom... joder... era otra cosa. Se quitó también los pantalones, quedándose con unos calzoncillos que me dieron risa nada más verlo.

- ¿Que?

- ¿En serio? Eso lo llevaría mi abuelo.

- Pues son los únicos que tengo, además son cómodos.

- Ya. Tenemos la noche libre así que... por lo que pase, quítate eso, por favor.

- Si, claro. Para verme en pelotas. No sabes tú ni nada.

- Si ya te he visto en la ducha, ¿qué problema hay? Además, calzoncillos anchos con pantalones justos...

- ¿Sabes que podrías hacer en vez de darme por culo? Ir a buscar a Sara y llevarla con Sheila. - cierto, no me acordaba de mi pequeña.

- Corta rollos.

- Si, sí. Lo que tu digas.

Me fui a buscar a Sara dejándole solo, de todas maneras, casi era mejor porque si empezábamos con el tonteo, llegaríamos tarde. La encontré jugando en la puerta de casa con dos niños más, así que no tuve que buscar mucho. La llevé a casa de Sheila y le expliqué que teníamos que salir por trabajo, no le dije que teníamos la noche libre ya que el Cabeza no solía dejarnos más horas de la cuenta y, además, Sheila no podría abrir el bar si dejaba a Sara y eso la cabrearía. Ya encontraría el modo de agradecérselo porque, al fin y al cabo, el bar era su trabajo y esta noche perdería dinero por no abrir. Me despedí con un gran abrazo de mi pequeña y le dije que se portase bien.

Cuando llegue a casa, Tom estaba viendo la televisión ya vestido.

- ¿Ya estás?

- Si. Y cogí unos de tus calzoncillos. Tenías razón. No podía llevar los

míos con estos pantalones.

- Te lo dije. A ver, levanta, quiero verte. - se puso de pie y dio un giro. - Vaya culito, niño.

- Oye. Para no decir palabra estos días ahora no paras de tirarme los trastos, bueno, la casa entera.

- Y toda la ciudad si hiciera falta. Supongo que, hablar contigo la otra noche sirvió de mucho. - dije acercándome a él.

- ¿Sí? Pues eso me alegra.
- Y a mí. - agarré el bajo de su camiseta en mis puños, acarició mi nariz y lamió mis labios.

- Tienes que arreglarte tú ahora.

- Lo sé. Mierda. Solo uno.

- ¿Uno? - asentí mordiéndome el labio. Necesitaba besarle de nuevo. Me apretó contra su cuerpo y me besó. Abrí mi boca y busqué su lengua. El sitio ese donde teníamos que ir se llamaba Paraíso, pero para mí el Paraíso era su boca. - Tenemos toda la noche para nosotros.

- ¿Y será especial?

- Inolvidable.

CAPITULO 22

Me vestí dándome el gusto de arreglarme más que otras veces, ya que por lo que dijo el Cabeza, el lugar lo requería. Así que me vestí de negro, como siempre, pero poniéndome todas las cadenas y accesorios que pude, la mitad de mis collares eran de mi madre. Me pinté las uñas y me maquillé los ojos un poco más de lo normal, perfilándolos y haciéndolos un poco más afilados. Mis pantalones tenían varias cremalleras por todos los lados y para que mi camiseta negra no se viera tan sosa, me puse un chaleco vaquero. Un toque de color.

- ¿Cuánto te falta? Me estoy durmiendo.

- Impaciente. Ya voy.- grité desde el baño donde estaba terminando de peinarme.

- Si fueras tía, a lo que saliéramos de casa tendríamos que volver. - rodé los ojos por su comentario. Me miré una última vez en el espejo y salí.

- Ya estoy.

- ¿Vas a una fiesta o algo así? - dijo sonriendo y mirándome de arriba abajo.

- Pues no tengo ni puta idea de dónde vamos y, además, tampoco voy tan arreglado. - si lo iba. Pero da igual, con tal de picarle llevándole la contraria. - Vámonos.

Salimos de casa y fuimos hasta las puertas de la comunidad. Conforme íbamos llegando, Marcus y el Chino entraban con un puto cochazo de la hostia.

- ¡¡Joder!! ¿Pero que...? ¿Ese es el coche que mi padre nos da? - Tom estaba flipando tanto como yo. Ni miré la marca que era, eso me la traía floja. Era una puta preciosidad, negro, brillante, grande, descapotable... ¡¡JO-DER!!

- ¡La madre que lo pario! - aceleremos el paso, creo que a los dos nos gustó bastante por la manera en la que nos miramos y corrimos hacia allí. Lo mire por fuera, rodeándolo. Ni un rasguño, ni una mota de polvo. Nada, estaba nuevo. Impecable. Brillante, reluciente... Por dios. Si casi me corro del gusto. No podía cerrar la boca. - ¿Que? Guapo, ¿eh? - miré a Marcus que estaba con pose chula. - No sé dónde cojones vais, pero sería una pena quemarlo después.

- ¡¡Este no se quema, imbécil!! Es mío.

- ¡¡Y mío!! - dijo Tom enseguida.

- Bueno si, de los dos. ¿De dónde lo habéis sacado?

- Del concesionario. Pagado billete sobre billete.

- Ya me extrañaba a mí que fuera robado y no comprado. - dijo el Chino. - ¿Así que un regalo del Cabeza? Luego no quieres que hablemos, Cross... pero esto no es normal.

- Hablar lo que queráis. Pero el coche es nuestro. - le dijo Tom montándose en él y mirando todo por dentro.

- Tu cállate, que para ser el nuevo te tratan mejor que a nosotros.

- Marcus, ¿sabes que se está rifando una hostia y tienes todas las papeletas? - dije dando dos pasos hacia él. - ¡¡Largo!! Los dos, ¡fuera!

- Que lo paséis bien... parejita. - dijeron con recochineo y fastidiados, porque era así como estaban. Fastidiados por el coche. Pero ya podían dar las gracias por haber podido probarlo. No volverán a tocarlo. Me monté en el coche e hice lo mismo que Tom, mirar cada rincón. Los asientos eran de cuero negro. La radio tenía pantalla táctil, le di y empezó a sonar música a todo volumen, incluso el vídeo de esa canción se podía ver en esa pantalla.

- Joder... - dije mirándolo.

- Si, joder. Joder la pasta que le habrá costado. No sé de dónde cojones lo habrá sacado, pero es caro este modelo. Es gama alta.

- Seguro alguna clase de acuerdo o algo. No sé. ¿Qué importa, coño? Es nuestro. - a mí no me importaba ahora mismo lo que había costado o como narices lo había conseguido. Era nuestro, ya está. ¿Para qué darle más vueltas?

- Vámonos y acelera. Quiero ver lo que corre esta preciosura. - dije frotándome las manos. Tom me miró riendo, estaba tan contento como yo o más.

Recorrimos media ciudad hasta llegar al sitio ese con la música a todo volumen y dedicándonos alguna que otra mirada. Aquello parecía un bar, restaurante, no sé. La cosa es que era enorme. Era un puto edificio entero, con la fachada amarillenta, parecía antiguo, pero tenía su encanto por fuera. Por dentro no sé cómo seria. Eso sí, el cartel no le pegaba una mierda. Un enorme letrero luminoso arriba del todo que ponía Paraíso cambiando a cada segundo de color. Cuando llegamos paramos en la misma puerta y un tío vestido con una camisa blanca, pantalón negro y pajarita nos recibió.

- Si me permite. - le dijo a Tom extendiendo su mano.

- Si. Tenga cuidado con él.

- ¿Qué haces? ¿Por qué le das las llaves? - estaba loco.

- Calma. - dijo poniéndose a mi lado y cogiéndome de la cintura para entrar al edificio. - Solo lo va a aparcar. Es uno de los servicios que tienen. No te preocupes por nada, ¿vale? Solo relájate y disfruta.

- Si, claro. Lo que tu digas. - dejándole las llaves del coche nuevo a ese tío que parecía retrasado, muy tranquilo iba a estar yo. Subimos unas cuantas escaleras, nos abrieron las puertas otros dos tipos que vestían igual que el anterior. Mucho pijerio me pareció esto.

- Buenas noches, ¿tienen reserva para cenar? - preguntó otro tipo vestido de traje tras un mostrador.

- Buenas noches. Si. Trumper, por favor. - vaya, así que ese era su apellido.

- Bien, mesa para dos. Disfruten de la velada.

- Gracias. - Tom volvió a cogerme por la cintura y me encamino hacia el ascensor. El pasillo era luminoso y se escuchaba una agradable música lenta. Esto me estaba gustando.

- ¿Dónde vamos? - pregunté mientras esperábamos el ascensor.

- A la planta de arriba. Ahí está el restaurante. La discoteca está ahí. - dijo señalando una puerta negra doble. - Y las demás plantas son, bueno, habitaciones para... otras cosas.

- Para... ¿otras cosas? ¿Dónde cojones me has traído?

- Buenas noches, Señores. - las puertas se abrieron y salió un hombre mayor, bastante mayor abrazado a una chica joven. ¿Qué coño era este lugar? Tom los saludó de la misma manera, yo solo me quede mirándolos como se alejaban de nosotros.

- ¿Qué era eso? Sí podría ser su abuelo. ¿Esto que es un puticlub de lujo o qué? - las puertas se cerraron quedando los dos solos ahí dentro.

- Baja la voz, lo primero. Y lo segundo, si quieres llamarlo así... No es un puticlub, pero es... parecido. Solo que aquí viene gente de dinero y no hay putas.

- ¿Entonces?

- Vienen parejas, o tal vez alguna puta, sí, pero vienen de fuera, no son de aquí. No sé si me entiendes. Se llama Paraíso. No hay mucho más que explicar. Vienen con quien quieren, o solo y haces lo que quieres.

- ¿Como qué?

- Como se nota que no has salido de la comunidad.

- Perdona si te jode mi curiosidad. - dije cruzándome de brazos.

- No es eso. - me abrazó por la cintura pegándome a él. - Solo qué quieres saberlo todo al momento. Mientras cenamos te cuento, ¿vale?

- Vale. Am... ¿aquí podemos hacer lo que queramos? Me refiero a que... ¿será mal visto una pareja de hombres?

- No. - dijo sonriendo. - Es más, seguro que en el Restaurante hay montones de parejas gays. Aquí nadie se fija en nada.

Le iba a besar, pero las puertas se abrieron de nuevo dejándonos ver una sala enorme con un montón de mesas ya ocupadas. Y era cierto. Parejas de mayor edad, otras más jóvenes. Hombres, mujeres. Hombres y hombres, mujeres y mujeres... Así que el Paraíso. Ya veo de qué trataba esto.

Tom me cogió de la mano, pero me quedé tan fascinado mirando todo que no le di importancia. Unas tiras enormes de tela blanca salían del centro del techo, decorándolo y cayendo por las pareces hasta el suelo. La iluminación era baja, muy poca, pero lo suficiente para poder cenar y crear un ambiente que no había visto en mi vida. Otro hombre se acercó hasta nosotros, esta vez, llevaba traje también, pero en su brazo descansaba una tela blanca. Dijo el apellido de Tom y nos acompañó hasta una mesa. Crucemos medio salón y, para decir que aquí nadie se fijaba en nada, me miraban demasiado.

- Tom... No paran de mirarme. - le dije en voz baja agarrando su brazo.

- Lo sé. Destacas sobre todos ellos. No tienen nada más bonito que mirar. - giré a mirarle por sus palabras.

- Estas de broma...

- No. Esta noche estas precioso y... Solo mira cómo te miran. - miré disimuladamente. Me estaban mirando todos, hombres y mujeres y hablaban entre ellos señalándome sin cortarse.

- Esto no me gusta.

- No los mires, ¿vale? Pasa de ellos y no habrá problema. Estamos tu y yo solos.

Si, claro, fácil de decir cuando no sientes cincuenta pares de ojos sobre ti. La madre que me pario.

- Esta es su mesa. ¿Les parece bien, Señores?

- Perfecta. - dijo Tom.

- No, ni de coña. ¿No hay algunas más... apartada, escondida tal vez? - le pregunté al hombre que me miró como si le hablara en chino. No pensaba sentarme en medio de ese salón. Ni de broma.

- Tenemos una libre, pero...

- ¡Esa! Danos esa.
- Como quieran. Si me acompañan...

Cogí la mano de Tom con fuerza, no pensaba separarme de él ni por un momento. Joder, me sentía... No sé. Vigilado. Todo el mundo seguía mirándome, me entraban ganas de gritarles que si nunca habían visto a un tío con un par de huevos maquillado. Pero me contuve. Me estaba muriendo de la vergüenza.

- Esta es. ¿Es de su agrado señor? - levanté la mirada que la tenía clavada en el suelo. Bien, de puta madre. ¿Mesa romántica? Lo que faltaba.

El mantel era blanco, los platos eran blancos, pero las servilletas eran rojas, en la mesa había también dos velas rojas encendidas y por encima de otro mantel que cruzaba la mesa, negro, un montón de pétalos de rosa

recortados en forma de corazón. Mas las copas, cubiertos y demás. Miré a Tom por un momento, el muy capullo se mordía el labio para no reírse.

- Si, si, perfecta.

- Bien, entonces, les deseo una bonita velada. En un momento, vendrán a servirles. - bien, al menos estaba más retirada, en una esquinita y la luz también era más suave.

Me senté en una silla sin decir nada, prefería no decir nada sobre la puta mesa. Me senté dando la espalda a toda esa gente porque sabía que si seguían mirándome en algún momento explotaría, y como me dijo el Cabeza, no quería armar jaleo. Tom no dijo nada respecto a la mesa tampoco, y lo agradecí. Bastante estaba pasando ya como para encima aguantar cachondeo sobre la mesa.

Nos sirvieron la cena y cenamos tranquilamente hablando del coche. Parece que a los dos nos encantó ese regalo. Y como para no hacerlo.

- ¿Siguen mirando? - pregunté después de beber de mi copa de vino.

- Olvídate de la gente. - le miré alzando la ceja. - No. Ya no miran. - me giré y si, seguían mirando algunos.

- Me cago en sus... ¿Tan interesante soy o qué?

- ¿Por qué te jode tanto? Ignóralos y ya está. Piensa que solo estamos tu y yo y... esta cena... romántica.

- ¡¡Cállate!! Al menos no estamos en medio de todo el mundo. Bueno, explícame que es este lugar, que todavía no me has dicho nada.

- Pues, ¿has visto alguna vez alguna de esas películas en las que van parejas, hacen intercambios o, viene gente sola, busca a alguien y pasan la noche en cuartos oscuros?

- ¿Que? ¿Me estás tomando el pelo, no? - sabía lo que estaba diciendo

porque si, había visto alguna película de ese tipo, pero nunca me había imaginado venir a un lugar así.

- Pues eso es esto. Paraíso es eso, donde tus fantasías se hacen realidad. Y como comprenderás, la gente se mete de todo. Por eso negociar con ellos sería resolver todos los problemas con la droga que hay en la comunidad.

- Ya veo. Dinero, sexo y drogas. Buena combinación. - asintió y bebió de su copa. - Y tú... conoces esto porque... - recuerdo que le dijo a su padre que había venido, así que no me iba a quedar con las ganas de saber qué hacía Tom en este lugar.

- Pues porque... tenía dinero, soy joven, y la música de la discoteca es de puta madre.

- Ya, me vas a decir que solo venias por la música y por eso sabes que hay en las demás plantas. No me jodas, Tom. ¿Has estado ahí? ¿En esos cuartos?

- Una vez. Solo una. Y acabe ahí porque iba ciego perdido.

- Y con ganas de follar.

- También. Pero no hice nada. En cuanto me senté en un sofá me quedé dormido.

- Y esperas que me lo trague... Ja.

- No, va enserio. Si fuera de otra manera no me importaría decirlo. Pero no pasó nada, la tía estaba buena, pero... Me pasé con el alcohol. - dijo encogiéndose de hombros. - ¿No me crees?

- Me parece absurdo que acabarás en uno de esos cuartos con una tía buena, según tú, y te durmieras. Pero si, te creo. Supongo que no tienes razón para mentirme.

- Exacto. Fue antes, y lo que importa es ahora, y que tú y yo estamos aquí.

- Si, pero no te hagas ilusiones porque no pienso follar en un cuarto oscuro.

- empezó a reírse.

- No pensaba llevarte ahí, pero te aseguro que te gustaría.

- Por si acaso prefiero no probar.

Un camarero llegó para servirnos el postre. Una tarta y ¡oh! en forma de corazón. No me jodas... Al final acabaría vomitando con tanto corazón. Iba a coger uno de los platos, ya que las tartas eran diferentes, pero Tom no me dejó. Se levantó de la silla sin decir nada y se sentó a mi lado.

- Es una cena romántica, tenemos que compartir postre.

- Tom, no me jodas.

- Vamos. Deja de ser tan...

- ¿Tan qué?

- Pues así. Estamos solos, fuera de la comunidad. Disfruta de la noche, de la cena. Disfruta de que estamos los dos solos sin que nadie nos interrumpa. Vamos, sonríe y olvida porque estamos aquí por un momento. - en parte tenía razón. Me estaba comportando como un amargado y había olvidado que estábamos los dos solos y podíamos aprovecharnos de eso. Cerré los ojos y solté el aire intentando relajarme. Me acarició la mejilla y los abrí. - Solo los dos. No hay nadie más.

- Vale.

- ¿Si? - asentí y se acercó a darme un beso. - Bien, pues... abre la boca y dime que tal esta. - cogió un trozo de tarta con la cuchara y la acerco a mis labios.

- No soy un bebe. - dije sonriendo por el gesto, me hizo gracia.
- Axel... - bien, si el señor quería jugar a los enamorados... Abrí la boca y me dio la tarta. - ¿Esta buena?

- Hum... - estaba riquísima. Sabía a fresas y chocolate blanco. Terminé de comerla y cogí un poco con la misma cuchara para darle. - Tienes que probarla.

Acerque la cuchara a su boca y con una sonrisa la acepto. Me mordí el labio cuando saqué la cuchara de su boca. ¿Por qué me ponía tanto con solo ver eso? Seguí comiendo de la tarta con esa misma cuchara y le iba dando a Tom. Él se acercó todavía más a mi silla y terminó por pasarme un brazo por la cintura mientras nos comíamos los dos trozos de tarta entre tonteos, besos y risas.

Se me daba bien olvidar con él, era fácil dejarme llevar, dejar que me diera cariño y ser espontáneo con él después de todo. Tom estaba cambiando mi forma de ver todo, pero en especial, el estar acompañado, el charlar, reír... Todo. Y me gustaba, me gustaba mucho estar con él e intentar mostrarle eso que sentía por él. Aunque la verdad, los pocos gestos que tenía hacia él, me salían solos. Eso estaba bien.

- Disculpen. ¿Trumper? - me giré un poco y delante de mí había un tipo de unos cuarenta o poco más, alto, vestido de negro y con pelo moreno, un poco alborotado. Lo que me impactó fueron esos ojos azules tan claros que costaba mantenerle la mirada.

- Si, soy yo. - dijo poniéndose de pie.

- Falcón. Víctor Falcón. Soy el dueño y fundador de Paraíso. Encantado. - le tendió la mano y la estrecharon.

- Tom. Igualmente. - Tom cogió de mi brazo obligándome a ponerme en pie. - Él es...

- Bruno. Mi nombre es Bruno. Un placer. - le tendí la mano y el muy imbécil me la cogió como si fuera una tía, llevándosela a sus labios y besándola. Le sonreí falsamente. ¡Qué asco!

- El placer es mío. - Tom tosió y el tío me soltó la mano enseguida.

- Bueno, ¿hablamos? - me cogió de la cintura y me hizo sentarme en mi silla, pero más pegado a él si era posible. Me crucé de piernas y para dejarle claro al baboso ese que no tenía nada que hacer conmigo, dejé mi mano descansar en la pierna de Tom. Automáticamente se giró al sentir mi mano y yo le sonreí. Creo que me entendió. - Bien. Habló con mi padre por el asunto de ser vuestros proveedores.

- Así es. Ahora mismo no tenemos a quien pedirle que nos traiga mercancía y, es bastante demandada, así que nos surge. Como podréis imaginar, Paraíso no se puede mantener abierto con solo un restaurante y la discoteca. Nuestro mayor beneficio viene del consumo. Solo necesito saber una cosa. ¿Trabajáis con más gente o llegaría directamente a nosotros de vuestra mano?

- Sería directo. Nuestros chicos la traerían, usted paga y desaparecemos.

- Perfecto. - dijo asintiendo. Me sorprendió la forma de hablar de Tom, como si hubiera estado en esto toda la vida. Hablaba mejor que yo. Hice bien en cerrar mi boca y dejarle hablar a él, aunque pareciera la puta de compañía. - ¿Cuándo sería la primera entrega?

- Cuando usted quiera. Pero también le pedimos discreción. Ya me entiende.

- Si, por supuesto. Si las entregas son puntuales y no hay problemas, no tienes de qué preocuparte.

- Bien.

- Entonces, ¿qué te parece si mañana alrededor de las siete de la tarde se pasan tus chicos y me muestran lo que tienen? Les diré lo que me interesa y a partir de ahí haremos un acuerdo.

- Perfecto.

- Bien. Entonces no hay nada más de que hablar. - dijo poniéndose de pie. - Les deseo que pasen buena noche y, la cena, corre de mi cuenta.

- Gracias.

- No hay de qué. Buenas noches. - se me quedó mirando y me guiño un ojo antes de irse.

Cerdo.

Todo había salido bien, al menos. El Cabeza estaría contento en cuanto le dijéramos que todo iba sobre ruedas. Como la cena corría por cuenta del capullo ese, le dije a Tom de aprovechar y tomarnos unos cubatas ya que no los teníamos que pagar. Así que eso hicimos. Pasemos como dos horas más allí hablando un poco de todo.

Le pregunté que cómo era que hablaba así, parecía que sabía del tema y me contó que hace años, para sacar dinero había formado una pandilla y se dedicaban a trapichear. Por eso su padre nos había mandado a nosotros, porque sabía que Tom sabía manejarse con esto y conseguiría que aceptasen trabajar con nosotros. Y salió bien.

Cuando nos cansamos de estar allí, decidimos irnos. Las discotecas no me gustaban y estar tanto rato en un sitio cerrado me agobiaba. A mí me gustaba estar fuera así que necesitaba respirar algo de aire fresco.

- ¿Dónde quieres ir? - me preguntó después de montarnos en el coche.

- Donde me quieras llevar. - me estiré sobre el sillón de cuero sintiendo el aire chocar contra mi cara.

Era un lujo tener ese coche. Aunque sería más lujo que el Cabeza nos dejara salir más a menudo de la comunidad, entonces sí podríamos disfrutarlo. De momento, se pasaría las horas muertas aparcado cerca de casa. Era una pena. Tom conducía por las calles más transitadas y luminosas de la ciudad. Me sentía tan bien, que por una vez me sentía libre de todo. Libre de la comunidad, libre del trabajo, libre de mis malos pensamientos, de mi mala leche, de mi bordería... Me sentía yo. Mi yo de antes, mi yo pequeño disfrutando de todo.

Tenía los ojos cerrados, disfrutando del aire, cuando sentí la mano de Tom buscando la mía. No los abrí, solo sonreí y la giré para entrelazar nuestros

dedos.

Al poco rato de estar circulando por las calles de la ciudad, noté como el coche bajaba de velocidad y entonces decidí mirar para saber dónde me había traído.

- ¿Dónde estamos? - sacó una tarjeta de su bolsillo y abrió la puerta de un garaje. No entendía nada.

- Ahora lo sabrás.

Aparcó el coche en un lugar vacío del garaje y ambos salimos. Caminé hasta su lado y cogió mi mano. Cogimos el ascensor y, tras pasar de nuevo la misma tarjeta por un aparato que había allí, se puso en marcha. El ascensor era de los típicos de películas antiguas en los que no había puertas, solo una verja para evitar caerte. Quería preguntarle de nuevo que donde íbamos y donde estábamos, pero por otro lado quería mantener el silencio y esperar. Dejar de preguntar y solo esperar. Se colocó detrás de mí y pasó sus manos por mi cintura abrazándome desde atrás.

- Cierra los ojos.

- Tom...

- Vamos. Ciérralos. Nunca he tenido a nadie aquí y creo que no te esperas esto. - le miré, tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro. Fruncí un poco el ceño, pero no pude disimular una pequeña sonrisa por saber que nunca había traído a nadie a donde fuera que estuviéramos llegando.

Cerré los ojos y volví mi cabeza al frente. El ascensor paró tras unos segundos y noté como Tom estiró su brazo para abrir. Empujó un poco de mi haciéndome caminar. No se oía nada. Estaba completamente en silencio. En calma. Solo se oía un poco el ruido de los coches en la calle, pero apenas se podían escuchar.

- Vale. - hablo Tom cerca de mi oído y en voz muy baja. - Creo que esta es la última manera que tengo de hacerte ver que siento algo por ti de verdad y que es real. Nunca he tenido a nadie aquí, y ahora, metiéndome en los líos de

mi padre, menos. Quiero que sepas que confío en ti, quiero que por esta noche te sientas libre de todo y que olvides, que no pienses y que seas Axel. ¿Podrás?

- Ya lo estoy haciendo. - le contesté en el mismo tono de voz.

Desde que me pidió en el restaurante que me relajara y que me dejara llevar, deje de pensar en todo, deje de pensar que mi vida era una mierda y por primera vez estaba disfrutando de verdad. Pero no entendía que más podría hacer para demostrarme que era sincero, ya le creía. No necesitaba nada más.

- Abre los ojos. - dijo besando mi cuello y sin soltarme.

Lo primero que vi era un cuadro, un cuadro donde había un retrato de una mujer guapísima. Fui paseando la mirada por el lugar. Era como si fuera un almacén. Las paredes eran de ladrillo. Los tubos del aire acondicionado colgaban del techo, el techo estaba alto. Tan alto que podrían hacer otra planta ahí. Vi una cocina, una mesa con sillas, sofás, una televisión, varios muebles. Una cama. Estábamos en su piso. En su casa.

Y sabía lo que eso significaba.

Tom estaba en las mismas que yo, perseguido por ser hijo de quien era, y llevarme a su casa, mostrarme su hogar, era la mayor muestra de confianza que podría hacer ahora mismo. Así como me la hizo el Cabeza cuando nos llevó a pasar el día en la suya.

- ¿Es... tu casa? - dije mientras seguía observando todo.

- Si, y quiero que te sientas como si fuera la tuya.

No era lujoso como pensaba que sería. Al ver al Tom de la oficina, con traje, diseñador... Me esperaba que viviera en un piso con muebles caros y... No sé. Esto era todo lo contrario. Quiero decir, no estaba mal, no era lujoso, pero tenía su toque. Los sofás eran caros, la televisión enorme. En la cama cabrían cuatro personas perfectamente. Y todo estaba organizado y limpio y...

Me gustaba. Creo que, si yo pudiera vivir fuera de la comunidad, me gustaría vivir en un sitio como este.

CAPITULO 23

Tom confiaba en mí y yo sabía que podía confiar en él. Aunque apenas nos conocemos, siento que de alguna manera está a mi lado por algo, que por algo lo conocí y por algo terminó en la comunidad. No sé si por casualidad, no sé si es obra del destino, de mi madre, de quien sea que haya ahí arriba. No lo sé. Y tampoco me importaba. Solo sé que estaba aquí, conmigo, y siento que solo él podría hacerme sentir vivo.

Recorrí la casa fijándome en cada detalle. No había paredes. Todo estaba a la vista. La cocina, el salón, la habitación y el baño eran uno. Raro, pero tenía su toque. Ese toque que la hacía única, como él.

- ¿Te gusta? - me giré a verle y caminé hasta su lado. Había sacado un par de cervezas y se había sentado en el sofá.

- Si. Me gusta de verdad. Si algún día puedo salir de la comunidad, me gustaría vivir en un sitio como este. - cogí la cerveza que me tendió y me senté sobre una de mis piernas, quedando de frente a él. - ¿Es... tu madre? - le dije señalando el cuadro que me había llamado la atención.

- Si. - dijo mirándolo. - Ese cuadro estaba en su casa. Cuando me fui me lo llevé conmigo. Es lo único que tengo de ella.

- Es preciosa.

Puso algo de música y estuvimos charlando por un rato. Me contó sobre su vida. Sus historias en el colegio, las travesuras que hizo de pequeño, el cómo acabo formando el grupo con el que trapicheaban. Era la típica vida de un niño, travesuras en el colegio, escapadas nocturnas de casa, borracheras, la primera vez que probó un porro. Y un largo etcétera de anécdotas que me

contó. Estaba tranquilo, por una vez tenía mi mente en blanco, escuchando lo que Tom me contaba, riendo con él, bromeando. Pero al escucharle no podía dejar de lado que yo no había vivido eso. Que yo no había tenido esa libertad, esos castigos de parte de mis padres por volver un día borracho a las seis de la mañana. O por escaparme de noche por salir a una fiesta.

Entré en la comunidad con doce y apenas sabía lo que era la vida. Lo que era una fiesta, el alcohol. Era tan inocente que ni siquiera sabía lo que era decirle a alguien "me gustas". Solo tenía un par de amigos y siempre pasábamos las tardes en casa de uno u otro jugando a videojuegos o simplemente con coches de juguete en el jardín.

- ¿Y tú qué? Quiero saber historias tuyas. Anécdotas. Cuéntame. - me dijo apoyando su cabeza en el brazo prestándome atención.

- Yo, bueno, no tengo mucho que contar. No he tenido la vida que tú, esa libertad y esas experiencias. Apenas tenía doce cuando llegue a la comunidad y, pase años sin levantar cabeza.

- Pero no sé, la primera vez que te emborrachaste o... Algo.

- No sé cuándo fue. Mi primera borrachera apenas la recuerdo. Solo sé que pedí una cerveza tras otra y no me las negaron así que... Me emborraché y no sé cómo ni quien, pero al día siguiente me desperté en mi cama. El primer porro me lo dio Jost. Tampoco recuerdo nada de ese día. No tengo anécdotas como tú, Tom. Mi mundo es simplemente diferente al tuyo. Nosotros no nos emborrachamos para pasarlo bien, simplemente para olvidar. Por tener un momento en donde no nos acordemos quien somos ni donde estamos.

- Pero anoche nos reímos. - dijo confundido.

- Si. Pero anoche fue diferente porque estabas tú. Nunca había visto a Sheila reír tanto, ni a Erik hacer tanto el capullo. Creo que tu... simplemente nos cambias.

- No sé si tomar eso como algo bueno o malo.

- Es bueno, créeme. Oye, ¿a tu padre no le molestara que estemos aquí? Me refiero a que, si te están buscando, estar aquí no creo que sea buena idea.

- Aquí no tienen forma de entrar si no es con la llave y solo hay una. Hace falta la llave para que el ascensor suba aquí y estamos en la última planta. Así que no pasa nada. Además, supongo que mi padre se imaginara que estamos aquí.

- Tu padre es un poco cabrón.

- ¡¡Oye!! - dijo riendo. - No, lo que pasa es que creo que, sabe que me gustas más de lo normal.

- ¿Más de lo normal? - dije levantando la ceja.

- Bueno, mi padre siempre ha sabido de mí. Así que supongo que sabrá de sobras que soy tío de una noche.

- ¿Eso significa que cuando follemos me darás la patada o qué? - bromeé, aunque la verdad, un poco en serio sí que iba la pregunta.

- No. Al contrario. Si no hemos follado todavía es porque no quiero dártela.

- Hum. - bebí de mi cerveza. Me ponía nervioso cuando me hablaba de esa forma tan directa, sin rodeos y mirándome fijamente. - ¿Has tenido pareja alguna vez?

- Casi. Y perdí la cabeza. - quité automáticamente la medio sonrisa de mi cara. Esa respuesta no me había gustado nada. - ¿Escuchaste el otro día detrás de la puerta del baño, no? - sí, sí, ahora me acordaba de eso.

- ¿Has matado a alguien más?

- No exactamente. Había una chica que me gustaba mucho en mi curso, cuando estudie diseño y eso. - asentí. - Con el tiempo me enamore de ella, pero ella nunca quiso nada conmigo. Yo seguía intentándolo por mucho que

ella siempre me dijera que no. Un día, conseguí que me dijera que si a tener una cita, una salida, y cuando fui a buscarla al ver que tardaba en salir de las clases, me encontré con que estaban abusando de ella. Casi la violan. Me cargué de rabia supongo, no lo sé, le metí tal paliza al tío que le dejé en silla de ruedas. - joder. Y se supone que yo era aquí el borde, cabrón, hijo de puta. - Por eso le dije a mi padre que no comparara situaciones, aquello se me fue de las manos, sí, pero no la violaron. Contigo, simplemente era tu vida la que estaba en juego.

- Vale. Pensaba que me ibas a contar algo peor. - me miró extrañado. - Joder, si, ya sé que lo dejaste en silla de ruedas, pero al decirme que habías perdido la cabeza por ella...

- Te recordé a tu padre. - me cortó, adivinando mis pensamientos.

- Si. Pensaba que... le habrías hecho algo a ella.

- No. No soy así. No tocaría a nadie por nada del mundo, a no ser que se lo merezca.

- ¿Y después de ella... nadie más?

- Si. - volvió mirarme de esa manera. - Un chico que apareció un día sin más en mi oficina y me tiró un café sobre mis pantalones. - empecé a reírme.

- ¿Así es como contaras la historia cuando nos pregunten cómo nos conocimos?

- Tal vez. A no ser que prefieras que diga que casi follamos en ella.

- ¡¡No!! No, prefiero lo otro.

- ¿Qué pensaste?

- ¿Cuándo?

- Cuando me viste ese día.

- Pues primero tengo que decir que me fije antes en los modelos del pasillo. - dije riéndome. - Y no sé. Te vi y pensé que estabas bueno, pijito, pero que estabas bueno. ¿Y tú?

- Lo primero que me fije... En tus ojos. Después, cuando te oí hablar, que me estabas tomando el pelo porque me di cuenta que no tienes puta idea de lo que hablabas. - solté una carcajada.

- Ya. Si tu padre me hubiera avisado antes me hubiera estudiado el papel.

- Me imagino. - dijo sonriendo. - Pero en serio, desde ese día no te pude sacar de mi cabeza.

- ¿Sabes algo?

- Dime.
- Yo, no pensaba directamente en ti, pero...

- ¿ Erik? - dijo cortándome - ¿A eso se refería cuando dijo que yo era ese Tom? ¿Acaso...? Espera... - empezó a reírse como un loco. - No me jodas. ¿Follando con Erik dijiste mi nombre?

- ¡¡Estaba borracho, vale!! - le dije golpeándole el brazo y el callo hacia el otro lado del sofá, doblado de la risa. - ¡¡Cállate ya!! No fue gracioso.

- ¿Qué dijo él?

- Nada. Bueno, imagínate... Le dije que lo que quería decir era "tomates", que me apetecía tomates.

- ¿Tomates? ¡Joder! - siguió riendo, me contagió la risa y el acordarme de eso, me hizo reír de la misma manera que él. - Dios. Ya tienes una buena anécdota que contar con eso. - dijo calmándose. - No me jodas. Me imagino lo que debió pensar cuando se enteró que yo era Tom.

- Bueno, ¿qué importa? Que se joda. Solo era sexo, nada más.

- Oye, ¿alguna vez...? ¿Alguna vez has sentido algo por alguien?

- No, ya te lo dije. Para mí el amor no existía.

- ¿Y ahora sí? - me quitó la cerveza de la mano y junto a la suya, las dejo en la mesa.

- Pues... No sé si es... amor, pero, nunca me he sentido con nadie como contigo. - se acercó a mí, tragué saliva. Incluso me puse nervioso, sorprendiéndome a mí mismo.

Estábamos solos, teníamos la noche para nosotros y seguro terminaríamos en esa cama. Nada raro. No es mi primera vez ni mucho menos, pero... Era Tom. Era la primera vez que lo haría con sentimientos de por medio. Y eso me ponía nervioso.

Eso, su mirada, sus palabras, sus caricias...

Me cogió de la cintura apoyando su frente sobre la mía y me hizo recostarme en el sofá quedando él sobre mí, pero manteniéndose apartado de mi cuerpo al poner su rodilla en el sofá.

- ¿Qué sientes cuando estamos así? - habló sobre mis labios casi en un susurro.

- Me pones nervioso. - dije sin pensar. Era así y lo dije sin más.

- ¿Y cuando te beso? - miré sus labios y relamí los míos.

- No quiero que separes tus labios de los míos.

- Cuando te tengo cerca me gustaría que no pasara el tiempo. Y cuando te beso... daría lo que fuera porque se parara el mundo. Si te pones nervioso significa algo más que atracción, ¿lo sabías? - le miré a los ojos, los suyos se clavaron en los míos. También deseaba que se parase el mundo, que no hubiera un mañana. Que solo existiéramos él y yo. Y que nunca se alejase de mí.

- Te quiero.

Se hizo el silencio.

Su mirada seguía clavada en la mía. Ni siquiera parpadeó. ¿Acaso había metido la pata? Ni siquiera lo pensé. Tal vez estaba diciendo una puta locura, tal vez era demasiado pronto, pero ya no me imaginaba sin él, sin sus abrazos, sin sus besos. Sin sus palabras calmándome. No sé si le quería, no sé si lo que sentía era eso. Pero sabía que le necesitaba, que me hacía falta. Pensar en que se fuera, en que desaparecía de mi vida... No podía. No ahora, no cuando ha hecho que le quiera. Me asuste, sentía que la había cagado al decirle eso. Él solo me dijo que yo le gustaba, tal vez quería algo conmigo, pero no nada tan serio como lo que yo esperaba. Porque era así. Si había decidido seguir con esto era para que fuera real, para quererle, para que me quisiera, para estar juntos.

¿Por qué no decía nada?

- Tom...

Me besó sin más.

- No lo esperaba. - dijo con los ojos cerrados. - ¿De verdad... de verdad sientes eso?

- Si. - me atreví a subir mi mano y acariciar su mejilla. No estaba molesto, estaba tranquilo.

- Si me lo dices otra vez...

- Te quiero. - abrió los ojos y volvió a mirarme. - Te necesito.

- No sabes lo que acabas de hacer.

Se abalanzó sobre mis labios mordiéndolos directamente. Gemí por la sorpresa y algo de dolor, pero me gusto. Me abrazó por la cintura dejándose

caer completamente sobre mí. Nos seguimos besando como locos. Mordiéndolos, lamiéndonos. Dejándonos llevar. Cogí su camiseta y tiré de ella hacia arriba acariciando su espalda. Ambos nos incorporamos para podérsela quitar. Cuando se separó de mis labios me sonrió, provocando miles de sensaciones. Tiré por completo de ella dejando su cuerpo desnudo frente a mí. Pasé mis manos por su pecho dibujando cada músculo. Estaba tremendo. Cogió mi chaleco, quitándomelo y tirándolo por ahí. Sin esperarlo me cogió del culo, y en un solo movimiento me dejó sobre él.

- ¡¡Tom!! - casi me caí al suelo.

- Lo siento. - ambos reímos. - No sabes las ganas que te tengo.

Metió sus manos bajo mi camiseta, tocándome tanto como podía mientras volvíamos a besarnos. No pasaba de ahí, me besaba como nunca antes, me tocaba, pero, no hacía movimiento alguno de querer seguir. No sé si es que no quería o esperaba a que yo siguiera o le diera paso. De verdad que era idiota si pensaba que no tenía ganas de acostarme con él. Me separé, y sonriéndole, me quité la camiseta dejándola caer al suelo bajo su atenta mirada. Cuando la deje caer, sus manos subieron lentamente desde mi cintura a mi espalda, y en otro de esos movimientos por sorpresa, me volvió a pegar a él. De nuevo volviendo a mis labios. Si esto no era quererle, no sé entonces lo que era, porque seguía sintiendo esos nervios, ese puto cosquilleo en mi estómago y le deseaba. Sin separarnos ni por un segundo, me cogió del culo, haciendo que le rodeara con mis piernas y le abrazara por el cuello. Me dejo caer sobre la cama. Me besó de nuevo hundiendo sus manos en mi pelo. Yo le abrazaba, su espalda era ancha y me encantaba notar esos músculos. Se separó de mí dejándome un par de besos rápidos en los labios.

- Espera.

Se levantó de la cama y yo me apoyé sobre mis codos sin saber que iba a hacer.

Se acercó hasta el equipo de música y vi como buscaba algún CD. Me reí, ¿qué importaba la música en un momento así? Apagó las luces, dejando solo una lampara al lado del sofá encendida que apenas llegaba la luz hasta la cama.

- Ahora sí. - dijo volviendo a mí y sonriéndome.

- ¿Y antes por qué no?

- Porque así es diferente. Es otro ambiente.

- ¿Y la música?

- La música, es para acordarme de lo que va a pasar cada vez que la oiga.

Pequeños detalles en los que yo nunca habría pensado. Y eso me gustaba. Volvió a besarme de esa manera. Loca y desesperada. Nuestros cuerpos buscaban el roce, sentirnos, darnos placer. Empujé un poco su cuerpo hacia arriba con el mío mientras buscaba el botón y la cremallera de su pantalón para desabrocharlos. Los quité, y lo primero que hice fue meter mis manos y agarrarle el culo. Ese jodido culo apretado y duro. Me podía imaginar entrando en él. Joder. Solo de pensarlo no me podía contener. Pero después me acordé de cuando me dijo que si yo sería el de abajo. Y pensándolo, si, quería que fuera él el que entrara en mí, al menos esta noche. Le quería a él. Me desabrochó los pantalones con solo una mano y los bajó un poco, lo suficiente para poder meter esa mano en mis calzoncillos y acariciarme. Gemí, suspiré y perdí el sentido entre sus caricias y sus besos. No entendía cómo podía ser tan bueno. En todo. Besando y masturbando.

- Para... - dije cogiendo su mano. Estaba a punto de correrme y no quería, no tan rápido, sería humillante.

- ¿Qué pasa?

- Si sigues... voy a...

- Esta bien. - dijo cortándome. Sacó su mano y se incorporó un poco para quitarme los pantalones junto a los calzoncillos. Se agachó besando mis piernas, subiendo por mi ingle, mi ombligo, mi estómago, mordiendo mi pezón derecho y lamiendo mi cuello hasta mi boca. Estiré mis brazos para deshacerme también de su ropa. Empecé a reírme entre el beso cuando noté

que intentaba quitarse los pantalones a base de movimientos bruscos con las piernas. - Coño... - se quejó. Al final se tuvo que apartar de mi para podérselos quitar. - Ves como no era buena idea los pantalones ajustados.

- Oh, cállate. - lo cogí y esta vez hice que él se quedase sobre la cama, subiéndome encima de él. - Abre las piernas. - le pedí acercándome a su boca. Me apetecía tomarle el pelo un poco para ver como reaccionaba.

- Espera... pensé que tu...

- Y yo pensaba que tu... - vi el nerviosismo en sus ojos. - Tom, yo estaré arriba.

- Pero... - le bese el cuello para dejarle hablar. - Esta bien, pero... despacio. Por favor.

Fui bajando repartiendo besos y caricias por todo su cuerpo hasta que llegué a la punta de su... Me mordí el labio por no reírme. Se le había bajado con solo decirle que yo estaría arriba. Esto me hacía pensar que era bastante difícil para él dejarme que yo fuera el que le diera. No pensaba hacerlo tampoco, solo estaba jugando con las palabras. Yo estaría arriba, pero no del modo que él pensaba que le estaba diciendo. Creo que me estaba pasando y no debería jugar de esta manera con él si para él eso era tan difícil. Con besos, lamidas y mis manos, conseguí que de nuevo se le pusiese dura. Iba a doler, joder que si iba a doler...

- ¿Tienes algo para...? - me daba un poco de corte pedirle lubricante, pero coño, viéndola, bien dura y gorda. Lo necesitaría. Estiró el brazo sin más y de la mesilla sacó un bote pequeño.

- ¿Esto? - asentí. - Mejor así no me dolerá.

Me mordí el labio, enserio pensaba que iba a hacerlo. Volví hacia él y besándolo, me senté en sus piernas con las mías a ambos lados de las suyas. Restregándonos y... Joder. Siempre había ido tan directo que nunca me había parado a pensar que estos juegos eran lo mejor. Acariciarnos y besarnos. Me incorporé, cogí el bote de lubricante que estaba a su lado. Quería ya, le

necesitaba ya, necesitaba sentirle dentro.

- Ven. - le dije mordiendo mi labio y cogiendo su mano. Me miró confundido. Cogí el bote y dejé caer un poco del líquido en la mano de Tom. La cogí y la llevé a mi culo.
- Pensaba que... - le corté besándole.

- Solo dije que estaría arriba...

- Eres... Eres un poco cabrón ¿lo sabías? - dijo riendo. Me reí con él. Se le notaba que le había quitado un peso de encima.

Volvía a los besos de nuevo, a morder mis labios. Ahora si se sentía seguro de nuevo y me dejó claro que sí, que la había cagado haciendo pensar que me lo follaría. Rodeo mi cuello con un brazo haciéndome caer con él de nuevo en la cama mientras con la otra mano jugaba en mi entrada. Dejó la pequeña cantidad y noté su dedo acariciándome. No podía hacer otra cosa que agarrar sus mejillas y besarle como un loco. Metió un dedo, y luego otro, pero para eso no necesitaba el lubricante, pero, aun así, como juego para estimularme me estaba matando. Cuando noté que ya no eran sus dedos los que querían entrar, me tensé un poco. Por mucho que hubiera follado con Gustav, lo que tenían en las piernas no se parecía en nada.

- Mmmm. - entró un poco. Me separé de su boca y Tom me abrazó acariciando mi espalda y mi cintura.

- Dime si te duele. No quiero hacerte daño. - asentí cerrando mis ojos y con la boca abierta de todo lo que estaba sintiendo, tanto en mi cuerpo como en mi corazón, que estaba latiendo a mil por hora.

Fue entrando poco a poco. La notaba, notaba como se escurría dentro de mí, como entraba tan despacio que me estaba desesperando. Apenas dolía, era más placer que dolor. Abrí los ojos cuando supe que estaba completamente dentro. Me beso tan lento, tan suave... Apoyó su frente con la mía, dejando un beso en la punta de mi nariz y luego la acarició con la suya. Empecé a moverme despacio al principio, acostumbrándome, muriéndome de placer. Esto no era sexo. No era simple sexo porque era diferente. Yo me sentía

completamente diferente, mi mente, mi cuerpo, mis sensaciones... Todo lo que sentía era nuevo. Mucho mejor que el simple sexo al que estaba acostumbrado.

No era por necesidad, bueno, en cierto modo sí porque llevaba tiempo sin follar, pero... No era el hecho de querer echar un polvo. Quería estar así con Tom, sintiendo su cuerpo, acariciarle, besarle, quererle, darle placer tal como él lo estaba haciendo conmigo. Ser uno.

- No puedo... - susurro en mi cuello.

Me cogió sin más y me hizo quedar debajo de él. Empezó a darme con fuerza. La sentía tan adentro que creía morir en aquel momento del puto placer que sentía.

- ¡¡Ahh!! - tocó en algún punto que me hizo ver las estrellas.

Quería que siguiera tocando ahí, y lo estaba haciendo una y otra vez. Gemí como una puta, no podía callarme, ni siquiera era capaz de controlar mi respiración. Curvé la espalda, sintiendo que llegaba. Apreté con fuerza su espalda, deslicé las manos de arriba abajo, quería más, quería más y no quería que esto acabase. Pero no aguante más y me corrí como nunca.

- ¡Oh, joder! ¡Hum!

Sentí como me llenaba por dentro y se dejó caer sobre mí. No salió, se quedó ahí, dentro de mí todavía.

Ambos recuperemos respiraciones en silencio. Yo acariciando su espalda y Tom besando mi hombro. Se incorporó un poco apoyándose en su codo y su mano derecha la llevó hasta mi mejilla. Acariciándome con su pulgar. Sus ojos brillaban, estaba colorado y sudoroso. Le di un beso con una sonrisa estúpida que se había formado en mis labios hacía un rato.

- Eres perfecto.

- Y tú. - le dije pasando la mano por su frente y quitando las pequeñas gotitas que se escurrían de ella. Me mordió la barbilla y rozo mis labios con los suyos.

- Te quiero.

Miré sus ojos, brillantes, radiantes como nunca antes los había visto. Me miraba también a los míos. Sentí un no sé qué en mi estomago cuando escuche esa frase de su boca. Me quiere. Y yo sentía que le quería, o al menos eso decía mi cuerpo, mi corazón y me cabeza. Le quería todos los días de mi vida a mi lado. Lo quería así, desnudo sobre mi cuerpo. Le quería con ese brillo en los ojos. Le quería para calmarme, para reírme y para olvidar. Para descubrir la vida con él. Que me enseñase a amarle. Aunque eso, creo que lo haré por mí mismo con el pasar de los días. Le necesitaba y le quería y ya no veía uno de mis putos días sin él.

- Dime que no te iras nunca de mi lado y que esto es real.
- Es más real que la vida misma. Nunca te dejare y menos ahora. - dijo limpiando mis lágrimas que no sé en qué momento decidieron salir de nuevo de mis ojos.

¿Por qué me resultaba tan fácil mostrarme tal como era delante de él? Me daba igual reír que llorar. Conoce mi vida, conoce mis estados de ánimo. Sabe que soy un borde y un cabrón cuando me lo propongo y también sabe de esa parte mía que tanto he intentado ocultar por años. Y sin embargo está a mi lado. Sin importarle lo que he hecho, sin importarle lo que quiero hacer. Sin importarle donde estoy metido y cuál es mi mundo. Está aquí, conmigo, y nada más existía. No por esta noche. Solos él y yo.

Me dijo que esta noche sería inolvidable, y así había sido.

CAPITULO 24

Me desperté sin saber muy bien donde estaba hasta que me di cuenta que era la casa de Tom y entonces recordé lo que había pasado. Tom seguía durmiendo a mi lado, con su cabeza tan cerca que cuando giré la mía casi nos rozamos. Uno de sus brazos descansaba sobre mi estómago y sus piernas estaban enredadas en las mías. Me quedé mirándolo. Había sido una noche perfecta, él era perfecto, pero teníamos que volver. Y ya se me hacía raro que el Cabeza no me llamase al móvil. Entraba bastante luz por las ventanas así que suponía que no era pronto. Pasadas las diez, quizás.

- Tom. - hablé en un tono bajo, totalmente absurdo para despertarle, pero es que me daba pena hacerlo en realidad. - Tom. - dije un poco más alto.

- Mmmm. - se quejó y me apretó contra su cuerpo.

Me quedé callado, total, ya era tarde y si el Cabeza no había dado señales, que importaba llegar más tarde. Me acurruqué en sus brazos y apoyé mi cabeza en su pecho. Solo quería quedarme un poco así, disfrutar de su piel. Era la primera vez que despertaba con alguien a mi lado y me estaba gustando. Podría acostumbrarme a la de ya. Me volví a dormir.

Me pareció escuchar una tos, no sé muy bien lo que era, pero lo ignoré. Seguí con mis ojos cerrados abrazado a Tom.

- ¿Papa? ¿Pero que...? - abrí los ojos como platos. ¿Había dicho papá? ¿Cabeza?

- Buenos días. - lo que me faltaba. Levanté un poco la cabeza y ahí estaba. A los pies de la cama.

- No me jodas. - me quejé, estirándome en la cama y separándome de Tom. ¿Qué cojones hacia aquí?

- ¿No sabes llamar por teléfono? ¿Cómo has entrado? - le preguntó Tom sentándose y restregando sus ojos. Esto era de risa.

- Hice una copia de la tarjeta del ascensor. Y he llamado, como treinta veces, pero como no contestabais. Ya veo que... estáis bien. - dijo mirando el suelo. Nuestra ropa seguía tirada por ahí.

- Pues ahora que sabes que estamos bien, si no te importa... - le dijo.

- Bien. No tardéis. Desayunar, os ducháis o lo que queráis y volvéis a la comunidad. Os di la noche, no parte del día.

- ¿Como sabias que estábamos aquí? - le pregunté incorporándome un poco. Siendo él, no me extrañaría que hubiera mandado a sus gorilas a vigilarnos toda la noche.

- El coche tiene localizador. - dijo encogiéndose de hombros. - Volver rápido. Por favor. No quiero jaleo en la comunidad, aunque creo que me lo van a montar por el coche. Os doy una hora.

Salió del piso montándose en el ascensor y cerrando las verjas de metal. Perfecto, la primera noche que me acuesto con Tom y lo primero que veo al despertarme es al Cabeza. Cojonudo. Tom se dejó caer de nuevo en la cama estirándose y giró a verme. Giré también la cabeza y empecé a reírme.

- ¿Qué te parece tan gracioso?

- Tu padre. Es la hostia. No me ha llamado, hubiéramos oído el móvil.

- Lo sé. - dijo mirando al techo. - Supongo que solo quería ver si había pasado algo entre nosotros. Ven aquí.

Me cogió del brazo y tiró de mí hasta que quedé casi por completo sobre su cuerpo. Estábamos desnudos, cubiertos por una fina sábana verdosa. Inevitablemente nos rocemos y, sentirlo, me estaba animando.

- Buenos días, bonito. - me dijo rozando mis labios. Sonreí al escuchar ese apodo con el que me refería a él el primer día.

- Buenos días.

Me abrazó más fuerte y le besé, poniéndome malo sintiéndolo así, completamente desnudo, rozando su piel con la mía y más todavía al notar como le estaba pasando como a mí. Eso sí era un buen despertar. Abrí las piernas dejándolas a cada lado de su cuerpo, rozándole, notándosela cada vez más dura contra mi culo.

- Si nos tardamos... - empezó a hablar.

- Tengo una idea. - dije sonriendo de lado.

Me bajé de la cama y le extendí la mano. Me miró de abajo arriba. Rodé los ojos riéndome, ya me había visto en la ducha, y anoche, ¿qué tanto me miraba?

- ¿Que? - reí.

- Nada, es que... ¿cómo puedes ser tío y tener ese cuerpo?

- ¡¡Serás capullo!! Ven antes de que me arrepienta. - se levantó y entre risas, cogido de mi mano, fuimos a la ducha. - Así matamos dos pájaros de un tiro. Nos duchamos y... Ya sabes. - le dije colgándome de su cuello y mordiéndome el labio.

Volvió a cogerme de una brazada haciendo que quedase colgando de él. La ducha tan solo tenía un fino cristal que impedía que el agua salpicase todo. Anduvo hasta allí, apoyándome contra la pared, lo que me hizo quejarme porque estaba fría de cojones. Era el único trozo de pared cubierto por baldosas. Abrí el agua que salió directamente caliente a una temperatura buenísima. Estiró el brazo e hizo que el agua cayese sobre nosotros al mover la ducha.

- ¿Te gusta así? - me preguntó llevando de nuevo su mano a mi trasero.

- Esta perfecta.

Hizo que saltase sobre él para agarrarme mejor. Dios, nunca lo había hecho en esa postura, ni en la ducha, ni contra la pared. Y tan pronto como lo pensé me soltó. Mandando a la mierda lo que mi mente ya estaba imaginando. Cogió jabón y empezó a restregarme el pelo. Hice lo mismo. Me acordé de anoche e imaginé que tampoco ahora iríamos directos al grano. Ambos nos toquemos con el jabón, duchándonos a la vez y besábamos. Me masturbó de nuevo hasta que le tuve que decir que parase y después, lo hice yo con él. Volvió a cargarme dejándome contra la pared y en un solo movimiento me la metió por completo.

- ¡¡Oh, joder!! - gemí contra su oído.
- Lo siento.

- No. No. - me había gustado, había ido directo a ese jodido punto que tocó anoche. - Sigue así.

- ¿Fuerte?

- Todo lo que puedas.

Me dio tan fuerte y rápido que no podía ni besarle. No podía ni respirar, juro que me iba a dar algo. Joder. Esto sí que era el paraíso y no ese jodido local. No parábamos de gemir ninguno de los dos. Mi cuerpo golpeaba una y otra vez contra la pared. Era una puta locura. Una puta locura que, aunque no fue como anoche, me estaba gustando.

- Dios, Tom... - no pude. Pegué mi frente contra la suya y de un momento a otro me corrí en su estómago.

- Aguanta... solo... un poco... - me dijo jadeante. Noté como de nuevo me llenaba por completo y mi cuerpo se movió cuando el suyo se contrajo fuertemente. Fue soltándome poco a poco y me atrapó contra la pared. - Joder... ¿Te hecho daño?

- Para nada. Estoy bien. Tranquilo. - le abracé por el cuello y le besé con el agua cayendo sobre nosotros llevándose todo rastro de lo que habíamos hecho. - No quiero volver. - dije cerrando los ojos y besando su cuello.

- ¿Y qué hacemos sino?

- Quedarnos aquí, por el resto de nuestras vidas. Eso es lo que quiero.

- Y lo haría encantado. Pero debemos volver a la comunidad.

- Hum... Lo sé.

Nos besamos un ratito más y después salimos de la ducha. Recogimos un poco su piso y volvimos a la comunidad. De vuelta a la cárcel. No quería. Por primera vez deseaba salir de ahí, poder irme con Tom, poder caminar con él. Ir a lugares, no sé. Tener una vida normal y... ser feliz. Pero al menos le tenía conmigo. Al menos un cachito de ese deseo estaría a mi lado y tal vez, en un futuro, podríamos vivir fuera de allí, junto con Sara.

Cuando lleguemos a la comunidad, nos abrieron las puertas y el primero que nos estaba esperando era el Cabeza. Nos hizo parar, nos dijo que fuéramos a desayunar ya que no lo habíamos hecho por venir lo más rápido posible y que fuéramos a su oficina para contarle lo hablado con el tipo del Paraíso. Así que eso hicimos. Dejar el coche cerca de casa con la capota cerrada. Entremos en casa, Tom se tomó un zumo y yo me preparé un café. Sara no estaba así que imaginemos que todavía estaría con Sheila.

Tom estaba de lo más cariñoso, y eso me gustaba. Me abrazaba por detrás, me besaba cada dos por tres. Nunca imaginé que esto me gustaría tanto y me hiciera sonreír como lo hacía.

- ¿Vamos? - cerré el grifo del agua después de aclarar los dos vasos que habíamos usado y, como le tenía al lado, le di un beso.

- Si.

Caminó delante de mí, se paró antes de que yo saliera y me extendió la

mano. Me quedé mirándola y después le miré a los ojos. Por un momento no sabía lo que me quería decir con eso, pero luego me di cuenta. Quería que se la cogiera para caminar hasta la oficina.

- Ya hablan, qué más da que nos vean.

Si, aparte de que tenía razón, ahora mismo me daba igual todo. Que miren, que hablen o que me pongan a parir. Me la sudaba. Quería coger su mano y la cogí. Me dedicó una sonrisa, una de esas que tanto me gustaban en la que sus mofletes se hinchaban y sus ojos se achinaban. Como Sara.

Caminemos hacia la oficina ganándonos la mirada hacia nuestras manos unidas de todo el que nos cruzábamos. Pero me la sudaba. Me encontraba bien, yo estaba bien así y eso era lo que me tenía que importar. Nada más.

- Espera. - le dije parándolo en la puerta de la oficina.

- ¿Qué pasa?

- Tu padre... Si nos ve así después de lo de esta mañana...

- ¿Tanto te importa lo que piense mi padre?
- No es eso, bueno, en parte sí. Es al único que respeto de aquí y no sé. Suficiente con encontrarnos en la cama esta mañana. - susurré lo último.

- Axel, ¿crees que mi padre si no estuviera de acuerdo con esto no me lo hubiera dicho desde el principio?

- Supongo.

- ¿Entonces? - me cogió de ambas manos. - Mira, no me importa lo que diga toda esta gente y tampoco me importa si mi padre está a favor o en contra de que tenga algo contigo. Lo voy a tener digan lo que digan. Me gustas, te quiero. Solo me importa lo que tu sientas, los demás... Se la pueden machacar con dos piedras. - solté una carcajada por esa frase. - No por estar con alguien vas a perder ese respeto que te tienen, Axel. ¿Qué me dices?

- Esta bien. Vale. Vale, sí. - me sonrió y me plantó un beso ahí mismo. Me soltó una mano y entrelazó los dedos de la otra con los míos y entremos en la oficina del Cabeza.

- Aquí estamos. - dijo Tom. Ambos nos paremos frente a él, estaba liado con papeles y ni siquiera nos miró.

- Bien. Lo primero, la próxima vez que os deje salir volver antes de que se haga de día. - siguió con sus papeles. Miré a Tom aguantándome la risa. Todavía no nos había visto y sabiendo que no se callaba ni una seguro que soltaría alguna en cuanto lo hiciera. - Un segundo... Ahora sí. - dijo guardando los papeles en un cajón de la mesa. Abrió la boca para hablar, pero en cuanto nos miró, sus ojos fueron a nuestras manos unidas y cerró la boca frunciendo el ceño y ladeando la cabeza. - Eso... ¿qué significa exactamente?

- ¿El qué? - Tom me miró haciéndose el confundido, como que no entendía a qué se refería y volvió a mirar a su padre.

- No os hagáis los tontos. Eso. - dijo señalando con el bolígrafo que tenía en la mano. - ¿Habéis venido así desde vuestra casa?

- Si. - respondí, como si fuera normal. - ¿Tiene algo de malo?

- ¿Eh? No, pero... ¿ Axel?

- ¿Que? - me reí, ya no aguantaba más.

- Bien, me estoy volviendo loco o me estáis tomando el pelo.

- Papa, que nos has visto esta mañana en la cama. No te hagas el perdido ahora.

- Lo sé, pero pensaba que había sido solo... Bueno, una noche...

- Te dije que con él no.

- ¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? - me dijo a mí.

- Pues... No me jodas, Cabeza. Sabes que no me gusta hablar y menos explicarte esto.

- No juegues con él. - me advirtió, pero no estaba serio, no era como si me estuviera avisando de algo.

- No lo hago. Es... lo que siento. - miré a Tom que me sonrió, y después miré al Cabeza que me miraba extrañado. - Bueno ya, a lo que íbamos.

Nos sentemos en las sillas y le expliquemos toda la conversación con el tipo del Paraíso. Nos felicitó, bueno, a Tom, porque yo no abrí la boca. Le pareció bien a la hora que quedamos con el tipo y dijo que él hablaría con Andi y le explicará cómo hacerlo para que todo saliera bien. Si salía bien ese trabajo, no nos haría falta buscar dinero de ninguna otra manera, es más, entraría más dinero del que podríamos imaginar en la comunidad.

- Bueno, aclarado ese tema, esta noche hay trabajo. Tom, saldrás con el grupo de Axel. Él te explicará cómo actuamos. Esta noche es un poco diferente ya que hay seguridad así que de algún modo tendréis que entretenerlos mientras los demás entráis. Lo mismos de siempre. - me dijo mirando a mí. - Comida, pañales... Ya sabes. - asentí. - Están los de seguridad y también bastantes cámaras, así que, por favor, taparos. Y Tom, te doy una semana para quitarte las trenzas.

- ¿¿Que??

- Lo que oyes. Una vez que entras aquí tienes que cambiar la imagen y tu estilo es bastante reconocible así que... Cambia eso también. Seguro Axel te puede echar una mano.

- No lo dudes, Cabeza. - eso me gustaba.
- ¡¡No me jodas!!

- Eh, yo tuve que cortar mi pelo así que no hables, tu solo te tienes que deshacer las trenzas, tampoco es tanto.

- Joder. Está bien. Lo haré.

- Bien. Eso es lo que quería escuchar. A Sara la lleváis a la casa de los niños y que duerma allí esta noche. A las cinco de la mañana, ni un minuto más ni uno menos. ¿Entendido?

- Si. - contestemos ambos.

El día paso rápido. Lo pasamos casi todo durmiendo. No nos habíamos dado cuenta cuando entremos en casa a desayunar porque no pisemos la habitación, pero después vimos que, tal como dijo el Cabeza, nos compró una cama de matrimonio. Y, además, se había ocupado de quitar las otras y colocarla. Y no solo eso. Hasta nuevas sábanas tenía y estaba hecha. Sara saltó a nosotros en cuanto nos vio en casa de Sheila cuando fuimos a por ella y no quiso salir en todo el día de casa. No se quería separar de nosotros.

Yo jugaba con ella en su cuarto mientras Tom hacia la comida. Le pedí los espaguetis que hizo la otra vez, pero hoy, yo también me eché tomate ya que mi estomago ya estaba bien. Las heridas ya estaban cicatrizando. En la ducha en casa de Tom me las miró y me dijo que ya las podía dejar destapadas para que se secaran antes. Después los tres dormimos un rato en el sofá viendo dibujos animados. Tom echado en un sofá y yo con Sara en otro. Pensé que Sara no me haría caso después de que se enterase de que Tom era su hermano, pero no era así, me tenía el mismo cariño y me ponía la misma atención que antes, solo que ahora, ese amor que tenía esa pequeña, también era para Tom. Me encantaba verlos juntos. Me hubiera gustado tener un hermano o una hermana para saber qué se siente y tener ese cariño y aprecio por alguien. Aunque supongo que Sara era como esa hermanita que nunca había tenido, aunque a veces, la trataba más como si fuera mi hija.

Sobre las ocho de la tarde llevemos a Sara a la casa de los pequeños. Estuvimos un rato con ellos riendo y jugando. En verdad echaba de menos cuidarles, traerles el desayuno por las mañanas y todo lo demás que solía hacer con ellos. Tom volvió a coger a Kilian en sus brazos, le acunó un poco y lo soltó solo cuando le dije que teníamos que irnos. Teníamos que cenar y

dormir. Además, quería deshacer sus trenzas, si es que me dejaba. Así que nos despedimos de Sara con un beso y nos fuimos a casa, tomados de la mano de nuevo.

- ¡Ei! ¿Ya vais para casa? - nos preguntó Erik.

- Si. Vamos a cenar y a dormir un rato.

- Si. Ya nos ha dicho el Cabeza que a las cinco en las puertas.

- ¿Nos ha dicho? - pregunté. No sabía quién más íbamos a ir.

- Si, a mí y al Chino. Marcus le ha pedido que le cambie de grupo. No me preguntes por qué.

- No hace falta, ya sé el motivo. - dije mirando a Tom. Su jodida envidia. El coche.

- Os dieron noche libre ¡eh! Y ya me he enterado de qué va eso del Paraíso. ¿Bien no?

- No estuvimos allí. - dijo Tom. Le apreté la mano para que no dijera nada de su casa.

- No te importa donde estuvimos. Así que no preguntes.

- Ya me imagino, aunque no sé dónde, pero supongo que pasándolo bien juntos. - rio.

- Erik...

- Que no lo digo a malas, Axel. Me parece de puta madre que estéis juntos. En serio.

- Gracias. - respondió Tom.

- Bueno, os dejo, pareja. Nos vemos más tarde.

- Adiós, capullo. - se fue enseñándome el dedo del medio.

Lleguemos a casa y ninguno de los dos teníamos hambre así que yo me dejé caer en el sofá y Tom se acercó dejándose caer sobre mí y le abracé por el cuello mientras dejaba pequeños besos en el mío.

- Sigo teniendo sueño.

- Y yo. Vamos a dormir si quieres. ¿Eh? - me dijo apartándose un poco para verme.

- No. Vamos a hacer otra cosa. Levanta.

- Estoy bien así. - dijo abrazándome con fuerzas.

- Ya, pero tengo que quitarte esto. - le dije tocándole la cabeza con mi dedo.

- ¿Ahora?

- Si hay cámaras, será lo mejor.

- Joder. Bien, pues vamos. Pero ten cuidado.

Nos levantemos del sofá. Le dije que se sentase en una silla mientras yo iba a por un peine. Tenía curiosidad por verle con el pelo suelto. Me lo podía imaginar y no me desagradaba, pero la verdad es que ya no podría llamarle trencitas, y me gustaban. Quité como un hilo negro que las sujetaban al final y fui deshaciéndolas una a una a la vez que las mojaba para que fuera más sencillo.

- ¡¡Ostia!! Cuidado.

- Lo siento, quejica. ¡¡Au!! - me pegó un pizco en la pierna.

Tampoco fui difícil quitárselas, quitando algún nudo que se me fue

formando, tenía el pelo bastante cuidado y salieron bien. Cuando acabé, se lo peiné mojándolo un poco más. Joder, pero si lo tenía más largo que yo antes de cortármelo.

- ¿Ya?

- Si.

- ¿Se me ha quedado bien o me has dejado medio calvo? - dijo cogiéndome y sentándome en sus piernas.

- Eres un exagerado. Mira. - le enseñe el peine. - Ni un pelo. No quedaras calvo por esto. - le quedaba bien, me gustaba, le hacía parecer un poco más mayor.

- Mejor. ¿Y ahora qué hacemos? Sigo sin tener hambre.

- Podemos dormir un rato y cuando despertemos comemos algo antes de irnos.

- Me parece buena idea.

- Pues vamos.

Apaguemos las luces y fuimos a la habitación. Me quité los pantalones, no solía hacerlo, pero, joder, estaba tan cansado que me agobiaba hasta la ropa.

- Hemos dicho dormir...

- Lo sé. Y es lo que pensaba hacer. - dije riendo.

- Solo bromeaba.

Él se desnudó por completo quedando en calzoncillos. Nos metimos a la cama y yo, como manía que tenía, me giré hacia la ventana dándole la espalda. Pero enseguida noté a Tom rodeándome la cintura y pegando su cuerpo al mío.

- Descansa. - dijo besando mi hombro.

- Tú también.

A las cinco en punto estábamos montándonos en la furgoneta que habían conseguido y salimos de la comunidad. Erik iba conduciendo, yo delante con él, y Tom y el Chino atrás. Fui explicando a Tom, diciéndole que lo primero era hacer el menor ruido posible y solo coger todo lo que pudiéramos lo más rápido. No había mucho más que explicar en realidad. Solo que esta vez teníamos que tener cuidado de las cámaras.

- Bien. ¿Quién se encarga de los de seguridad? - pregunté.

- Podría hacerlo yo, así no meto la pata. Se me da bien dar conversación. - dijo Tom.

- No. Contigo acabarían sospechando. - corto Erik. - Lo mejor serias tú, Cross. No es por nada y no te lo tomes a mal, pero... ya sabes por otras veces que los entretienes fácilmente. - eso era cierto. Siempre les despertaba esa curiosidad y no me era nada difícil entretenerlos puteando un poco con ellos.

- Bien, pues yo me quedo fuera. Tom, acuérdate de no quitarte por nada del mundo el pañuelo de la cara. - asintió. - Vale. Pues allá vamos. Déjame aquí y os vais vosotros rodeando el edificio. Cuando terminéis, darme un toque al móvil y me esperáis aquí. ¿Bien?

- Si.

Salí de la furgoneta y esperé a perderles de vista. Doblé la esquina y los vi. Dos tíos bastante grandes con trajes negro de seguridad y gorras. Cogí aire y lo solté. Normalmente no me costaba hacer esto, en otras ocasiones ya tuve que entretener a alguno de seguridad e incluso he tenido que dejar que me toquen por el simple hecho de que no nos pillasen y me siguieran el juego. Pero ahora me costaba, por Tom. No quería que nadie más se acercara a mí. Por lo menos él no tendría que verlo. Empecé a caminar como si estuviera

perdido, haciéndome el tonto un poco y metiéndome en mi papel.

- Hola, buenas noches.

- Hola. - me contestó uno de ellos.

- Am.… estoy algo perdido. - dije poniendo mi dedo sobre mis labios. - Había quedado aquí con un cliente y.… parece que ha dejado tirado.

- Vaya. ¿Un cliente? - dijo sonriendo al otro y le devolví la sonrisa. Que poco costaba entretenerlos, joder. - ¿Y no eres de aquí?

- No. Vine en taxi como tres calles más abajo y estoy caminando sin rumbo. - me mordí el labio y miré a un lado y a otro de la carretera.

- Así que... estas solito y perdido... Sin nadie que te espere. - que hijos de puta.

- Eso creo. Me podrían ayudar. Solo... ¡Vaya! ¿Eso de ahí son esposas?

- Si. - dijo tocándolas y ensanchando su sonrisa. - ¿Te gustan?

- Y tu... tienes una porra. - dije acercándome al otro que parecía más parado.

- Y no sabes que porra, pequeño. - ni lo sé, ni me interesa.

Seguí jugando con ellos un rato y ya no sabía que más cojones decir. No se cuanto más iban a tardar, pero estaban tardando bastante para lo que normalmente nos cuesta llenar una puta furgoneta.

- ¿Quieres jugar un rarito, precioso? - joder...

- ¿Y cómo sería ese juego, eh?

- Solo déjate llevar. Será lo mejor, créeme.

Al segundo noté al otro detrás de mí, cogiéndome los brazos. Esto no me gustaba. Noté algo en mis muñecas y escuché un "clic". ¡Hijos de puta, me habían esposado las manos a la espalda!

- ¿Qué coño hacéis? - me retorcí, pero eran bastante más grandes que yo y tenían mucha más fuerza, y, coño, eran dos contra uno. No podía coger el móvil para llamar a los chicos y esto no me estaba gustando una mierda.

- Querías jugar, ¿no? Pues vamos a jugar un poquito contigo.

- Te has perdido en el sitio equivocado, pequeño.

- ¡Como me toquéis con un solo dedo os parto el cuello!

Me cogieron entre los dos, llevándome detrás del muro de la entrada del almacén.

Estaba jodido. Y nunca mejor dicho.

CAPITULO 25

Todo estaba saliendo mal. Los chicos tardaban más de la cuenta y yo no podía controlar la situación tal como estaba. Estos hijos de puta me tenían bien agarrado. Juro que los mataría con mis propias manos en cuanto tuviera oportunidad.

- ¿Que tenemos por aquí, eh?

- ¡¡Ni me toques, cabrón!!

- Uhhh, pero que mal hablado. Tendremos que hacer algo con esa boquita. - se me acercó el muy cerdo y le escupí en la cara. Apenas se inmuto, tan solo se apartó un poco sonriendo de medio lado y con la manga de su camisa se limpió mis babas.

- Más vale que pongas de tu parte si no lo vas a pasar muy mal. - dijo el cerdo que me sujetaba por detrás chupando mi oreja con su asquerosa lengua.

- ¡¡Lo vais a pasar mal vosotros en cuanto me soltéis!! ¡¡Os voy a cortar las pelotas!!

- Imagina que somos ese cliente que has perdido. Venga, pequeña puta, seguro que la mamas de maravilla.

El de atrás me dio en las piernas haciéndome caer al suelo de rodillas. El que tenía delante se empezó a desabrochar el pantalón, si se atrevía a metérmela en la boca, saldría escarmentado porque pensaba mordérsela tan fuerte como pudiera.

- Eso, ven aquí que te la voy a chupar de una manera que no olvidarás en la

vida.

- ¿Crees que soy idiota? Se me ocurre algo mejor. ¿Tú qué dices? - dijo mirando al otro.

- Que tiene un culo precioso para pasar un buen rato.

- ¡¡No sabéis con quién os estáis metiendo!!

Me hicieron caer de cara contra el suelo. Me queje por el golpe. Vi los pantalones del que tenía delante, ahora a mi lado, caer al suelo junto a sus calzoncillos. El otro apretaba mi espalda contra el suelo sin dejar que me moviera. Los insulté todo lo que pude e hizo lo posible por levantarme, pero con mis manos esposadas era imposible hacer nada. Pataleé, pero como si no. Mi móvil empezó a sonar, pero no les importo. Al menos los imbéciles ya habían cargado la furgoneta. Ahora solo me quedaba esperar a que vinieran, si es que no se quedaban esperándome toda la noche donde les dije. Tom. No, él no esperará. En cuanto vea que no voy ni contesto vendrá. O eso quería creer. Como me tocasen un puto pelo estos gilipollas les haría lo mismo a los tres. A Tom, a Erik y al Chino. Así se acordarían de mí.

- Bonito culo. ¿Cuánto cobras por rompértelo? - me habían bajado los pantalones.

- ¡¡Tu puta vida es el precio como lo toques!! - los dos empezaron a reír como locos.

Me empezaron a tocar metiéndome mano por todos los lados, ya no sabía cuál de los dos eran porque no podía verlos. Ya está. Me la iban a meter y nada les iba a interrumpir.

¡¡Joder, por dios, por la virgen o por quien sea, coño, que vengan!! ¡¡Que vengan!!

Mi móvil empezó a sonar de nuevo. Una y otra vez. Sin parar.

- ¿¿Cross?? – escuche a lo lejos. Dios, por fin.

- ¡¡Aquí!! - grité tanto como pude.

- Cállate. Joder... No estabas solo hijo de puta. - me dieron una patada en el estómago haciéndome caer sobre el suelo.

- ¡¡ Axel!!

Solo vi a Tom correr hacia a mí. Lo demás eran insultos, golpes y cuerpos de un lado a otro. Lo primero que hizo fue ponerme de pie y vestirme.

- ¿Te han hecho algo? ¿Te han tocado?
- No. No me han hecho nada.

- Joder. - dijo abrazándome. - Les dije que algo iba mal, joder, lo sabía. Mierda. Mierda, Axel.

- Ya está. No me han hecho nada. - se separó de mí y miró mis manos a la espalda.

- Que hijos de puta. - la expresión de su cara cambió de preocupación a rabia y corrió a ellos.

Erik y el Chino ya estaban dándoles de hostias. Tom se unió sin más. Yo no podía hacer nada. Los dejaron en el suelo tirados, retorciéndose uno, el otro ni se movía.

- ¿Estas bien? - me preguntó Erik.

- Si, si, joder. ¿Qué coño habéis hecho para tardar tanto? - el Chino cogió del bolsillo de uno de ellos unas cuantas llaves e iba probando para ver cual habría las esposas.

- Este capullo que se estaba cagando. - dijo refiriendo al Chino.

- Yo te mato. Me llegan a tocar y te juro que rompo el culo con una de sus porras.

- ¡¡Os dije que algo andaba mal y no quisisteis hacerme caso cuando no contestaba al móvil!! - Tom encaró a Erik y lo empujó del pecho.

- ¡¡Ya vale, joder!! Ya la hemos montado bastante. - me sobé las muñecas cuando me las soltó de las esposas, joder como dolían. Me dirigí a los dos gilipollas y les pegué una patada a cada uno es el estómago, me agaché cogiendo del pecho al que estaba consciente todavía. - A mí no se me llama hijo de puta. - le metí tal puñetazo que ahí se quedó haciendo compañía al otro en sus sueños. - Vámonos.

Ninguno dijo nada más. Y lo agradecí porque, si alguno decía algo, les reventaba la boca. Estaba cabreado, echando humo. Par de subnormales que no valen para nada. Puto Chino. Y Erik que no se olía que algo iba mal cuando no aparecí ni contesté al móvil. No valen para una mierda. Miré un par de veces a Tom por el retrovisor. No sé si decir que estaba cabreado o preocupado. Cada vez que lo miraba tenía una expresión distinta. Pero si algo noté, es que estaba pensando demasiado.

Lleguemos a la comunidad, y como siempre, descarguemos con la ayuda de más hombres dejando todo en la oficina del Cabeza.

- Ya está todo. - me dijo Erik. Yo estaba dentro colocando un poco para hacer el recuento. - Axel...

- Llevaros el coche y deshaceros de él. - le dije sin mirarle.

- Oye, yo...

- ¡¡Tú te largas!! No quiero veros, ¿entiendes? No digas nada porque juro que te mato ahora mismo.

- ¿Pasa algo? - preguntó Tom entrando y poniéndose a mi lado.

- No. - dijo Erik y se fue sin más. Bien, porque tenía un cabreo de un par de cojones encima.

Fui a la mesa y cogí la carpeta de siempre donde le apuntaba todo al Cabeza y comencé a hacer el recuento.

- ¿Te apetece un café? - perdí la cuenta.

- Bien. - seguí contando y apuntando concentrado.

- Oye...

- Ahora no. Déjame terminar esto porque si no no acabaré en la puta vida.

Me hizo caso y guardó silencio, pero notaba su mirada clavada en mí. Supongo que en cuanto terminase de contar hablaríamos del tema. Y no me apetecía. Habían cogido bastantes cosas y variadas. Al menos algo salió bien esta noche. Cerré la carpeta y la guardé en el cajón. Cogí el café que Tom había preparado, y apoyando mi culo en la mesa, empecé a beberlo. Tom removía su café en silencio y eso me estaba poniendo nervioso. Sabía que quería hablar, pero como le mandé callar, supongo que no sabía si hacerlo por no enfadarme. Me tenía que relajar al menos con él. No tenía la culpa de nada, en realidad, ninguno tenía la culpa de lo que casi pasa.

- ¿Qué piensas? - le dije despacio e intentando no sonar borde. Levantó la mirada y la fijó en mis ojos. Dejó su café en la mesa y con su silla se acercó a mí, dejándome entre sus piernas.

- Si te hubieran tocado...

- No lo hicieron. - le corté.

- Lo sé, joder. Pero no me lo hubiera perdonado. - dijo acariciando mi cintura con ambas manos sin mirarme.

- No ha sido tu culpa. En realidad, de nadie. Simplemente eran unos hijos de puta y yo se lo puse fácil. Nada más.

- Joder...

Parecía que la situación le había jodido más a él que a mí. Recordé cuando

me contó lo que pasó con la chica esa. Tal vez le recordó a eso. No lo sé. Peine el pelo suelto que se le había escapado de la coleta. No me sentía mal por mí, pero tenía una sensación rara. Tal vez era por verle así. Besó mi estómago y me miró desde abajo.

- ¿Estas bien? ¿Quieres hablar o algo? - cogí sus manos y me senté en sus piernas.

- Estoy bien. No me han hecho nada, de verdad, Tom. No te preocupes.

- ¿Seguro?

- Si. - le di un beso. - Vámonos a casa. No tenemos nada más que hacer aquí.

Apagué las luces, salimos y cerré con llave. Tom volvió a extender su mano para que la cogiera y lo hice.

Su sonrisa no estaba, no había ni rastro de esa alegría que solía tener y eso me hacía sentir como una mierda. No fue mi culpa que la cosa terminara así, pero si fue insinuarme y hacer el gilipollas con ellos. Antes no me hubiera importado, ni siquiera que hubieran terminado violándome. ¿Y por qué? Porque no había nadie que se preocupase por mí, pero ahora estaba Tom. Y me jodía verle así de preocupado por mí, por lo que podrían haberme hecho si no llegan a aparecer, si no fuera por él, porque él fue el que dijo de ir a buscarme. De nuevo él. Salvando mi jodido culo. Y yo no sabía cómo demostrarle que se lo agradecía. No sabía cómo mostrarle que le quería, que me importaba. No sabía si estaba haciendo bien esto, si para él era suficiente mi forma de querer o necesitaba más. No lo sé. No quiero joderla y separarle de mí.

- Axel. Axel.

- ¿Eh? - había entrado en casa y estaba sentado en la cama como un jodido autómata. Ni siquiera me di cuenta cuando habíamos entrado.

- Oye, ya me preocupas en serio.

- ¿Por qué? - me levanté y empecé a desnudarme. - Te dije que estaba bien, que no me habían tocado.

- No me refiero a eso. Me refiero a la manera en que... desapareces. Llevo hablando un rato y ni siquiera me has escuchado.

- Perdona. Solo estoy cansado. - retiré la sábana y me metí en la cama. Tom hizo lo mismo en cuanto se quitó la ropa también. Se metió en la cama y se acercó a mí abrazándome por la cintura. Yo dejé mi cabeza en su pecho y le abracé de igual modo cerrando mis ojos.

- Axel. - dijo besando mi frente. - Sabes que quiero que me hables y me digas lo que pasa por tu cabeza. No te calles las cosas.

- No es nada.

- Si lo es. Mírame. - me cogió de la barbilla y levantó mi cabeza. - Estoy aquí para ti, no solo para abrazarte, besarte o hacerte reír. También para que me cuentes lo que te preocupa.

- Lo sé.

- ¿Entonces...?

- Es que... - resoplé y me senté en la cama. Si le miraba no podía decírselo. - No sé si lo estoy haciendo bien. No sé si te estoy dando lo que tu esperas de mí. Tu eres puro cariño y siempre me abrazas y acaricias y... Yo no soy así. No soy como tú.

- ¿Y qué problema hay con eso? - dijo a mi espalda, acariciándola. Cerré los ojos y me abracé a mis piernas.

- Pues que... No quiero cagarla. No quiero que sientas que juego contigo o que no siento nada por ti. No quiero que...

- Espera. - encendió la luz de la mesilla y se sentó a mi lado. - Axel, ¿recuerdas anoche, en mi casa? - asentí. - Bien. Me dijiste que me querías y

pasemos la mejor de las noches. No necesito más. No quiero que te fuerces a ser alguien que no eres. Para mi tu cariño me lo demuestras cada vez que te abrazo y me abrazas de vuelta. Cuando me has dado la mano esta mañana sin importarte lo demás. No quiero más, no necesito más, Axel.

- Pero tu... Haces cosas por mí. Salvaste mi vida con Jost y esta noche de que me jodieran. Y yo...

- Tú me has hecho sentir de nuevo lo que nunca pensé que fuera a sentir. Me haces aceptar donde estoy como el mejor de los regalos y no como la peor de las cárceles. Eres mi todo ahora mismo. No tengo nada allí afuera. Todo lo que quiero está aquí. Sara, mi padre, tu... Has hecho mucho sin darte cuenta.

- ¿De verdad? ¿No me lo dices para que me calle? - sonrió de medio lado.

- Claro que no. Me pasaría horas escuchándote. - me abrazó y yo me abracé a él. Hizo que nos quedáramos de nuevo tumbados en la cama. - Te lo digo de verdad. De corazón.

- Vale. - dije algo más tranquilo mirándole a los ojos. Lo decía de verdad.

- Se me ocurre algo. ¿Quieres que mañana vayamos a tu sitio especial a hablar con tu madre? - me sorprendí de que me dijera eso. De que la nombrara. Pero más de que no me sentase mal.

- Hace días que no lo hago. - y es verdad. No me acordaba de mama, me había sentido tan bien al lado de Tom, que no pensaba en ella.

- Bien. Pues ya tenemos plan para mañana por la noche. Ahora, vamos a dormir.

- Vale. - estiré un poco mi cuello para llegar a sus labios y le di un beso. Y me acurruqué en su costado.

- Te quiero.
- Y yo.

- ¿Abuelo? - estaba en un hospital, en un pasillo largo que no parecía tener fin, blanco, reluciente, cegador. Y mi abuelo estaba allí, al final, inalcanzable. - ¡Abuelo!

Corría con todas mis fuerzas mirando mis pies. El suelo brillaba de igual modo, era como correr sobre una luz cegadora. Miré al frente confundido. Por más que corría mi abuelo parecía no acercarse a mí, no se movía, ni el pasillo tampoco. Todo estaba en su sitio. Volví a mirar mis pies, seguía corriendo.

- ¡¡Abuelo!! ¡¡Abuelo!!

Fui parando poco a poco viendo que era imposible alcanzarle. Él solo me miraba, feliz, sonriente.

- Axel. No puedes llegar a mí.

- Pero quiero tocarte. Quiero abrazarte.

- No puedes, hijo. Tu estas en la tierra y yo en el cielo.

- Abuelo... Mama, quiero ver a mama. ¿Dónde está? ¡¡Mama!!

- No la llames, Axel. Ella no puede venir. No todavía.

- Mamá está en el cielo.

- No, hijo, no aún.

- ¿No aun? ¿Dónde está? Abuelo... ¡¡¡Abuelo!!! - volví a correr con todas mis fuerzas hacia él. La pared blanca se lo tragaba y desaparecía en mis narices. - ¡¡No!! ¡¡Espera, espera, abuelo!! ¡¡Quiero ver a mama!! - no podía más, mis piernas me dolían. Quería llegar, pero me era imposible. - ¡¡¡¡MAMAAA!!!!

- ¡¡Mama!! - me desperté de golpe. Cansado, ahogado. Me faltaba el aire y estaba sudando a más no poder.

- ¿¿Que?? ¿Qué pasa, Axel? - me sentía mal. El pecho me dolía. Mama. Solo podía pensar en mi madre. Mi abuelo. Había hablado con mi abuelo. Tengo frío. - ¡¡ Axel!! Axel, joder. - un pasillo blanco. Mucha luz. - Mierda. - abuelo. Mama. Ella no estaba allí. No estaba allí. No está en el cielo. Mama. Mama.

- ¡¡Ah!! - parpadee un par de veces. Un golpe frío me dejó helado.

- ¡¡ Axel, Axel!!

- Tom. - de repente lo vi frente a mí, cogiéndome de la cara y sacudiéndome.

- Joder. Al fin. - me apretó con fuerzas entre sus brazos. Me agarre a su cintura. ¿Qué hacía en el baño? ¿En la ducha? Y mojado. No entendí nada. Estaba durmiendo. Soñando. Y ahora estaba en la puta ducha con Tom, sacándome de ella y secándome con una toalla.

- ¿Que ha pasado?

- No lo sé. Te has despertado con un grito y te has quedado en blanco. Solo se me ha ocurrido meterte en la ducha. Lo Siento. - dijo abrazándome, restregando sus manos una y otra vez por mi espalda para darme calor. - Estás temblando.

- Estoy bien. - apoyé mi cabeza en su hombro. - no estaba bien. No estaba bien y lo sabía, pero no sé qué narices es lo que me pasaba. Por qué me quedo así. No me di cuenta de nada, ni de cuando me sacó de la cama, ni traerme aquí ni tampoco de meterme a la ducha. ¿Estaré perdiendo la cabeza?

- Vamos, te hare un café caliente para que te calmes. ¿Vale?

- Gracias. - dije besando su cuello y sin soltarme, salimos al salón.

Me senté en la silla encogido entre mis piernas. Estaba en calzoncillos y mojado, solo tapado con la toalla. No tenía frío, pero no podía parar de temblar. Me quedé mirando el suelo recordando el sueño. Parecía tan real.

- Ten. Tómalo despacio. - se sentó a mi lado acariciándome por encima de la toalla. - ¿Tienes frío? ¿Te traigo algo de ropa?
- No. No es frío, son como nervios, no sé. Estoy bien.

- ¿Que ha pasado? ¿Has tenido alguna pesadilla? - negué apartando la taza de mis labios.

- No. Era un sueño, pero, ha sido tan raro. - se acercó un poco más a mí.

- Cuéntame. - dijo retirando un par de mechones que me caían por la frente.

- Soñé con mi abuelo. Era un pasillo blanco, largo. No sé. Como de hospital, pero había mucha luz. Intentaba llegar a él y no podía. Era como si corriera sin parar en el mismo sitio, sin poder avanzar. - volví a beber un poco de café.

- ¿Tu abuelo sigue vivo?

- No. Murió como tres años antes que mi madre. Le pregunté por ella, en el sueño, y lo más raro es lo que me dijo.

- ¿Que te dijo? - miré mi taza de café. Lo que me había dicho mi abuelo era lo que más tocado me había dejado.

- Que todavía... no estaba en el cielo. - levanté la mirada hacia Tom notando mis lágrimas caer.

- Oh, Axel. - me quitó el café de las manos y me abrazo dejándome llorar en su hombro. No entendía nada. No entendía por qué había visto a mi abuelo ahora. ¿Por qué? ¿Qué significaba el sueño?

- ¿Por qué? - dije llorando desesperado.

- Sshh. Ya está.

- No. No.

- Solo ha sido un sueño.

- Pero quería decirme algo. - dije separándome de él. - Mi abuelo quería decirme algo, estoy seguro. Pero no sé el qué. - limpié mis lágrimas con rabia. - ¿Que quería decirme, Tom? ¿Que?

- No lo sé. No lo sé, Axel. Solo ha sido un sueño. Nada más. No le des más vueltas.

- ¿Y si...? ¿Y-y si mi madre...? ¿Y si mi madre está viva? ¿Eh? ¿Si lo está? ¿Si era eso lo que quería decirme? Tengo que buscarla, si mi madre está viva yo... Si... Si tengo que... - me levanté quitándome la toalla. Tenía que hacer algo. Buscarla. ¿Pero por dónde? ¿Por dónde empezaba?

- ¡¡ Axel!! - de nuevo estaba sacudiéndome para que reaccionara. - Para. ¡¡Para ya!!

- Pero...

- Axel, tu madre está muerta. Tú mismo me dijiste que la habías visto, ¿recuerdas? - si. La vi. Con mis propios ojos.

- P-pero entonces....

- Solo ha sido un sueño. - dijo abrazándome de nuevo. - Solo ha sido un sueño, mi vida.

Mi pequeño. Mi vida. Solo ha sido un sueño. Cálmate. Duerme tranquilo. Mama estará aquí para cuidarte.

- Mama. - susurré llorando de nuevo. - me abracé a ella con fuerza. Mi madre me estaba abrazando. Mi madre estaba aquí, ahora, conmigo. Mi mama.

- Vamos a la cama. - y de nuevo era Tom. No era mi madre. ¿Qué coño me estaba pasando? Le miré confundido. - Axel, ¿estás bien? Me estas asustando.

- Vamos… Vamos a dormir.

Ambos nos metimos de nuevo en la cama. Esta vez no fue Tom quien busco mi cuerpo, si no yo el suyo en el momento que se tumbó en la cama. Lo abracé, apoyé mi cabeza en su pecho sintiendo sus brazos rodearme y me dormí.

CAPITULO 26

- ¿Tom?

Me desperté y no estaba a mi lado. No estaba en la cama y me pareció extraño. Me estiré sobre ella. Me sentía pesado y la cabeza me dolía. Hoy no valía una mierda. Me quedé ahí unos segundos en los que intenté escuchar algo de ruido en la casa, pero todo estaba en total silencio. Me levanté y busqué algo de ropa que ponerme. Cogí lo primero que encontré en el armario. Un pantalón vaquero negro. Abrí el armario de Tom, no creo que se enfadara por coger una de sus camisetas. Sali al salón ya vestido y lo primero que llamó mi atención era un trozo de papel sobre la mesa. Me acerqué y lo cogí. Estaba firmado por Tom.

"Mi padre ha llamado a tu móvil. Estoy hablando con él en su oficina. Te he dejado café hecho. Espero que te encuentres mejor. Vuelvo lo más rápido que pueda. Te quiero, bonito."

Sonreí como un tonto al leerla y volví a dejarla en la mesa. La cafetera estaba preparada y el café caliente. Me serví un poco junto con leche y me senté en la mesa. Mi móvil también estaba ahí. Miré la hora, las doce de la mañana. En el registro de llamadas estaba la llamada del Cabeza, a las diez y media. Hora y media y Tom no había vuelto. Pensé en ir, pero, tal vez, estaban hablando de sus cosas. Me acomodé en la silla y me apoyé en la mesa restregándome la cara. Joder, había logrado descansar, pero me volvería a meter en la cama y no saldría en todo el día. Tocaron a la puerta y me levanté para abrir, me parecía raro que Tom no tuviera llaves.

- ¿No has cogido...? Ah. Hola, rubio. - era Gustav.

- ¿Cómo estás? Apenas nos vemos y.… quería saber cómo estabas.

- Bien. ¿Pasas? Tengo café recién hecho.

- Bueno, ya que invitas... Lo acepto. - dijo sonriendo. Abrí la puerta para que pasara y la cerré detrás de él. Se sentó en la mesa y le preparé el café.

- ¿Cuántas de azúcar?

- Una. Me gusta fuerte. - sonreí de medio lado.

- ¿Hablamos del azúcar o…. de otra cosa?

- Cross... El azúcar. - me reí.

Lo deje frente a él y me senté donde estaba antes de que viniera. Le vi coger la nota y leerla. Por un momento quise arrancársela de las manos, pero no me importaba que la leyera en realidad. Y, además, supongo que se enteraría tarde o temprano.

- ¿Que tal con el nuevo? - me preguntó dejando la nota en la mesa de nuevo.

- ¿Lo dices por lo del "te quiero"? - la miró de reojo, leyéndola de nuevo por el movimiento de sus ojos.

- Entre otras cosas. Han hablado que os han visto de la mano y eso.

- Si. - dije sin darle importancia bebiendo de mi café.

- Cross, tu nunca harías eso. En la vida te he visto con alguien como con él. Te da igual que hablen, que os vean. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tanto te gusta?

- Le quiero.

- ¿Que le...? ¿Que? - se quedó con la boca abierta y mirándome fijamente. Era consciente más que nunca de lo que estaba diciendo, y también de que Gustav sentía algo por mí. Y ahora que yo me sentía como él, no quería

joderle. No quiero hacérselo pasar mal o mentirle. Supongo que decirle mis sentimientos hacia Tom es lo más justo, aunque le joda.

- Me gusta y le quiero. Es totalmente diferente a nosotros y siento que me hace ver todo de otra manera. Diferente.

- El que está de otra manera eres tú. No me lo puedo creer. Tú no eres así. Ya se me ha hecho raro que me invitaras a un café. ¿Qué coño buscas?

- ¿Que qué busco de qué? ¿Qué quieres decir?

- Es obvio. La puta casa, el coche... Dicen que es hijo del Cabeza. No me lo quería creer, pero veo que es cierto.

- Háblame claro y deja de joderme, Gustav.

- Que solo te interesa para conseguir todo esto. No creía que fueras así.

- ¡¡No soy así!! ¿Qué cojones estás hablando? Yo no busco nada. - toda la tranquilidad con la que me había despertado a la mierda.

- Tu no sientes. Nada. Por nadie. Nunca. ¿Y pretendes que nos creamos que te has enamorado perdidamente del capullo ese en tres días? Sabía que eras un cabrón, pero creía que tenías unos límites. Solo por avaricia, para conseguir todo esto. Luego que, ¿eh? ¿Que el Cabeza seas tú, que te hagas dueño de esto?

- ¡¡¡¿¿¿Pero tú eres gilipollas???!!!

- ¡¡¡Es la puta verdad!!! - dijo levantándose. - Al final eres peor que Jost.

- ¡¡Fuera!! Desaparece antes de que te rompa la otra pierna. - me levanté bruscamente, tanto que tira la silla al suelo.

- Perfecto. No quiero seguir hablando con un mentiroso como tú.

- Si no me crees, es tu puto problema. Si nadie me cree, es vuestro problema y no el mío.

- Tarde o temprano te dejara. Ya lo veras.

- ¡¡Lárgate!! ¡¡FUERA!!

Se fue dando un gran portazo y la rabia se apodero de mí.

Tiré las sillas contra la pared. Volteé la mesa con los cafés, mi móvil y la nota de Tom. Tiré y rompí todo lo que tenía a mi alcance. Estaba hasta los huevos. Estaba hasta los huevos de todo y de todos. Solo quería salir de aquí. Irme. Desaparecer. Le di una patada a la pared y me caí al suelo con un dolor de mil pares de cojones.

- ¡¡Joder!! Mierda. Mierda. ¡¡¡Mierda, mierda, mierda!!!

No me iba a dejar. Yo no lo quería por interés. Por interés no. Yo le quería de verdad. Yo no quería esta casa, ni ese coche. Solo le quiero a él. No quiero nada más. Nada más.

- Si, ahora iremos a buscarla si... ¿Pero qué ha pasado aquí?

- ¿Axel?

- ¿Tom?

- ¡Eh! - me vio en el suelo y vino hasta mí. Estiré mis brazos. Solo lo necesitaba a él, solo le quería a él. - ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado, mi vida? - me preguntó con la voz suave, abrazándome con fuerzas arrodillado a mi lado. - Ya no llores. Para por favor. Háblame, Axel. ¿Qué ha pasado?

- ¿Tu... tú me crees, ver-verdad? Tú me crees.

- Claro que te creo. Pero dime qué te pasa.

- No me creen. Nadie. Yo te quiero, Tom. Te quiero de verdad. - le miré a los ojos para que viera que era sincero.

- Lo sé. Yo lo sé. Tranquilízate, ¿vale? Tranquilo. Todo está bien. - me

volvió a abrazar acariciando mi espalda por unos segundos. - Ven. Vamos a sentarnos.

- Tom, ¿guardasteis lo que traje el otro día cuando lo de Jost para que te calmaras?

- Si. Si, está en la nevera. - levantó las sillas del suelo y ambos nos sentemos. En cuanto se sentó a mi lado volví a agarrarme a él. No le iba a soltar ni a apartarme de él por nada del mundo.

- Bien. - el Cabeza se acercó a mí, sentándose a mi lado también y me dio un vaso de agua con una pastilla. - Te lo vas a tomar y te iras a dormir. ¿Vale? Así descansarás.

- Estoy bien.
- No. No estás bien. Hazme el favor y tómatelas, hijo. - me quedé mirándole. Me había llamado hijo. Nunca me había llamado así. ¿Por qué ahora?

- Axel. - gire a ver a Tom. - Por favor. Aunque sea hazlo por mí.

Suspiré, si Tom me pedía que lo hiciera por él, lo haría. Nunca me había gustado tomar pastillas, bueno, no de estas, de medicamentos no. Pero me la tomé. Dejé el vaso en la mesa y me volví a abrazar a Tom.

- Llévalo a la cama y que descanse.

Tom se levantó llevándome con él. La cama estaba sin hacer así que solo me tumbé y Tom me tapo con la sabana. Se sentó un rato a mi lado simplemente acariciándome y guardando silencio. Yo cerré los ojos. Quería dormir, pero miles de cosas pasaban por mi mente. Mi madre, mi abuelo, Tom, Gustav, la casa, el coche... No podía más.

- Yo no quiero nada. - empecé de nuevo a llorar.

- Oye, Axel. Ya está, no le des más vueltas.

- No quería una casa, ni un coche. Yo no quiero nada del Cabeza, no estoy contigo porque me interese todo eso. No lo estoy. No lo estoy, Tom. No soy así.

- ¿Quién ha dicho eso? Son tonterías. - abrí los ojos para mirarle y saber si me decía la verdad.

- Me crees cuando te digo que te quiero, ¿verdad?

- Tanto como que te quiero yo a ti. - me sonrió y me dio un beso. - Ahora descansa.

- Tom...

- No me iré. Estaré aquí fuera.

- Gracias.

Narrado por Tom.
(Flashback a esa misma mañana)

Por la mañana me desperté con el sonido del móvil de Axel, estaba tan profundamente dormido que ni se enteró. Era mi padre.

- ¿Sí?

- ¿Tom?

- Si, soy yo. Axel está dormido.

- Bien. Quería hablar con él, así que dile que se pase por mi oficina.

- Am... Lo haría, pero, ha pasado muy mala noche. ¿No puedes hablar con él más tarde?

- ¿Esta bien?

- Si, sí. Solo que durmió mal.

- Bien, déjalo dormir y ven conmigo a desayunar y hablo contigo. Más tarde lo haré con él.

- Vale. Hasta ahora.

Colgué el teléfono y lo dejé en la mesa. Le escribí una nota para que no se preocupara si despertaba y veía que no estaba en casa. Entré de nuevo a la habitación. No pude evitar apoyarme en la puerta y observarle. Estaba tranquilo después de todo. No entendía cómo me había atrapado de esa manera. Desde el momento que lo vi no pude dejar de pensar en él. Me parecía fascinante. En la vida había conocido un tipo como él. Físicamente me

refiero, porque en mi oficina supe que estaba haciendo un papel. Me quedé pensando en lo que había sucedido. La mente de Axel era un completo enigma para mí. No sabía que le pasaba en esos momentos que se quedaba colgado, con la mirada perdida. Ni escuchando, ni sintiendo. Y eso me daba miedo porque no era normal. Igual que tampoco era normal el sueño que tuvo anoche. Era como lo típico que te cuentan cuando alguien está a punto de morir o en coma o algo de eso, ese túnel de luz y que al final ven a sus familiares. Pero Axel no estaba en coma, ni a punto de morir. Era extraño. También me había dado cuenta que lo que fuera que le pasara solía ser cuando recordaba algo, cuando hablaba de su madre o cuando le pasaba algo. Le pasó cuando me habló de su madre y anoche ya fue el colmo después de que casi le... Me da asco hasta pronunciar la palabra. Tal vez los nervios, o quizás, en el fondo sí que estaba asustado y todo eso explotó en el sueño, en que se le fuera la cabeza. No lo sé. Solo estoy seguro de algo, y es de que me asusta.

Estoy pillándome por él de una manera en la que en la vida pensaba hacerlo de nuevo, no después de lo que le pasó con ella. Con Lissen. Ella solo me utilizo, haciéndome creer que me quería y que la cosa era seria. Era lo que yo quería. Estuve años enamorado de ella y lo nuestro tan solo duró un mes. Pero me alegro en cierto modo porque no merecía la pena. Sacarme dinero para después engañarme con mi mejor amigo. Había que ser puta y él un cabrón.

Y apareció él, así sin más, en mi oficina y mirándome con esos ojos. Estaba y estoy perdido, y a cada minuto que paso a su lado, me pierdo más. Pero confío en que él no me jodera, no lo hará y lo sé por su forma de ser. Me ha contado su vida cuando nadie la conocía. Puede ser bruto y borde, pero eso forma parte de él y de todas maneras me gusta así, tal y como es. Y sabiendo que le cuesta hablar y decir lo que siente, al decirme "te quiero", no había nada más que decir.

- Buenos días.

- Buenos días, hijo. Siéntate. - me senté enfrente de él. Ya tenía dos cafés en la mesa preparados. Lo cogí y eché azúcar y empecé a tomármelo. - ¿Qué pasó anoche? Quiero saberlo todo porque esta mañana ha sido lo primero que han pasado en las Noticias.

- ¿En la televisión?

- Si. "Robo y fuerte paliza a los dos hombres de Seguridad del Centro Margen". ¿Te suena?

- Si, claro.

- Bien, pues ya me puedes ir contando qué narices pasó para que los dos hombres estén ingresados en cuidados intensivos.

- Estuvieron a punto de abusar de Axel.

- ¿Que?

- Lo que oyes. Él se quedó para entretenerlos. Nosotros entremos al almacén, pero el puto Chino se estaba cagando. Si no hubiera sido por él y porque Erik insistió en esperar a Axel en el coche en la puta esquina, hubiera llegado antes. No sé cómo los tienes trabajando, en serio.

- ¿Pero le hicieron algo?

- No. Bueno, eso es lo que dice él, no estoy seguro. Salí del coche sin hacerles caso porque no me querían dejar ir a ver qué pasaba. Y menos mal que lo hice. Si hago caso a esos dos...

- No me esperaba eso. ¿Por eso ha pasado mala noche?

- No. Fue por otra cosa.

- Bien. Ahora hablaré con esos dos. No vuelvas a dejar a Axel haciendo ese trabajo.

- Puedes estar seguro que no lo haré.

- Ayúdame a repartir todo esto y luego vamos a tu casa. Quiero ver como esta.

Le ayudé a hacer el reparto de todo lo que trajimos anoche. No me esperaba que mi padre se encargara de esto, de hacerlo él mismo. Y por lo que oí, por los comentarios, no lo hacía. Solía hacerlo Axel con Erik y Gustav. Por lo que he visto estos días parece que los tres eran bastante cercanos, no solo por follar, sino también para hacer las cosas de la comunidad. Me sentí un poco mal, porque eso había cambiado desde que llegué. Axel apenas los veía, bueno, a Erik algo más que a Gustav, pero, aun así, me sentía culpable en cierto modo. Yo no pretendía cambiarle ni que dejara de hablarse con ellos. Cuando repartimos todas las cosas me hizo ir a la casa de los niños para dejar lo que eran pañales y la poca ropa que conseguimos. Eran como las once y media de la mañana y ya se oían gritos desde lejos. Tenía ganas de ver a Sara. Cuando entré todos se me quedaron mirando. No sé si es normal que guarden silencio cuando alguien entra, pero siempre lo hacían.

- Buenos días, chicos. - todos me contestaron con un hola. - Seguir jugando y cantando, no os preocupéis solo vengo a dejar cosas. ¿Habéis desayunado? - pregunté en general, vi a Sara que corrió hacia mí.

- Si. Sheila ya nos trajo batidos.

- ¡Que buenos! - le di un beso en la mejilla. - ¿Has dormido bien?

- Hujum. - dijo asintiendo. - ¿Dónde está Cross?

- Está durmiendo. No se siente bien.

- ¿Esta malito? - me dijo con cara de preocupación.

- Algo así. Pero no pasa nada, luego vendremos a por ti. ¿Vale, enana?

- ¡No soy enana! Soy una Princesa. - me reí.

- Vale, Princesa. Luego nos vemos. - me abrazó fuerte y la dejé que saliera corriendo con sus amigas. De verdad que encontrarme con ella aquí, era una de las mejores cosas que me había pasado.

Y con mi padre también. No le tenía rencor, ni odio. Simplemente las cosas de la vida habían hecho que nos separásemos. Al principio me jodío eso de que engañara a mi madre, pero después lo entendí. Con mi madre se casó por obligación amando a otra mujer, a otra mujer que se casó también por obligación con otro hombre. Mi madre quedó embarazada y mi padre no quiso dejarla sola. Pero las cosas fueron de mal a peor y, lo que la vida quiere, eso hace. Y nadie decide a quien amar. Creo que el amor es lo que mueve el mundo, y mi padre se dejó llevar por él haciendo lo que creía que tenía que hacer. Nada más. No podía culparle por no amar a mi madre.

Fui a buscarlo a la oficina y los dos fuimos hacia casa. No sabía si Axel se había despertado ya o no. Le dejé hasta el café preparado para que desayunara tranquilo.

- ¿Has visto a Sara? - me preguntó mi padre cuando estaba abriendo la puerta de casa.

- Si, ahora iremos a buscarla... ¿Pero qué ha pasado aquí? - la casa estaba patas arriba. Las cortinas en el suelo, las sillas y la mesa tiradas. Cristales por todos los lados.

- ¿Axel?

- ¿Tom? - lo escuché y lo busqué con la mirada.

Estaba en un rincón abrazado a sus piernas y llorando. No entendí nada. Lo primero que pensé es que alguien había entrado, pero era absurdo. Nadie aquí plantaría cara a Axel y, además, él no tenía ni un solo rasguño. ¿Otro de esos ataques raros suyos? Tampoco podía ser eso, porque no le había dado nunca por desarmar la casa.

Estaba con él, escuchándole y abrazándolo. Parecía confundido. Repitiendo que lo que sentía por mí era de verdad. No entendía nada. Solo me hacía pensar que alguien había venido y le había dicho algo o no sé. Miré el suelo y vía dos vasos de café confirmando mis sospechas. Alguien había estado y le había dicho algo, pero ¿qué y quién? Mi padre le dio un vaso de agua con una de las pastillas que trajo la otra noche para tomarme cuando maté

a cabrón ese. Se la tomó y lo llevé a la cama. Volvió a decirme que me quería y era sincero. Que no le importaba la casa, ni el coche, ni nada más. Que solo me quería a mí. Confundido sin saber qué era lo que pasaba, salí de la habitación después de dejarlo un poco más tranquilo. Las pastillas eran muy fuertes así que se dormiría enseguida y le harían dormir por bastantes horas.

- ¿Se ha quedado más tranquilo? - preguntó mi padre.

- Si, eso creo. ¿Cerveza o café?

- Café. No tomo alcohol por las mañanas. - le preparé un café a mi padre y cogí una cerveza para tranquilizarme y quitarme los nervios de verlo así.

- ¿Qué crees que ha podido pasar? - dije mirando el suelo y sentándome en la mesa.

- No lo sé. Nunca había visto así a Axel.

- Parece que yo en menos de una semana lo conozco más que tú. Papa, Axel no está bien. A veces... a veces le hablo, le llamo y no reacciona hasta pasado un rato. Es como si desconectara por completo. ¿No le ha pasado nunca contigo?

- No. La verdad es que no. De todas formas, apenas estábamos juntos. Solo para mandarle trabajo y hablar poco rato sobre la comunidad o Sara. Me estoy enterando ahora de lo que le pasa.

- Pues a mí me tiene preocupado. No es normal.

- No, desde luego que no es normal.

- Oye. ¿Tú sabes sobre su madre?

- ¿Su madre? ¿Por qué? - dijo bebiendo café de nuevo.

- No lo sé. Es... una puta locura, pero, lo que le pasó anoche me ha hecho pensar. Me vas a tomar por loco.

- ¿Qué le pasó?

- Dijo que había soñado con su abuelo. Y que le preguntaba por su madre y su abuelo le decía que no estaba en el cielo todavía.

- ¿Eh? Pero era un sueño... No entiendo.

- Ya sé que era un sueño. Pero no lo sé. No sé. Olvídalo.

- ¿Y le volvió a pasar lo de siempre? ¿Eso que dices que es como si no estuviera?

- Si, pero peor que otras veces. Se despertó gritando y de ahí no lo saqué. No me hacía caso, pero incluso lo llamé a gritos y le moví cogiéndolo por los hombros. Me acojonó. Te lo juro, papá. Lo pasé muy mal. Se me ocurrió llevarlo a la ducha y al caerle el agua fría de golpe reaccionó.

- No sé qué decirte. De verdad que no sabía que Axel estaba así.

- Quiero llevármelo. - dije decidido. Me daba igual la promesa que le había hecho a su madre. Me daba igual todo. Solo quería sacarlo de aquí, llevarlo al médico o no sé. Sacarlo de esta mierda y que tuviera una vida tranquila. Y llevarme también a Sara. Después de lo de anoche, no quería verle pasar por lo mismo otra vez. Ni en broma. Y ya con esto, viendo como estaba la casa... Axel no podía seguir más aquí. Acabaría completamente loco.

- ¿Que? ¿Llevártelo? ¿Cómo llevártelo?
- Fuera. Fuera de aquí, papá. No puede seguir aquí. ¿No ves todo esto? - dije abriendo mis brazos para que viera la casa. - No está bien. Necesita salir de aquí.

- Pero Tom...

- ¡Pero nada! Quiero hacerlo. Me da igual que él no quiera y que tenga una promesa con su madre y que...

- ¿Una promesa? - me cortó. Le miré y parecía que no sabía de lo que hablaba.

- Tu lo sacaste de su casa. Tu viste como su padre mató a su madre. Axel le hizo la promesa a su madre de matar a su padre con sus propias manos.

- Si, sí. Se que una de sus ideas es esa, pero, jamás pensé que hablaba en serio. Pensaba que lo decía por... No sé. Todo el mundo aquí busca una excusa para mantener los pies en la tierra. Yo pensaba que... Mierda.

- ¿Que pensabas qué?

Miré por un rato a mi padre. Parecía confundido, preocupado, asustado... No lo sé. Nunca le había visto así. Estaba nervioso, pasándose los dedos fuertemente por su frente. Algo escondía.

- Escondes algo. Conozco ese gesto. Lo haces desde que yo era pequeño. ¿Qué sabes? ¿eh? ¿Hay algo que deba saber?

- Tom... Yo...

- Puedes confiar en mí. Dime lo que quiera que sea. Pero no me mientas ni me engañes. ¿Qué pasa? ¿Es sobre Axel?

- Bien. Vale. Vale, hijo. Supongo que... tarde o temprano tenías que saberlo. Solo te pido que no me juzgues. No me culpes ni me reproches nada. Y sé que lo harás porque quieres a Axel. Pero... solo te pido que me entiendas y que entiendas que no fue decisión mía.

Le presté toda la atención del mundo cuando empezó a contarme. Varias veces le hice parar y asomarme a la habitación para comprobar que Axel seguía durmiendo, ya que no me extrañaría que se despertara y se quedara en la puerta escuchándonos.

No pude creer todo lo que me estaba contando. Le hice repetirme las cosas como tres veces porque, era imposible. Si pensaba que mi padre no me podía sorprender más, ahí lo tenía. Contándome lo que en la vida me había podido imaginar.

Me costó asimilarlo y si, quería matarlo, pero como él me había dicho, no fue su decisión y contra eso no podía hacer nada. Mi padre se había dedicado a cuidar a Axel a pesar de todo e intentar que estuviera lo mejor posible. Lo que no sabía ahora era cómo iba a callarme esto. Esto me pesaría mucho. Y no podía imaginar a Axel escuchando esta historia sin matar a mi padre después.

CAPITULO 27

- Tienes que comer algo. ¿Te preparo un bocadillo o algo? - resoplé, no tenía hambre.

- Esta bien, un bocadillo, pero pequeño.

- Vale. - me dio un beso en la sien y se levantó.

Seguía sin encontrarme bien y con un dolor de cabeza exagerado. Eran las siete de la tarde y me había levantado hacia como dos horas. Tom no me preguntó sobre lo que había pasado. Había recogido todo el destrozo que había montado y se había dedicado a estar conmigo en el sofá desde que me desperté. Admiraba su paciencia, su manera de esperar paciente a que yo le contase. Los silencios que guardaba y su manera de acariciarme haciendo ver que él estaba aquí, para mí.

Que Gustav me dijera eso había sido como un golpe bajo. Él me conocía, el rubio me conocía y no esperaba que llegara a pensar que yo me dejara guiar por lo material y que quisiera el puesto del Cabeza. Pero en cierto modo, también lo entendía porque siempre he sido reservado, callado, guardando todo para mí y haciéndome el tipo duro al que no le importa nada. Y en realidad no me importaba, si hay algo por lo que me he preocupado es por esta gente, pero nunca me importo como me vieran ni lo que podían pensar de mí. Yo solo tenía un objetivo, y hasta que lo cumpliera, si podía hacer algo por esta gente, lo haría.

La verdad, la verdad es que tenía miedo, sí. Miedo de que Tom pensase lo mismo que todo el mundo y se alejara de mí, miedo a perder todo esto que estoy teniendo y sintiendo estos días. Miedo de que se vaya y quedarme solo, miedo de perder a Sara de la misma manera. Miedo de volver a estar solo y

sin él. Me había abierto los ojos como nadie lo había hecho antes, me había enseñado a querer, a sentir, a mostrar un poco más mi cariño. Y ahora lo es todo para mí. Aparte de ser un buen motivo por el que querer salir de aquí y tener esa vida que nunca había querido. Una vida como todo el mundo, tranquila, en pareja y con un trabajo normal. Dejar de robar, dejar de hacer todo esto y, sobre todo, dejar de huir.

Dejé el plato vacío sobre la mesa enfrente del sofá. Me había traído un pequeño bocadillo, tal como se lo pedí, junto con un zumo. Que, a pesar de no beberlo nunca, me lo tomé sin quejarme.

- Tom, lo que ha pasado antes... Lo siento por el desastre que monte.

- No pasa nada. Ya está todo recogido, tampoco fue tanto. - si romper una silla, estampar la mesa, arrancar cortinas y todo lo que hice, no fue tanto...

- Bueno, yo... Lo que pasa es que vino Gustav y me dijo cosas que no eran verdad y reaccione así.

- ¿Le hiciste algo?

- No, no. Nunca le tocaría a él. Le dije que se fuera de aquí antes de que se me fuera la mano. - le miré a los ojos y volví a bajar la mirada. Estaba como siempre que le quería contar algo, tranquilo y esperando, poniendo toda su atención en mí. - No estoy contigo por conveniencia, no busco nada material. Yo no quería esta casa, ni ese coche. A mí nunca me ha importado todas esas cosas. Ni tampoco quiero ocupar el puesto de tu padre. Si estoy contigo, bueno... En realidad, no estamos, quiero decir, sí, pero, no somos pareja y...

- Espera. Respira y cálmate. - me cogió de las mejillas y cerré los ojos. Estaba hablando demasiado deprisa y yo mismo me estaba haciendo un lío. - Lo que estás diciendo es absurdo. Yo no creo que estés conmigo por todo eso.

- Es lo que piensan todos.

- ¿Y qué más da lo que piensen? Yo sé que no es así y es lo único que importa. - me abrazó y me hizo quedar recostado sobre su pecho. - Lo siento

por... Hacer que todo se te vaya de las manos, el control que tenías de la gente y todo lo demás, en verdad lo siento. No puedo hacer nada con eso, pero si puedo estar aquí para ti y lo estaré. Y si no sabes cómo llamar a lo que tenemos, ¿qué te parece si ponemos solución a eso?

- ¿Qué quieres decir?

- Yo te quiero y estoy seguro de lo que siento por ti.

- Y yo también. - me levanté de nuevo para mirarle, pero no me solté de su abrazo.

- ¿Quieres... salir conmigo? Bueno, salir... - dijo riendo. - Estamos aquí atrapados, pero, quiero ponerle nombre. Quiero tener algo real contigo. Yo también tengo miedo de muchas cosas, y una de esas cosas es volver a tener pareja. Tengo miedo a que me vuelvan a hacer daño, pero siento que tú no lo harás.

- ¿Que te hagan daño? Pero tú me dijiste que...

- No terminé de contarte lo que paso con ella. Estuve con ella, pero solo duró un mes, y apenas nos veíamos. Me acosté con ella dos veces, ni siquiera se le podía llamar relación, la verdad es que ni la fue, no para mí. Me engaño con mi mejor amigo y... Bueno. No merece la pena ni que la recuerde. Menos darle el nombre de ex. Después de lo que hice por ella me decepcionó muchísimo.

- Pero...

- Olvídalo. No quiero recordarla, no quiero hablar de ella. Ahora somos tú y yo. Dime, ¿quieres ser mi novio?

- ¿¿N-novio??

- Si. Pareja. Algo serio. ¿Qué me dices?

Eso era dar un paso más, un paso que quería, pero no sé si quería que

siguieran hablando, que nos vieran juntos porque, si somos novios, si estamos juntos de verdad y en serio, significa que fuera de casa lo seremos, en el día a día, frente a los demás. Era más motivo para que siguieran hablando y peor todavía, para que pensaran con más razón que yo buscaba lo que creían.

- Yo... - ¿qué hacer? ¿Qué es lo correcto?

- No hace falta que me lo digas ahora. - siento por él, le quiero conmigo. - Piénsalo.

En realidad, no tengo nada que pensar. Le mire por unos segundos. Si me estaba pidiendo esto significaba que no dudaba de mí, que me quería de verdad, que confiaba en mí y en que no le haría daño como esa.
Le besé.

Mi vida era mi vida y no iba a dejar que esas personas se metieran en ella. Personas por la que tantos años he dado todo y ellas en apenas unos días me han dejado claro que no son capaces de mover un dedo cuando Jost estuvo a punto de matarme. ¿Por esas personas iba a mandar a la mierda lo que estaba sintiendo? ¿Iba a dejar que las palabras de esas personas me hicieran perderle? No. Yo soy Cross, y si he podido con todo lo que me ha venido por años, puedo con esto.

- Sí, quiero. Quiero. Tom. - me abrazó con fuerzas y me senté sobre sus piernas. - Me importa una mierda lo que digan ahí fuera, solo me importa lo que tú pienses. Te necesito y... Te quiero.

Me besó de nuevo y me sentí la persona más afortunada del mundo por haberle encontrado. Por encontrar alguien tan comprensivo. Yo no era como mi padre, él tampoco lo era. No tenía por qué preocuparme por eso. La historia no se repetiría. Me cogió en brazos y me llevó hasta la habitación. Sonreí entre el beso por la sorpresa y por imaginarme que de nuevo nos acostaríamos. Y lo deseaba. Me dejó sobre la cama sin separarse de mi cuerpo y sin dejar de comernos a besos. Tom era tranquilo, pero por lo que pude ver hasta ahora, cuando hablábamos de sexo esa tranquilidad se le iba. Me quitó la camiseta, besó mi cuello, mi pecho, mi estómago y cuando llegó a mi ombligo, sus manos se llevaron la demás ropa. Me incorporé cuando me dejó espacio y

desesperado le quité la ropa tan rápido como pude. Quedó de pie ante mí. Besé su piel, su respiración iba más rápida conforme me acercaba a su entrepierna. La acaricié con la palma de mi mano mordiéndome el labio, lo deseaba tanto que no podía esperar a sentirle de nuevo dentro de mí. Poco a poco se iba poniendo duro, duro y tieso ante mis ojos que no perdían detalle.

- ¡¡Ah!! - me la lleve a la boca sin esperar más.

Jugué con ella por un buen rato, besándosela, lamiéndola y masturbándole con mi mano. Se sentía bien saber que le estaba dando placer de ese modo porque Tom no abría los ojos y tampoco cerraba su boca. Jadeante todo el tiempo y haciendo temblar su cuerpo.

- Ya... ya o no aguanto... - sonreí por el buen trabajo. Me empujó de los hombros cayendo conmigo en la cama y mordió mis labios. Yo me había encargado de mí mismo mientras se la chupaba así que, estaba tan duro como él, listo para lo siguiente.

- Jugamos un poco o... - me preguntó mordiendo mi oreja.

- ¡¡Yo también quiero jugar!!

- ¿¿Eh?? - abrí los ojos de golpe.

- Mierda. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? - dijo tapándonos con la sábana y apartándose de mí. Sara estaba a los pies de la puta cama mirándonos con una sonrisa.

- Sheila me ha traído. Me ha dicho que…

- ¡¡Sara!! ¿Dónde estás? ¡Oh! Mierda, lo siento.

- Si, "Oh". - bufé. Se quedó parada al vernos y cogió a Sara sacándola de la habitación y cerró la puerta. - ¿Tu familia estudia para aparecer en el momento justo o es que sois así? Joder. - Tom se dejó caer en la cama tan tranquilo.

- Pues ahora que lo dices, creo que son así.

- Serás...

Me cogió riendo y empezó a hacerme cosquillas. Le di un beso para que parase y me abrazó apretándome contra su cuerpo.

- Se lo vas a explicar tú, es tu hermana así que... Toda para ti.

- Gracias.

- No hay de qué. - le saqué la lengua haciéndole la burla. Me vestí y salí de la habitación dejándole a Tom vistiéndose también.

La noche llegó pronto. Tom le explicaba a Sara que era ser novios y tener una pareja. Yo no me refería a que le explicase eso, sino a que se inventara alguna excusa de lo que estábamos haciendo en la cama. Pero Tom, como siempre, me sorprendía. Los escuchaba mientras hice unas tortillas y un poco de ensalada y me salió más de una sonrisa al escucharle decir que, ser novios y tener una pareja, significaba querer mucho a una persona y no querer separarse de ella jamás. Querer estar a su lado todos los días y ayudarle en todo. Ser uno. Y le dijo que eso es lo que le pasaba y quería conmigo. Sara no dijo nada, no sé si lo entendió o no, pero se quedó conforme con lo que su hermano le estaba diciendo. Nos sentemos a cenar tranquilamente viendo dibujos animados en la televisión.

Sheila no me dijo nada, y con eso me refiero a que no dijo nada absurdo como toda la mierda que me soltó Gustav. Ella ya se lo imaginaba, pero tampoco pensaba en encontrarnos así y más sorpresa fue cuando le dijo Tom que estábamos saliendo. En cuanto se lo dijo me miró a mí como intentado buscar donde estaba la broma y que me riera. Pero al no hacerlo, se dio cuenta de que estábamos hablando en serio. Me quedé un rato hablando con ella mientras Tom bañaba a Sara. Ahí entendí cuando me dijo de ser amigos, de poder hablar de nuestras cosas y demás. Me salió solo decirle todo lo que me estaba pasando con Tom, lo que sentía por él y en la manera que estaba poniendo todas mis ideas del revés. Sheila me apoyó, me dijo que era bueno para mí, que me dejase llevar y que, si me sentía bien con él, que siguiera

adelante. Se alegraba por mí y que se me veía cambiado. Me asusté y pegué cuatro gritos porque eso es lo que yo no quería, pero me relajé de nuevo. Me hizo ver que no pasaba nada por sacar mi yo real, ser Axel con Tom, en casa, con Sara, y olvidar esa parte de Cross que había crecido aquí. Creo que uno de mis grandes apoyos a partir de ahora también lo seria Sheila. No tenía muchos más años que yo como para que me tratase como a un hijo, pero supongo que esa parte maternal aún estaba en ella y de verdad la sentí como una madre hablando conmigo.

Y como me gustaría que estuvieras aquí y me dieras tus consejos, Mamá. Que me dijeras cómo llevar todo esto y si te gusta Tom. Me encantaría que le hubieras conocido, y a Sara también. ¿Crees que de verdad ellos puedan ser mi nueva familia?

- Te prometí ir hoy a tu sitio especial, pero lo haremos mañana. ¿Vale? - ya era tarde y estábamos en la cama. Sara se durmió a penas se echó en el sofá después de cenar, pero se le veía tan tranquila y cómoda que la dejemos ahí hasta que nosotros también nos vinimos a dormir.

- Si, no pasa nada. - me abrazó por detrás, dejando su mano más abajo de mi ombligo y eso me puso alerta, porque siempre que me abrazaba, lo hacía por mi estómago. Empezó a darme besos por la nuca y la espalda. - Tom, está Sara.

- Pero esta dormida y con la puerta cerrada. No nos escuchará. - metió la mano en mis calzoncillos y empezó a tocarme.
- Tom... ¡ah! - gemí.

- Solo no grites y no la despertaremos.

- Tú también gimes alto, así que no me digas a mí. - le dije girando mi cara para verle a los ojos.

- Ambos lo hacemos. Cállate ya. - y me calló besándome.

Llevé mi mano por debajo de su ropa de la misma manera que él, sin girarme, solo un poco mi espalda para poderle besar mejor. Me encantaba la sensación de que me tocara y me besara al mismo tiempo. Me hacía perderme por completo. Sacó la mano y me acarició la pierna acomodándola a su gusto para que pudiera entrar en mí. Nunca lo había hecho así, de esta postura, los dos tumbados de lado y él detrás de mí. Me acarició todo el cuerpo, me beso la nuca, la espalda, el hombro. Mis labios. Y me masturbó haciéndome llegar al final con él. De nuevo noté como me llenaba y su cuerpo contraerse de una manera casi exagerada. Me giré para verle y besarle. No me cansaría nunca de verlo así, después de acostarnos. Cansado, rojo, sudoroso, tan jodidamente excitante. Me daban ganas de follar de nuevo solo de verle así.

- ¿Dónde vas? - me preguntó cuando me levanté de la cama con los calzoncillos en la mano.

- Al baño. Tu estas muy limpio, pero yo... - me señale el estómago y mi trasero. Estaba pringoso por todos los lados. Me sonrió y asintió.

Fui al baño y me di una ducha rápida. Cuando volví a la cama, me metí despacio. Tom ya estaba dormido boca arriba y con el brazo derecho estirado para mí. Me acodé sobre su pecho y le abracé. Se movió un poco.

- Te quiero. - susurré en su oído y se giró para abrazarme.

Por la mañana cuando me desperté, tampoco estaba Tom. Me vestí, fui al baño, me maquillé, me peiné y fui a ver a Sara. Seguía durmiendo, así que la deje tranquila. Volví al salón y de nuevo tenía una nota de Tom.

"Mi padre ha venido a buscarme, estaremos fuera hasta la tarde. Lo siento por no despertarte para decírtelo, pero me daba pena hacerlo. Te quiero. Tom."

Me pareció extraño porque no comprendía que es lo que tenía que hacer con su padre fuera de la comunidad, pero no le quise dar más vueltas. Estaba haciéndome el café para desayunar y tocaron a la puerta.

- ¡Hola, tío! - Erik.

- ¿Qué pasa? Tan temprano y ya vienes a dar por culo. - le dejé pasar y cerré la puerta.

- No. - dijo riendo. - Solo venía a hablar contigo. Quería pedirte perdón por lo de la otra noche. Ya sabes.

- Ah, eso. Tema olvidado. No pasó nada. Pero la próxima vez, reaccionar antes. No me jodáis.

- Prometido. ¿Me... invitas a uno? No me he llevado nada a la boca en todo el día.

- ¿Estás hablando del café o.… quieres otra cosa?

- ¡No me jodas, Axel! - solté una carcajada. Ambos nos sentemos en la mesa. No hablemos nada porque mi pequeña salió de la habitación sobándose los ojos. Le preparé el desayuno mientras ella le contaba a Erik lo que había soñado.

- ... Y mi hermano Tom me salvaba como a una Princesa de verdad. - rodé los ojos. Era la tercera vez que nos lo contaba.

- ¿Quieres mucho a tu hermano, eh? - le dijo Erik.

- Si. Y él quiere mucho a Cross. Son novios.

- ¿Eh? - me miró confundido.

- Sara, ¿por qué no vas a jugar a tu habitación que tengo que hablar con Erik, eh, pequeña?

- Vale. - me dio un beso en la mejilla y se fue corriendo a su cuarto.

- Así que novios. Pues sí que vais rápido.

- No empieces tú también. Si vas a criticarme y a tocarme los huevos, ya puedes irte por donde has entrado.

- Eh, no he dicho nada. No tengo nada que criticarte. Es tu vida. Si os queréis, es lo normal. - levanté la vista de mi café. Ya sé que él me había dicho que lo aceptaba, pero... En el fondo pensaba que reaccionaria como Gustav.

- ¿Lo dices enserio o te estas burlando de mí? Porque como te estés bur...

- Calma. No te aceleres. Sabes que cuando yo te digo algo lo digo enserio. Vamos, he aguantado tus borracheras. Y estando borracho, no sé si lo sabes, pero hablas más de la cuenta.

- ¿Qué quieres decir?

- Porque te conozco Axel. ¿No sabes eso de que los bebés y los borrachos siempre dicen la verdad? Pues eso. Y tú cuando vas borracho eres como un niño. Así que hablas el doble.

- Bueno, déjate de gilipolleces. No sé qué es lo que me quieres decir con eso.

- Pues que sé que ahí tienes un corazón como todos, coño. ¿Qué voy a querer decir con eso? Sé que echas de menos a tu madre. Siempre la nombras. - le miré alzando la ceja. Me parecía muy bien lo que me estaba diciendo, pero no entendía el punto del mensaje. - Joder. Hay que explicarte todo. Lo que quiero decir es que yo sí creo que le quieres. A mí me llamaste Tom, algo quiere decir, ¿no? No sé. La gente puede pensar lo que quiera.

- Gustav piensa lo mismo que todos ellos.

- Gustav esta jodidamente celoso. ¿Qué querías que hiciera? No va a darte ánimos para que sigas con Tom, Axel.

- Ya.

- Oye, no me vas a contestar lo sé, pero, sabes que soy una tumba y que puedes confiar en mí. Sabemos que Tom es el hijo del Cabeza y Sara se la pasa pregonando por toda la comunidad que Tom es su hermano. ¿Ella...?

- ¿Que si es hija del Cabeza? - le corté. - Si. Lo es. Total, es absurdo esconderlo cuando ya saben que Tom lo es y ella es su hermana.

- Si, eso es verdad.

- Pero no lo son de madre. Y no quieras saber más de la cuenta porque de eso sí que no te voy a contar nada. Puta cotilla.

- Esta bien. - dijo levantando los brazos. - De todas maneras, pensaba que no me ibas ni a contestar. Esta noche creo que trabajamos. He oído que el Cabeza ha salido con Tom a preparar lo que sea.

- Pues estás más informado que yo.

Hablemos por un rato más de la gente de la comunidad, lo que estaban haciendo y de lo que había pasado que ni siquiera me había enterado. El estar con Tom en lo único me jodía era en eso, en que había perdido por completo el control de la comunidad. Ya no salía a dar mis vueltas diarias por si necesitaban algo y asegurarme de que no pasara nada. Y eso me jodía, pero a la vez era quitarme un peso de encima. Me gustaba mi trabajo, sí, pero cada vez me estaba siendo más pesado por todo lo que había pasado. Ya no me sentía aquí como antes.

Erik se fue. Sara y yo comimos. Fregué mientras ella veía los dibujos y después me tumbé a su lado en el sofá. Ambos nos quedamos dormidos.

Me desperté con el ruido de la puerta y miré el reloj que teníamos junto a la televisión, eran las cuatro y media pasadas. Pronto para decirme que volvería por la tarde. Pensaba que lo haría más tarde aún. Tom ni siquiera nos miró. En cuanto se dio cuenta que estábamos en el sofá se fue al baño cerrando y escuche el pestillo. Eso significaba que quería estar solo. Pero no pude

ignorarlo, no podía al verle así, parecía preocupado. No lo sé. La expresión de su cara no me gusto. Aparté un poco a Sara sin despertarla y la acomodé en el sofá. Me acerqué a la puerta del baño y pegué mi oído a ella. Intente escuchar algo, pero nada. Era inútil.

- Tom. - dije en voz baja pero no contestó. Toqué un par de veces en la puerta con mis nudillos. Lo escuché aspirando. ¿Estaba llorando? - Tom.

- Necesito un momento. Déjame solo un momento. No me pasa nada. Tranquilo.

Estaba mintiendo. No puede encerrarse en el baño sin ni siquiera saludarme, escucharlo llorar y decirme que estaba bien. Si había salido con su padre por algo de trabajo, no entendía que volviese así. Me acerqué a coger mi móvil. Marque el número del Cabeza para preguntarle qué coño había pasado, pero no me contestó. Marqué tres veces más, pero me ignoraba. No me iba a responder. Y estaba claro que esa salida no había sido por trabajo. Me acerqué de nuevo a la puerta y esperé a que decidiera salir. Pero no lo hizo y Sara se había despertado. Tocaron a la puerta y fui a abrir.

- Hola. ¿Dónde está Tom? - Sheila entró en casa casi empujándome.

- ¿Como que donde esta Tom?

- Me ha llamado diciéndome que necesitaba hablar conmigo.

- ¿Que? - parpadeé un par de veces. No me lo podía creer. La puerta del baño se abrió, me quedé mirando, pero Tom ni asomo la cabeza.

- Axel, lleva a Sara a dormir con los niños o a dar una vuelta. Déjame solo hablando con Sheila, por favor.

- ¿Como que...? ¿Con ella? - me acerqué a la puerta del baño, quería verle la cara, quería saber qué coño pasaba. - ¡Sal!

- Axel, por favor. - dijo empujándola desde dentro.

- Bien. Vale. - solté la puerta. Respiré, me intenté tranquilizar, pero era imposible. - ¡¡No sé qué mierdas pasa contigo, pero no me vuelvas a decir que confíe en ti y te cuente mi mierda cuando no eres capaz de contarme lo que sea que te pase!! ¿¿Me escuchas?? ¿Quieres hablar con ella? Bien. De puta madre. ¡Fóllatela también y así tienes el cupo completo!

- Axel...

- Cross, imbécil. Mi nombre es Cross. Y tú un... gilipollas. - le iba a llamar hijo de puta, pero me pude controlar con eso. Su madre estaba muerta, como la mía, y no la pensaba tocar insultándole de ese modo.

- Cross... - Sheila me cogió del brazo y me solté de un movimiento.

- No es contra ti. Ahora dejarme, porque el que necesita estar solo soy yo. Sara, vámonos.

CAPITULO 28

No me podía creer que cuando yo le he sido sincero y le he contado toda mi vida, le he hablado cuando he estado mal, he confiado en él, no podía creerme que me lo estuviera pagando así. Cerrándose a mí. ¿Y a quien llama? A Sheila. Por supuesto que sí. Seguro que ella sabe consolarle. Pues le pueden dar por el puto culo.

- ¿Estás enfadado? - llevaba a Sara en brazos. Tenía tal mala hostia que ahora no tenía paciencia ni para seguir su paso.

- No, pequeña. Estoy bien.

- Estás enfadado.

- Que no, Sara. Hoy te quedaras a dormir en la casa de los niños, ¿te parece bien?

- Vale. - seguí andando un poco más, pero ella no se iba a callar. - Cross.

- Dime.

- ¿Tom y tú ya no sois novios? - resoplé. No tenía caso discutir con una niña.

- Sí, sí lo somos, pero a veces los mayores discuten y se gritan cosas feas.

- ¿Ya no le quieres?

- Claro que sí, Sara. Mucho. - abrí la puerta y entré con ella. - Anda, pequeña. Mañana vendré a por ti, ¿vale?

- Si. Te quiero mucho, Cross. - dijo abrazándome antes de soltarla.

- Y yo a ti, Princesa.

No pensaba volver a casa en toda la noche. ¿Necesitaba estar solo? Pues solo iba a estar. Toda la casa para él solito. Yo no necesito una puta cama ni un techo para dormir. Me fui detrás de la nave. Eso es lo que necesitaba ahora. Estar allí, calmarme, pensar y desahogarme. ¿Cómo podía hacerme esto?

Me senté en la hierba y observé como el sol empezaba a esconderse, faltaba poco para que llegara el invierno y los días se ha cían más corto dando paso a la noche antes de hora. Si quería saber qué coño había pasado sin tener que hablar con Tom, solo tenía una forma de hacerlo. Así que saqué mi móvil y volví a llamar al Cabeza, a ver si ahora si me respondía.

- ¿Sí? Dime, Axel.

- ¿Dime Axel? Te he llamado como diez veces.

- Lo sé. Lo siento, estaba ocupado y no podía contestarte. Dime, ¿qué pasa?

- Eso es lo que me gustaría saber a mí. Qué coño pasa con tu hijo. Cuando llegó a casa se encerró en el baño y el muy... cabrón llama a Sheila para hablar con ella y a mí me dijo que me largase. - silencio. Eso fue lo que escuché. - Cabeza, no me jodas. No me calientes más de lo que estoy.

- Bien, cálmate, Axel. Por favor.

- Si quieres que me calme espero una buena explicación de lo que está pasando.

- No ha sido una buena tarde para Tom. Entiéndelo. Deja que se calme y habla después tranquilamente con él.

- Cabeza, yo tengo días peores y no me encierro ni le digo que se largue. ¿Y qué pinta Sheila en esto? ¿También vas a inventar algo para eso?

- No. Eso no lo entiendo. No sé por qué le llamó a ella. A eso sí que no puedo responderte.

- Pues que bien.

- Vuelve a casa y relájate. Seguro que podéis hablar.
- ¿Que vuelva a casa? Eso no te lo crees ni tú, ni él. ¡Ah! Y no me digas de trabajar esta noche.

Le colgué. Nunca le había hablado así, pero me estaban tocando mucho los huevos. Que vuelva a casa me dice. ¡Pero si me ha echado! A la mierda todos. Él, Tom y Sheila. Les pueden dar por culo a todos juntos. Me tumbé en la hierba. Ahí me iba a quedar toda la noche. Dormiría ahí, lo he hecho más veces, no sería la primera y hacía buena noche. Así que aquí me quedaría.

¿Por qué me hace esto, eh? Dime, ¿lo sabes tú? No lo entiendo, Mama. No entiendo por qué no ha confiado en mí para decirme lo que sea que le pase. Yo lo he hecho con él. Le he hablado de ti, de lo que te pasó, de mi vida, de... papá. Le he dejado que me abrace cuando lo he necesitado. ¿Por qué no es igual conmigo? Yo solo quería estar ahí para él. Por una jodida vez que me importa realmente lo que le pasa a alguien. Me importa él, Mamá. Me importa mucho y realmente me ha dolido que no quisiera compartir conmigo ese momento. No sé qué pensar. ¿Es que... no soy suficiente para él? ¿Pensaba que no podía escucharle y calmarle? ¿Qué pasa, Mamá? ¿Qué le pasa?

La noche ya estaba entrando. Las estrellas se empezaban a ver y empezó a mover un poco de aire fresco. Si me quedaba aquí, me jodería de frío. Pero

por el momento lo podía aguantar. Y necesitaba sacar todo, hablar con ella y soltar toda la rabia llorando. Como el puto llorón que no he dejado de ser en mi vida.

Soñé con el abuelo, ¿sabes? Y me decía que no estabas ahí arriba. Sigue siendo un loco hasta en mis sueños. Como lo fue en vida. ¿Recuerdas cuántas veces me enfadé con él por tratarme como una niña? Fueron muchas. Pero siempre terminaba perdonándolo y abrazándolo. Me haces tanta falta. Ayer Tom me pidió ser su... novio. Ser pareja. Y acepte. Sé que lo sabes porque siempre estás conmigo y sé que en ese momento estabas a mi lado. Le quiero mucho, Mamá. Es comprensivo conmigo, sabe darme cariño, sabe cómo calmarme cuando lo necesito. Y lo mejor de todo es que está a mi lado cuando mi cabeza se pierde en esos mundos desde que te fuiste. ¿Crees que debo escucharle y perdonarle por esto? ¿Crees que debo esperar a que él me cuente lo que le pasa?

Me limpié las lágrimas con la palma de mi mano y acomodé ambas debajo de mi cabeza. Seguí mirando el cielo para ver esa señal, esa señal que siempre me manda ella cuando le pido que me diga que todo está bien. Tardó en mandármela, pero ahí estaba, esa estrella fugaz cruzando el cielo ante mis ojos.

Gracias, Mamá. Gracias por no dejarme solo.

No sé cuánto rato más pasé allí, pero ya me estaba muriendo de frio. Aunque estaba más tranquilo y con las ideas más ordenadas, preferí no ir a casa, no esta noche. Lo mejor sería dejar pasar el día y hablar mañana más

calmados. Así que, como todavía tenía la cama en mi casa, en la nave, allí fui. No había luz, pero no me importaba. Total, nada podría pasarme aquí dentro.

Todo seguía tal como lo dejé. Solo faltaba mi ropa. Hasta la pantalla de televisión seguía aquí. Eso sí que me pareció raro, pensaba que alguien entraría y se llevaría lo que pudiera. Me metí en la cama para entrar en calor, y tapado con una manta que saqué de un cajón, me dormí. Ya le había dado demasiadas vueltas al tema y solo quería dormir. Dormir, descansar y olvidar.

Abrí los ojos de par en par en cuanto escuché la puerta abrirse. No podía ver nada, todo estaba oscuro. Me incorporé intentando no hacer ruido y en cuanto noté que alguien estaba a mi lado, solté un puñetazo al aire.

- ¡¡Hostias!! - atiné de pleno.

- ¿Tom?

- Si, joder. ¡¡Dios!!

- Mierda. Lo siento. - busqué mi móvil en el bolsillo y con la pantalla le alumbré. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido y se agarraba la nariz. - Joder. ¿Te he hecho mucho daño?

- ¿Tú que crees? Tus golpes no hacen cosquillas exactamente.

- La culpa es tuya por entrar así. - me levanté para buscar alguna camiseta o algún trapo, algo, ya que le salía sangre de la nariz. - ¿Qué haces aquí?

- ¿Venir a buscarte? He ido detrás, pero no estabas, así que pensé que podrías estar aquí.

- Ten. - le di unos calzoncillos, limpios, claro. Era lo único que se había quedado al fondo de un cajón.

- ¿En serio?

- No, es de broma. Es lo único que tengo aquí, ¿qué quieres? - no dijo nada y se lo llevó a la nariz tapando la hemorragia. Me senté a su lado en la cama. - ¿Te duele mucho?

- No tanto.

- Lo siento.

- No. Tienes razón. No tenía que haber entrado así y, además, me lo merezco por lo de antes. Me he portado como un capullo.

- Por lo menos lo reconoces.

- No me jodas, no quiero discutir más.

- No soy yo el que te ha echado de casa. - me levanté, rodeé la cama y volví a meterme en ella.

- Axel. - no le contesté. No quería hablar y menos si venía en ese plan. - No me ignores, por favor. - me levanté sentándome de nuevo, mirándole, o eso creo, porque no le veía.

- ¡¡El que me has ignorado has sido tú!! Tú has pasado de mí, tú te has encerrado en el baño sin decirme nada. Sin decirme lo que te pasaba. ¡No digas que yo te ignoro! Tú has llamado a Sheila en lugar de hablar conmigo, tu... Humm. - su mano me agarró de la mejilla y sus labios chocaron con los míos callándome.

Al principio intenté separarme, pero a quién iba a engañar, había pasado todo el día sin él y le necesitaba. Le había echado de menos en realidad.

- Perdóname. - dijo acariciando mi nariz con la suya. - Por favor. Yo te lo explicaré en cuanto pueda, pero no te enfades conmigo. No hoy. No ahora. Por favor.

- Tom...

- Mañana hablamos tranquilamente. No me preguntes. - me dijo en tono de súplica.

- No es eso. Es que... me estás manchando de sangre. - se apartó rápidamente de mí y se tapó de nuevo la nariz.

- Perdón.

- No pasa nada. - dije limpiándome. - Esta bien. Vamos a dormir y mañana hablamos. Pero quiero la verdad.

- Vale.

- Vale. - le besé con el calzoncillo en medio de nuestras caras y me reí. Me tumbé de nuevo en la cama y Tom lo hizo en cuanto se le cortó la hemorragia.

- Te quiero, Axel. - dijo abrazándome.

- Y yo. Aunque seas un capullo, pero te quiero igual.

- Tú me has reventado la nariz, no sé qué será peor. - ambos reímos. - Hasta mañana.

- Descansa.

Tom me despertó dándome besos. Al fin una mañana que despertaba a su lado y no con una puta nota diciéndome que se había ido. Estuvimos tonteando y jugando un rato en la cama sin llegar a más y después fuimos a por Sara y los tres fuimos a casa a desayunar.

No me contó nada en todo el día, pero si le noté un poco más serio de lo normal y más cariñoso, si podía, conmigo. Y yo, por no discutir de nuevo, tampoco quise sacarle el tema. Y así pasamos el día. Jugando con Sara, paseando por la comunidad y viendo la televisión.

Cuando cenásemos y Sara se durmiera en el sofá, Tom me dijo que podríamos ir a tomar unas cervezas al bar de Sheila. No habíamos hecho nada en todo el día y el Cabeza tampoco dio señales de vida y los dos estábamos aburridos, así que allí fuimos.

- Hola. - saludé a Sheila. Era raro, pero estaba sola. No había nadie todavía por allí.

- Hola, chicos. ¿Qué os pongo?

- Dos cervezas. - le contestó Tom.

No me gustaba como me estaba mirando Sheila. No sabría explicar como lo hacía, pero nunca había visto esa mirada de ella hacia mí. No era de enfado ni nada de eso, más bien era como con ¿pena? Me puso nervioso.

- ¿Vamos a la calle? Hace buena noche. - le pregunté a Tom. Si me quedaba ahí, le soltaría alguna a Sheila y no quería liarla con ella esta noche.

- Si, vamos.

Cogimos las cervezas y salimos los dos. Me senté en unos ladrillos que estaban ahí apilados y Tom se quedó frente a mí. Saqué un cigarro, le ofrecí uno y lo cogió. Ambos fumábamos, pero no de seguido. Yo normalmente lo hacía por calmarme o muy, muy de vez en cuando.

- ¿Te pasa algo?

- ¿Eh? No, solo que... ¿No has visto cómo me mira? Es... raro.

- ¿Te mira mal?

- No. No, es como si... No sé. Olvídalo. Igual es una paranoia mía.

- Seguro no es nada.

- Tom. - ya no aguantaba más, o me contaba lo que había pasado ayer o iba

a explotar. - No quiero molestarte y eso, pero, ¿qué pasó ayer? No te he querido preguntar en todo el día, pero no puedo más.

- Ya. - bebió de su cerveza y me dio la mano para que me levantara. Me levanté, se sentó él y me hizo sentarme en su pierna derecha. - Lo que pasó es que, mi padre me llevó al hospital ese.

- ¿En dónde paga la habitación que me dijiste?

- Si. Y ya sé quién está ahí. Y fue... duro.

- ¿Quién es? - se me quedó mirando, como dudando si decirme o no. Bajó la mirada. Pensaba que no lo iba a decir.

- La madre de Sara.

- ¿Como? - no podía creerlo. - Pero tu padre me dijo que esa mujer no estaba ahí.

- Pues... parece ser que sí. Ella está ahí.

- ¿Y está mal? Quiero decir, está en un hospital, ¿qué le pasa?

- Ella, bueno, necesita respiración asistida y está...

- ¿Que está qué?

- Se quedo invalida. - joder. Pobre mujer.

- ¿Pero está consciente y eso?

- Si, sí. Ella está despierta. En realidad, está bien. Solo que necesita oxígeno. Lo que pasa que mi padre no se puede hacer cargo de ella con la comunidad y todo esto. Por eso está ahí. Allí está atendida.

- Joder. No me imagino pasar la vida entre cuatro paredes. Tu padre podría sacarla de ahí, de todas formas, apenas está aquí.

- Lo mismo le dije, pero es ella la que no quiere salir. Tiene miedo de que le pase de nuevo lo mismo y sea peor. Mi padre se pasa el día con ella cuando no está aquí.

- Pero eso no es vida.

- Ni lo nuestro ahora mismo. - dijo mirándome a los ojos. Podía ver que el tema le afectaba y mucho. - Perdóname por reaccionar así cuando llegue a casa, es solo que... No quería darte más problemas y pensé que Sheila me entendería con eso de que es madre y eso. No fue con otra intención. Te lo juro.

- Esta bien. Te creo. Pero me jodió mucho. Quiero que hables conmigo igual que tú me pides a mí. No es problema para mí escucharte. ¿Vale?
- Si. Lo siento.

- Hagamos una promesa. - le dije sonriendo. Recordando la que me hizo él a mí. - A partir de hoy, nos contaremos todo y no habrá secretos. Si me siento mal hablaré contigo y cuando algo te preocupe a ti, hablaras conmigo. ¿Bien? - se me quedó mirando unos segundos. No sabía ahora porque se quedaba así. No decía nada. - Tom.

- Joder. - dijo abrazándome.

- ¿Qué pasa? - le abracé por el cuello, apoyando mi barbilla en su cabeza. Nos quedamos así por unos minutos, en silencio. No sabía que hacer ni qué decirle porque no sabía qué era lo que pasaba ahora. - Tom... - lo empujé un poco de los hombros separándole de mí. Estaba llorando. - Oye, oye, mi vida. No llores. Ya sé que es difícil, y no sé si pasa algo más. Supongo que estas así por Sara. - le limpié las lágrimas y le acaricié la mejilla. - Pero cuando ella sea mayor entenderá. Y tal vez si hablas con tu padre le deje conocer a su madre. Creo que sería justo para ella. - volvió a cerrar los ojos. - Tom...

- Lo siento.

- No tienes que pedirme perdón. Estoy aquí para eso. Para que hables y te

desahogues conmigo.

- Te quiero tanto.

- Y yo, amor. - sonrió de medio lado y me besó.

- Ese apodo me gusta más que "bonito".

- ¿Cual?

- Amor.

- Yo no te he llamado así. - bromeé.

- Si lo has hecho, y también me has dicho "mi vida".

- ¿Que? Oh, por favor, no inventes. - volvió a abrazarme y yo le acaricié la mejilla. - Te quiero. Mucho. No lo olvides.

- No lo haré.

Si esto no era que me estaba enamorando perdidamente de él, que me lo dijeran, porque así lo sentía.

Los días iban pasando, las semanas. Ya todos en la comunidad sabían que Tom era hijo del Cabeza y que Sara también, pero no compartía madre con Tom. También sabían que estábamos juntos. Pude superar esa especie de miedo que tenía a las reacciones de la gente, y para mi sorpresa, conforme pasaban los días dejaron de hablar, incluso dejaron de decir que yo estaba con Tom porque me convenía. Ahora no solo me respetaban a mí como al que más después de al Cabeza, Tom también se había ganado el respeto de todos. Gustav seguía sin hablarme, pero tampoco es que me importara mucho. Me jodía, por supuesto, pero no iba a perdonar la que había liado, porque llegaron a mis oídos que todas las mierdas de los rumores los había comenzado él. Me parece bien que estuviera pillado por mí, pero creo que no merecía esa putada. Que reaccionara así por muchos celos que llegara a sentir, no me hizo

ninguna gracia. Así que era tan simple como evitarnos el uno al otro. Sheila se había convertido en una gran amiga para los dos y casi como una madre para Sara. Casi pasaba más tiempo con Sheila que con nosotros. Otro del que también aprendí a escucharle y a tener una amistad mayor fue con Erik. Tom también le cogió aprecio y eran buenos amigos. Concretamente habían pasado más de dos meses. Estábamos en plenas Navidades.

De mí puedo decir que veía la vida casi completamente de diferente manera. Había aprendido a controlarme más, a no ser tan borde, al menos con Tom, Erik y Sheila, con los demás era otra cosa. Quería a Tom y ahora no tenía ningún problema en abrazarlo y besarle continuamente cuando me daba la gana. Creo que hasta me estaba convirtiendo en alguien empalagoso. Le necesitaba todo el tiempo y no podía separarme de él. Por suerte, él conmigo era igual, así que a ninguno nos molestaba ser así. Podría decir que me sentía feliz, sí. Solo me faltaba mi madre para serlo completamente.

Tom y yo habíamos cogido una costumbre un poco... extraña, por llamarlo de alguna manera. Bueno, sí. Extraña y guarra como decía Erik. Y es que, cada vez que salíamos a robar, nos ponía hacerlo rápidamente en algún rincón donde fuera que estuviéramos. Supongo que era por romper la rutina, siempre en la comunidad, aunque salíamos a veces con permiso del Cabeza, pero no era lo mismo.

Saber que podrían pillarnos, el hacerlo rápido, escondiéndonos de Erik y quien fuera que salía con nosotros esas noches, nos ponía bastante. Y además era una sensación completamente distinta cuando lo hacíamos así.

- Hummm... Joder.

- Ssshhh, cállate si no quieres que venga Erik como la última vez.

- Tom... ¡Coño! - me mordí el puño. - Estás dándome... justo... ahí... ¿Como quieres... que me... ¡¡Ah!! - justo en mi punto, y como él lo sabía. Dándome fuerte.

Estábamos en una tienda y mientras Erik y Marcus cargaban la furgoneta, con la excusa de buscar dinero, Tom y yo nos metimos en una oficina. Me subí en la mesa y ahí empezamos a follar como locos. Todo lo que al sexo se

refería, lo tenía con él. Tom me lo daba y no podía pedir más. Era lento cuando lo necesita, cuando estábamos en casa, cuando nos dábamos cariño, y una pura bestia en momentos como este. Sería como tener la pareja perfecta y el amante deseado en la misma persona. Me corrí como un bestia y Tom lo hizo de la misma manera dentro de mí. Dejé caer mi cabeza hacia atrás. Y al abrir los ojos, lo vi.

- Mierda. Mierda, mierda, mierda.

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

- Una cámara. - dije señalándola. - Estamos jodidos.

- Vamos tapados. No nos reconocerán. Vámonos.

Si, íbamos tapados, pero no me dio buena espina. Yo iba más tapado que él. Yo llevaba mi capucha como siempre y mi braga en el cuello tapándome la cara, pero me la había bajado un par de veces para besarle y Tom igual. No dije nada en ese momento. Pero... estábamos jodidos los dos.

CAPITULO 29

Las imágenes eran más que claras. Mejor que una película porno. ¿Como cojones podía tener tanta calidad de imagen una puta cámara de seguridad?

Por la mañana llamó el Cabeza a mi móvil, a gritos, para que fuéramos a la oficina, yo ya me imaginaba que era sobre lo de anoche. Cuando entramos tenía una televisión encima del escritorio mirando a nosotros, con el video en pausa, dejándonos más que claro que era lo que pasaba. Nos hizo sentarnos y nos puso el jodido video. Él estaba detrás de la pequeña televisión y no lo podía ver, pero de seguro ya lo había visto. Solo nos miraba, esperando a que el video terminase.

- Cabeza, no hace falta que lo veamos.

- ¡¡Te callas!! Te callas y lo veis hasta el final.

- Papa...

- ¡¡He dicho que lo veías!!

Se nos veía a los dos follando como locos. A mí no se me reconocía, estaba de espaldas y, aunque no hubiera tenido la cara tapada, la cámara no me pillaba. A Tom se le podía reconocer fácilmente por los ojos, claro, nosotros, los de la comunidad. Cualquiera de la calle lo dudo, ya que se había quitado las trenzas y además se estaba dejando crecer barba. Así que ese era un punto a favor. Y con la braga tapando su cara tampoco se sabía si tenía barba o no. Se nos veía entrar en el despacho. Yo, directo a la mesa, y Tom, directo a bajar mis pantalones. Sin preparación y sin nada, directamente me la metía follando como desesperados. Se nos escuchaba hasta gemir. Pensaba que yo no me ruborizaba, pero, teniendo al Cabeza mirándonos, sabiendo que era el

padre de Tom, nuestros gemidos saliendo de esa televisión y que de seguro había visto el video, me puse rojo como un tomate muerto de la vergüenza.

- ¡¡Ah!! Joder... Como me pone esto. - se me escucho decir a mí.
- Y a mí tus gemidos, pero baja la voz. - ese era Tom.

Me tapé la cara y miré a Tom de reojo, ni siquiera estaba viendo el video. Se entretenía con sus manos con el ceño fruncido. ¡Pero qué vergüenza, joder! Nos hizo verlo por completo. Hasta donde yo veía la cámara, maldecía y nos íbamos de allí. El Cabeza apagó la televisión. La cogió dejándola en el suelo en una esquina y volvió a sentarse en la mesa entrelazando los dedos delante de él.

- ¿Y bien? - dijo sin más. Miré de nuevo a Tom. No parecía que iba a hablar.

- Es... buen video para venderlo y sacar dinero. Alguna web porno estaría...

- No estoy para tus bromas ahora. - dijo callándome.

- Lo podemos explicar. - hablo Tom.

- No, si claro está. No necesito explicaciones. ¡¡Lo que quiero saber es en qué cojones pensáis!! - pegó tal grito que me agarré a la silla. Me cago en su madre, nunca lo había visto así. - ¿Pensáis que esto es un juego? ¿Eh? ¿Pensáis que podéis hacer lo que os venga en gana cuando os salga de los cojones? ¿Cuántos años tenéis? Muy divertido follar en un despacho, ¿verdad?

- Papa...

- ¡¡No!! Me vais a escuchar. Me estáis hartando con vuestros juegos inconscientes. ¿Pero que os pensáis? Ese puto video ha sido el desayuno de muchos, incluso el mío. Lo han pasado por todos los canales. ¿Estáis contentos? ¡¡Toda la ciudad os ha visto... follando!! ¿No tenéis suficiente con que os deje salir? ¿Con que vayáis a tu piso, Tom? - le dijo mirando a él. - Pensaba que tenías más cabeza. Pensaba que podía confiar en ti y que sabías

lo que estabas haciendo aquí. Pero veo que no. No puedo confiar en ti.

- Cabeza...

- No, Axel. Estoy hablando con él. No me esperaba esto de ti. - volvió a dirigirse a él.

- No ha sido él, fue mi culpa, así que deja de gritarle. - me tocó mucho los huevos que se dirigiera a él como si fuera el único culpable cuando la idea fue mía. Cuando yo empecé todo esto.
- ¡¡Grito a quien me da la gana!!

- ¡¡A mí no me vas a gritar!! - me levanté de la silla. Está bien que sea el jefe, que sea el padre de mi novio, pero nadie me iba a humillar así, ni a mí, ni a Tom. No iba a dejar que le tratara como un inconsciente. Diciéndole que le había defraudado. Tampoco había sido para tanto, joder. Un simple video follando, ¿y qué? No se nos veía. No se nos reconocía. ¿Dónde estaba el problema? - ¡¡Solo es un puto video!! No tiene más importancia de la que tú le quieras dar y le estas dando demasiada, Cabeza. Deja de jodernos, no se nos ve. ¿Cuál es el problema?

- ¿Que cual es el problema? ¿Como cojones queréis que deje la comunidad en vuestras manos si hacéis esto? ¿Eh? - ¿dejar la comunidad en nuestras manos? - ¿Como puedo confiar en que no mandarías todo a la mierda en un descuido? No sois vosotros solo, Axel. Son familias detrás de vosotros, niños... No hace falta que te lo explique a ti. Un error y mandáis todo a la mierda. Lo sabes de sobras.

No sabía que quería decir con eso de dejar la comunidad en nuestras manos, pero tenía razón en todo lo demás. No solo habíamos follado. No solo habíamos metido la pata en eso. Si no que podíamos haber dicho algo que hubiera puesto en peligro la comunidad. Y era así. No podíamos cometer errores. Hoy había sido esto, pero otro día puede ser que nos sigan si no estábamos atentos a lo que hacíamos. Además, como no ayudábamos, tardábamos más de lo normal en hacer nuestro trabajo. Y eso nos ponía en peligro. Y ni yo mismo me perdonaría que pasase algo por mi culpa.

- Lo sentimos. No volverá a pasar. - dijo Tom.

- Eso espero. - dijo bajando el tono. Ambos nos sentamos porque los dos nos habíamos puesto de pie. - No es gritar por gritar. Quiero que lo entendáis. No es un juego. No os podéis permitir cometer un error.

- Lo sé. Perdona, Cabeza. Y por gritarte también.

- Esta bien. Los dos lo hemos hecho. Necesito que tengáis la cabeza en su lugar, yo ya estoy viejo y cada día puedo menos con esto. Son muchas cosas y se me empiezan a olvidar la mitad.

- ¿Qué quieres decir con eso? - dijo Tom.
- Tu eres mi hijo, y tú eres mi mano derecha, eres como otro hijo para mí. El día de mañana vosotros tendréis que ocupar mi lugar y haceros cargo de todo esto. Es por eso que me fastidia que os comportéis como críos de dieciocho años cuando no los tenis. No sé qué más queréis. ¿Qué necesitáis? ¿Salir de aquí?

- ¿Que? - ¿estaba dándonos la oportunidad de salir de la comunidad?

- No sé qué más daros para que tengáis de todo y no os haga falta nada.

- Estamos bien, Papa. No queremos nada más. - este chico era tonto o no se enteraba. ¡¡Que nos estaba ofreciendo en bandeja largarnos de aquí!!

- ¿Nos dejarías irnos de aquí? ¿Vivir fuera de la comunidad?

- No me haría gracia, porque estaríais en peligro. Pero, si es lo que queréis...

Miré a Tom y él me miro a mí. Él quería sacarme de aquí desde el primer día que vino. Sacarnos a mí y a Sara. Sara. No la dejaría aquí sola, y Tom menos, y llevarla fuera sería ponerla a ella también en peligro. Porque nos buscaban a los dos y eso significaría que buscarían también a Sara para jodernos. No. Salir de aquí no era una buena idea.

- No. - dijimos los dos a la vez. - No dejaríamos a Sara aquí, y sacarla sería peligroso para ella. - dijo, diciendo justo lo que pasó por mi cabeza.

- No podemos irnos. - continué. - Al menos no de momento. Pero, Cabeza. ¿Como dejarnos a nosotros a cargo de la comunidad? Eso significa no salir de aquí nunca. Y nosotros... - nosotros queríamos tener una vida normal. Que Sara pudiera ir a un colegio y que aprendiera y que tuviera la vida normal de una niña.

- No digo ahora. Ya. Hablo de un futuro. No podría dejar a esta gente, me he dedicado a ellos por años, pero ya tengo una edad. Vosotros ocupareis mi lugar. Sé que es condenaros a esto, pero... Solo pensarlo para cuando llegue el momento de tomar decisiones.

No hablemos más del tema. Eso sería una decisión bastante seria ya que nos obligaría a seguir el resto de nuestros días aquí. Y nosotros no queríamos eso. Yo no quería eso ya. Quería poder salir, vivir, disfrutar con Tom y de Tom. Sin preocupaciones y sin tener que vivir así, como aquí.

- He tomado una decisión así que, no vais a trabajar más juntos.

- ¿¿Que?? - será cabrón

- Cada uno por su lado. Será lo mejor. Tom, tú te quedarás con Erik, Marcus y el Chino. Seguirás haciendo lo de siempre.

- ¿Y yo?

- No es justo.

- Si lo es. - continuo. - Tú, te unirás con Andi. Ese chico cada día parece que le fallan más las neuronas.

- Normal. No para de meterse rayas. - dije riendo. Era así.

- Lo sé, por eso mismo. Le controlaras y tú harás las entregas en el Paraíso con él. Ya me han llamado un par de veces pidiendo que cambiara de chico.

Así que como no quiero más quejas y nos está yendo bien haciendo negocios con ellos, tú te encargarás de eso. Además, me han dicho que alguien más estaba interesado en negociar con nosotros, Andi no sirve para hablar.

- ¿Y quién es?

- No lo sé. Solo sé que es un nuevo socio de ellos. Quiere hablar con nosotros y negociar algo.

- ¿Puedo acompañarle? Al menos déjame acompañarle. Por las tardes no trabajamos y sabes que no me gusta que salga de aquí solo. - también me parecía buena idea que Tom viniera conmigo, así que no dije nada para ver si le convencía.

- Esta bien. ¡¡Pero...!! - dijo levantando el dedo. - Sin más escándalos. Por favor.

- No te preocupes.

- Bien. A las ocho os estarán esperando. Cuando lleguéis os dirán dónde ir. Yo avisaré de que seréis vosotros dos los que iréis. Tom, ¿te quedas un momento? Tengo que hablar contigo.
- Si. Claro.

- Vale, ya no pinto nada aquí. - me levanté y le di un beso a Tom. Total, el Cabeza ya nos había visto follando, en la cama desnudos y vete a saber las veces que nos habría pillado. Así que eso de no besar a Tom delante de él, se terminó.

- ¡¡ Axel!!

- Oh. Es un beso, Cabeza. Tienes razón en eso de que te estás haciendo viejo.

- Ya. - me dijo Tom riendo. - Anda ve. Ahora iré a casa.

- Vale. - le di otro y me fui corriendo antes de que ninguno de los dos

pudiese decir nada.

Caminé a casa pensando que podría hacer de comer. Al final no había resultado tan malo la pillada de las cámaras. Pero sí tenía razón en la bronca que nos había echado. Nunca había sido tan descuidado, pero es que Tom me podía. Y joder, me ponía mucho eso de follar donde podíamos. Pero supongo que se acabó. Aunque... Esta tarde íbamos a salir los dos solos. Tal vez al volver... Si. Si podíamos y nadie se enteraría. Perfecto.

Me jodía el hecho de no trabajar con Tom. Pero bueno, tampoco era nada del otro mundo. Estaríamos juntos casi todo el día y, además, así dejaríamos menos veces sola a Sara. Casi todas las noches tenía que dormir en la casa de los niños, y aunque a ella la idea la volvía loca, a nosotros no nos gustaba tenerla que dejar para que la atendieran las mujeres de la comunidad.

Abrí la puerta de casa y un olor a comida me llamó la atención. Sheila estaba allí, con un delantal puesto y a su lado, sobre la encimera, estaba Sara sentada. No sé qué estaban haciendo, pero olía de maravilla. Hasta me rugieron las tripas.

- ¿Qué haces ahí arriba, princesa? - me acerqué a darle un beso.

- Hola. - me saludo Sheila.

- Estoy ayudando a Sheila a hacer la comida.

- ¿Sí? ¿Y qué vamos a comer?
- Sopa y croquetas. Mira, son letras. - dijo señalándome la sopa. Era cierto, eran letras de pasta que conseguimos la semana pasada. - Y las croquetas las he hecho yo.

- ¡¡Entonces estarán riquísimas!!

- ¿De dónde vienes? - me pregunto Sheila mientras iba friendo cada cosa de esas.

- De hablar con el Cabeza. Nos ha caído una pequeña bronca, pero bueno.

- ¿Y eso?

- Pues... por... hacer lo que no debíamos donde no debíamos. Ya me entiendes.

- ¿Te refieres a.…? ¿No me jodas Cross? ¿En serio?

- Pues sí. ¿Qué quieres? - cogí una cerveza y me senté en una silla. - Te lo recomiendo.

- Ah, sí claro. Como yo salgo de aquí y tengo a quien... - se giró a mirar a Sara y después a mí. - Ya me entiendes.

- Búscate a alguien. Sabes que aquí tienes varios pretendientes. Erik, por ejemplo. ¡Ah, no! Que tú no tienes po...

- ¡¡Cross!! La niña.

- Perdón.

Le expliqué lo que hablamos. Lo que nos había dicho de dejarnos la comunidad a nuestro cargo en un futuro. A ella le pareció igual que a mí, era condenarnos a quedarnos aquí. Aunque nadie tenía esperanzas de salir de la comunidad, la verdad era que decirlo jodía. También le conté lo de trabajar separados y dijo que era lo mejor. No podíamos seguir así, despistándonos y jodiéndola cada dos por tres. Ya fue suficiente con la que liemos con esos dos de seguridad cuando estuvieron a punto de joderme, como para que otra vez, de nuevo, saliéramos en televisión. Era la leche. Pero en cierto modo me hacía gracia si dejaba de pensar en lo malo que era en realidad. Vamos, que nos habían visto toda la ciudad follando. Que bien. De aquí a estrella del porno, ¿o qué?

Cuando llegó Tom y la comida estaba preparada, los cuatro nos sentemos a comer. Sheila últimamente comía con nosotros. No nos parecía mal. Se sentía muy sola y Sara de algún modo tapaba ese vació que había dejado su hija. La quería mucho y la trataba como una madre. Le bañaba, le hacía vestidos con su propia ropa, la peinaba e incluso le cortaba el pelo. Bueno, a ella solo no. A

mí y a Tom también nos cortó el pelo una vez. Y se había encabezonado en cambiarme el color y teñirme de rubio. Me reí en su cara y le pregunté qué cojones se había fumado para pensar que algún día yo me teñiría de rubio. Ni borracho. Después de comer ella y Sara se echaron la siesta en su habitación, mientras yo y Tom nos tumbemos en el sofá viendo la tele. Era el único rato que veíamos la televisión, las noticias, habíamos cogido esa costumbre porque Tom ya la tenía. Así que eso hacíamos, aunque la mayoría de las veces nos quedábamos dormidos.

Tom estaba detrás de mí, abrazándome. Sabía que se había dormido por su forma de respirar y su brazo muerto sobre mi cintura. A mí todavía no me entraba el sueño, así que estaba viendo la televisión cuando pusieron de nuevo el dichoso video.

- Tom. ¡Tom! - le golpeé la pierna para que se despertase.

- ¿Qué pasa?

- Mira. La tele. - se incorporó un poco para poderla ver.

- *La Policía está segura de que es el mismo grupo que ha estado cometiendo robos todos estos años. Las imágenes están pixeladas, pero se puede ver que no solo se dedican a robar...* - y ahí nos mostraban a los dos, pixelando la mayoría de la imagen.

- Pero qué exagerados, coño. Si tampoco se veía nada.

- Si, pero entiende el horario. - dijo acostándose de nuevo. - Ahora habrá niños viendo la televisión.

- Pues que no lo pongan de nuevo. ¿Van a sacarnos en todas las noticias de todos los canales o qué? ¿Les pone?

- Mira que eres burro. - dijo riendo. - Seguro lo hacen por si alguien nos reconoce. - me giré sobre mí mismo entre sus brazos para quedar frente a él. - ¿A ti te pone que nos pongan o qué? Mira que decirle a mi padre de venderlo como video porno y sacar dinero.

- ¿Que? Podría funcionar. - ambos reímos. - ¿Que has hablado con tu padre?

- Nada importante. Oye, ¿a qué hora saldremos de aquí?

- Pues si a los ocho tenemos que estar allí, tendremos que salir sobre las siete o siete y media. ¿A qué viene esa pregunta?

- Por nada. Para saber cuánto rato tengo para disfrutarte.

- ¿Y si... nos damos una ducha tú y yo? Aprovechamos que están dormidas y... Ya me entiendes. - metí mi mano por debajo de su camiseta.

- Si, te entiendo. Y me parece una buena idea.

- Bien. - le dije mordiéndome el labio. - bajé la mano por su pecho y la metí en sus pantalones. Nos besamos y comenzamos el juego. Cuando estábamos lo suficiente calientes, nos metimos al baño.

- Cierra con pestillo. - me avisó.

- Ya lo sé. - estaba de espaldas a él, echándolo y me cogió de las manos subiéndolas y agarrándomelas contra la puerta. - Tom... - se restregaba contra mi culo poniéndome más cachondo si podía al sentirla dura.

- ¿Qué quieres que haga si me vuelves loco? - me dijo al oído.

- ¡Ah! - apoyé la frente contra la puerta y puse mi culo en pompa para que hiciera lo que quisiera.

Me soltó para desabrocharme los pantalones y los dejó caer al suelo, luego me quitó la camiseta. Volvió a coger mis manos, pero esta vez detrás de mi espalda, haciendo que mi pecho quedara completamente pegado a la puerta. Nunca me había gustado que me controlaran, que me agarrasen así. Yo era el que llevaba las riendas, siempre. Pero con Tom me importaba una mierda todo. Como si quería agarrarme a la cama de pies y manos, me dejaría con gusto. Volvió a soltarme las manos cuando empezó a besar mi hombro, mi

nuca, bajando por mi espalda hasta llegar a mi culo. ¿No iba a hacer lo que pensaba, o sí?

- ¡Humm! - sí, lo estaba haciendo.

- ¿Te gusta?

- Joder. Cállate y sigue.

Tenía su cabeza en medio de mi culo y sus manos separándolo. Esto era una puta locura. Me giré y le desnudé a él mientras le comía la boca. Disimuladamente bajé mis manos a su culo. Hacia días que lo llevaba pensando, sabía que se iba a negar, pero necesitaba pedírselo. Como hombre también tenía la necesidad de meterla en caliente, y no en su boca. Así que sin que se diera cuenta de lo que pensaba hacer, manoseándole el culo tanto como pude, puse un dedo en su entrada.

- ¿Espera? ¿Qué haces? - me separó de sus labios.

- Tom... Porfa. Necesito hacerlo.

- No. No, no, no. ¡No!

- ¿Pero por qué no? Déjame solo probar. Si te duele paramos.

- Axel...

- ¡Porfi! Porfi, mi amor. - cuando le llamaba así conseguía lo que quería. Así que por intentarlo no perdía nada. Le fui besando el cuello y después volví a sus labios. - Porfi. - le dije mordiendo su labio inferior.

- Cómo seas bruto, te juro que te mato. - me colgué de su cuello, no podía creerlo.

- Juro que seré cariñoso y lento.

Volvimos a besarnos y entremos en la ducha cuando el agua estaba caliente.

Cogí jabón, porque no teníamos otra cosa en casa, ya que yo solo lo usé la primera vez en su piso, pero no lo necesite más veces. Así que, con mi mano pringada de jabón, besándonos y despacio, fui metiendo un dedo en él.

- Hum... - se quejó un poco cuando apenas no tenía metido ni una tercera parte de mi dedo. Pero como no dijo nada más, fui metiendo un poco más. - Joder. Duele.

- Es porque estás tenso. Tienes que relajarte.
- Que no. Que paso. No quiero, Axel. Lo siento, pero a mí no me pone que me la metan. - me cogió la mano y sacó el dedo de golpe. - ¡Coño! Joder. No. Ni de broma. Si un puto dedo me duele, cuando metas eso me matas. - me reí.

- Eres un exagerado.

- Joder, que sensación más rara. - siguió quejándose.

- Bueno, ya. - dije saliendo de la ducha. - Que coñazo eres.

- Oye. Joder, lo siento. No me gusta, ¿qué quieres que haga?

- Al menos dejar de quejarte para un rato que tenemos solos.

- Ven. - me cogió de las manos y me hizo entrar de nuevo a la ducha. - Lo siento, ¿vale? - dijo abrazándome. - Lo he intentado al menos. Otra vez que estemos solos probamos de nuevo.

- ¿Promesa? - le pregunté mirándole a los ojos.

- Promesa. - me dijo sonriendo.

- Vale. Está bien. Pero ahora me la chupas.

- Axel... - dijo rodando los ojos.

- No. Abajo. Me la debes, la última vez lo hice yo.

- Vale. Pero no me lo pidas así. Sabes que no me gusta que hables así.

- Tom... Chupa.

- A veces eres muy infantil, ¿lo sabes? - dijo poniéndose de rodillas.

- Y tu muy tonto. - me agache con él en la bañera, que a lo tonto se había llenado casi hasta arriba. Cerré el grifo del agua e hice a Tom caer de culo quedando sentado. - Hoy no, pero me la debes.

Al final lo hicimos así. Me gustaba demasiado picarle y joderle, algún día me mandaría a la mierda. Pero me hacía gracia ver su cara de confusión sin saber qué era lo que iba a hacer. Le toqué por un rato y cuando se le volvió a levantar, me senté sobre él dándole la espalda.

Salimos de la ducha y Sheila estaba pelando un par de frutas a Sara para merendar.

- ¿Que? ¿Bien? - dijo sin mirarnos. Ambos salimos tan solo con la toalla en la cintura.

- De pu... maravilla. Vamos a cambiarnos.

- Espero que no tardéis otras dos horas. Me tengo que ir a ayudar a Matilde con las cosas para Navidad.

- Ya salimos. - dijo Tom.

Ambos entramos en la habitación, ahora que lo pensaba no sería mala idea poner también un pestillo, por Sara más que nada. Saqué ropa para mí del armario mientras Tom se frotaba el pelo con la toalla. Cada día me gustaba más. Me encantaba su pelo así, largo y suelto y esa barba. Joder. Mejor que las trenzas con las que vino.

Cuando salimos Sara ya estaba sentada en la mesa comiendo su fruta. No tardamos ni dos minutos en salir. Sheila se despidió y se fue. Tom me preguntó cómo celebrábamos la Navidad y se lo expliqué. No hacíamos mucho, pero

para nosotros era unas fechas importantes. No por ser Navidad exactamente. Cuando llegué no se celebraba. Solo los niños tenían un pequeño detalle del Cabeza. Siempre compraba juguetes a montones para ellos. Un día decidieron que podríamos hacer una hoguera, asar algo de carne y beber todos juntos, pasar dos días al año como una familia. Navidad y Nochevieja. Algunos lo hacían por los suyos, otros, por el mismo motivo no salían. Había muchas familias que para ellos estas fechas significaba guardar luto. Sheila en cambio lo tomaba al revés. A su hija la mataron por estas fechas, pero como ella siempre decía, ¿qué más feliz le haría a su hija que celebrarla? Así que la disfrutaba como la que más. Eso era algo que admiraba de Sheila, a pesar de eso no se hundía.

- Dime, Cabeza. - contesté al móvil.

- Tenéis que salir antes. Cuando he dicho que ibais vosotros dos, parece que se han interesado más todavía y no han querido dejarlo para más tarde. Así que a las seis tenéis que estar allí. Me han dicho que vayáis a la tercera planta, habitación negra.

- ¿Qué clase de reunión se hace en un lugar llamado habitación negra?

- Es la oficina. - me contestaron Tom y su padre a la vez.

- Vale, vale. Entendido.

- Llévate el móvil y activa el GPS.

- ¿Para?

- Pues para asegurarme de que no os perderéis por el camino. ¿Qué crees? No me chupo el dedo, Axel. Ya sé que al coche se lo habéis quitado. Así que haz el favor de ponerlo en móvil y como no...

- Ya. Vale. Entendido. - le corté rodando los ojos y colgué. - Cambio de hora. Nos quieren a las seis. - le dije a Tom.

- ¿Que te ha dicho?

- Que en cuanto les dijo que íbamos tú y yo, se han interesado más todavía.

- Que raro. Se supone que nadie sabe quiénes somos.

- Ya. - dije encogiéndome de hombros.

CAPITULO 30

Dejamos a Sara jugando con los pequeños y le dijimos que, si quería algo, fuera a buscar a Sheila. También pasamos por casa de Matilde, que nos invitó a unos dulces, y le dijimos a Sheila que le echara un ojo a Sara mientras estábamos fuera. Volvimos a por el coche y salimos de la comunidad. Aún no habíamos pisado fuera de ella que ya me estaba llamando el Cabeza para que encendiera el GPS. Puta manía había cogido con saber dónde estábamos.

Cuando nos dejaba "libres", por decirlo de alguna manera, siempre aparecía de sorpresa cortándonos el rollo a Tom y a mí, por eso un día buscamos la manera de joder el puto localizador del coche. Y la encontramos. Por eso no funciona, porque lo jodidos directamente. Pero claro, ahora estaba el del móvil, el mío, porque el de Tom no tenía. No sé por qué se quiso quedar con un móvil más viejo que mi abuelo cuando el Cabeza le regalaba uno igual que el mío.

Cuando llegamos al Paraíso algo me pareció extraño, pero no dije nada. La otra vez cuando vinimos, los que estaban en la puerta iban vestidos como el tío que aparcaba los coches. Esta vez no. Eran dos con muy malas pintas y vestidos por completo de negro y gafas de sol. Tom me miró por un segundo, creo que le dio tan mala espina como a mí.

- Tienes el GPS activado, ¿verdad? - me preguntó cuando montamos en el ascensor.

- No te han gustado esos dos, ¿no? Esto me huele mal.

- Y a mí. Pero seguro que son imaginaciones nuestras. Todo saldrá bien. - me dio un beso y me cogió de la mano.

- ¿La llevas?

- No, la deje en casa.

- Joder. Cuando salgamos a cosas como estas tienes que coger la puta pistola, Tom. - me saqué la mía y se la di. Yo era mucho más ágil que él y tenía más reflejos. - Ten. Y si paso algo, úsala.

- No, guárdala tú.

- ¡¡Ten!! No me discutas ahora.

- Esta bien. - la cogió no muy convencido y se la escondió en la parte baja de la espalda, entre el pantalón, y me volvió a coger de la mano.

Resoplé mirando la pantalla donde pasaban los pisos. La otra vez me pareció más rápido el dichoso ascensor. Las puertas se abrieron y nos encontramos con dos tipos vestidos igual que los que estaban en la puerta.

- ¿Cross? - dijo uno de ellos.

- El mismo.

- Bien, tú nos acompañas. Tú te quedas aquí. - le dijeron a Tom.

- Él no va a ningún lado si no es conmigo. - les contestó.

- ¿Por qué solo puedo entrar yo? Venimos los dos a negociar. Decirle a vuestro jefe que entramos los dos o la reunión se termina aquí.

Uno miró al otro asintiendo y el segundo desapareció en el pasillo.

- Esto no me gusta. - me dijo Tom en el oído. - Mándale un mensaje a mi padre y dile que vas a llamarlo y que se quede escuchando.

Cuando se apartó de mí, le miré a los ojos. De verdad estaba preocupado. Y a mí tampoco me gustaba toda esta mierda para simplemente negociar. Así que le hice caso y le escribí un mensaje.

"Cabeza, las cosas están raras. Voy a llamarte y guardaré el móvil en el bolsillo por cualquier cosa. El GPS sigue encendido"

Esperé unos segundos para que le diera tiempo a leerlo y marqué su número. Cuando descolgó, bloqueé la pantalla y lo guardé en el bolsillo justo cuando volvía el otro tipo.

- Bien. Está de acuerdo. Podéis pasar.

Uno caminó delante de nosotros y el otro detrás. Tom me soltó la mano, pero no se alejó de mí ni un segundo. Entremos por una puerta negra, tal como había dicho el Cabeza. Dentro había cuatro tipos más. La silla del escritorio era de respaldo grande y estaba girada hacia la ventana que teníamos enfrente, dándonos la espalda. Dimos unos pasos entrando en ella y me giré al oír la puerta cerrarse tras nosotros. Los dos tipos se quedaron ahí. Esto no me gustaba una puta mierda.

- ¿Esto es para negociar o es una puta encerrona? - hablé, cabreado. Estaba más que claro que aquí no se iba a negociar nada.

- Sigues igual de malcriado que siempre. - no... Esa voz... - Pensé que te habían bajado los humos en la mierda donde vives. - hijo de puta.

- ¿Qué es lo que quieres? - gruñí, el sillón giro poco a poco hasta que vi sus putos ojos de odio clavados en mí.

- Cuando tiempo. ¿No vas a saludarme?

- Hijo de puta.

- ¡¡Esas palabras!! - dijo con cara de mala hostia para después romper en carcajadas. - ¿Como esta mi amado hijo?

- ¿Que? - Tom me miró, volvió a mirar a ese cabrón y después a mí. - ¿Es tu...?

- Si. La mierda que tengo por padre. - mi móvil empezó a vibrar en mi bolsillo. De seguro el Cabeza había colgado y ahora me estaba llamando de nuevo para decir que saliéramos de aquí. Pero eso era imposible. Teníamos a seis tíos en la puta habitación. Y lo mejor de todo es que de la comunidad aquí había más de media hora, y de casa del Cabeza hasta aquí, casi la hora, o más. Estábamos jodidos, pero bien. Si quería meternos un balazo en la cabeza, lo tenía a huevo. En bandeja. - ¿Qué quieres, eh?

- Negociar. - dijo cruzando sus dedos sobre la mesa.
- Seguro. Déjate de gilipolleces y dime lo que quieres.

- Directo al grano. Te pareces más a mí de lo que piensas.

- En tu puta vida me voy a parecer a ti.

- ¿No me vas a presentar? ¿Sabes? Esta mañana he visto un video. Muy romántico, por cierto. Me preguntaba cuando iba a conocer al nuevo integrante a la familia, pero, vaya, ¡¡sorpresa!! Lo tenemos aquí. Y nada más y nada menos que el hijo de Fabián Trumper. ¿Te gusta dar por culo a mi querido hijo? Siempre supe que era una puta como su madre.

- ¡¡Cabrón!! - me iba a abalanzar hacia él, pero Tom me sujetó y no me dejó. - No vuelvas a llamar puta a mi madre. ¡Cerdo!

- Quieto, Axel. - me dijo Tom en voz baja. - No jodamos las cosas más de lo que están.

- Chico listo. - dijo mi padre señalándolo. - Hazle caso. Mejor no empeorar las cosas. - hizo un silencio y Tom tiró de mí para ponerme a su lado. - Tu madre era una puta que me engañaba, ¿lo sabías?

- ¡¡Mi madre no era ninguna puta, cabrón!!

- Tu madre, por si no lo sabias, y también va para ti Tom, me engaño con alguien muy cercano a vosotros. Y de seguro que te lo ha ocultado durante todos estos años.

- No quiero oír tus mierdas. No me interesan. Di que quieres y déjanos en paz.

- Bueno, eso será un poco más complicado, porque te quiero a ti.

- Pues mátame de una pu...

- ¡¡No!! Nadie va a matar a nadie. - dijo Tom. - Di lo que quieres o lo que buscas y arreglemos esto de una vez. Pero sea lo que sea deja a Axel tranquilo ya.

- Valiente. Y estúpido. Todo en uno. Lo que decía, igual de puta que tu madre. No hacéis ascos a nada. - me estaba tocando los huevos. Tom estaba cerca de mí. Ya no aguantaba más, quería matarlo de una vez. Estiré mi mano disimuladamente detrás de la espalda de Tom. Mi padre seguía diciendo subnormalidades sin sentido. Metí la mano debajo de su camiseta y Tom me miró, negando levemente con la cabeza. Mierda. Si lo hacía no saldríamos vivos de aquí. Por mí no me importaba, pero no iba a dejar que le pasara nada a Tom.

- ¡¡Eh!! - apartaron mi mano de golpe y cogieron la pistola.

- Mierda.

- Jefe. Están armados. - le dijo el puto lameculos que me había pillado.

- ¿Uno contra siete? ¿En serio? Te creía más listo. Si lo hubieras hecho tendrías seis disparos en tu cabeza. - cogió la pistola y la descargó. - Si lleváis alguna más, sacarla antes de que sea tarde.

- Lo que te voy a sacar son los ojos, gilipollas. - el móvil de Tom empezó a sonar.

- ¿Quién te llama? ¿Tu papi? Pásamelo. - Tom no se movió. - Quitárselo.

- ¡¡Eh!! - ambos gritamos y empujamos a dos que se acercaron. Dos me cogieron a mí y uno sujetó a Tom mientras buscaban su móvil por los bolsillos.

- Vamos a ponerlo en manos libres así todos hablaremos en familia. - descolgó el teléfono y fue a hablar, pero le corté.

- ¡¡Cabeza, no hagas nada de lo que te diga!! - grité.

- ¡¡Cállate!! Hola Fabián, cuánto tiempo, amigo.

- Jorg, no sé lo que quieres, pero no les hagas nada. Hablemos. Pídeme lo que quieras, pero no los toques.

- Eso suena bien. ¿Prefieres que me quede con mi hijo o... con el tuyo? Como garantía, digo.

- Cabrón. - volví a insultarle.

- Axel. Cállate y déjame hablar a mí. Jorg, escucha. Suelta a los dos y te daré lo que me pidas.

- Yo pensaba quedarme con los dos, y pedirte lo que quiero, claro. Pero, creo que, si me quedo con tu hijo, me harás más caso. ¿No crees tú que será mejor?

- No. No. Suelta a los dos. ¿Qué quieres? Te dejo el negocio con el Paraíso. Dinero. Drogas. Armas.

- Lo quiero todo, amigo. ¿Qué creías? Ya que me lo ofreces, acepto encantado. Pero... Veamos. Si me quedo con Axel... bueno, sí, tal vez lo hagas por Simone. Al fin y al cabo... por ella haces lo que sea. ¿Ya le contaste a Axel vuestra aventura?

- No seas tan cabrón.

- ¿Que... qué aventura? ¿De qué coño hablas? - ¿mi madre y el Cabeza?

- Jorg, por favor. No toquemos el pasado.

- ¡Uy! ¿He metido la pata? Que despistado soy...

- ¿De qué coño habláis? - volví a repetir.

- ¿Sabes? Pensándolo bien, me quedo con tu hijo.

- ¡¡No!! - grité - Deja a Tom, él no tiene nada que ver en esto. Suéltalo.

- ¡¡Oh!! Pero qué bonito. Me lo voy a pensar. Mmmmm. No.

- Jorg, escúchame.

- Veamos qué hora es. Si, están a punto de llegar. - dijo mirando su reloj. - Despediros, pareja, creo que no os veréis en una larga temporada. O quizás nunca, ¿quién sabe?

- ¿Que? No. ¡No! - empezaron a tirar de mí, sacándome de allí. - ¡Tom!

- ¡Axel!

- Suéltame, imbécil. - no sé cómo lo hice, pero logré soltarme de los dos que me sujetaban y corrí hacia Tom. - ¡Soltarlo, hijos de puta! ¡Soltarlo!
- Soltarlo. Dejar que se despidan. - dijo mi padre. El Cabeza seguía hablando intentando llamar la atención de mi padre, pero no le hacía caso.

- Escucha. - Tom me cogió de la cara y me habló en voz baja. - Vete. Sal de aquí. No me pasara nada.

- No. No pienso dejarte aquí. No pienso...

- Mi padre me sacara. Vete. Haz caso, no compliquemos más las cosas. Tienes que cuidar de Sara por mí. ¿Vale?

- No, Tom. Tu no. Si te hace algo...

- No va a pasar nada. Escúchame. Te quiero, te amo. No lo olvides.

- No. Joder. No. - apreté los dientes y su chaqueta en mis puños de pura

rabia. Esto era culpa mía. Todo era culpa mía. Tom no. No podría perder a alguien más. A él no.

- Ya es suficiente. Me están dando nauseas. Llevároslo.

- Te quiero. - me dijo besándome y me apartaron de él.

- ¡¡Tom!! ¡¡Tom!!

Me sacaron prácticamente arrastras. Pataleé y di puñetazos al aire. No conseguí soltarme. Mierda. No teníamos que haber entrado cuando vimos que las cosas no eran normales. Joder. Si le pasaba algo a Tom, no me lo perdonaría en la vida.

- Soltarme, coño. Soltarme, haré lo que queráis. - intenté convencerles de alguna manera mientras bajamos en el ascensor, pero no me hacían ni el mínimo caso. - ¡¡Cabrones!!

Cuando las puertas se abrieron me empujaron contra los otros dos que estaban en la puerta. Estaban allí, en la puerta del ascensor esperando. No sé qué cojones quería mi padre, pero lo tenía todo bien planeado. Y creo que el cabrón del Paraíso estaba por medio para dejarle montar todo este circo. Me sacaron del edificio y para mi sorpresa, había un coche de la Policía esperando.

- Ayudarme. Me tenéis que ayudar. - les pedí cuando los tenía enfrente. - Jorg, Jorg Diyit está en la tercera planta. Ayud... ¿Que? - ¿esto era una broma? Me estaban esposando. - ¡¿Qué coño hacéis?! Me tenéis que ayudar, joder.

- Oh, sí. Te daremos un nuevo lugar. ¿Qué tal cuatro paredes con barrotes y no salir en tu vida? Tienes muchos, muchos delitos, chico. Con suerte saldrás en unos treinta o cuarenta años.

Me metieron al coche. No podía hacer nada. Por la ventanilla vi como uno de los tipos de mi padre le soltaba un buen fajo de billetes a uno de los Policías. De puta madre, hasta en la Policía tenía contactos. De esta no saldría. Tom. Mierda... Tenía que hacer algo.

- Oye... o-oye. - les llamé. - Tenéis que ayudarme. Por favor.

- Tranquilo, chico.

- ¿¿Es que no lo entendéis?? Van a matarle, joder. ¡Soltarme!

- Axel, tranquilo. - dijo uno girándose y mirándome. Al decir mi nombre se llevó toda mi atención. - Todo está controlado. - se arrancó el bigote postizo que llevaba.

- ¿Pero... como...? ¿Como sabíais que...? - era el hermano del Cabeza. ¿Como no me había dado cuenta antes? Su hermano y su primo. Sus dos gorilas.

- Cuando Fabián escuchó que era Jorg, llamó a unos contactos que tenemos en la comisaría. Le dijeron que tenían aviso de que estarías allí. Nosotros también tenemos contactos así que, nos hicimos pasar por ellos.

- ¿Y los Policías reales? ¿Los que iban a venir a por mí? No entiendo nada.

- Esos estarán en alguna cafetería comiendo Donuts. - rio el otro. - Dirán que era un falso aviso o que cuando llegaron no estabas.

- Tom. Tenemos que sacar a Tom de allí. Lo matará.

- No le hará nada. Tu padre solo busca quedarse con todo lo que tiene Fabián. Llegaran a un acuerdo y lo soltaran.

- Y lo mataré. - dije en voz baja para mí mismo.

Si antes lo tenía claro y era mi promesa con mi madre, ahora lo tenía más claro todavía. Lo mataría en cuanto pudiera. No iba a jugar más conmigo, no iba a joderme la vida y menos jugar con la vida de Tom. Ya tuve suficiente con que me quitase a mi madre. Tom no. Con Tom podía evitarlo.

Me dijeron que el Cabeza estaba en casa de Tom, que era el único lugar

que teníamos en la ciudad y el que más cerca quedaba del Paraíso. Así que allí fuimos.

En cuanto bajemos del coche me quitaron las esposas. Subimos a casa de Tom. El Cabeza estaba allí con tres tipos más.

- Axel.

- ¿Que vamos a hacer? ¿Qué has pensado? Tenemos que sacarlo.

- Tranquilo. Ven, te presento.

- No quiero conocer gente nueva, coño. ¡Es tu hijo el que está con mi padre! Deberías estar allí sacándolo.

- ¿Y que nos maten a todos? Hay que pensar con la mente fría. Tengo miedo por Tom tanto como tú, Axel. Pero no podemos actuar sin más. Tenemos que ver que quiere y dárselo. Es la única manera de que nadie salga mal parado.

- Joder. - miré por un momento a los tipos. Uno de ellos lo conocía. Claro que lo conocía. Era el cabrón del Paraíso. - ¡¡Tu!! Desgraciado. Tú has dejado que mi padre montara todo esto. Cabrón. - le pegué un puñetazo en la boca que, si no se agarra a la mesa, se cae al suelo.

- ¡¡ Axel, para!! Él no ha hecho nada. Tu padre tiene a su mujer y sus hijos. Ha tenido que darle el Paraíso. ¿Entiendes?

- ¡¡Mierda!! - empecé a desesperarme. A caminar de un lado a otro.

Sabía que mi padre era capaz de matar sin miramientos. Y sería capaz de hacerlo con Tom sin pensarlo dos veces a la mínima que viera que estábamos jugando con él o que tramábamos algo. El Cabeza tenía razón. Había que pensar bien las cosas. Pero, joder, no podía quedarme tranquilo. ¿Cómo iba a hacerlo?

- Mierda, mierda, mierda.

El día pasaba y no conseguíamos nada. El Cabeza llamó al móvil de Tom infinidad de veces para poder hablar con el cabrón de mi padre, pero no descolgaba. Intentamos mandar gente, como si fueran clientes normales del lugar, pero tampoco pudimos hacer nada. Había cerrado el Paraíso. No dejaban entrar a nadie. Sentía mucha rabia e impotencia de no poder hacer nada. Estuve casi toda la tarde mirando por la ventana, dando vueltas a mi cabeza. Algo se podría hacer. Algo. ¿Pero el qué?

- Axel, cena algo. - me dijo el Cabeza poniendo su mano en mi hombro.

- No tengo hambre.

- Yo también estoy preocupado. - dijo poniéndose a mi lado y perdiendo la vista en la ciudad. - No podemos hacer nada más que esperar a que Jorg llame y me diga qué quiere.

- ¿Le engañaras? No puedes darle todo, Cabeza. Si lo haces nos quedamos sin nada.

- Lo sé. Pero es eso o Tom. Tú lo sabes mejor que nadie.

- Si. - si Tom estaba bien todavía era porque mi padre quería todo lo que el Cabeza tenía y manejaba. Y eso significaba no poder ni traficar con droga, ni armas, ni robar. Sería como cederle todo a él. Nos quedaríamos sin comida y sin dinero. No podríamos pisar la ciudad. Y todo era culpa mía. Si no me hubiera salvado ese día...

- Fabián. - el móvil del Cabeza empezó a sonar. No sé de dónde sacaron una mierda de aparato que decían que registraba y localizaba las llamadas, y sabiendo el número de Tom, no fue difícil hacer el registro. Solo quedaba esperar a que llamasen para saber si estaban en el Paraíso todavía o donde. Y ahí estaba la llamada.

- Jorg. - lo pusieron en altavoz.

- Mi querido amigo. ¿Ansioso por mi llamada?

- Terminemos con esto de una vez. Dime lo que quieres y devuélveme a mi hijo.

- No sé si podré hacerlo. - sentí como si me hubieran estrujado el corazón cuando oí esa frase y me acerqué al Cabeza. - ¿Puedes hablar Tom? Hum. Parece que no le apetece. - quería gritarle, pero se me adelantaron y me taparon la boca.

- No tiene que saber que estás aquí. Recuerda que se supone que estás en la cárcel. - me dijo el hermano del Cabeza en el oído. Asentí y me soltó.

- Deja de jugar. Déjame escucharle.

- Esta bien. Te dejo oírle. - se escucharon ruidos de fondo y después una queja de Tom. Le estaban pegando.

- ¡¡Tom!! - gritó el Cabeza. A mí me dio tanta rabia que me di la vuelta y me lie a darle patadas y puñetazos a la pared, destrozándome las manos.

Quería gritar. Quería gritar, cogerle del cuello con mis propias manos. Estrangularlo. Darle una paliza y matarlo como mató a mi madre. Por ella y por Tom. Ese desgraciado me había quitado lo que más quería y ahora quien decía que no lo haría por segunda vez. Y yo no podía hacer nada. Nada. Como con mi madre. Ni siquiera valía para defender a los míos. Lo sabía. Sabía que no podía meterme en una puta relación con Tom. ¿Por qué? Por miedo a esto. Porque él nunca me dejaría en paz. Solo buscaba matarme o hacerme sufrir perdiendo a la gente que más quería. Y me tenía en bandeja para matarme, pero no, su puta obsesión con ser el único en mandar y manejar la ciudad le había hecho quedarse con Tom. Dos pájaros de un tiro. El Cabeza y yo. Con Tom nos jodía a los dos.

Caí al suelo, en silencio, agarrándome las piernas y llorando sin darme cuenta. No estaba ahí en ese momento y podía sentirlo. No me encontraba bien. Todo me daba vueltas y era como un sueño. Todo parecía irreal.

- Axel. Axel. Axel.

Era lo único que escuchaba una y otra vez. Miraba sin mirar, no veía nada. De nuevo me estaba pasando eso y por primera vez era consciente. Quería hacer caso, pero no podía. No podía. Necesitaba a Tom. A Tom y a mi madre.

- Axel.

- ¡¡Joder!! ¿Pero que...? - estaba dentro de la ducha de casa de Tom, sentado en el suelo y cayéndome el agua helada encima.

- Lo siento. - dijo cerrando el grifo y entonces me di cuenta de que era Erik. - El Cabeza me dijo que hiciera esto si tardabas en reaccionar.

- ¿Dónde están? - el piso estaba vacío. No estaba el Cabeza, no había nadie. - ¿Dónde han ido?

- Han negociado y...

- Mierda. - le corté. No podía ser. No me había enterado de nada. Vi mis manos vendadas, entonces recordé toda esa puta rabia. - Tom... - susurré.

- Han ido a por él.

- ¿Donde? Tengo que ir.

- Axel.

- No me jodas. Tengo que ir. Tengo que... ¡¿Dónde están?! ¿Llevas tu pistola?

- Si, si la tengo, pero...

- Dámela.

- Axel.

- ¡¡Que me la des!! ¡No pienso quedarme aquí! ¿Entiendes?

- Escucha. Deja al Cabeza, él sabe lo que hace.

- ¡¡No!! Él piensa que va a ser así de simple. Que le dará lo que él quiere y él y Tom vendrán de vuelta. Los va a matar, Erik. ¿Entiendes? Los matara. Mi padre no mueve un dedo sin matar a alguien después.

- Pero...

- ¿Te lo repito? ¿Has oído hablar de Jorg Diyit? - se le fue el color de la cara. - Si, ese mismo. El que mató a su mujer. El que busca a su hijo. El que ha matado a todo aquel que se le ha cruzado en el camino. - raro era si nadie había oído hablar de él.

Mi padre y el Cabeza eran igual, en el sentido de todo lo que hacían y a lo que se dedicaban. Solo que cada uno lo hacía con un fin y de manera diferente. El Cabeza por ayudar a toda esa gente que no tenía nada. Mi Padre por dinero. El Cabeza no mataba, por mucho que siempre fuéramos armados, nunca disparábamos. Mi padre no dudaba en hacerlo. Le daba igual. Le importaba una mierda las vidas que se llevase por delante. Todos en la comunidad sabían quién era, pero nadie sabía que él era mi padre.

- Pues si no lo sabes ya, te doy la sorpresa. Jorg Diyit es mi padre.

- Joder... - dijo tapándose la boca con ambas manos.

- Si. Joder. ¿Entiendes ahora por qué tengo que ir? No van a salir con vida de allí. Conseguirá todo del Cabeza y después lo matará y Tom irá detrás.

- Entonces... Joder. Tengo la moto abajo. Ten. - no lo dudó dos veces y me dio la pistola y las llaves de la moto. - Yo llamaré a los chicos, les diré que vengan a por mí e iremos también.

- ¿Cuánto hace que se han ido? - no me importaba lo que acababa de decir porque no tenía sentido. De la comunidad aquí tardarían un buen rato. A lo que llegasen, ya no harían falta.

Me dijo donde habían quedado. A las afueras de la ciudad en una fábrica. Y como no, terreno de mi padre. Solo esperaba que el Cabeza tuviera un buen

plan y todo preparado porque... Mierda. No podía dejar de pensar que algo les iba a pasar.

Pero a ti también. Y como que me llamo Cross, esta es tu última noche en la tierra. Mama, espero que lo esperes para devolverle todo lo que te hizo y de ahí, lo mandes al mismo infierno.

CAPITULO 31

Nunca pensé que en mi vida volvería a sentir miedo por lo que le podría pasar alguien. Y ahora no tenía miedo por solo una persona, sino por dos. Obviamente por Tom, pero el Cabeza también me preocupaba, por ser su padre y por todo lo que ha hecho por mí. La verdad es que no pensaba en nada más que ir, presentarme allí y matar a mi padre. Pero no podía hacer eso porque sería una masacre.

Al final Erik se vino conmigo en la moto. Llamemos a los chicos y les expliquemos lo que pasaba y ninguno se lo pensó dos veces. La fábrica no quedaba lejos de la comunidad. Casi teníamos el mismo camino hasta llegar, ellos y nosotros. Así que como no tenía idea del plan del Cabeza y no quería llamarle para no cagarla, pensaría mi propio plan. Pero primero tenía que saber cuántos eran y cómo era la fábrica.

Salimos de la ciudad y cogimos el camino que nos llevaba a ella. Sabía que un poco antes había una casa abandonada así que allí quedemos con los chicos.

Dejé la moto en la parte de atrás por si pasaba algún coche que no la vieran y no sospecharan. Los chicos también venían en ellas. Era lo más cómodo para salir corriendo si lo necesitábamos.

- Todo saldrá bien. - me dijo Erik entrando dentro.

- Eso espero. A ver. Tenemos que pensar cómo hacerlo. No serán ni tres ni cuatro. Si en el Paraíso eran ocho contando a los dos de la puerta, no me extrañaría que tenga a toda su gente ahí.

- Marcus me ha dicho que se conocía la fábrica, así que tenemos un punto a

favor. Y el Chino sabe manejar eso de los GPS.

- ¿Y piensas que el Cabeza lo tiene activado? No seas estúpido, por dios. Piensa las cosas Erik.

- Tienes razón.
-Sssshhh. ¿Escuchas? Un motor. - me acerqué a la ventana que daba al camino y vi pasar un coche. - Tom... - lo vi en la parte de atrás.

- ¿Lo has visto?

- Si. Iba atrás pero no me he dado cuenta quien iba en el coche.

- El Cabeza debe estar ya allí entonces.

- Mierda. ¿Cuánto más van a tardar? - me puse nervioso esperando a los demás.

- Ya vienen. Mira a allí. - dijo señalando. Si, ya venían. Se podían ver diez o doce motos a lo lejos. Bien. Cuantos más fuéramos mejor. - ¿En serio vas a... matar a tu... ?

- Si. - le corté. - No voy a esperar más. Lo he alargado demasiado. No pienso dejar que me joda una vez más.

- Vale. Pero primero nos ocupamos de Tom y el Cabeza. Después... haces lo que quieras.

Sabía que lo decía por no verlo.

Los chicos entraron en la casa dejando las motos junto a la mía. No tardemos en trazar un plan. Marcus se sabía cada rincón de la fábrica y se imaginaba donde podían estar. Solo quedaba esperar que fuera así. Y que Tom estuviera allí.

La idea era deshacerse de la gente de mi padre de uno en uno y después, ir a por él cuando fueran menos. Lo que me extrañaba era que no habían pasado

más coches. Solo uno, en el que iba Tom. Y eso era demasiado raro.

Salimos de allí y fuimos a la fábrica. Cuando paré la moto mi móvil empezó a sonar. Era un número que no tenía, de seguro otro de los putos juegos de mi padre.

- Cross. - Marcus se acercó a mí. - ¿Pasa algo?

- No sé quién me está llamando.

- Déjalo. De seguro no es importante, al menos ahora no.
- Tienes razón. - colgué, pero no hice más que dar dos pasos que me volvió a llamar. - Voy a contestar. Esperar. - di dos pasos atrás, alejándome un poco de los chicos.

- ¡Axel!

- ¿Tom? - juro que el corazón me dio un vuelco o algo. - Dios. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

- Me han encerrado en un cuarto. Logré quitarle el móvil a uno de esos en el coche.

- ¿Estas solo o te están haciendo llamarme?

- No. Tranquilo, estoy solo. Por favor, que no le pase nada a mi padre. ¿Me escuchas? Primero ocuparos de él.

- Dime donde estas.

- No lo sé. En uno de los cuartos de la planta baja. Da igual.

- No da igual. Los chicos irán a por tu padre, yo voy a por ti.

- Axel, hazme caso...

- No. Voy a por ti. ¿me oyes? Si te pasara algo no me lo perdonaría en la

vida. Si no te encuentro te llamo a este número.

- Vale.

- Tom...

- Dime.

- Te quiero.

- Y yo, mi vida. Ten cuidado.

- Descuida. - colgué y guardé mi móvil en el bolsillo. - Marcus, llévate a todos los demás y seguir el plan. Me llevo a Erik. Tom está en la planta baja en algún cuarto. En cuanto lo saquemos nos unimos a vosotros.

- Bien.

- Vamos entonces.

Todos entramos en la fábrica. Los chicos se fueron escaleras arriba y Erik y yo hacia abajo. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Apenas había luz, todo estaba oscuro y no veíamos por donde caminábamos. El suelo estaba lleno de escombros y mierda por todos los lados, era imposible andar sin hacer ruido. Había un gran pasillo a cada lado de las escaleras con montones de cuartos.

- Esto va a ser imposible. - dijo Erik.

- Tu ves por allí y yo por aquí. Quien primero lo encuentre llama al otro. ¿Bien?

- Si.

- Pon en silencio el móvil. No sé si estará solo o nos estarán esperando.

Después de ponerlos en silencio, cada uno tomó un camino.

Podía confiar en Erik, a pesar de sus reacciones cada vez que veía alguien muerto, sabía que si estaban en peligro no dudaría de disparar. Así que me fui tranquilo por mi camino. Ojalá me encontrara solo a mi padre de una vez. Ojalá fuera así y terminara todo de una vez. Fui cuarto por cuarto, escuchando y mirando todo atentamente. No había nadie ni nada por ningún lado.

Después de un largo rato sabía que nos enredaríamos más de lo pensado, aquello era inmenso, así que cogí el teléfono y llamé al número con el que me había llamado Tom.

- Dime. - contestó.

- Escúchame. Esto es enorme. No hay nadie. Da golpes pequeños en la puerta o algo para saber dónde estás.

- Bien. - me aparté el teléfono e intenté escuchar algo. - ¿Ya?

- No. No oigo nada. Espera que me adelanto un poco más. - dije caminando un poco y adentrándome más en el pasillo. - Hazlo de nuevo. - volví a retirarme el teléfono del oído. Nada.

- ¿Ahora?

- No oigo nada, joder. ¿Seguro que estás en la planta de abajo?

- Si. O eso creo.

- ¡No me jodas, Tom!

- No sé decirte, ¿Vale? Me han vendado los ojos. Solo sé que he bajado unas escaleras. No he podido ver nada hasta que he llegado aquí y ya estaba encerrado.

- Vale. Vale. Tranquilo. Estoy caminando tu sigue dando golpes flojos en la

puerta.

- Axel, vete.

- Vaya, vaya. ¿Hablando por teléfono sin pedir permiso? - oí una voz con Tom. No era mi padre.

- Tom. Tom. - lo llamé, pero entonces empecé a oír también su voz lejana del teléfono. - Mierda. - susurré y colgué.

Volví tras mis pasos. Estaba claro que allí no estaba porque no vi a nadie ni tampoco escuchaba las voces, y por lo vacío que esto estaba, tenía que haber oído un mínimo ruido o murmullo.

Marqué a Erik, pero no me lo cogía. Tenían que estar en el lado del pasillo por el que él estaba mirando. Fui deprisa, caminando, mirando y atento a todo, pero intentaba ir deprisa. Tom ya no estaba solo y eso me ponía nervioso. Pasé todo lo que había recorrido y crucé al otro lado. Se empezó a escuchar mucho jaleo y varios disparos que venían de la parte de arriba, pero solo uno me heló la sangre. El que había resonado aquí abajo.

- ¡¡Tom!! ¡Erik!

Empecé a correr sin cuidado alguno. Cruzando el puto pasillo hasta que vi que, de uno de los cuartos, salía algo de luz. Alguien estaba en el pasillo, de pie, y a sus pies, otro tirado en el suelo.

Levanté la pistola y estuve a nada de liarme a tiros si no fuera por el grito de Tom.

- ¡No dispares!
- ¡¡Tom!! - una sonrisa se dibujó en mis labios. Estaba bien. No era él el del suelo. Estaba bien. Tom seguía vivo. - ¡¡Dios!! - me lancé a sus brazos sin dudarlo ni pensarlo. - ¿E-estas bien? ¿Te han hecho algo? - le dije tocando su cara y su cuerpo.

- Me duele un poco las costillas, así que... no abraces tan fuerte, por favor.

- dijo riendo y besándose. - Axel...

- ¿Que?

- Erik... - dijo mirándolo.

Me giré para verle. Mierda. Me había olvidado de él por completo.

- Erik. - me acerqué a él y le levanté la cabeza. - Erik, mírame. No le mires a él. Mírame a mí. - estaba de pie. Ni siquiera se había movido. Todavía apuntando al tío con la pistola y perdido con la mirada en él. - Bien, bien, eso es. Has salvado a Tom, eso es lo que importa. ¿Vale? - me miró haciéndome caso y asintió con la cabeza.

- Vámonos antes de que vengan más. - dijo Tom y los tres salimos de allí.

- ¿Dónde está el cabrón de mi padre?

- No lo sé. Pero aquí no está. Él no ha venido.

- Mierda.

- Axel. No pienses en él ahora. Vamos a por mi padre y salgamos de aquí.

Si. Tenía razón. Habría tiempo de ocuparme de mi padre.

Subimos arriba. Tom se quedó con Erik fuera escondidos. Erik estaba de los nervios y ahora mismo, solo era un estorbo para entrar dentro con los demás, así que le dije a Tom que se quedara con él, ya que Tom tampoco estaba muy bien.

Cuando volví a entrar no me hizo falta caminar mucho. Los chicos ya salían con el Cabeza, sujetándole. Le miré la pierna y le sangraba.

- ¿Que le ha pasado? - pregunté.
- Estoy bien, Axel. No te preocupes. ¿Tom? ¿Dime que él estaba aquí?

- Si. Está fuera con Erik. Ha matado al que vigilaba a Tom.

- ¿Erik? - preguntó Marcus.

- Si, ¿estas sordo? Vámonos de aquí echando leches.

- Tu padre no ha venido. Era una trampa. - me dijo el Cabeza.

- Lo sé. Eso es lo de menos. Te llevaremos al hospital. A Tom también tienen que mirarlo. Vosotros volver a la comunidad y mantener los ojos abiertos. Doblar vigilancia si hace falta. No me fio de nada. ¿Estamos?

- Como digas Cross. ¿Con Erik qué hacemos?

- Se va con vosotros. Darle algún porro o que se meta algo para que se olvide de todo. En un rato se le pasara.

- Bien. Nos vemos.

- ¡¡Tom!! - los dos salieron del rincón donde estaban. - Vamos al hospital. - le dije sujetando al Cabeza. - Erik, tu vete para la comunidad y descansa. - asintió y se fue hacia la moto.

- Papa, ¿que...? ¿Estás bien?

- Solo un rasguño, tranquilo.

- ¿Sabes cómo hacer un puente al coche? - le pregunté a Tom.

- ¿Lo dudas? Dejármelo a mí.

En moto no podíamos ir los tres y dado que teníamos un coche el cual poder coger "prestado", que mejor que cogerlo. No hizo falta forzarlo, estaba abierto y además con las llaves puestas, que subnormales. Montemos atrás al Cabeza y nos pusimos en marcha hacia el hospital.

- ¿Has estado todo el tiempo en el Paraíso? - le pregunté.

- Si. De ahí no salen. Y lo más seguro es que Jorg siga allí. - le miré, no dijo "tu padre" y eso me gusto. Miraba por la ventanilla mordiendo las uñas. Nervioso.

- Tom. - le dije cogiendo su mano. - Ya ha pasado. Tranquilízate.

- No es eso. - apoyó la cabeza en el asiento y resopló. Giró para mirarme y siguió hablando a la vez que acariciaba mi mano con su pulgar. - Oí demasiadas cosas. No está solo. Jost lo conocía y tu padre le pagaba por darle información de ti. Donde ibas y cuando salías.

- ¿Que? Maldito hijo de puta.

- Los tipos de seguridad que estuvieron a punto de... Ya sabes.

- ¿Cosa de él también?

- Si. Sabía que íbamos a ir y sabe vuestra manera de actuar. No tenían nada que ver con la empresa, pero eso no salió por televisión.

- Pero... Jost ya estaba muerto. No lo entiendo.

- A eso voy. Tu padre sabe todo de ti, por mucho que nadie salga de la comunidad. Jost lo tenía bien informado. Tanto que... Después de matar a Jost, buscó a otro para que fuera su chivato.

- ¿¿Otro?? ¿Quieres decir que hay alguien en la comunidad que le dice todo?

- Si. Por eso no ha ido a la fábrica. Sabía que ibais a ir todos. ¿No lo habías pensado?

- ¿Como voy a pensar en eso? Solo tenía cabeza para pensar cómo cojones sacarte de ahí. - le miré un segundo, me sonrió y volví la vista a la carretera.

- Gustav. - dijo sin más y lo miré sin comprender. - Él es ahora el topo, por

llamarle de alguna manera.

- ¿Gustav? No. Gustav no haría eso.

- Gustav está enamorado de ti y a mí me odia a muerte. Yo mismo los escuché hablando.

- Cabronazo.

- No va a parar, Axel. Tu padre no va a parar.

- Nunca lo ha hecho. - miré por el retrovisor al Cabeza. Me extrañaba su silencio. - Mierda. - estaba con los ojos cerrados, como desmayado.

- ¿Que?

- Tu padre está perdiendo demasiada sangre.

- ¡¿Que?! - se giró para verle. - Acelera. ¡Acelera, Axel!

- ¡Eso hago, joder!

Pisé el acelerador tanto como pude.

Cuando llegamos al hospital, Tom bajó del coche y fue a ver a su padre, yo entre en el hospital pidiendo ayuda. Dos médicos se me acercaron y con una camilla salimos a por el Cabeza. Se lo llevaron de urgencias. No reaccionaba. Nos quedamos en la puerta esperando, Tom tenía que mirarse, pero sabía que no se movería de ahí hasta no saber nada de su padre.

- Sara. Llama a Sheila, que no salgan de casa y que doblen seguridad. - dijo de repente.

- Ya se lo he dicho a Marcus. Tranquilo. Le he dicho que doblen seguridad y estén atentos por si pasa algo.

- Vale... Vale. - dijo intentando tranquilizarse a sí mismo.

- Tom, todo irá bien. - le abracé despacio para no hacerle daño y él me abrazó por el cuello con más fuerzas que nunca. Nunca me había abrazado así.

- No quiero perderlo ahora que lo he recuperado. No quiero que le pase nada.

- Estará bien. Veras que sí. - le dije acariciando su espalda. - Tu padre es fuerte, solo ha perdido mucha sangre, pero estará bien.

- Te quiero. - dijo besando mi cuello y se derrumbó.

- Tom... Eh, mi vida...

No paraba de llorar. Supongo que fue todo el cúmulo de cosas. Era tarde, eran las cinco de la mañana y todavía no habíamos dormido. Entre todo lo que había pasado, el sueño, el cansancio... Lo entendía porque yo estaba igual. Había pasado tanto miedo por él... Pero ahora necesitaba que yo estuviera fuerte para él y así iba a estar. Más fuerte que nunca para apoyarle. Al Cabeza no le iba a pasar nada, pero era normal que Tom estuviera asustado.

Cuando se tranquilizó y se desahogó un poco, nos sentemos en los sillones que había ahí y saqué dos cafés. Sheila me llamó para preguntarme por el Cabeza y Tom. Ambos hablemos con ella. Estaban asustados en la comunidad, se había corrido la voz de todo lo que había pasado y ya todo el mundo sabía que ese desgraciado era mi padre. Que bien. Solo me faltaba que ahora cuando volviéramos me tocaran los huevos con eso. Nos dijo que Sara estaba dormida y que no iban a dejar salir a los niños de la casa, al menos de momento por si pasaba algo. Teníamos que estar pendientes de todo. Mi padre no se iba a quedar tranquilo y menos sabiendo que habíamos ido todos a la fábrica para cogerle. Esta nos la devolverá. Y no me quería imaginar de qué manera.

- ¿Familiares de Fabián Trumper? - preguntó una enfermera.

- Soy su hijo. - ambos nos levantamos y nos acercamos a ella.

- Bien. Su padre está estable. Ya ha recuperado el conocimiento. Solo fue

un desmayo. Ha perdido mucha sangre, pero nada grave.

- ¿Que tenía? - preguntó. La verdad es que ninguno sabíamos que le había pasado en realidad porque con el pantalón no se veía nada.

- Un corte bastante profundo, parece hecho con algo afilado, pero no sabría decir. Mañana por la mañana podrán verlo. De momento necesita descansar y por la hora no se pueden hacer visitas. ¿Quieren saber algo más?

- No, gracias. Gracias.

- Am, oiga, ¿podrían mirarle a él? Se... cayó de la moto y se queja de las costillas. - me inventé.

- No hace falta, estoy bien.
- No estás bien. Porque te echen un vistazo no pasa nada. Deja que te miren, yo espero.

- Esta bien.

Le di un beso y se fue con la enfermera.

Me senté de nuevo en los sillones y me terminé de beber mi café. Bien. Ahora tenía que analizar todo e intentar averiguar qué pensaba hacer mi padre ahora. Lo primero que hice es llamar a Andi. No se llevaba bien con Gustav así que, si le llamaba a él para pedirle que le quitara el teléfono, no sospecharía nada. Además, no me apetecía molestar a Erik. Quitándole el móvil a Gustav al menos conseguiríamos que no se pusiera en contacto con mi padre. De todas maneras, en cuanto llegase a la comunidad se iba a enterar de quién era yo, porque conmigo no se jugaba.

Mi padre buscaba dos cosas. Lo primero quedarse con todo lo del Cabeza y de paso, llevarse mi vida por delante. La cosa era que no le importaba a quien llevarse por delante primero para llegar a mí. Y eso incluía a todos los de la comunidad, al Cabeza y por supuesto a Tom, y más ahora que sabía que era mi punto débil. Pensando como él, si quería entrar de alguna manera en la comunidad sería cuando la vigilancia no estuviera alerta, y eso era, o bien en

los cambios de guardia o... Claro. ¡Claro, joder! Si sabía cómo nos movíamos en la comunidad por Jost, entonces sabía que la noche de Navidad era la única noche en la que no había vigilancia para pasarla todos juntos. La noche de Navidad. Eso es. Entonces teníamos que idear algo para entonces. Para pillarlo. Contando que confía en Gustav y en lo que él le cuente... Si. Si, joder. ¡¡Cross, eres la hostia!!

Me animé. Me animé bastante y me saqué otro café. Bien, esperaba que fuera como pensaba y que no nos dieran una sorpresa. Navidad era en dos días. Así que no creo que mañana hiciera nada.

- ¿Familiares de Tom Trumper?

- Si, sí. Soy su... novio.

- No tiene nada, alguna fisura, pero sin importancia. Lo único que tiene que hacer es guardar reposo y tomar medicamento para el dolor.

- Bien.
- Esta noche se quedará aquí. Mañana a las diez pasará el Doctor con la receta de lo que necesita y podrán irse.

- Perdona... ¿me puedo quedar con él? - era otra enfermera así que, por probar.

- Claro. Enseguida lo sacaran. Podrá quedarse en la habitación.

- Gracias. - le agradecí con una sonrisa.

Llamé a Sheila de nuevo para avisarle de que pasaríamos aquí la noche y no se preocupara. Mientras hablaba con ella, sacaron a Tom en una silla de ruedas. Fruncí el ceño, ni que estuviera inválido, y él me sacó la lengua. Me reí. El enfermero nos llevó a otra planta. Caminamos por el pasillo y al fin entramos en una habitación. Tom se levantó de la silla de ruedas y se sentó en la orilla de la cama.

- Te traeré un pijama del hospital para que puedas descansar.

- No hace falta. - le contestó Tom.

- En realidad, son las normas. Estás ingresado así que tienes que ponértelo. Enseguida vuelvo. - asintió y se fue.

- ¡Oh, joder! - se quejó agarrándose el estómago.

- ¿Qué te pasa?

- Pues... que tengo hambre, coño. No he comido nada.

- Voy a por unos bocadillos. Yo tampoco he comido nada y ahora que lo dices, también tengo hambre. - dije sobándome el estómago. - Sacaré un par de bocadillos de la máquina del pasillo.

- Gracias.

- A ti por ser tan "bonito". - le dije acercándome a sus labios.

- Tu sí que eres bonito. - me cogió de la cintura pegándome a él entre sus piernas. Se sentía tan bien besarle después de todo el miedo que había pasado.

- Lo siento. - dijo el enfermero después de carraspear. Tom y yo nos separemos aguantándonos la risa. - Aquí tienes. Que descanséis.

- Gracias.

- Adiós. - volví a mirar a Tom. - ¿Siempre nos tienen que pillar?

- ¿Y lo que te gusta que, eh? - dijo riendo y mordiendo mi labio.

- Voy... por los bocadillos y después te ayudo con eso. - dije refiriéndome al pijama. Salí entre risas de la habitación y me acerqué a la máquina que tenía bocadillos, chocolatinas y algunas bebidas. Saqué dos bocadillos y una botella de agua grande.

- Si, esa mujer...

- Ahora también está él ingresado, y por lo que he oído, el hijo también. - escuché a dos enfermeras hablar tras la esquina. Me acerqué un poco, sin dejarme ver. No sé por qué me dio la impresión de que estaban hablando de nosotros. - Esta con su pareja en la habitación. Me ha dicho Valentín que se estaban besando cuando entró a dejarle el pijama. - estaba claro que hablaban de nosotros. - Son jóvenes, igual esta noche tienes movimiento en esa habitación. - dijo entre risas.

- Si, bueno. Mientras no se les oiga por los pasillos. Por si acaso no entraré. En fin. Pobre mujer. ¿Cuántos años lleva aquí?

- Demasiados. No sé cómo aguanta vivir así. Pero es ella la que no quiere salir, eh. Todos piensan que es el marido, pero no. Ni sus hijos vienen a verla.

- Ah, ¿tiene hijos? Chica, no me entero de nada.

- Si. Bueno, me voy, hablamos mañana porque si no me paso aquí la noche y junto turnos.

Me giré un poco y me apoyé contra la pared. Hablaban de la madre de Sara, pero, ¿que otro hijo? ¿El Cabeza tenía otro hijo?

- ¿Axel? - era Tom que se había asomado al pasillo.

- Voy. - dije volviendo con él.

El Cabeza era todo un puto misterio. Así que tenía otro hijo con esa mujer, con la madre de Sara. ¿Tom lo sabía?

CAPITULO 32

No sabía que hacer sobre lo que había escuchado en el pasillo decir a esas dos enfermeras. Ahora no era el momento de discutir, de sacar trapos sucios. Supongo que, si Tom supiera eso de que el Cabeza tiene otro hijo, me lo hubiera dicho. O al menos eso quería pensar. Cuando se calmaran las cosas se lo diría, sí. Ahora no es el momento. Entré de nuevo con él en la habitación.

- ¿Me ayudas? - me dijo sentándose de nuevo en la cama.

- Claro. - le respondí sonriendo.

Le quite la camiseta, le habían puesto alguna clase de crema para el dolor y le habían vendado por completo.

- ¿Te sigue doliendo?

- No mucho. Pero si me agacho o me giro sí.

- Ya. Excusas para que yo sea el que te tenga que desnudar, ¿no?

- Te lo digo enserio. Pero también en parte por eso.

- Lo sé. - le di un beso y se levantó un poco de la cama para que pudiera desvestirle por completo. - No entiendo porque tanta regla, ni siquiera vas a estar una noche. Solo unas horas.

- Ya sabes como son. No sé ni cómo te han dejado quedarte.

- Y que se hubieran atrevido a no dejarme. - dije frunciendo el ceño sin darme cuenta y Tom rio.

- Ya, relaja. Vamos a dormir un poco al menos. Lo necesito. - se metió en la cama y yo me fui al sofá. - ¿Qué haces?

- ¿Dormir?

- Ven aquí. No vas a dormir en ese sofá de mierda.
- Pero la cama es pequeña, y estamos en un hos...

- ¿Venga ya? ¿Vas a decirme que te vas a cortar por eso? Axel, ¿Hablas en serio? - me quedé callado por un segundo.

- A la mierda. - me levanté y me metí con él. Enseguida me abrazó. Era tan pequeña que los dos teníamos que dormir de costado. - Te hará daño.

- No. Me hace daño no tenerte a mi lado. - me respondió con los ojos cerrados ya.

- Te quiero tanto... He pasado miedo. - dije en voz más baja y acurrucándome en él.

- ¿Tu, miedo? No me hagas reír. - le di un golpe en el hombro.

- Hablo en serio, idiota. No sabía que iban a hacerte.

- No hablemos más de eso. Y mañana en casa te curo esas manos. Que no te he preguntado qué ha pasado, pero me lo puedo imaginar.

- Hum... Los ladrillos de la pared de tu casa tienen la culpa.

- Burro.

- Gracias por el piropo. Descansa. - le dije acomodándome de nuevo.

- Y tú, mi vida. - me besó la frente y nos quedemos dormidos a los pocos segundos.

Al rato me desperté. Tom seguía durmiendo como si nada, supongo que por los calmantes o por lo que le dieran, pero a mí esa mierda de cama me estaba jodiendo la espalda. Fui al baño a mear, no aguantaba más. Me quité las vendas que tenía en las manos, tampoco me había hecho tanto. Solo algunos rasguños, eso sí, tenía los nudillos hinchados. Me las lavé y me refresqué la cara y mojé un poco mi pelo. Me miré al espejo, pocas veces, por no decir ninguna, iba sin maquillaje. Cuando salí del baño me quedé mirando a Tom. Dormido, se había puesto boca arriba y ahora ocupaba toda la cama. Así que me senté en el sofá y miré mi móvil. No tenía llamadas ni mensajes así que eso significaba que de momento las cosas estaban tranquilas. Las ocho y media de la mañana marcaba el reloj. Vino a mi mente de nuevo la conversación de esas enfermeras. Podía aprovechar que Tom estaba dormido e ir a hablar con el Cabeza y así de paso veía como estaba.

Salí de la habitación. El pasillo estaba tranquilo, no había nadie por allí, ni siquiera enfermeras. Bajé a la planta de urgencias, donde estuvimos anoche para ver en qué habitación estaba el Cabeza.

- Hola.

- Buenos días, dígame.

- Quería saber en qué habitación esta Fabián Trumper, lo dejaron anoche por observación, pero no nos dijeron en qué habitación está.

- Fabián Trumper. - repitió tecleando. - ¿Familiar? Si no es familiar no puede verle. - joder con la seguridad de aquí.

- Si, es mi... suegro. - qué raro sonaba llamarle así.

- Bien. Déjame ver. Si. Fabián Trumper, cuarta planta habitación 401.

- Gracias. Am... ¿Me puede decir en qué planta está su mujer?

- Espere un momento. - tecleó de nuevo, no sabía cómo se llamaba, pero

suponía que de alguna manera los archivos o algo estarían relacionados. - Hum. Lo siento. Esta información no podemos dársela.

- ¿Y eso por qué?

- No lo sé. La verdad. Aquí me pone que nadie puede pasar a verla si no da permiso el señor Trumper.

- Esta bien. Gracias. - mierda.

- Un placer.

Me fui de allí y cogí de nuevo el ascensor. Cuarta planta, 401. 397. 399. 401. Toqué despacio en la puerta para no despertarle si es que estaba durmiendo y pasé.

- Hola. - me saludó una enfermera que estaba tomándole la tensión.

- Hola. ¿Como esta?

- Tiene la tensión baja, pero está bien por todo lo demás. Esta misma mañana le darán el alta.

- Gracias.

- Hasta luego.

Estaba dormido como un tronco. Me senté en el sofá por si despertaba hablar con él. En realidad, no me importaba una mierda si el Cabeza tenía otro hijo, pero tenía curiosidad de saber quién era. ¿Y si también estaba en la comunidad? Eso quería decir también que Sara tenía otro hermano, uno de verdad, entero, no a medias como Tom. ¿Y quién sería esa mujer? Me moría de ganas también de conocerla. Seria rubia y tan guapa como Sara, imaginaba. Mi móvil sonó. Erik.

"Hola, puta. ¿Como estáis? Me ha dicho Sheila que dejaron a los dos ingresados por esta noche. ¿Como están? Aquí las cosas tranquilas de

momento. Hemos doblado seguridad y a los niños no los vamos a dejar salir, al menos hasta mañana, para la celebración. Ya dirás algo."

"Ya llevo despierto un rato. Las camas estas son una puta pesadilla. Te lo juro. Prefiero dormir en el suelo. Ambos están bien. Esta misma mañana les dejaran salir. Le dije a Marcus que le quitara el móvil a Gustav. Vigílale. Mira a ver lo que hace y que no coja ningún móvil. Ya te explicaré cuando volvamos. Cuida de Sheila y sobre todo de Sara."

"Tranquilo. Me he quedado a dormir con Sheila. Sara sigue durmiendo, pero os echa de menos. No para de preguntar por vosotros. Oh, sí. Lo de Gustav, ya me ha contado algo Marcus. Tenía mensajes de tu padre. Es una pasada, ya lo veras cuando vengas. Llamas cuando salgáis para aquí"

"Espera, ¿has dormido con Sheila? Cabrón. Quiero detalles."

"Cuando vuelvas, putita. No seas tan maruja."

Así que Sheila y Erik. Que cabrón. Yo lo decía de coña cuando le dije a Sheila que probase con Erik, pero... Joder. Al final se lo tomó al pie de la letra. En realidad, me alegro por los dos. Erik es buen tío y Sheila se merece a alguien que esté con ella. Si, me alegraba y mucho por ellos. Solo espero que sea de verdad y que no se dediquen a follar sin más como conejos y que después... Me reí de mi propio pensamiento. Follar como conejos y llenar la comunidad de pequeños conejitos saltarines. Madre mía.

Estaba sentado en el sofá más que aburrido. Ya no sabía qué hacer, este hombre no despertaba y también quería ir con Tom. Miré el reloj en el móvil, había pasado media hora. Aguanté un poco más, pero ya me era imposible estar ahí quieto, así que me fui.

Cuando iba a salir de la planta, dos enfermeras en el mostrador hablaban de ir a no sé dónde. Se me ocurrió una idea. No pasaría nada por buscar un poco de información en el ordenador. ¿No? Así que me quedé por allí, cruzado de brazos, fingiendo un poco y leyendo carteles hasta que se fueron.

Vía libre. Entré, me senté en la silla y solo tenía que poner el nombre del

Cabeza en la misma página que estaba abierta. Que bien, me ahorraban trabajo. Fabián Trumper. Tecleé. En seguida me salió su habitación. Debajo, el nombre de Tom y la habitación en la que estaba y después de Tom, otra habitación. Sin nombre. Que extraño. No tenían ni el nombre de la mujer registrado. Quinta planta, habitación 596. Pues allí que iba de cabeza.

Subí por las escaleras una plata más. En el mostrador había enfermeras que me saludaron, las saludé de vuelta y seguí caminando como si nada. Tal vez así no me paraban. Caminé por el pasillo mirando los números de las habitaciones. Una más. Esta era.

- Señor. - puse mi mano en el pomo de la puerta para abrirlo. - Perdone. - dijo la enfermera apartándome de la puerta. Mierda. Tan cerca... - No tiene permiso para estar en esta planta.

- Si. Perdón. Soy... soy el hijo de... - mierda, no sabía cómo se llamaba. - Bueno, ya sabe. Mi padre, Fabián, me ha dado permiso para visitarla y...

- Lo dudo. Si alguien viene a verla primero llama para avisarnos o viene él. - joder. ¿Como podría hacer para entrar?

- Am... Si. Lo que pasa es que... Mi padre está ingresado y...
- Lo sabemos.

- Pues... eso. Sabe que estoy aquí.

- Lo siento, pero me temo que no va a poder entrar. Si me hace el favor de irse... - mierda.

Me rendí. Esto era imposible. Era fácil apartarla y entrar sin más, pero tampoco quería montar un escándalo, además de que luego me tendría que tragar la bronca del Cabeza. Joder. Un poco más y la hubiera visto si no es por la puta enfermera. Mierda.

Volví a la planta de Tom. No se me ocurría qué más poder hacer. Solo me quedaba preguntar a Tom directamente y así saber si él tenía idea de su "supuesto" otro hermano. Cuando estaba llegando a la puerta salió el Doctor

de ella, así que me paré para preguntarle por Tom.

- Esta bien. No es nada más que el dolor de los golpes. Con que tome medicamento para los dolores y guarde reposo, en una semana estará como nuevo.

- Bien. ¿Y el Ca... - carraspeé - … Fabián. ¿Como esta?

- También está bien, con la tensión un poco baja, pero nada más. Voy a pasar a verle y se podrán ir.

- Gracias.

- Un gusto. -iba a preguntarle por la mujer, pero, qué más daba. Tampoco me iba a decir nada, así que pasé. Entré en la habitación y Tom estaba cogiendo su ropa a punto de entrar al baño.

- ¿Dónde vas? - cerré la puerta al entrar.

- Iba a peinarme y vestirme. ¿Dónde has estado toda la mañana? - entró al baño y le seguí, apoyándome en el umbral de la puerta.

- He ido a ver a tu padre, pero no se despertaba. Duerme como dios, el tío.

- Si. Siempre ha dormido así. Cuando era pequeño me acuerdo que se dormía en el sofá y a mi madre y a mí nos costaba siglos despertarle.
- Joder. ¿Te ayudo? - le dije cuando vi una mueca en su cara reflejada en el espejo.

- Por favor. - cogí el peine y le peiné cogiéndole el pelo en una coleta a medias, dejándoselo como un moño, como a él le gustaba. - Gracias. - se giró para darme un beso. - ¿Me ayudas con los pantalones?

- Claro. Lo que el niño quiera. - bromeé. - Tom... - le baje el pantalón del pijama del hospital y me agaché para que metiera los pies en sus vaqueros. - ¿Tu... sabes si... tienes otro hermano?

- ¿Otro? No me jodas. Bastante sorpresa fue encontrarme con Sara como para descubrir más hermanos. - rio. Cuando se dio cuenta de que yo no lo hice, borró la sonrisa. - ¿Por qué lo preguntas? ¿Tengo otro hermano? - me levanté y dejé que se los abrochara él mientras yo le desabrochaba la camisa del pijama.

- No lo sé. Anoche escuché a dos enfermeras hablando. Dijeron que la mujer, ósea, la madre de Sara, que llevaba mucho tiempo aquí y que sus hijos no habían venido a verla.

- ¿Sus hijos? Igual no hablaban de ella. - le quité la camisa y cogí su camiseta pasándosela para que se la pusiera.

- Si hablaban de ella. Dijeron que nos habían visto besándonos. Por eso sé que hablaban de ella. También dijeron que tú y el Cabeza estabais ingresados.

- Pues... no sé. No sé qué decirte. Se habrán equivocado. O al menos eso quiero creer. Descubrir otro hermano seria la hostia ya. Además, supongo que mi padre me lo hubiera dicho. - salimos del baño y Tom se sentó en el sofá.

- ¿No nos vamos?

- Me van a traer ahora el desayuno. Desayuno y vamos a por mi padre. ¿Vale? - asentí y se golpeó las piernas para que me sentara sobre él. Me acerqué a él y me senté pasando mi brazo por su cuello. - ¿Por qué estás tan serio? - me dijo acariciando mis labios con su dedo pulgar.

- No lo sé. Supongo que son muchas cosas. - le abracé por el cuello posando mi cabeza sobre la suya y besó mi hombro. - He ido a verla.
- ¿Eh? - dijo apartándose. - ¿A quién?

- A la madre de Sara. - levantó una ceja y su expresión cambio. - Pero no he podido. - relajó la expresión. - Bueno, no me han dejado. He estado a nada. He llegado a la misma puerta, pero una enfermera me ha pillado.

- No puedes entrar ahí. ¿Como sabias donde estaba?

- Bueno... He... mirado en el ordenador.

- ¿Que? Tú estás loco. - ahora parecía enfadado.

- Joder, Tom. Quería verla, ¿vale? También tengo derecho, ¿no? Para mí Sara es alguien importante, la quiero mucho. Y, además, me da curiosidad tanta seguridad y tanta mierda. Ni que fuera la Reina o alguna famosa, joder. Si no llama tu padre y da permiso, no dejan pasar a nadie. ¿Lo sabías?

- Si. Claro que lo sabía. Vine con él cuando la conocí, sino no hubiera podido pasar. Sabes porque es la seguridad, te lo dije. Tiene miedo de que le pase algo. Por eso la tienen tan controlada.

- Humm. - le abracé de nuevo. - No lo sé. Siento como si hubiera algo más. Todo esto es raro. ¿Por qué dijeron que tenía otro hijo entonces? - Tom no hablaba, solo escuchaba mis teorías. - Hablaré con tu padre. Quiero conocerla.

- Me parece bien, pero... dejemos que pasen unos días. ¿Vale? No hay nada raro con ella. ¿Bien?

- Si.

- Sabes que te quiero, ¿verdad? - reí.

- Claro que lo sé, y yo a ti. - le besé y acaricié su nariz con la mía, como él solía hacer. Me había acostumbrado a ese gesto.

- Nunca haría nada si no fuera por tu bien. Nunca haría nada en tu contra. - medio susurró mirándome a los ojos.

- Lo sé, Tom. Lo sé.

- Perdón. El desayuno. - y de nuevo nos interrumpieron.

Tom desayunó y después subimos a la habitación del Cabeza. Tom le ayudó a cambiarse de ropa mientras yo esperé en el pasillo. Cuando salieron, nos despedimos de las enfermeras que hablaron poco, muy poco con el Cabeza y

nos fuimos de allí. Cogimos el coche que les habíamos quitado a los imbéciles de los gorilas de mi padre, y primero pasamos por casa de Tom. El Cabeza quería coger las cosas que se dejó ayer. Yo los esperé en el coche, no tardaron mucho. Fuimos a dejar al Cabeza a su casa, allí estaban su primo y su hermano. Nos dijeron que nos quedásemos a comer, habían preparado comida para los cinco, pero Tom y yo solo queríamos llegar a la comunidad y ver a Sara. Por el camino le conté como pasamos la tarde de ayer y él me contó lo que había escuchado hablar a mi padre. No mucho, en realidad. No era novedad que me quería muerto fuera como fuese. Eso lo sabía desde el día en que mató a mi madre.

- ¿Y qué haremos con Gustav? - me preguntó.

- Lo primero acojonarlo un poco para que no vuelva a hacer lo mismo. Antes de hablar con mi padre se lo pensara dos veces con lo que tengo pensado. Y después...

- Tampoco seas muy cabrón con él. - me cortó.

- ¿Qué no? ¿Todavía no me conoces, amor? - sonreí de lado. - Voy a ser tan cabrón como pueda. De esta se acuerda.

- Axel...

- Ni Axel, ni pollas. Conmigo no se juega y se lo voy a dejar bien claro. Y después... Después le utilizaremos para pillar a mi padre. Tengo todo pensado.

- ¿Utilizarlo? ¿Como?

- Mi padre confía en lo que él le cuente. Haremos que venga a nosotros y le estaremos esperando. Sé que querrá entrar en la comunidad mañana, cuando estemos con la cena de Navidad.

- No había pensado en eso.

- Yo sí. Así que tengo todo pensado. Llama a Erik y dile que estamos a cinco minutos. - le dije pasándole mi móvil.

Gustav se acordaría de mí, vamos que si se acordaría. Si no me conoce todavía, ahora lo iba a hacer, pero de la peor manera.

Los chicos nos esperaban para abrirnos las puertas. Nos bajemos del coche y le di las llaves a Erik, que también estaba ahí. Le dije que lo revisaran y le quitaran el GPS si es que llevaba y que se lo quedara. Regalito por portarse bien ayer. Tom y yo nos fuimos a casa de Sheila para ver a nuestra Princesa. La habíamos echado de menos en verdad. En cuanto nos vio, saltó a nuestros brazos. Tom se quejó de las costillas y la pobre casi llora de lo mal que se sintió. Le enseñó el vendaje y lo primero que hizo es dejar un beso sobre él. Era tan tierna. Sheila había preparado comida para los cuatro, así que, contándole por encima, porque Sara estaba delante, le resumimos todo lo que pasó ayer mientras comíamos. Después apareció Erik y nos sentamos los tres en el sofá tomando café mientras Sheila se fue a dormir la siesta con Sara.

- Cuenta cabrón. - le dije a Erik dándole una colleja antes de sentarme al lado de Tom, que me miró sin entender nada.

- Eres una puta alcahueta. - rio. - Pero está bien. Porque sois vosotros.

- ¿Que me estoy perdiendo? - preguntó Tom mirándonos a Erik y a mí.

- Este. No te lo conté. El cabrón se ha tirado a Sheila.

- Ssshhh, joder. Baja la voz. - dijo poniéndose nervioso. - No quiero cagarla a la primera.

- ¿Pero te mola? ¿Te gusta? Pensaba que eras gay. - le dijo Tom.

- Si, ósea no. Coño. Da igual. Yo no era gay.

- No eras. - recalqué. - Yo te volví.

- Aunque lo digas de coña, es verdad. Bueno, la cosa es que, me mola hace tiempo, pero como Axel siempre le tiraba la casa encima y nunca te hacía caso, pensé que si tu no tenías oportunidad yo menos.

- Gracias por decirme que soy más guapo que tú. - le dije guiñándole el ojo. - Pero en serio. Yo le dije de coña que sería bueno para ella, lo que no pensaba es que lo iba a tomar en serio.

- ¿Le dijiste eso? - asentí. - Joder.

- Bueno, pero cuenta, coño. - insistió Tom.

- Es que fue rápido. Inesperado en realidad. Cuando volví de la fábrica, de… bueno, eso. - dijo refiriéndose a después de haber matado al tío. - Pues me vine aquí. No quería estar solo y sabía que Sheila estaría con Sara aquí. Así que pensé que sería buena idea, porque así ambos nos hacíamos compañía y...

- Si, sí, sí. Déjate de líos, al grano. - le pedí.

- Sara estaba durmiendo. Sheila se despertó al tocar al timbre y... - se acercó a nosotros y habló en voz baja. - Me abrió con solo una camiseta, en bragas y sin sujetador.

- Jooooder. - dijo Tom. A lo que le pegue una colleja. - ¡Au! Coño, la carne es la carne, Axel.

- Si, exacto, la carne... - le dije señalando mi polla. - El pescado no es para ti.

- Bueno, ¿me escucháis? - le saqué la lengua a Tom y volvimos a mirar a Erik. - La cosa es que vine mal. Aunque me subió el ánimo verla así, la verdad. Bueno, el caso es que nos sentamos en el sofá hablando y eso, y una cosa llevó a la otra y...

- ¿Te la follaste? - pregunté.

- ¡¡ Axel!! Que bajes la voz, coño. Si, terminamos acostándonos.

- Ole, mi putita. Tú sí que sabes. - me alegré por él.

- Y que más. ¿Por qué no es todo, no? - dijo Tom.

- No. La cosa es que me dijo que ella no era así, como tú y yo. - me dijo a mí. - Quiere ir en serio. - dijo frotándose la frente.

- ¿Y qué problema hay en eso? ¿Tú no quieres? - habló de nuevo Tom.

- Si. Pero es que... Sheila es Sheila. La respeto mucho por todo lo que ha pasado, y me gusta en serio. Y más ahora. Pero tengo miedo de cagarla con ella.

- Erik, sabes cómo era yo. Yo también tuve miedo de empezar con Tom y que mi yo real, el borde y cabrón, no le gustara.

- Pero es que ese no es tu "yo real". - dijo Tom.

- Cállate. - reí. - Erik, en serio. Si te gusta, intentarlo. No perdéis nada por eso. Sheila es buena tía, si no funciona lo entenderá.

- Supongo.

- Veras que sí.

Seguimos hablando un poco más sobre el tema, apoyándole y dándole ánimos para que lo intentase con Sheila. En realidad, hacían buena pareja juntos. A Sheila le hacía falta el cariño de alguien y Erik era buen tío también.

Erik se fue y Tom sé hecho un rato en el sofá para descansar. Le dije que si quería algo me llamara con el móvil de Sheila. Yo me tenía que ocupar de Gustav.

Salí de casa de Sheila y fui directo a casa de Gustav. Toqué a la puerta y no me abrió. Sabía que estaba porque Andi me lo dijo. Volví a tocar y por fin abrió la puerta.

- Hola. - le pegué un puñetazo que le hice caer al suelo.

- ¿Pero qué coño...? ¿A qué viene esto? - entré y cerré la puerta.

- No sé. Dímelo tú.

- ¿De qué vas? No puedes venir sin más y pegarme.

- ¿Qué no? ¿Quién me lo impide? Vamos, levanta. - le cogí del pecho del jersey y lo levanté sentándolo en la silla. - ¿Creías que no me iba a enterar o qué? ¿Eh? - le grité, perdiendo los nervios.

- ¡¡Cálmate, joder!! No sé qué coño hablas.

- De mi padre, subnormal. Traidor rastrero. Eres peor que las ratas. - me acerqué a la encimera de la cocina, busqué en todos los cajones y cogí un bonito cuchillo bien afilado.

- ¿Q-que hacer, Cross?

- ¿Tienes miedo?

- Cross. Por favor. Piensa las cosas. - me fui acercándome a él. - Cross.

- Veamos tu pequeña polla si se esconde igual que tú.

- ¿Que? ¡¡No!! No. - le baje los pantalones de un tirón. Casi tirándole al suelo. - Joder. Para, por dios. Cross.

- ¿Está frío? - le dije pasando el cuchillo por ella.

- Cross... Piensa las cosas.

- ¿¿Las pensaste tu?? - le grité de nuevo. - Has estado hablando con mi padre desde que murió Jost. Le has estado hablando de mí, del Cabeza, de Tom. Que más le has dicho, ¿eh?

- Nada. Lo juro. No le dije nada más.

- No me lo creo. - puse la punta del cuchillo en sus huevos y apreté un

poco.

- ¡¡Joder!! Joder. Cross.

- Vamos a hacer una cosa.

- Si, si, l-lo que quieras.

- Me vas a ayudar a matar a mi padre, si lo haces, no te haré nada. Si no, te puedes despedir de tu pene de broma.

- Bien. Me parece bien. Yo te ayudo, p-pero aleja el cuchillo de mí.

- Bien. Así me gusta. Vístete. - tiré el cuchillo encima de la mesa y me senté frente a él. - Si me traicionas...

- No lo haré. Lo juro. No pensé cuando le hablé de vosotros. Lo siento en realidad, Cross. Me deje llevar por... los... celos.

- Eso me lo demostraras mañana.

Le empecé a contar mi plan y lo entendió a la perfección. Me dijo que lo haríamos como yo quisiera y me repitió quinientas veces que se arrepentía de haber tenido contacto con mi padre. Por una parte, le creía. Por otra, no me fiaba ni una mierda. Pero mañana sería el día y como me la jugara... En realidad, ahora sí que estábamos en sus manos. Si se le ocurría cambiar los planes y encontrar la manera de decírselo a mi padre, estábamos muertos. Estaba claro. Era todo o nada.

CAPITULO 33

- Buenos días.

- Hummm... - cerré los ojos de nuevo y abracé a Tom en la cama. - No me quiero levantar. - dije sin ganas.

- Vamos, hoy es Navidad. - por eso mismo no quería despertarme.

Le abracé más fuerte y me pegué más a él. No es que fuera que no quisiera que llegara hoy, lo que pasaba es que me daba miedo lo que pudiera pasar esta noche. A Tom no le había contado todavía mis planes, y en cuanto lo hiciera, sabía que me diría que estaba loco y que sería arriesgar mi vida directamente. Y era así. Pero ya no podía más, ya no quería más juegos de mi padre, no aguantaría que le hiciese algo a Tom o a Sara. No. Apreté los ojos. No quería preocupar a Tom, no era momento de llorar. Pero no podía hacerlo al pensar que tal vez, hoy sería el ultimo día que estuviera con él.

- Axel...

- No digas nada, por favor. Solo... solo abrázame. - lo hizo sin preguntarme nada.

Como siempre hacía. Si le pedía que callase, callaba, si le pedía que me abrazase, me abrazaba. Tom sabía comprenderme mejor que nadie y ha logrado entender cada gesto y cada uno de mis movimientos. Así como yo de él. Y sabía que ahora se estaba mordiendo la lengua para no decir nada. Amaba su forma de ser conmigo. Era tan cariñoso, atento, real. Lo tenía todo, no podía pedir más con él. Tuve miedo cuando me di cuenta que en realidad, todas esas cosas que me removía cuando estaba cerca de mí, era amor. Miedo de ese sentimiento, miedo de querer a alguien y perderle de nuevo. Miedo a

que yo no le gustase, a que solo fuera un juego. Pero me demostró que no era así y lo sigue haciendo cada día. Por las mañanas con sus besos y sus caricias, y su manera de despertarme. Cuando cocino, sus besos en mi cuello o simplemente cuando me abraza por detrás. Cuando creé que estoy dormido y acaricia mi brazo. Sus palabras siempre apoyándome, haciéndome ver que no estoy solo, siempre en el momento justo y cuando las necesito. Su comprensión. Él me ha hecho ver que el amor no solo es de cuentos de niños, que no solo es cosa de Príncipes y Princesas que tienen una vida de fantasía. El amor también es para mí, aunque no sea en un mundo maravilloso y repleto de luces de colores. Pero él me hace sentir así. Y sobre todo me ha enseñado a ver que el amor no es malo cuando de verdad es amor. Si tuviera que hablar sobre el amor ahora mismo, diría que es algo que todo el mundo debe sentir. Dejarse llevar y probar. Olvidar los miedos. No todo es como creemos. Tenía miedo de que fuera un amor enfermizo, como el que tuvo mi padre con mi madre, pero ahora entiendo que mi padre en realidad nunca la quiso. Ni a mi madre, ni a mí. Mi padre ni siquiera tenía corazón, menos podía sentir. Y ahora sabia, y me alegraba, que no tenía nada que ver con ese hombre que, aunque tenga su misma sangre, ni siquiera me parezco a él físicamente. Me alegro de que no esté tan podrido como él y que yo sí sepa amar. Amar y respetar a Tom. Si antes no quería salir de aquí y no podía imaginar una vida que no fuera está, ahora, hacía días que solo pensaba en salir de aquí, vivir, disfrutar de la ciudad, de los parques, de las noches, de las personas. Poder pasear por los centros comerciales sin estar pendiente que me sigan. Y sobre todo poder estar junto a él. Darle un lugar a mi madre, aunque su cuerpo no esté ahí, poderle ir a visitar y hablarle y... Quería tener una puta vida, una vida normal como cualquier persona. Solo una vida normal.

- Axel...

- Dime. - dije volviendo a la realidad.

- Tienes una personita detrás. - fruncí el ceño y alcé mi cara para verle. Estaba mirando tras de mí, riendo. Me giré y ahí estaba Sara mordiéndose el dedo.

- ¿Dónde vas tú, eh, Princesa? - me giré y la cogí subiéndola a la cama, dejándola entre Tom y yo. Solo reía. Era una pequeña brujita.

- Hoy es Navidad. - dijo.

- Si. Hoy es el día que hacemos la cena todos juntos. ¿Te acuerdas del año pasado?

- Si. - dijo asintiendo. - Cross nos contó muchos cuentos antes de dormir. - le dijo a Tom.

- ¿En serio? ¿Cross sabe cuentos? - le preguntó mirándome a mí.

- Si. Sabe muchos.

- Sara. - le dije acariciando su pelo. - ¿Tú sabes cómo me llamo?

- Cross. Tonto. - dijo riendo como si estuviera bromeando.

- No, pequeña. Cross es, como cuando yo te digo Princesa y Tom te dice pequeña. Es un apodo. ¿Entiendes?

- Mmm. - dijo moviendo su mano de lado a lado, diciendo que lo entendía a medias.

- Tú te llamas Sara, y yo te digo Princesa. Tu a mí me dices Cross. ¿Verdad? - asintió. - Pues, así como tú te llamas Sara, yo me llamo Axel.
- ¿Axel? - me miró confundida y después miró a Tom. - ¿Tu nombre es Axel?

- Así es. Y quiero que me llames así. - Tom me miró frunciendo un poco el ceño varias veces.

Sabía que no quería que nadie me llamara por mi nombre, pero, ya no tenía nada que temer, no tenía que seguir escondiéndome. Yo era Axel. Hoy volvía a ser Axel. Cross morirá esta misma noche.

Tom se levantó dejándonos a mí y a Sara jugando a las cosquillas en la cama. Hizo el desayuno y los tres nos sentemos en la mesa. Tortitas, café y

zumo. Ese desayuno que me preparó el primer día y odié, se había convertido en mi favorito.

El Cabeza nos llamó, nos dijo que se encontraba mucho mejor y que fuéramos a su casa a comer. Así que nos vestimos y duchemos, para cuando vinieran sus gorilas a buscarnos, estar arreglados.

- Oye, ¿Como se llaman tus tíos? Siempre les digo gorilas y me parece mal.

- El hermano de mi padre se llama Mario, y su primo Johan.

- ¿Tienes familia española? - pensé eso por los nombres. Fabián no era típico de aquí, y Mario menos. Johan sí.
- Si. Mi abuela, la madre de mi padre era de familia española. Aunque nunca pisaron el país, pero querían conservar algo de sus raíces en los nombres.

- Entonces, Sara...

- Se escribe sin "h". - dijo adelantándose a lo que pensaba preguntar. - Y mi nombre en realidad es Tomás. Pero siempre me han llamado Tom. Y me gusta más, la verdad.

- ¿Tomás? Dios suena como... ¡Ay, ¡qué raro, joder! - dije riéndome.

- ¡Eh! No te rías de mi nombre. Serás... - empezó a corretear detrás de mí por todo el salón. - Ven aquí. Verás cuando te coja.

Y terminó cogiéndome, porque me dejé. Me cogió en brazos y me llevó al sofá besándome. Tocaron al timbre, Mario y Johan venían a por nosotros.

Cuando llegamos a casa del Cabeza, él estaba en la parte de atrás fumando tranquilamente y tomando una copa de vino. Hoy, su hermano y su primo, comerían con nosotros. Dijo que se acabó eso de las formalidades y tratarnos

como en la comunidad. Que olvidásemos eso de jefe, de Cabeza, y a que a partir de ahora le llamara por su nombre. Me iba a costar un huevo después de pasarme la vida llamándole Cabeza, pero bueno. Lo intentaría. Igual que intentaría llamar a los otros dos por su nombre. Sara en cambio no le costó nada empezar a llamarme Axel. Parece que le hacía gracia, porque cada vez que lo decía se reía.

Comimos muy bien, su hermano cocinaba de puta madre. Ellos se fueron y nos quedamos nosotros cuatro. Sara se fue al sofá a ver los dibujos y terminó quedándose dormida. Nosotros nos salimos fuera a hablar.

- ¿Habéis hablado con él? - preguntó después de contarle lo de Gustav.

- Si. Tranquilo, lo tengo controlado, o eso espero.

- ¿Qué piensas hacer? Porque supongo que tendrás algún plan en tu cabeza. Hoy es Navidad, si tu padre quiere entrar, lo hará esta misma noche.

- Lo sé. Tengo todo pensado. Con ayuda de Gustav puedo cogerle.

- ¿Qué piensas hacer? - preguntó Tom. - No me digas que alguna locura porque no pienso dejarte.

- En realidad sí es un poco locura. Pero si Gustav no me jode, puedo pillarlo y acabar con todo de una vez.

- Yo estaré contigo.

- No, Tom. Lo haré yo solo. No voy a arriesgarme a que te pase algo.

- Yo también estaré esta noche en la comunidad. Así que, de solo, nada. Ambos te ayudaremos. - dijo el Cabeza y pude ver en sus ojos que no me dejarían hacer nada yo solo.

- Tengo miedo de que os pase algo. - dije perdiendo mi vergüenza a hablar claro por una vez. - No me lo perdonaría.

- Ven. - Tom me abrazó haciendo que me apoyara en su pecho. Cerré los ojos sintiendo su tranquilidad. - Todo saldrá bien. Acabaremos con esto de una vez por todas y luego no tendrás de qué preocuparte nunca más.

- Eso espero.

- Veras como es así, Axel. - me dijo el Cabeza estirando su mano sobre la mesa. Extendí la mía y me apretó con fuerzas. - Mañana será un nuevo día.

Les conté lo que tenía pensado. En realidad, no era nada complicado. Era simplemente engañar a mi padre para poderlo coger de imprevisto. Sorprenderle y adiós. Para eso necesitaba a Gustav porque él sería quien tendría que llamarle para decirle que, supuestamente, yo me iba a casa a dormir. Y eso sería alrededor de la una. Quería que Gustav le fuera informando de todo lo que pasaba por la noche, como si fuera una cosa normal para que él no sospechara. A la una, todos los años sobre esa hora ya no quedamos nadie. Solo los de siempre bebiendo y riendo. Los niños estarían en la casa, las mujeres con sus hijos también. Así que esa hora era perfecta para que Gustav le dijera que ya me iba a casa. Entonces él entraría para pillarme, solo que no esperaría a que yo llegara antes que él y yo fuera quien le cogiera por sorpresa. Así de simple, así de fácil. Si la liábamos más, entonces sospecharía. Ahora solo cambiaba una cosa, y es que no iría solo, si no con Tom. Y el Cabeza dijo que estaría cerca. No le dejé. Él no. No estaba en condiciones para nada. Se mareaba continuamente y estaba muy flojo. Así que le dije que, si quería estar allí, en la comunidad, me parecía bien. Pero él se quedaría a dormir en casa de Sheila. No quería que estuviera en casa. Ni tampoco tener a su hermano y a su primo cerca de nosotros, porque mi padre no era tonto y se daría cuenta. Lo que teníamos que hacer era ir solo Tom y yo. A Sara la dejaríamos con Sheila y Erik. Y si pasase algo sabemos que ellos la cuidarían bien.

- ¿Por qué no os vais los dos, os encargáis de los regalos de los pequeños y disfrutáis de la tarde? Pero no en la ciudad. Y a la mínima que veías algo raro llamáis. - nos dijo.

- Esta bien. - dijo Tom. - ¿Podemos ir donde queramos o…?

- Hoy sois libres. Ir y hacer lo que queráis. Solo os pido que compréis los regalos de los niños, yo no estoy como para pasearme por ahí. - dijo sacando su cartera. - Tomar.

- ¿Dónde vas? ¿Para qué tanto? - le había soltado mil euros a Tom.

- Los juguetes son caros. Comprar todo lo que queráis y el resto para vosotros. Gastarlo como os venga en gana.

- Cabeza...

- Son mil euros. ¿Qué es eso? Iros y divertiros. ¡Ya, largaros de aquí! - nos dijo levantando la muleta que usaba.

Reímos y nos fuimos. Sara seguía durmiendo. Dijo que él la llevaría a la comunidad a la noche. Montamos en nuestro coche. Mario y Johan habían ido a por él a la comunidad y nos lo trajeron. Salimos de allí cogiendo la autovía, no sabíamos dónde ir. Muchas ciudades quedaban cercanas así que, al final nos dirigimos a una que ni Tom ni yo habíamos pisado hasta entonces.

Amaba viajar en ese coche descapotable y que el viento me diera de lleno en la cara, pero con el frio que hacía no levantamos la capota. Nos congelaríamos en el acto.

- ¿Dónde vamos? - me preguntó Tom entrando a la ciudad.

- No sé. Preguntamos por ahí donde está el centro comercial y allí podemos perder la tarde, ¿no? Podemos comprar los juguetes de los niños y comprar algo de ropa para nosotros.

- Claro. Tú y la ropa.

- ¿Algún problema? - reí. Sabía lo que le jodía a Tom acompañarme a probarme tiendas enteras.

- Ninguno. Hoy haremos lo que quieras. - le acaricié el brazo y cogí su mano por un rato.

Después de preguntar a tres o cuatro personas, al fin llegamos. Par de cabrones. Dos críos de mierda a los que les preguntamos, nos mandaron de vuelta fuera de la ciudad. Como me los volviera a cruzar les escachaba. Paseemos por el centro comercial cogidos de la mano. Tranquilos, sin tener que estar al loro de nada. Miramos en varias tiendas de ropa para niños, cogimos un poco de todo. Después fuimos a por juguetes, dos empleados de la tienda nos ayudaron con las bolsas para llevarlas al coche. Lo teníamos hasta los topes. El maletero cargado y los asientos de atrás igual. Creo que este año compramos más juguetes que nunca. Pero con mil pavos nos daba para mucho. Después fuimos a un par de tiendas de ropa para nosotros. Claro, Tom a unas, yo a otras. Carguemos un par de bolsas para casa uno y le compré dos camisas y un par de pantalones a Fabián. Y alguna que otra prenda también para su hermano y su primo. Y como no, para mi princesa había comprado unos diez vestidos.

Nos sentemos en un pequeño bar. Nos pedimos dos cervezas y nos relajamos un poco. La verdad es que ambos estábamos mareados de tanta tienda y tanta cosa. Queríamos disfrutar de la tarde para los dos, así que compremos lo más rápido que pudimos.

- Son las cinco y media de la tarde. Hasta las ocho que propones hacer. - le pregunté a Tom.

- ¿Hasta las ocho?

- Si. Tenemos que volver para ayudar a montar la hoguera y demás. No vamos a dejar que monten todo ellos. ¿No? - bebí de mi cerveza.

- No. Vale, entonces. ¿Qué hacemos? Aquí no hay mucho que hacer.

- Ya. Por eso. Podríamos dar una vuelta por la ciudad o no sé.

- ¿Y algún sitio para estar los dos solos, eh? ¿Qué te parece? - dijo cogiendo mi mano sobre la mesa.

- Me parece bien. Pero estamos en las mismas, ¿dónde?

- Viniendo he visto una parada. ¿Tú no? - negué. No me había fijado. - Parecía uno de estos sitios que tienes casitas para alquilar.

- ¿Y pretendes alquilar una casita de esas para unas horas? - me reí.

- Qué más da. Quiero... - dijo mirando nuestras manos unidas. - Quiero estar contigo unas horas tranquilas. Si esta noche...

- Todo saldrá bien. - le acaricié la mejilla y le besé. Estaba preocupado. La cara de felicidad que tenía toda la tarde se había borrado por completo. - Saldrá bien, mi amor.

- Axel...

- No hablemos del tema. Disfrutemos de este rato. Vámonos a esa casita que dices. - asintió. Me dio un beso y nos fuimos de allí.

Volvimos al coche y de nuevo a la carretera. Lo que había visto Tom estaba cerca de nuestra ciudad. Estaba nada más salir. No sé cómo lo vi. Se veía bonito. Todo bien cuidado y había muchos niños correteando por allí. Era un camping. Algunas familias tenían las casas alquiladas y otras tenían sus propias caravanas. Me hizo gracia. Las casas eran iguales que las nuestras. Me pregunto si fue a ellos a los que jodimos robando los camiones. Pedimos una casita, intentemos que nos rebajaran el precio, pero solo tenían opción a alquilar por día. La tía nos miró mal, de seguro se imaginó que solo veníamos a follar y después nos largaríamos. Ciento treinta y ocho euros la idea de Tom. Teníamos dinero de sobras todavía, pero me pareció una burrada para tan solo tres horas. Menos incluso.

- Pero si...

- Es igual que las nuestras. - dije entrando tras él. Me reí. Estaba claro. - Así que los jodimos a ellos.

- ¿Joder a quién?

- Las casas, las nuestras, son robadas. Robemos tres camiones unos días

antes de que llegaras a la comunidad.

- Vaya coincidencia.

- Si.

- Bueno, ¿por dónde empezamos? - dijo rodeándome la cintura y yo abracé su cuello.

- ¿Un baño? Nos damos un baño caliente y después... estrenamos la cama, al menos. Ya que hemos pagado haremos un poco de destrozo, ¿no?

- Me parece bien.

Entramos al baño. La casa era idéntica a la nuestra, excepto por los muebles. Salón con cocina, un baño y dos habitaciones. Una copia. Pero el baño era... Joder. No era una bañera, no, era un puto jacuzzi.

- ¡¡Joder!! ya quiero meterme ahí. ¿Como se pone esto? - me emocioné. En la puta vida había probado uno de esos. Nunca.

- Espera, déjame. Yo lo pongo.

- ¡¡Te quiero!!

- ¿Porque hay un jacuzzi?

- En parte. - bromeé riendo.

Tom lo puso en marcha echando sales y no sé qué narices más. Se llenó de espuma de un momento a otro. Montones de chorros por todos los lados, y cabíamos los dos de sobras. Era la puta gloria estar ahí metido. Nos denudamos y nos metimos. Yo apoyé la espalda y Tom se sentó entre mis piernas. Le solté el pelo y se lo peiné con los dedos. Me encantaba hacerlo y era algo que no hacía tan a menudo.

- Si sigues así me voy a dormir. - dijo apoyando la cabeza sobre mi pecho.

- Vale. Entonces me paro.

- ¿Estás seguro de que Gustav no nos la jugará?

- No creo. Puede ser un capullo, pero no creo que llegue a jodernos de esa manera.

- Tengo miedo Axel.

- No hace falta que vengas. Iré yo solo.

- No. Ni de broma. Tengo miedo por ti y por mi padre. Sé que por mucho que diga que se irá a dormir no se quedara tranquilo.

- Lo sé. También lo he pensado. - cogí aire y lo solté lentamente. Cada vez estaba más ansioso porque llegase ya la hora y poner fin a todo.

- No tenemos que hacerlo. Axel, no lo hagas. Habrá otra manera de cogerle o de...

- Tom. No va a parar nunca. Y menos ahora que sabe dónde estamos, sabe dónde está la comunidad. ¿Quieres que esperemos a que entre y mate a todo el mundo? No quiero eso. No puedo esperar a eso. Necesito hacerlo ya.

- Te entiendo. Pero... si te pasa algo...

- Siempre estaré contigo. Siempre, me oyes.

- Axel... - se giró para verme.

- Si se pone la cosa fea o no sale como pensamos, prométeme que te irás de casa.

- No te dejaría nunca.

- Tom, por favor. Promételo. No me perdonaría que te pasara algo.

- Ni yo a ti. No pienso dejarte e irme. Entiéndelo tú. No pienso hacerlo. Axel... - me cogió de las mejillas y apoyó su frente en la mía, rozando mi nariz con la suya. - Si te pasa algo... me voy contigo.

- No.

- Si. No tengo nada aquí.

- Sara. Ella te necesita.

- Y yo a ti. Ella no me ha tenido nunca. Tiene a mi padre. Tiene a Sheila, a Erik, que nunca la dejarán. En cambio, yo... solo te tengo a ti.

- No me digas... - eso.

Me calló besándome, cogiéndome y haciendo que me sentara sobre él con mis piernas rodeándole. Era egoísta por pensar así. Pero yo también, porque no pensaba en él. No pensaba en que ahora había alguien a quien sí le importaba. Pero no podía hacer nada. Estaba más que harto de esta historia. Quería acabarla, terminar de una vez y poder empezar una nueva. Quería mi vida con Tom fuera de ahí. Solos los dos viviendo como quisiéramos.

Hicimos el amor tan lentamente que pensaba morir allí mismo. Nuestros ojos estuvieron conectados todo el rato y éramos incapaces de dejar de llorar ninguno de los dos. Acariciándonos y besándonos cubiertos por agua. Le abracé con todas mis fuerzas escondiéndome en su cuello.

- Te amo. Te amo, Tom.

- Y yo mi vida. Para siempre.

- Gracias por hacerme abrir los ojos y aprender a querer. Por tu amor y por aguantarme.

- Oye... - me apartó de él y limpió mis lágrimas y después las suyas. - No hagamos una despedida. Siempre vamos a estar juntos. Seguiremos juntos. Pase lo que pase. - mis ojos escocían y en mi garganta tenía un nudo tan duro

que me era difícil respirar.

Me gustaría parar el tiempo aquí. Ahora. Quedarme con él y que no exista nada más. Pero desgraciadamente no puedo. La vida sigue y este era mi camino. Un todo o nada. Ser libre o seguir viviendo en un lugar perdido en la nada rodeado por alambres.

Mi padre o yo.

CAPITULO 34

Sentía como si estuviera dirigiéndome directo a mi muerte. No sé por qué, pero tenía la extraña sensación de que algo pasaría. Mi corazón decía algo, pero no sabía el qué. Estaba nervioso, palpitando como nunca. La cabeza me dolía por el mal rato que Tom y yo habíamos pasado en esa casita. Malo, pero también bueno. Porque estoy seguro de que me ama y ahora no sé qué hacer.

No quiero perderle. No quiero morir. Mamá, por favor. Hoy más que nunca te necesito conmigo. A mi lado. Protégenos y haz que todo salga bien. Por favor.

Eran las siete, ni siquiera pasamos más de una hora allí. No podíamos porque sería seguir lamentándonos y preferíamos ir a la comunidad y disfrutar con Sara, darle sus regalos, charlar con Sheila y con Erik. Y ayudar a montar todo para esta noche.

- ¿Se lo diremos a Sheila y a Erik? - me preguntó Tom bajando la música del coche.

- No. Es mejor que no sepan nada.

- ¿Quién va a controlar a Gustav?

- Yo mismo. Yo llevaré su móvil y lo llamará delante de mí.

- Bien. Bien. - dijo en apenas un susurro y mirando por el lado de su ventanilla. Volvió a subir la música y el resto del camino no dijimos nada.

Cuando llegamos a la comunidad, todos iban de un lado a otro. Llevando

palos para la hoguera, mesas, sillas, comida... Sonreí al recordar todas las Navidades pasadas aquí. En realidad, era una de mis fechas favoritas. Por una vez todos olvidábamos que nuestras vidas son una mierda y disfrutábamos como los niños, incluso más.

Primero fuimos a la casa de los niños. Todos estaban allí, todavía no los habían dejado salir y suponía que no lo harían hasta la hora de la cena. Junto con el Cabeza, descarguemos todas las bolsas de juguetes y se las dimos. Ninguno se apropiaba de ningún juguete, todo era de todos y eso lo sabían bien. Enseguida empezaron a gritar como locos sacando todo y haciendo un caos. Abracé a Tom viéndolos tan felices y él besó mi sien devolviéndome el abrazo.

Fuimos a casa con el Cabeza para darle lo que le habíamos comprado. No era mucho, pero era un detalle. Dijo que no teníamos que haberle comprado nada, pero en su cara vimos que le hizo ilusión de alguna manera. Me pregunté si alguna vez alguien le regaló algo porque, incluso lloró y nos abrazó. O era eso o es que hoy todos estamos más sensibles de lo normal. Le dimos también lo que habíamos comprado para Mario y Johan, para que él se los diese.

Salimos de allí y fuimos a casa de Sheila. El Cabeza nos dijo que Sara estaba allí, con ella y Erik. Y así fue. Erik nos abrió la puerta y nos dejó pasar.

- ¿Como lleváis el día? ¿De dónde venís?

- Hemos ido a comer a casa de su padre y luego a por los regalos de los niños y eso. - le contesté sentándome en el sofá.

- ¿Qué te pasa? Te noto más apagado. - Tom se sentó a mi lado y Erik lo hizo en el otro. - A ambos.

- Sera el día. - intente sonreír a Tom.

- Si. Eso será... - dijo él.

- ¿Una cerveza para ir entonándonos? Hoy la pienso coger gorda. - dijo levantándose para ir a la nevera.

- ¿Dónde está Sara? - preguntó Tom.

- Están las dos en el baño. Sheila la ha bañado y ahora la está peinando. Se llevan muy bien las dos. - yo cerré los ojos por unos segundos y noté como Tom respiro fuerte por esa frase.

- Bueno y, ¿habéis hablado tú y Sheila? - me animé a preguntar por cambiar de tema.

- Si. Lo hemos hecho y ambos estamos de acuerdo en intentarlo y, bueno, si las cosas no salen como esperamos, no pasa nada.

- Esa es la actitud, Erik. Me alegro por ti.

- ¡Bueno, ya! Cualquiera diría que vais a un velatorio y no a celebrar la Navidad, cojones. - se levantó para poner música y en ese momento salieron Sara y Sheila del baño.

- ¡¡ Axel!! ¡¡Tom!! - dijo corriendo a nosotros y nos saltó encima.

- Sara, que me he pegado dos horas para arreglarte, ten cui... Espera... ¿¿Axel?? - dijo cuando se dio cuenta de cómo me llamó Sara. - ¿Como que Axel?

- Te presento a Axel. Axel, Sheila. Sheila, Axel. - nos presentó a modo de broma.

- Así es como me llamo.

- ¿Y qué pasa con eso de ocultar tu nombre? Ha gritado por toda la comunidad que Tom es su hermano, no tardará en decir tu nombre. Que, por cierto, es bonito.

- Gracias. No tiene sentido seguir ocultando mi nombre cuando mi padre ya sabe todo de mí. - dije encogiéndome de hombros.

- ¿Quién es tu papá? - me preguntó Sara.

- Es...

- Un señor muy feo, muy feo, muy feo... - Erik la cogió en brazos y Sara empezó a reír como una loca. Le asentí con la cabeza, dándole las gracias por el gesto y hacer que no preguntase más.

- Voy a buscar a Andi. Tengo que hablar con él. - tenía que pedirle el móvil de Gustav y después ir a por él y empezar con el plan.

- Voy contigo.

- No hace falta, Tom.

- Voy contigo. - volvió a repetir y yo solo asentí.

Nos despedimos de los chicos. Ya nos veríamos en la hoguera.

Fuimos a buscar a Andi que estaba con los demás amontonando la hoguera. Fuimos a su casa, ya que tenía allí el móvil y me lo dio. Lo revisé, ya que cuando se lo quitó me dijo que fliparía. Tenía un montón de mensajes en los que le decía cuando salía, lo que iba a hacer y demás, y como me dijo Tom, que escucho hablar a mi padre, aquellos dos de seguridad que estuvieron a punto de pasarse conmigo, eran hombres de mi padre. Gustav le había avisado de que iríamos allí y mi padre le contestaba que tendría una gran sorpresa esperándome. No podía creer todo lo que leí. Tenía ganas de reventarle la cara a Gustav con todo lo que hizo, pero, lo necesitaba, joder. Ahora lo necesitaba.

- ¿Y ahora qué? - salimos de casa de Andi y Tom me preguntó cogiéndome la mano.

- Ahora empieza el juego.

Gustav estaba en su casa durmiendo. Puto vago. Nos abrió la puerta y entramos ambos. Intentó ser amable y ofrecernos una cerveza, pero no estaba para sentarme y pasar rato con él. Así que nos neguemos.

- Bien. Escucha. Vas a llamarle y le vas a decir que esta noche tiene la oportunidad de pillarme. Que no va a haber seguridad y que mi casa está en la parte de atrás, que solo tiene que cortar la alambrada y entrar en ella para cogerme.

- ¿Y si sale mal?

- ¿Te importa ahora? No me jodas, Gustav. He leído todos los mensajes, creo que lo que menos te importa es que me pase algo.

- ¿Estaréis los dos?

- No. - dije antes de que Tom abriera la boca. - Estaré yo solo en casa. Le vas a decir que durante la noche le iras llamando. ¿Bien?

- Creo. Entonces, le digo como entrar a tu casa.

- Eso es. - marqué el número de mi padre y puse el móvil encima de la mesa en manos libre.

- ¿Sí?
- Jorg, soy Gustav.

- Mi querido Gustav. ¿Qué ha pasado? ¿Te han pillado? Esperaba que me llamaras ayer. Gracias a ti sigo vivo, amigo. - hijo de puta, los dos.

- Si. Lo sé. No me han pillado pero la cosa ha estado algo... complicada y no he podido llamarte antes.

- Bien. Pues me llamas justo a tiempo. Esta noche celebráis la Navidad, ¿no? Sé que esta noche no vigiláis y había pensado que sería una noche... inolvidable. - dijo riendo.

- Por eso te llamo. La casa de Cross queda cerca de las alambradas. Es fácil entrar en ella y...

- Vaya, vaya. Sigue. Te escucho. - bien, parecía interesado.

- Bien. Te iré llamando. En cuanto él vaya a casa te aviso y después podrás entrar.

- Gustav, ¿tanto odias a mi hijo como para ponérmelo en bandeja? - mierda, mierda. Asentí con la cabeza mirando a Gustav para que le siguiera el rollo.

- Más de lo que piensas. Deseo verle muerto.

- Ya somos dos, querido amigo. Y esta noche cumpliré nuestros deseos. Puedes estar seguro. Bien. Entonces voy a prepararme. Espero tu llamada. - bien. Todo, de momento, salió según lo pensado. Mi padre había caído.

- Esta noche te quiero cerca de mí. - le advertí. - Si desapareces un solo segundo, te juro que te vuelo los sesos.

- No haré nada. Cross. Te lo aseguro.

- Más te vale. Vamos entonces.

Los tres salimos de casa de Gustav. No hacía falta que fuera pegado a mí como si fuera mi sombra, lo sabía, con tenerle a la vista durante toda la noche me sobraba. Ayudamos con las cosas que faltaban por montar. El Cabeza vino junto a su primo y su hermano y también ayudaron en lo que podían. Hoy era la única noche en la que el Cabeza era tratado como uno más, sin dejar el respeto que le tenían, pero se daban la libertad de hablar y bromear con él.

- Cross. - Sheila se acercó a mí poniendo una mano sobre mi hombro para llamar mi atención. - ¿Me puedes acompañar a casa a coger lo que falta por traer? - le iba a decir que si no podía hacerlo otro, pero me di cuenta que lo que quería era hablar conmigo.

- Si. Espera. - me giré a Tom y le hablé en el oído. - Voy con Sheila a traer lo que falta. No pierdas de vista a Gustav.

- Esta bien. - me besó en los labios y me fui con Sheila.

Por el camino fuimos hablando de la noche, de los niños, de los juguetes, de cualquier cosa sin importancia. Entremos en su casa y me ofreció una cerveza.

- En realidad, quería hablar contigo.

- Pues dime. Aquí estoy. - ambos nos sentemos en la mesa.

- Veras. No sé qué tramáis esta noche. - alcé una ceja. - Erik y yo os hemos visto muy raros y...

- No pasa nada.

- Si pasa algo, no digas que no. No te estoy pidiendo que me lo digas, porque sé que no lo harás y, además, me imagino por dónde van los tiros. - se rascó el brazo y yo bebí de mi cerveza. - A las doce cogeré a Sara y Erik y yo nos vendremos a casa con ella. - tragué saliva y asentí. No sabía que decirle. - ¿Te parece bien la hora o nos venimos antes?

- No. Está bien. - suspiré.

- Axel. - me tomó de la mano y la miré a los ojos. - Quiero salir de aquí. Quiero poder disfrutar de una vida por fin. Quiero largarme, empezar con Erik y olvidar todo lo que esta mierda de ciudad me ha hecho. - casi estaba llorando. - Por favor. Dime que un día podré hacerlo.

- Podrás. Todos. Algún día lo haremos, Sheila. Te lo prometo.

- Tienes un corazón enorme detrás de esa fachada. Te quiero mucho, Axel. De verdad.

- Sheila... - me acerqué un poco más a ella. - Quiero que me prometas algo.

- Lo que quieras.

- Si.. si esta noche pasa algo quiero que...

- Axel...

- No preguntes. Por favor. No me lo hagas más difícil. - asintió tapándose la boca, conteniendo las lágrimas. Miré para otro lado, reprimiendo las mías y dejé salir el aire por mi boca. - Si pasa algo cuidar de Sara por Tom y por mí.

Todos estábamos en fila, esperando a que repartieran la cena en nuestros platos. Algunos estaban sentados en mesas, otro en montones de ladrillos y algunos, como nosotros, sobre una manta en el suelo, cerca del fuego para mantenernos calientes.

Estábamos los cinco. Erik, Sheila, Tom, Sara y yo. Charlando y comiendo tranquilamente. Tom tenía a Sara sentada sobre sus piernas, cortándole la carne a pedacitos pequeños y quitándole los huesos. Es una de las imágenes por las que daría cualquier cosa por guardar en mi mente. Tom parecía haber olvidado todo. Cuando estaba con ella no existía nada más. Y eso me hacía feliz porque si estuviera igual que yo sería una mierda de noche y al menos, de alguna manera, la estaba disfrutando.

Si todo salía bien podremos largarnos. Vivir por fin. Poder tener una casa, pasear, salir de copas, ir a bares. Llevar a Sara al colegio. Y también me llevaría a Erik y Sheila conmigo. Haría todo eso. Pero también recuerdo las palabras del Cabeza. Nosotros nos tendríamos que encargar de seguir dando de comer a esta gente y a los niños. No podía irme dejándoles así. Eran mi vida. Eran como mi familia. Y si todo salía mal... Al menos estaría con mi madre allí arriba y por fin podría abrazarla. Y Tom... No podía hacerle esto. Ahora, viéndolo con Sara, no podía. Él sí podría tener la oportunidad de encontrar a alguien mejor. De cuidar a Sara y verla crecer. Él no se merecía comerse mi mierda, pagar por mí. No iba a dejar que eso pasara. Así que pensé en hacer algo cuando llegase la hora para que no viniera conmigo.

Gustav estaba con todos los demás. Siempre visible. El Cabeza con su hermano y su primo y el resto de hombres más mayores de la comunidad.

Era admirable. Nunca lo había pensado, ni tampoco el hecho de porque el

Cabeza era así. Condenar tu vida por ayudar a los demás. Sin sacar nada a cambio. Solo el respeto y el agradecimiento de toda esta gente. Tener una familia y mantenerla, y su mujer... Mierda. ¿Como se me podía haber pasado ese puto detalle?

- Tom.

- Dime. - dijo mirándome mientras masticaba.

- ¿Que quería decir mi padre con eso de que tu padre y mi madre tuvieron una aventura? - empezó a toser. Le tuve que golpear la espalda. - ¿Mejor?

- Si. Si. Una aventura... ¿Cuándo... cuando dijo eso?

- En el Paraíso. ¿No lo recuerdas? Dijo que mi madre le engañó con tu padre.

- No lo creo. - fruncí el ceño, lo dijo tan seguro que parecía saber algo.
- ¿Y si...?

- Axel. Déjalo. Es absurdo que discutamos esta noche por eso. Por favor.

- ¿Sabes algo, verdad? - se quedó por unos segundos mirándome a los ojos y luego apartó la mirada. - Vale. Dejemos el tema. - pasó el brazo por mi cuello haciendo que me pegara a él y me dejo un beso en la cabeza.

- Perdóname. - susurró.

Estaba más que claro que él sabía a lo que se refirió mi padre. Pero no quería joder la noche y terminar discutiendo con él. Aunque por una parte seria lo mejor, porque así, por si pasaba algo malo, pero no podía. Quería estar con él. Aunque si pasábamos de esta noche, me lo iba a contar.

- ¿Quién quiere café? - pregunté cuando terminamos de cenar.
- Yo si, por favor. - dijo Tom. Sheila negó con la boca llena de tarta.

- Yo también quiero uno.

- Pues acompáñame, Erik. - los dos nos levantamos y nos acerquemos a la mesa a preparar los cafés. Ahora podía hablar con Erik sin que Tom se enterase.

- Escucha. Tienes que hacerme un favor. - le hablé en voz baja.

- Dime.

- Cuando te haga una señal, inventa lo que sea y te llevas a Tom.

- ¿Pero ahora?

- No. Más tarde. Sobre las doce y media o la uno. Yo te diré. Pero estate atento y no la cagues.

- Bien. Axel... ¿tu padre...?

- Ni lo nombres. Ya estoy harto. Si. Va a venir. No preguntes más. Cuando veas que me voy, no dejes que Tom venga tras de mí. ¿Entendido?

- Esta bien.

Volvimos a la manta, a sentarnos allí y le pasé el café a Tom. Erik y Sheila se levantaron diciendo que volverían enseguida. Supongo que querían estar un rato solos. Todavía eran las diez, así que no me importó que Erik se fuera. Sara se fue con los niños a jugar a la casa de ellos con sus juguetes. Así que nos quedamos solos yo y Tom, sentados frente a la hoguera.

Tom me hizo sentarme entre sus piernas y me abrazó cogiendo mis manos, quedando pegados y dejando su cabeza sobre mi hombro con su mejilla pegada a la mía.

- Está siendo mi mejor celebración de Navidad. - dijo besando mi mejilla.

- ¿Como sueles pasar las Navidades?

- Bueno, antes solíamos cenar cuatro amigos por ahí y terminar borrachos en algún bar. Pero hace dos años que no salgo. Cenaba solo. Era como un día más. Y en Nochevieja igual. Todos mis amigos lo celebraban en familia.

- Menos tu.

- Exacto. Mi padre siempre me ha mandado regalos, pero no es lo mismo si no está a tu lado. Es duro.

- Lo sé.

- Lo siento. No me acordaba que...

- No pasa nada, mi vida. Mi madre siempre está conmigo. Como ahora. Seguro que nos está viendo. - me besó y apretó más el abrazo por unos segundos.

- Quisiera pasar tantas Navidades contigo... Dios. Te quiero, ¿lo sabes?

- Si. Y yo también te quiero. Te amo.

- Me encanta cuando me lo dices. - giré para verle.

- Te a-mo. - sonreí y le mordí el labio.

- Nos están mirando. - dijo mirando hacia todos los lados.

- ¿Y qué me importa? Dejaría que me follaras ahora mismo, delante de todos y que nos miren con los ojos bien abiertos.

- ¡¡ Axel!! - dijo riendo. - Eres un burro. No cambias.

- Pero te gusto igual. ¿Y si... hacemos la última locura? - me mordí el labio.

- ¿Cómo qué?

- Tu padre se ha ido a dormir ya. - miró a todos los lados y era cierto. Ni su padre, ni Mario, ni Johan estaban por aquí. - Sheila y Erik tardaran un rato en venir. Y tampoco se van a acercar a hablarnos mientras estemos así, tonteando.

- No me gusta ese tono de voz. ¿Qué ronda por tu cabeza? ¿Eh? - me besó el cuello y mordió mi oído.

- Coge la manta y tápanos. - me miró alzando una ceja y ladeando la cabeza. - Vamos. Es ya o nunca.

Miró a un lado y a otro. No teníamos a nadie tan cerca como para notar nada. Y la música estaba alta y la gente iba ya bastante bebida. Me giré un poco, pero quedando todavía entre sus piernas. Cogió la manta que era bastante grande y tiró de ella. La echó por su espalda y la pasó por delante cubriéndose por completo, excepto las cabezas.

- Tu y yo tenemos un problema bastante serio con esto. - dijo riendo. - ¿Cómo lo hacemos?

- Yo lo haré. - con mis manos busqué la cintura de su pantalón y los desabroché.

- Axel...

- Shhh. Calla y bésame. - me abrazó por el cuello, sujetando la manta entre sus puños. Metí mi mano entre sus calzoncillos y empecé a tocarle. Acariciándola de arriba abajo.

- Joder. - sonreí. No se me daba nada mal y me ponía bastante solo el hecho de escucharle gemir y suspirar. - Déjame tocarte. - susurró sobre mis labios.

Me estiré un poco. Apoyándome sobre su pierna izquierda que la levantó doblándola para que me apoyara en ella. Miró de reojo de nuevo a todo el mundo y metió su mano en mis pantalones.

- No se vale gritar. - me advirtió. - Si no nos echaran a patadas de aquí por salidos.

- Cállate. - dije riendo y cerré los ojos cuando me la apretó un poco. - Tom...

- Joder. Esto... debería estar prohibido.

- Lo está... Tonto. - con mi otra mano lo cogí del cuello para acercarlo a mí y besarle. - Tus besos... son mejores que ningún polvo. ¿Te lo he dicho alguna... humm... alguna vez?

- ¿Entonces paró?

- Si paras, paro yo. Tú mismo.

- Joder, Axel... Ahí no. - le estaba tocando la punta suavemente. - Oh, dios...

- Habla, di algo. O bésame. Pero no te calles porque... Mierda, Tom... - me estaba muriendo de placer. Cerré los ojos y escondí mi cara en su cuello. - Mierda...

- Me lo van a notar... Joder.

No podía hablar porque estaba en el punto de que, si hablaba, solo seria para gritar. Así que de nuevo pegue nuestros labios para callarnos a ambos. Las caras de Tom eran tan exageradas que cualquiera que lo viera sabría que algo pasaba debajo de la manta, así que, de ese modo, ambos nos cubríamos. Ambos aumentemos el ritmo en el otro. Y dentro del beso gemimos cuando nos corrimos.

- Esta ha sido la mayor locura de todas. - le dije besándole de nuevo. Abrochando sus pantalones como pude.

- ¿No lo habrán notado, verdad? - sacó su mano para coger un par de servilletas para limpiarnos y las tiró al fuego.

- No. Relájate. Ven aquí. ¿Sabes una cosa? - le abracé por la cintura, casi recostándome por completo en él, mordiendo su barbilla.

- ¿Que?

- Te amo. - besó mi nariz y después mis labios.

- Ya estamos aquí. - dijeron sentándose a nuestro lado otros dos que habían disfrutado por sus caras. - ¿Nos hemos perdido de algo? - me reí.

- No. Nada interesante. ¿Y vosotros? Sheila... - le hice un gesto con la mano como para que se peinara.

- ¿Que? Oh. ¿Ya?

- Era broma. Que fácil es pillaros. - Tom y yo reímos y ellos dos se pusieron rojos.

Sara al final se quedó a dormir en la casa de los niños. El Cabeza en casa de Andi porque no quería molestar a Sheila y Erik.

Al rato me levanté y fui a buscar a Gustav. Ya eran las doce y media. Hice que llamara a mi padre y le dijera que casi todos estaban durmiendo ya. Era la verdad. Ya solo quedábamos diez o doce. Los de siempre. Le dijo que había hablado conmigo y en poco más me iría a casa. Que cuando me fuera para allá, le mandaría un mensaje. Mi padre le dijo que estaba en camino. Que en una hora estaría aquí.

Intenté que Erik se llevará a Tom, pero no hubo manera de que se alejara de mí. Creo que se dio cuenta de que solo quería despistarlo para irme sin él y no movió su culo de mi lado. Así que no me quedaba otra que ir con él.

- Tom, es la hora. - le dije cuando vi que eran la una menos cuarto. Teníamos que llegar antes de que mi padre entrara, pensando que yo ya estaba dormido, y pillarlo. Me miró y asintió.

- ¿Ya... os vais? - dijo Sheila levantándose también junto a Erik.

- Si. Tenemos que irnos ya. - Sheila me abrazo sin más. Fuerte. Y Erik abrazó de la misma manera a Tom. No separemos y abrazamos al otro.

- En una hora voy a tu casa. - me dijo Erik. - Y no me digas que no. En una hora iré, por lo que pase.

- Esta bien.

- Te quiero, tío. Tener cuidado, por favor.

- Gracias por todo Erik. Cualquier cosa, Sara, por favor.

- Está hecho. No lo dudes.

Tom estiró la mano para que la cogiera e irnos. Y eso hicimos. Sin mirar atrás. No podía girarme y mirar a Sheila ni a Erik. Aunque me moría de ganas de hacerlo.

Mi corazón volvió a latir con fuerza y un escalofrió recorrió todo mi cuerpo.

- ¿Tardará en venir?
- Supongo que media hora. - le dije. -Hace un rato dijo que estaba a una hora de aquí.

- Vale. - miró al cielo y suspiró.

- Tom...

- No. - dijo callándome. - No vuelvas a decir que no entre contigo, porque voy a hacerlo. - cerré los ojos y asentí.

Abrí la puerta de casa y entremos sin encender la luz. Tom me cogió de improvisto y me hizo quedar de espaldas contra la puerta. Empezó a besarme, primero con fuerza y después tan lento que incluso dolía.

- Siempre juntos. ¿Vale?

- Si. Vale.

- Te amo más que a nada, Axel. Me alegro de que ese día mi padre te hiciera venir a mí. Ese día vi entrar por esa puerta al amor de mi vida y lo supe desde ese segundo que tus ojos se clavaron en los míos. Perdóname por la paliza del primer día, perdóname si no he estado a la altura.

- Tom. Siempre lo has estado. No he necesitado más de ti. Siempre me has dado todo, mi amor. Siempre. Solo puedo darte las gracias por todo. Te amo, bonito. Siempre lo haré. - nos besamos y de pronto la luz se encendió. Ambos nos miremos.

- Precioso. Si señor. Que romántico. Si me habéis hecho hasta llorar, coño...

- No... - Tom abrió tanto los ojos como pudo. ¿Qué cojones hacia aquí? Se suponía que no tenía que llegar hasta dentro de un rato. Mierda.

- ¿Qué haces aquí? - aparté a Tom a un lado.

- Vamos, ¿pensabas que me iba a tragar el cuento de tu amiguito? - mi padre estaba frente a nosotros, apuntándome con una pistola.

- Jorg, espera, hablemos... - le pidió Tom.

- Si, claro. - dijo bajando el arma. - Esto se termina rápido. Os pego un tiro a cada uno y Feliz Navidad. ¿Qué os parece?

- Mátame a mi si quieres, pero déjale ir. Papa... - se me ocurrió la absurda idea de llamarle así para ver si se ablandaba, pero sabía que era imposible.

- Mmm. No. Os mataré a los dos, así iréis juntos al cielo con tu querida madre. Si, eso me gusta más. - volvió a subir el arma, apuntándome a mí. - Manda recuerdos a tu puta madre de mi parte.

- ¡¡No!! ¡¡ Axel!!

CAPITULO 35

No entendía cómo. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que mi padre se pudiera dar cuenta y entrara en casa antes que nosotros. Pero así era y nos había cogido. No sé ni lo que se me pasó por la cabeza en ese momento. Solo podía verlo frente a mí, con la pistola. Nosotros ni siquiera íbamos armadas. Íbamos a cogerlas ahora de la habitación, de donde las teníamos escondidas. Solo sentí miedo por Tom. Me daba igual lo que a mí me pasara, que me matara si quería. Pero a Tom no.

- Mátame a mi si quieres, pero déjale ir. Papa...

Pensé que tal vez, por estúpido que fuera, llamarle así le haría pensar. Pero no. Y solo sentí un profundo asco al llamarle a sí. No sé qué dijo. No le escuché, no podía. Solo escuché la última frase y después de apuntarme, un disparo.

- ¡¡No!! ¡¡ Axel!! - sentí los brazos de Tom rodearme.

Mi padre sonreía de lado a lado. Abrí los ojos, esperando esa maldita bala, pero no llegó.

- Axel. No. No. - no la sentí. No me dolía nada. ¿Tan rápido era? ¿Tan rápido se siente cuando te disparaban? ¿Ni siquiera se sentía dolor?

- Tom...

Mi padre se desplomó ante nuestros ojos. Cayó al suelo haciendo un ruido sordo y retorciéndose. No entendía nada. Rápidamente toqué mi cuerpo. Tom me miraba igual de confundido que yo. No tenía nada, no toqué sangre, no me sentía mal. Estaba bien.

- ¿Estas bien? Joder.

- Si. Si, pero... como... - volví a mirar a ese hijo de puta. Todavía estaba vivo. Sufriendo. No me dio ni la mínima pena. No sentí nada por él a pesar de verlo así.

Del baño apareció una sombra. Alguien estaba ahí.

- Papa...

- Cabeza... - dijimos a la vez.

- ¿Estáis bien? No pensaba irme a dormir tan tranquilo. ¿Estáis locos? - dijo andando hacia nosotros. - Si no vengo, no lo contáis.

- Fabián... - no pude contener las lágrimas.

En ese momento todo lo que había guardado durante la noche, el miedo, los nervios, todo, salió en forma de lágrimas. De nuevo me salvaban la vida. De nuevo el Cabeza lo hacía y todavía más. Había matado a mi padre. Pero, qué equivocado estaba al pensar que todo terminaba ahí. Hubiera sido demasiado fácil.

- Tu... te vienes conmigo, cabrón.

Se escuchó otro disparo después de que mi padre hablara y vi como el Cabeza se desplomaba sobre Tom yéndose los dos al suelo.

- No. ¡No, papá! ¡Papá!

Me abalancé sobre mi padre. Le golpeé tanto como pude. Dándole patadas y luego tirándome sobre él descargando toda mi rabia a puñetazos en su cara. No podía hacer esto. No podía quitarnos al Cabeza. No tenía que pasar nada. No tenía que haber salido así. Este no era el plan. El Cabeza no. El padre de Tom no.

- ¡¡ Axel!! ¡¡ Axel, para!! - me levantaron cogiéndome por la cintura. Tom

me abrazó con fuerza. Era tanta la rabia que descargue que no sé cuánto rato estuve pegándole. - Ya, mi vida. Está muerto. Déjalo. Tenemos que llevar a mi padre al hospital.

- Fabián... - susurré y giré para verle. Estaba en el suelo, pero consciente, con sus manos apretando su costado y tosiendo sin parar. No había muerto. - Voy a… a...

- A ningún lado. Quédate con mi padre. Iré a buscar a Erik y a los chicos y nos vamos.

- Lo siento. - me derrumbé de nuevo. No quería que le pasara nada a su padre y ahora me sentía como una mierda por no haber calculado ni pensado bien las cosas. El Cabeza podía morir por mi culpa.

- No ha sido tu culpa. Mírame. - me cogió de las mejillas limpiando mis lágrimas. - Ahora te necesito, por favor. Te necesito, Axel. - dijo en voz baja. Asentí y le di un beso empujándolo para que se fuera y movernos lo más rápido posible.

- Fabián... - me senté a su lado y cogí su cabeza apoyándola en mi pierna para que estuviera más cómodo. - Lo siento. Todo esto es culpa mía.

- No... - dijo con dificultad. - Yo he sido... quien vino aquí. No es culpa... tuya. - hablaba muy bajo, con cara de dolor y entrecortado. - Axel, escucha. - cerró los ojos por un segundo. - Tu madre no engaño a tu padre.

- No me importa ahora eso, Cabeza. No hables.

- Escúchame. Conozco a tu madre hace más de treinta años. Y.… por estúpido la perdí. Tu madre se casó con tu padre porque yo tuve que hacerlo con la madre de Tom y...

- Ya, Cabeza, por favor. - no podía escuchar lo que estaba diciendo viendo que estaba pasándolo tan mal. Además, hablaba tan bajito que apenas podía entenderle.

- Vamos. Vamos rápido. Ayudarme a meterlo en el coche. - Tom entró desesperado acompañado por Erik, Andi, Marcus y el Chino. Todo fue tan rápido que apenas pude reaccionar.

Primero cogieron al Cabeza y lo sacaron de casa. Erik me cogió del brazo levantándome. No sé qué me dijo. Mi cabeza estaba perdida. Todavía no creía lo que estaba pasando. Tom me hizo entrar al coche cerrando la puerta. Habló con los chicos y después se montó también. Arrancó y salimos de allí.

- ¿Estas bien? - aparté la vista de la ventanilla y miré a Tom.

- No tenía que pasar esto.

- No podemos controlar lo que pasa, Axel. No es tu culpa.

- Axel. - habló el Cabeza. Me giré en el asiento. Tenía una mano tendida hacia mí y sé la cogí. - Hijo, no es culpa tuya. Piensa que ya eres libre. - y así era. Mi padre estaba muerto, y si no lo estaba, yo lo terminé de rematar a puñetazos. Le reventé la cara literalmente.

- Gracias, Fabián. Todo saldrá bien. Vas a salir de esta.

- Claro que sí. - dijo sonriéndome.

Cuando llegamos al Hospital todo fue igual de rápido. Bajé del coche corriendo, entrando por la puerta y pidiendo ayuda urgentemente. Tres médicos salieron con una camilla. Subieron al Cabeza en ella y lo metieron rápidamente a quirófano en cuanto les dije que había sido un disparo. Tom y yo nos quedamos allí en el pasillo esperando. No podía derrumbarme, ahora tenía que estar con él de nuevo. Me necesitaba.

Se quedó de pie mirando la puerta por donde metieron al Cabeza sin expresión alguna. Me dolió verlo así. Le abracé por detrás y le besé el hombro. Cogió mis manos sobre su estómago y las enlazo con las mías.

- Pase lo que pase... nos largaremos. - dijo en un tono que más que ser una idea sonó a afirmación. - No voy a volver allí. No voy a pasar de nuevo por

esto.

- No volverá a pasar. Mi padre está muerto.

- ¿Y qué? - dijo soltándome y girándose de repente. - Tu padre está muerto, pero a mi padre todavía lo siguen buscando. A mí. A Sara en cuanto sepan que es su hija y a ti por estar conmigo. - tenía el ceño fruncido. Hablaba en voz alta. Nunca lo había visto así. Me cogió de los brazos de repente. - ¿No lo entiendes? No quiero perderos. No quiero seguir con esta mierda de vida. No voy a seguir ahí, Axel. Ni tu tampoco. Vámonos. Por favor. Te lo pido. Vámonos. - empezó a llorar amargamente. Tragué saliva tragando mis lagrimas también.

- Esta bien. - le abracé intentando que se relajara. Supongo que ahora él necesitaba sacar todo. Todo lo que habíamos reprimido durante toda la noche ahora le tocaba soltarlo a él. Y la preocupación de su padre. - Nos iremos, mi amor. En cuanto tu padre salga de esta, cogeremos a Sara y nos iremos.

Las horas pasaban y no sabíamos nada. Estábamos los dos sentados en un sillón que había allí. Tom lloró tanto como pudo. Al final se quedó dormido entre mis brazos.

Sheila y Erik me habían llamado hace como una hora para saber cómo estaban las cosas. Me dijeron que Mario y Johan se habían llevado a Sara a casa del Cabeza por si mi padre había ido con más hombres y aquello se descontrolaba. Querían venir, les pedí que no lo hicieran, que no hacía falta, pero no me hicieron caso.

El silencio que había allí, la calma, todo me ponía a cada momento más nervioso. No tenía ganas de dormir. Yo no podría dormirme. Empecé a pensar, a recordar cosas y me acordé de las palabras del Cabeza. No sé qué me quería decir. No entiendo porque empezó a contarme eso. Mi madre y él se conocían de mucho antes de que yo naciera. Después las palabras de mi padre, que lo había engañado. No entendía nada ni sabía por dónde coger eso. ¿Qué importancia tenía ahora?

- Chicos. - giré la cabeza y vi a Sheila y Erik. - ¿Sabéis algo ya?

- No. - Tom se removió entre mis brazos despertándose. - Todavía no sabemos nada. - contesté.

- ¿Qué hora es? - me preguntó Tom.

- Van a ser las cinco y media. - casi tres horas o más que el Cabeza llevaba dentro. - ¿Quieres un café? ¿O algo de comer?

- Un café estaría bien. Y algo para la cabeza. Me duele muchísimo. - dijo frunciendo el ceño.

- Te acompaño. - me dijo Erik.

Me levanté del sofá y Sheila se sentó al lado de Tom. Erik y yo fuimos a la cafetería. Pedimos cuatro cafés para llevar y pregunté si podían darme algo para el dolor de cabeza, la camarera me dio un par de pastillas sin problema. Volvimos con ellos y se los dimos. Pregunté si querían fumar, porque yo lo necesitaba. Tom no quiso moverse de ahí. Sheila se quedó con él, y de nuevo con Erik salí a la puerta.

- Tengo que pedirte un último favor. - le dije.

- Sin problemas, dime.
- Necesito que, cuando estén las cosas más tranquilas y sepamos algo, cojáis toda mi ropa, la de Tom y Sara y la llevéis al piso de Tom.

- ¿Quieres decir que no vais a volver?

- No. No volveremos. Tom me lo ha pedido y no puedo hacerle pasar de nuevo por lo mismo. No puedo dejar que un día le pase algo a él o a Sara.

- Entiendo. Y es lo mejor que podéis hacer. Pero, no creo que lo mejor sea que os quedéis aquí, en la ciudad.

- Lo sé. Nos quedaremos de momento en su piso y después ya veremos. Si

Fabián sale de esta, nos iremos los cuatro fuera del país. Es lo mejor si queremos tranquilidad y vivir sin preocupaciones.

- ¿Crees que se salvara?

- Eso espero.

- ¡¡ Axel!! - Sheila salió llamándome. - El Doctor está hablando con Tom.

Tiré el cigarro y entre corriendo, pero solo estaba Tom.

- ¿Que ha dicho? ¿Tom? - me abrazó. Me imagine lo peor. - Mi vida...

- Esta... - dijo apartándose de mí y hablando para los tres. - No le han podido sacarla bala. Así que...

- Dios...

- Aguantara lo que... pueda su cuerpo y...

- Lo siento. - no pudo acabar la frase. Se derrumbó. - Lo siento, mi amor. - le dije abrazándolo y llorando con él.

Le subieron a una habitación. Tenía un montón de tubos por todos los lados. Maquinas conectadas a su cuerpo para controlar su pulso. Se le veía tan mal. Tan pálido. Sin vida.

Es por eso que nos dejaron pasar a los dos sin poner pegas. Nos dejaban quedarnos con él en la habitación el tiempo que hiciera falta. Fabián seguía vivo, pero estaba muriendo lentamente, de la peor manera. Y lo peor es que no sabíamos cuánto iba a durar eso.

Erik y Sheila se fueron. Me dijeron que por la mañana cogerían nuestras cosas y las llevarían al piso de Tom y pasarían por aquí. Les dejamos el coche para que fuera más cómodo y no tuvieran que ir en moto y les dijimos donde guardaba Tom las llaves de su piso para que pudieran entrar.

Fabián estaba dormido por la anestesia. El Doctor, que se pasó un rato más tarde, nos dijo que era normal y que por la mañana despertaría. Tom acercó una silla a la cama de su padre y se quedó dormido recostado ahí. Yo me senté en el sofá, me costó, pero al final también caí cansado y agotado por todo.

Me desperté escuchando murmuros y no tardé en darme cuenta que eran Tom y Fabián hablando. Me estiré un poco sobre en el sofá y me levanté.

- ¿Como estas? - le pregunté apoyándome en la silla de Tom.

- Mucho mejor. - dijo haciendo el intento de sonreír. - Axel, ves a por un café para Tom, que él no me hace caso, anda.

- Si. - le di un beso a Tom y a Fabián le apreté la mano a modo de saludo.

Me di cuenta que lo que querían era hablar, así que salí de allí, cerrando la puerta tras de mí y bajé al bar. Antes de entrar aproveché para fumarme un cigarro y así, perdía un poco más de tiempo.

Cogí dos cafés, uno para Tom y otro para mí, y volví a la habitación. Había un par de enfermeras por el pasillo que no sabría decir si me miraban con pena o con miedo. Entré en la habitación, casi no podía abrir la puerta porque en una mano llevaba los dos cafés y en la otra la cartera y el paquete de tabaco, así que abrí muy despacio, tanto que no se dieron cuenta cuando entré y siguieron hablando.

- Tienes que decírselo, papá. Nos vamos a ir de la comunidad y posiblemente de la ciudad cuando salgas de esta.

- No voy a salir de esta, hijo. No te hagas ideas que no son.
- No digas eso. Vas a salir y nos vamos a ir los cinco. Lejos de aquí. - ¿cinco, que cinco? Me quedé escuchando. Tom me daba la espalda y su cuerpo me tapaba de la vista del Cabeza, así que ninguno se dio cuenta de que estaba ahí. Además, los ruidos de las máquinas también ayudaban.

- No sé si ella pueda o quiera.

- Pues tiene que querer, no puede seguir viviendo en esa habitación. Además, ella no está tan mal. - supuse que hablaban de la madre de Sara. - Y Axel tiene que saber algún día que su madre está viva.

- ¿¿Que??

- ¡Axel! ¿Que... ?

Se me cayeron ambos cafés de las manos. No escuché a Tom, no escuché nada más.

Salí corriendo de esa habitación. Mi madre estaba viva. Mi madre estaba aquí, en esa puta habitación. Ni siquiera me paré a esperar el ascensor, corrí subiendo por las escaleras las cinco plantas, ya que el Cabeza estaba en la primera, en la planta de observación diaria. Corrí esquivando gente, médicos, enfermeras. Ahora mismo me sudaba mucho los huevos todo el mundo. Solo quería llegar ahí y verla. Verla y saber por qué.

Tenía una mezcla de sentimientos que no sabía cómo explicar. Odio, alegría, me sentía engañado, y mil cosas más. Mi madre seguía viva después de quince años y yo me enteraba ahora. No tenía sentido. ¿Por qué mi madre no me buscó?

- ¡¡Señor, no puede pasar!!

- Déjeme. - empujé a la enfermera que se puso en medio. Seguí a paso rápido por el pasillo buscando la habitación. Recordaba muy bien cuál era el número.

Cuando estuve enfrente me paré. Estaba llorando y ni siquiera me había dado cuenta. Me limpié las lágrimas. Miré al principio del pasillo y vi a Tom mirándome, ayudando a la enfermera a levantarse del suelo.

- Axel... - leí en sus labios.
Me armé de valor y abrí la puerta de esa habitación. Lo primero que pude

notar fue un aroma a rosas.

- ¿Te gusta, hijo? Acabo de comprar este ambientador. Ha salido nuevo. ¿No huele fenomenal y fresco? Mmm, me encanta.

- Solo huele a rosas, Mama.

- Si, pero es fantástico que la casa huela así. ¿No te recuerda a cuando salimos al campo? Los pájaros, los árboles, las flores... Huele a libertad.

- Supongo.

Ahora esas palabras tenían sentido. Recordé esa conversación. Libertad. Mi madre nunca se sintió libre con mi padre. Así como ahora, en una habitación sin salir, oliendo a rosas.

Había tanta luz a diferencia del pasillo o en la habitación del Cabeza, que me costó un poco poder apreciar todo. Cuando la vi, supe que no era una cualquiera. Había rosas por todos los lados. En las ventanas, en las mesillas y hasta en el suelo. Las sabanas de la cama eran azul cielo. No parecía una habitación de hospital, si no una habitación de una casa cualquiera. Di dos pasos más, entrando un poco. No había nadie, allí no había nadie.

- Axel... - Tom susurro tras de mí y me abrazó por la cintura.

No quería escucharlo. Ahora no. Me había mentido y engañado como su padre, pero tampoco tenía la fuerza como para gritarle o pedirle explicaciones. Estaba demasiado ido en ese momento con tantos recuerdos que golpeaban mi cabeza. Volvió a abrazarme. No pude reprochar su abrazo y cogí sus manos con fuerza. A pesar de todo me quería y sabía que habría algún tipo de explicación para esto. Para todo. Y por mucho que me doliera, quería oírla

y poderla entender. Mi madre estaba viva, por dios. Nada más me importaba que eso.

- ¿D-dónde está? - apenas salió mi voz.

No hizo falta que contestara. Se escuchó una puerta en la pared que no alcanzaba a ver. Pues la habitación hacía un pequeño pasillo donde estaba el baño y la puerta daba a la otra pared.

- Simone. - en cuanto Tom la llamó por su nombre, mi cuerpo se heló.

- Oh, Tom. Ven a ayudarme, cariño. Llevo tantas cosas que no puedo con ellas. - cerré los ojos. Mis lagrimas salieron a borbotones. Volver a oír su dulce voz fue como... Dios, no lo sé. Estaba escuchando a mi madre. Tom besó mi mejilla y me soltó para entrar en la habitación.

- ¿Como estas, hijo?

- Simone, tengo que decirte un par de cosas. - escuchaba la voz de los dos, pero no podía verlos. Y tampoco me atreví a entrar a la habitación.

- ¿Qué pasa, hijo? Estas serio.

- Mi padre está ingresado. Anoche, Jorg...

- ¡Oh, dios! ¿Axel está bien? ¿Fabián? ¿Qué ha pasado? - mi madre sonaba angustiada y preocupada, y que preguntara por mí me puso los pelos de punta.

- Escucha. Axel esta perfecto. Si mi padre no hubiera estado ahí... ambos estaríamos muertos.

- ¡Por favor! ¿Dime que no le ha pasado nada a tu padre, Tom?

- Está grave, Simone. No voy a mentirte. No creo que salga de esta.

- ¡Dios mío! No es justo. Quiero ir a verlo. Llévame.

- Te llevaré, pero primero... hay alguien que... quiere verte.

- ¿Quien? Nunca nadie viene a verme.

- Creo que es hora de que lo sepa, Simone.

- ¿Axel está aquí? ¿Donde? ¿Sabe que yo... ?

- Si.

No podía, no estaba preparado para esto. Tantos años pensando que ella estaba muerta y ahora la estaba escuchando. No podía hacerle frente. ¿Como? ¿Habría cambiado? ¿Se vería diferente? ¿La reconocería? Tantas preguntas que me invadieron, que hicieron que caminara hacia atrás, saliendo lo poco que había entrado en esa habitación. No podía. No puedo, mama.

- ¡Axel! - Tom me cogió parándome a mitad de pasillo.

- ¡No puedo, no puedo, Tom! No puedo verla. - me derrumbé, incluso caí al suelo de rodillas. No tenía fuerzas para verla a pesar de que deseaba abrazarla con todas mis fuerzas y decirle que le había echado de menos.

- Vamos Axel. Cálmate. - se agachó frente a mí, abrazándome. - Todo está bien.

- No está bien. Está viva y yo no lo sabía. ¿Por qué? Me han engañado durante años. Tu padre lo sabía y dejó que siguiera pensando que estaba muerta. No puedo verla. No quiere verme.

- Si quiere verte. No digas es eso. Ella quiere verte. Deseaba que llegara este momento, Axel. Créeme. Te lo explicara todo. Vamos, mi vida. Cálmate.

Lloré por un rato con él abrazándome allí, en medio del pasillo en el suelo, bajo la mirada de enfermeras y familiares de los enfermos de la misma planta. Pero me importaba una mierda que me estuvieran viendo y lo que estuvieran pensando.

- ¿Estas mejor? - asentí limpiando mis ultimas lágrimas. - ¿Vamos? Seguro que está esperando con ganas de verte.

- Tom... - le llame mientras nos levantábamos del suelo. - No me dejes solo.

- Nunca. Siempre estaré contigo, fue mi promesa, ¿recuerdas?

- Si. - me acerqué un poco a él y le di un beso en los labios. - Gracias por estar a mi lado siempre.

- No me las des. Perdóname por no habértelo contado antes. Pero ella me lo pidió.

- Lo entiendo. No pasa nada.

Me abrazó por la cintura y caminamos de vuelta a la habitación. Antes de entrar me paré y respiré hondo un par de veces.

- Tu primero. - le pedí. Me cogió de la mano y pasó a la habitación llevándome tras de él.

La vi de espaldas, en una silla de ruedas mirando por la ventana. No se dio cuenta de que habíamos entrado. Su pelo seguía igual, castaño y largo. Pero al ver la silla de ruedas, se me formó un nudo en el estómago. No vi aparatos de respiración ni nada de lo que Tom me había dicho. Solo la silla de ruedas. Imaginé que era algo que decidieron decirme para tener un motivo por el cual ella, la supuesta madre de Sara, no podía salir del hospital. Sara. Pensé en ella fugazmente. Tom me cogió de la cintura, empujándome un poco para que diera un paso más.

- Vamos. - susurró. Tragué saliva. Volví a mirarla. Cogí la mano de Tom, no quería que se fuera y me dejara aquí solo.

- Ma... Mamá. - movió apenas un poco la cabeza hacia un lado al escuchar mi voz. Vi cómo estiraba sus manos hacia las ruedas y giraba lentamente. Me quedé sin habla. Estaba preciosa a pensar del paso de los años y... Dios. Era

mi madre. Estaba igual a como la recordaba. Solo tenía alguna arruguita, pero estaba preciosa.

- Perdóname, Axel. Perdí...

- ¡¡Mama!! - ni siquiera la dejé terminar. Solté la mano de Tom y me tiré de rodillas al suelo delante de ella abrazándola.

- ¡Oh, mi pequeño! - me abrazó de vuelta y volví a llorar como un crío. - Ya, cariño. Me harás llorar al final.

- Me has hecho tanta falta. Te he echado de menos, Mama. Mami...

- Cariño... - su voz ahora sonaba rota como la mía. - Déjame verte. - cogió mis mejillas y puse mis manos sobre las suyas y me miró a los ojos. - Sigues siendo precioso, mi vida. Un hombre precioso.

- Mama... Tu... sigues igual que cuando...

- No mientas, estoy vieja. – sonrió conmigo.

- Te quiero mucho, mami. - me abracé a ella de nuevo.

- Y yo, mi pequeño. No sabes lo duro que ha sido para mí. Perdóname por hacerte esto y dejar que pensaras que ese día me fui.

- Nunca te has ido. Siempre has estado conmigo.

- ¿Cariño, no estás enfadado?

- No. - me aparté de ella y me limpié las lágrimas. - No podría. Sé que hay algún motivo y creo que lo entiendo. Pero ya todo se terminó.

- ¿Qué quieres decir?

- El Cabe... Fabián mató a ese desgraciado anoche.

- ¡Oh! ¿Él está...?

- Muerto, por fin. Te lo prometí y aunque no fuera yo quien lo hizo, está muerto. - cerró los ojos por un segundo y asintió lentamente. - Pero no hablemos de eso. No quiero perder el tiempo hablando de él.

- Me parece bien. Ya nos ha quitado mucho. Tom, hijo. Acércate. - me giré para ver a Tom y me levanté. Nunca le había presentado a mi madre ninguna pareja. Sobre todo, porque tenía doce años cuando ella... Bueno, por eso y porque nunca tuve una.

- Mamá. Imagino que lo sabes, pero... déjame hacerlo como me hubiera gustado hacerlo. - me sonrió y asintió. - Mamá, te presento a Tom, mi... novio. - Tom y yo nos estábamos mirando a los ojos y él sonreía de oreja a oreja.

- Mucho gusto, señora. - mi madre le tendió la mano y Tom la cogió, se inclinó un poco y se la beso.

- Como le hagas daño a mi pequeño, te las veras conmigo. - intentó ponerse seria, como muchas veces hacía cuando me regañaba, pero terminamos riendo los tres. Volví a abrazarla de nuevo. Me sentía tan feliz en este momento. Era como si nunca hubiera estado apartado de ella. Seguía igual.

Pero me acordé de Fabián. Estaba mal y no era justo hacerle a Tom quedarse aquí por mí en las últimas horas de su padre.

- Podemos... podemos bajar abajo con Fabián y estar con él, todos juntos. - me animé a proponer.

- Si. Quiero estar con él. Lo siento por... - corté a Tom con un beso.

- Tu estas para mí y yo para ti. Lo justo ahora es estar con tu padre. Habrá tiempo de hablar, ¿verdad mamá?

- Si, hijo. También quiero verle. - dijo agachando la mirada.

Ahora entendía todo. Mi madre era esa mujer por la que Fabián dejó a la madre de Tom. Fabián era el hombre del que mi madre estaba enamorada y por

el que mi padre quiso matarla. La historia que Tom me contó de su padre y esa mujer, era la historia de mi madre.

Y Sara, Sara era mi hermana.

CAPITULO 36

Ayudé a mi madre con la silla de ruedas y la fui empujando. Tom iba delante, pero a nuestro lado. Ella saludaba a todas las enfermeras con las que se cruzó en los pasillos, como si estuvieras caminando en el barrio en el que vives y saludas a tus vecinos. Todas me miraban y cuchicheaban que yo era ese hijo que nunca había venido a verla.

Bajamos a la primera planta, donde estaba Fabián y Tom abrió la puerta, dejándome pasar primero con mi madre.

- Simone. - dijo en cuanto giró a vernos. Estaba tranquilo mirando por la ventana. - ¿Qué haces aquí?

- Los chicos me han contado lo que pasó y que estabas ingresado. - bajó ambas manos a las ruedas y se acercó a él. Yo me quedé un poco retirado con Tom, que me abrazó por detrás.

- ¿Estas bien? - asentí sonriéndole y me dio un beso en la mejilla.

Vi como mi madre se acercó a él tanto como pudo y cogió su mano besándola y acariciándola con toda la dulzura del mundo. Nunca vi ese gesto hacia mi padre. Nunca la vi hablando tan tranquila como ahora. No sé si es porque, yo también he crecido y veo las cosas con más atención, o en realidad es él con el que tenía que haber compartido toda la vida.

- ¿Vamos a comer algo y los dejamos un rato solos? - me susurró Tom.

Dudé por un momento. Quería preguntarle tantas cosas a mi madre, al Cabeza, quería saber todo. Pero también tenían derecho a hablar tranquilos ellos e imagino que el Cabeza querría saber cómo fue nuestro reencuentro.

- Mama. - me acerque a ella. - Vamos a comer algo, ¿te apetece que te traiga algo de comer o beber?

- No, cariño. Yo he desayunado ya en mi habitación. Ir tranquilos.

- Bien. A ti no te pregunto porque tienes que estar en ayunas. - le dije al Cabeza tocando su brazo.

- La verdad es que me comería un buen bocadillo ahora. - dijo riendo.

- Eso es buena señal. - dijo mi madre. Le di un beso a mi madre y fui hacia Tom para salir. - Veras como sales de esta. Ahora todo cambiará, Fabián. Tienes que ser fuerte.

Alcance a escuchar esa última frase de mi madre. Y qué razón tenía.

Todo había cambiado. Ahora si estaba seguro de que no quería volver a la comunidad. Ni mirarla de lejos. Solo quería coger a mi madre, a Tom, a Fabián y a Sara y marcharme de aquí, irme lo más lejos posible y olvidar toda esta mierda. Comenzar de nuevo. Tener una vida tranquila con mí... familia.

Compramos un bocadillo para los dos y un par de refrescos y en vez de quedarnos en el bar, decidimos salir un poco a la calle y respirar aire fresco. El Hospital tenía como una pequeña entrada con bancos y árboles, así que allí nos sentemos, en el primero que vimos nada más salir.

Tom partió el bocadillo en dos y empezó a comérselo. Yo bebí de mi refresco, de momento no tenía hambre. Seguía teniendo ese pequeño nudo por todo en el estómago y si comía algo lo vomitaría. Me fumé un cigarro mientras Tom devoraba el bocadillo, tenía hambre de verdad.

- ¿Ya habrán llevado nuestras cosas a casa? - me preguntó.

- Pues no lo sé. Supongo que estarán en camino. Dijeron que vendrían pronto.

- Axel. No quiero hacerte sentir mal, pero perdona por ocultarte lo tu madre. Ella me lo pidió y sentí que no era quién para meterme en su decisión.

- Lo entiendo, no pasa nada.
- ¿Hablas en serio o... luego explotaras y me llamaras de todo menos bonito? - reí y le di un beso acomodándome entre sus brazos.

- No. Lo entiendo, en serio. Supongo que ella tenía miedo de mi padre y quedarse aquí fue la manera de esconderse de él y que no la encontrase.

- Así es. Así me lo explicó ella. Tu padre no la atacó una vez, sino dos. Cuando supo que estaba viva fue a por ella de nuevo. Al poco de nacer Sara. - levanté la cabeza y le miré.

- Es... raro.

- ¿El que?

- Pues... somos novios y tenemos una hermana en común.

- Si. ¿Y sabes que al estar tu madre y mi padre juntos nos convierten en hermanastros? - dijo levantando las cejas seguidamente.

- ¿Y eso te gusta o qué? Cochino. - reí. - Es tan... extraño. Saber que he cuidado a Sara desde que llegó y el cariño que le tengo sin saber que en realidad es mi hermana. Mi pequeña Princesa. ¿Qué crees que dirá cuando le diga que también soy su hermano?

- Pues que si conmigo se volvió loca contigo no te digo nada. Ella te quiere mucho. - me abrazó un poco más fuerte besando mi cabeza. - Parece mentira que el destino nos haya juntado así, ¿no?

- Más que el destino, tu padre.

- Si, en parte. Pero mi padre no hizo que nuestros padres se enamorasen y que tú y yo acabásemos junto, ¿no?

- No. En eso tienes razón. Que estemos juntos es culpa de mi encanto irresistible.

- Oh, sí. Tan tranquilo, sensible, educado... - le pegué en la pierna. - ¡Oye! - rio. - Me alegra que hayas tomado tan bien lo de tu madre.

- Bueno... Dudé, pero, es mi madre. La quiero y nada me hace más feliz que saber que está viva y puedo tenerla a mi lado.

- ¿Recuerdas cuando me dijiste que habías soñado con tu abuelo? - asentí. - Se lo conté a tu madre y me dijo que era un viejo loco. Pero que ella le pedía todos los días de alguna manera que te protegieran y que... te dijeran de algún modo que ella no estaba ahí con ellos.

- ¿Me estas... me estas mintiendo, no?

- No. Es verdad. Pregúntale si quieres. Yo me lo tomé igual, pero me lo creí porque tu madre no tenía idea de lo que habías soñado, eso no se lo conté. Solo le dije que habías soñado con él.

- ¿Y tú? ¿Como estas? ¿Como ves a tu padre? - me separé de él y saqué otro cigarro para los dos.

- Es fuerte. Incluso tiene hambre, creo que saldrá de esta.

- Eso espero. Me gustaría irnos los cinco y empezar de cero. - le tendí el cigarro, pero cogió mi mano y me hizo acercarme de nuevo a él besándome sin soltarme.

- ¡¡Eh, eh!! Que hacer eso en vía pública es ilegal.

Ambos nos separemos y reímos, eran Erik y Sheila y venían de la mano muy contentos. Se echaron un cigarro con nosotros, por hacer un poco más de tiempo. Yo me relajé hablando con ellos y al final me comí mi trozo de bocadillo.

Erik nos empezó a contar cómo sacaron a mi padre de casa y le corté, no

quería saber nada de eso. No me importaba si lo habían tirado a un descampado, enterrado o incluso si lo habían quemado. Me la traía muy floja, pero no quería saberlo. No quería volver a oír hablar de él en la vida.

Así que cambiaron de tema y nos dijeron que ya teníamos todas nuestras cosas en el piso de Tom. Mi ropa y la suya y también la de Sara y todos sus juguetes. No dejaron nada. Eso me alegró, porque así no tendríamos que volver allí para nada. Me parecía mal por la gente porque en realidad me gustaría despedirme, pero sería mejor así. No quería volver a pisar esa casa de madera sabiendo que allí casi me mata ese hijo de puto.

Tom se levantó y se apartó un poco. Le había llamado su tío, Mario, para preguntar por su padre.

- Tengo que contaros algo. - los dos me miraron frunciendo el ceño. - No es malo. Es... todo lo contrario o al menos para mí. Bueno, no os lo voy a contar, quiero que lo veías y después... ya os explicaré.

- Pero dinos que es al menos. No nos dejes así. - dijo Sheila. Me reí y negué.

- ¿Es cosa o persona? - dijo Erik.

- Es una persona, pero no voy a decir nada más.

- Esta bien. A saber quién es. Nosotros también queríamos deciros algo, más bien es una petición. - dijo Sheila.

- Si. Queremos salir también de la comunidad y empezar de cero y habíamos pensado en... irnos con vosotros. - levanté ambas cejas, ¿cómo con nosotros? - Espera. Irnos con vosotros a donde viváis, en otra casa, pero estar juntos.

- Ah, vale. Ya pensaba que queríais meteros con Tom y conmigo en la cama.

- ¡¡Oye!! ¿Por quién me tomas? - dijo Sheila y yo me reí.

- No, si no lo decía por ti, lo decía por tu novio.

Los tres reímos y se acercó Tom colgando el móvil. Le expliqué de qué nos reíamos y también soltó una carcajada. A los dos nos parecía bien así que Erik y Sheila se vendrían con nosotros.

Mario le dijo que Sara estaba tranquila. Que pasarían un rato por la comunidad y después volverían a la casa del Cabeza. Que mañana se pasarían a verle para dejarle hoy tranquilo.

Entramos los cuatro al Hospital de nuevo. Me moría de ganas de presentarle a mi madre a Erik y Sheila, pero más de ver sus caras. Tom tocó dos veces a la puerta antes de entrar.

- ¿Se puede? ¿Estáis visibles y esas cosas?

- Oh, Tom. - escuché al Cabeza. - Pues claro que sí, que quieres que hagamos si no nos podemos mover ninguno. - Erik y Sheila me miraron confundidos y yo me mordí el labio para no reírme.

Pasamos los cuatro. Miraron a mi madre y la saludaron sin más y se acercaron a hablar con el Cabeza. Yo me senté en el sofá con mi madre a mi lado y me cogió la mano.

- ¿Quiénes son? - me preguntó en voz baja.

- Son amigos de la comunidad.

- Ah, ya. Son muy guapos. - si tú supieras, mamá. A uno me lo he tirado y a la otra lo he intentado por años. Pensé. - ¿Son pareja? - asentí. Tom se sentó a mi lado después de dejar una caricia en el hombro a mi madre.

- ¿Les has dicho?

- No. Ahora los presentare. - esperé un poco que terminasen la conversación con el Cabeza, Fabián, me costaría llamarle así. Cuando terminaron de hablar con "Fabián", me levanté y me puse tras mi madre

apoyando mis manos en sus hombros. - Chicos. - ambos me miraron y dibujé una sonrisa de oreja a oreja inevitable. - Os presento a mi madre.

- ¿Eh?

- ¿Como que tu... tu madre?

- ¿Pero no estaba...?

- ¿Tu madre?

Ambos hablaron a la vez, tanto Fabián, Tom, mi madre y yo reímos.

- Eso pensaba, pero resulta que no. Estaba aquí en una habitación escondida de, ya sabéis quien. - dije sin darle ningún nombre porque no lo merecía.

- ¿Como están? - les preguntó mi madre.

- Señora... - dijo Sheila.

- Simone, llámame Simone.

- Simone, me alegro mucho de conocerla y de que, bueno, no esté... ya sabe. - dijo mirándome a mí más que cortada.
- Encantado, Simone.

- Ellos son Erik y Sheila. Los conocí en la comunidad y bueno, desde que llegó Tom los cuatro nos hemos hecho más amigos y eso. - dije encogiéndome de hombros.

- Y tengo que añadir algo. - dijo Tom levantándose del sofá. - Papá, lo hablemos ayer, pero, ahora que Axel sabe lo de Simone y Sara y...

- ¿Dónde está mi pequeña? ¿Van a venir? - supuse que Fabián le dijo dónde estaba.

- He hablado con Mario. Vendrán mañana. - mi madre asintió mirándome, supongo que se dio cuenta de que eso me lo tenía que explicar. - A lo que iba. He pensado que podríamos irnos a España, Papa. Tú vienes de allí y allí podremos estar tranquilos. Claro si a Simone y Axel les parece bien.

- Por mí no hay problema. - dije.

- Esta bien. Donde sea que vayamos y estemos juntos, estará bien, hijo. - le contestó mi madre.

- Bien. Pues lo que quería añadir es que, Sheila y Erik vendrán con nosotros también.

- Ante eso tendría que imponerme. - dijo Fabián de repente. - Sabéis que nadie puede salir de la comunidad. Pero ya no soy quién para decir nada.

- ¿Qué quieres decir? - pregunté rápidamente.

- Antes de lo que pasó, hablé con Mario y Johan. Me di cuenta que no os podía condenar a quedaros allí, dejándoos la comunidad a vosotros y tras pensarlo, hablé con ellos.

- ¿Ellos se quedarán en tu lugar? - preguntó Tom.

- Así es. Ellos me lo pidieron. Es su vida y no quieren dejar a todas esas familias. Y yo tampoco podría irme tranquilo dejando a cualquier otro. Sé que ellos lo harán lo mejor posible y los cuidarán.

Me sorprendió escuchar eso. Pensaba que nos costaría convencer a Fabián de dejar la comunidad e irnos. Pero al parecer, él pensó como nosotros. Una vez quitada la piedra del camino, teníamos vía libre al fin. Y eso me llenó de alegría. Tanto a mí como a Tom y como a mi madre. Por fin no habría problemas. Solo había que esperar que Fabián mejorase y largarnos de aquí.

Pasamos casi toda la mañana allí hablada los seis. Después pasó el Doctor que nos regañó y echó al pasillo. No podíamos estar tantos en la habitación.

Sheila y Erik se fueron diciendo que pasarían a la tarde, de parte tarde y vendrían a cenar con nosotros al bar. Les agradecimos por estar aquí de la manera que estaban, apoyándonos.

Cuando a Fabián le trajeron su comida, mi madre también tenía que subir a su habitación para comer. Así que yo la acompañé después de ir a por dos bocadillos, uno para Tom que comiera con su padre, y otro para mí y poder acompañar a mi madre mientras comía.

No tenía mala pinta su comida. La verdad se veía bien. No como la típica comida de Hospital. A Fabián le habían puesto puré y pescado para que comiera suave. El Doctor dijo que si tenía apetito era buena señal. Subí con mi madre en el ascensor hasta su planta, de nuevo saludó a todas las enfermeras, pero esta vez me presentó a todas.

Estábamos los dos sentados en una pequeña mesa que tenía en su habitación. Ella comiendo de su bandeja y yo mi bocadillo.

- Cuéntame cómo esta Sara. - me dijo sin más. Tragué y bebí un poco de agua.

- Bueno, ella está bien. Esta preciosa y grande, mañana podrás verla.

- He visto fotos de ella. Fabián me traía fotos casi todos los días hechas con su móvil.

- ¿Ah sí?

- Si. - terminó de masticar la última pinchada que quedaba de su carne y apartó un poco la bandeja. - Y también he visto muchas fotos tuyas.

- ¿Mías? ¿También te traía fotos mías Fabián?
- Si, antes. Últimamente lo hacía Tom. - me atraganté. Las pocas fotos que teníamos Tom y yo eran... bueno. O besándonos, o abrazándonos y siempre era en el sofá o en la cama. - No tengas vergüenza, hijo. Que una tiene su edad y está curada de espanto.

- Ya, pero... aun así. Mama. - me aclaré un poco la voz. - ¿A ti qué te parece eso de que esté con un... chico?

- ¿Te digo la verdad? - asentí. - Sabia que algún día vendrías a presentarme a tu novio. - fruncí el ceño porque no entendí sus palabras. - Supongo que una madre se da cuenta de esas cosas. Simplemente lo acepto, Axel. No tengo problemas.

- Gracias. Y me gustaría saber que... como...

- ¿Todo lo que pasó conmigo?

- Si. No quiero incomodarte y eso, pero... Necesito saberlo.

- Y yo te lo cuento. Solo ayúdame a echarme un rato en la cama. ¿Sabes? Mis piernas no sienten, pero el trasero lo tengo cuadrado.

- Esta bien. - reí.

Ella sola se acercó hasta la orilla de la cama. Le pregunté cómo debía hacerlo y cogerla, no quería hacerle daño. Así que tal como me dijo, la cogí en brazos y la dejé sobre la cama lo mejor que pude. Acomodando sus piernas y tapándola un poco. Me daba rabia ver así a mi madre. Antes era toda un todo terreno. Siempre iba y venía de un lado a otro y sabía que estar inválida era algo bastante difícil para ella. Pero supongo que ya estaba acostumbrada por su forma de comportarse.

Cogí la misma silla donde me senté a comer y me senté al lado de su cama. Justo en ese momento entró un enfermero para realizar su tarea de ayudar a mi madre a acostarse, pero como ya lo había hecho yo, se fue llevándose la bandeja de la comida.

- Bien. ¿Por dónde empiezo?

- Desde el principio. Quiero saber cómo os conocisteis Fabián y tú. - le pedí.

- Uh, es mucho tiempo. - dijo riendo. - Bien, te contaré lo que recuerdo, seguro hay cosas que ya olvidé, pero, bueno. - Se acomodó de costado hacia mí y empezó a contarme. - Fabián y yo nos conocimos en el último año del instituto. Él estuvo mucho tiempo intentándolo conmigo, pero yo quería centrarme en los estudios. Así que una semana antes de terminar, como sabía que tenía el curso aprobado, me di el gusto de poder quedar con él una vez. Y ahí empezó todo. Empezamos a salir por aquel entonces. Éramos felices y bueno, como en todas las parejas hubo un momento difícil en el que ambos desconfiábamos del otro. No dejes que nunca te pase eso con Tom. - me dijo cogiendo mi mano. - Si alguna vez dudas de él, ves de frente y háblalo, no actúes sin pensar porque es lo peor que puedes hacer. - asentí, esperaba no perder nunca a Tom, porque sin él moría. - Eso es lo que nos pasó a nosotros. Vi un día a Fabián con una mujer, me dio tanta rabia que, sin pensarlo, salí con Jorg. El mayor error de mi vida. Ambos estábamos celosos del otro así que perdimos la cabeza. Yo quedé embarazada de tu... de Jorg. Y Fabián dejó embarazada a la otra mujer.

- ¿Entonces... Tom y yo...?

- Oh, no, cariño. Vosotros sois lo mejor de nuestras vidas. No fuisteis un error, mi niño. Yo estoy tan orgullosa de tenerte como Fabián de tener a Tom.

- Pero no volvisteis. ¿Por qué?

- Porque cuando vas a tener un hijo, todo se complica. Fabián se sentía en la obligación de casarse con la madre de Tom, y yo tenía que hacerlo con Jorg. Eran otros tiempos. Ahora hay muchos padres y madres solteros, pero por aquel entonces estaba muy mal visto.

- Entiendo. Pero Tom me dijo que su padre seguía viendo a esa mujer incluso después de nacer él. ¿Fue así?

- Si. ¿Recuerdas cuando le pedía permiso a tu padre para ir a casa de Cecilia? - asentí. - No iba a su casa.

- Oh. - ahora lo entendía. Ese jodido día mi madre salió esa tarde, tal vez mi padre la siguió y...

- Ese día, tu padre me siguió. - tal como pensaba. - Lo que pasa que no hizo nada hasta que llegué a casa.

- ¿Y después de... ese día? Fabián me llevó a la comunidad.

- Lo sé. Yo se lo pedí. Sabía que lo que hacíamos estaba mal y era arriesgado y...

- Pero os amabais, solo que no lo hicisteis de la mejor manera.

- Me alegra saber qué piensas así. Le dije a Fabián que, si algún día me pasaba algo, te llevase ahí, yo sabía a lo que se dedicaba y sabia de esa comunidad y sabía que ahí por lo menos estarías a salvo. Después de ese día me desperté en el Hospital. Me salve. Fabián me contó que había dejado a su mujer y que Jorg había huido. Así que acepte su petición de irme a vivir con él. Pasaron algunos años y.… tuvimos a Sara. - dijo mirándome, esperando que yo le preguntara algo, pero ese trocito ya lo sabía. - Después, al poco tiempo tu padre volvió a dar conmigo. Menos mal que ese día deje a Sara con Mario en casa y no la lleve conmigo. Ese día tampoco consiguió matarme, pero si dejarme así, invalida, pero al menos estoy viva, y eso es lo que importa. Le pedí a Fabián que se llevará a Sara también a la comunidad, sabía que allí estarías tú y él. Cogí mucho miedo, Axel. Tanto, que le pedí a Fabián no salir de aquí. Y.… hasta hoy, sigo aquí. Pero al menos todos estamos bien. Tú, Sara, yo y Fabián saldrá de esta.

- Seguro que sí. ¿Pero no entiendo por qué no decírmelo, mama? Hubiera venido a visitarte y.… no sé. Todo este tiempo pensé que estabas muerta. Y lo he pasado tan mal.

- Lo sé, hijo. Lo sé. Pero por eso mismo no quería que lo supieras. Porque hubieras venido todos los días y Jorg terminaría por enterarse de que yo estaba aquí. Y tal vez te hubiera cogido antes, y eso no me lo hubiera perdonado. ¿Entiendes?

- Si. Entonces, al final me disté esa hermanita o hermanito que tanto te pedí de pequeño. - reí.

- ¿Todavía te acuerdas de eso? Oh, dios mío. Te ponías tan pesado. - los dos reímos. Era muy pesado siempre con que quería un hermano o una hermana. Lo recuerdo perfectamente.

- Cuidé a Sara desde el momento que entró en la comunidad, ¿sabes? Le tengo mucho cariño y es mi pequeña Princesa. Tom también la quiere mucho. Él supo que era ella en cuanto la vio.

- ¿En serio?
- Si. La vio de pequeña y cuando la vio allí la recordó. Aunque no estaba seguro cien por cien. Pero Sara le cogió cariño enseguida y se puso muy contenta cuando le dijo que era su hermano.

- Pues ahora tiene otro hermano más.

- Si. Y también sabrá quién es su papá y su mama. - le dije.

- Si. Es cierto. No sé si lo entenderá, es pequeña para eso.

- Lo entenderá.

- Y cuéntame tú, cómo empezaste con Tom. Vamos, quiero saberlo. ¿Ya... os habéis acostado?

- ¡¡Mama!! Oh, por dios. No pienso hablarte de eso. - creo que me puse de todos los colores.

A partir de este día, mi vida cambiaba radicalmente. Aquella noche murió Cross, y creo que hoy renace Axel con más fuerza que nunca y con ganas de vivir más que nunca. Lo tenía todo. Ahora sí. Una familia, una familia de verdad. Mi madre, mi pequeña hermana, Tom y Fabián. Y también me llevaría conmigo a mis dos grandes amigos. Ahora me sentía completo. Renovado. Con un gran peso menos encima y con el cariño de mi madre a mi lado.

Hoy comenzaba a vivir mi propia vida. Se terminó el soñarla, era hora de vivirla.

CAPITULO 37

Querido diario:

Hoy quería retomar una de mis mil costumbres y una de ellas era esta. Escribirte todos los días. Han pasado tantos años que no escribo, que no sé cómo empezar. Supongo que debo hacerlo por lo principal y más importante.

Me siento feliz y completo. Tengo todo lo que deseé algún día. Una casa. Una pareja. Un trabajo. Amigos. Libertad. Una vida. Mi vida no ha sido de cuento, pero tampoco me entristece pensar en ella. Me hizo crecer como persona y conocer los valores reales de la vida. Y en ellos no está el dinero, ni el tener tantas cosas como pueda. Si no la confianza en uno mismo, el salir adelante y no tener miedo a nada. Aunque lo tuve, vaya si lo tuve.

Hoy hace cuatro años de aquella noche en la que pensaba que mi vida terminaría, y lo peor es que también llegué a pensar que sería el fin de la de Tom. Cuatro años maravillosos, pero también con su parte mala. Fabián, mi salvador, mi maestro en la comunidad, mi amigo, mi

confidente, mi suegro y padre. Porque sabes que para mí fuiste como uno, como el único. Quiero escribirte aquí, dejar tu nombre para siempre sobre estos papeles para no olvidarte jamás, aunque sé que es imposible hacerlo. No aguantaste y nos dijiste adiós tan solo seis meses después de salir de allí, de venir a España y empezar en este sueño que todos teníamos. Al menos pudiste disfrutar un poco de esa libertad junto a nosotros y como no, junto a mi madre. Gracias, Cabeza. Gracias por salvarla y hacer lo que has hecho por ella porque, gracias a ti, hoy puedo tenerla conmigo. Donde quiera que estés, espero que nos mires siempre con una sonrisa y te sientas orgulloso del trabajo que estamos haciendo.

Tengo tanto que agradecerle que creo que nunca terminaría de decir palabras de agradecimiento. Él me acercó también a Tom. No sé si con las intenciones de que nos conociéramos o tuviéramos algo, pero gracias a ese día, que ahora Tom y yo recordamos entre risas, porque, dios, ¡fue vergonzoso!, hoy seguimos juntos. Hoy pienso en ese día y no sé cómo tuve valor de comportarme así, supongo que por mi forma de ser por aquel entonces, algo diferente a la de ahora.

En realidad, ahora siento que soy yo. Mi yo de siempre, mi yo pequeño y mi yo adulto. Supongo que esos quince años también tienen que ver en mi forma de ver ahora las

cosas y no quiero olvidar ese tiempo, por eso es que, con Tom, decidimos llamar a nuestra empresa "Cross".

Cuando nos mudamos, recuerdo que no sabíamos dónde meternos. Vinimos sin más. Sin haber mirado casas, hoteles o algún sitio donde meternos, porque en realidad tampoco teníamos destino dentro de ese país. Tuvimos la suerte de caer en un pequeño pueblo y tocar en la puerta de la casa correcta. Nunca olvidaré a esa anciana que sin conocernos de nada y apenas entendiéndonos, nos dejó pasar, a los siete. Cualquiera nos hubiera cerrado la puerta en las narices, pero ella no. Ahí Fabián empezó a pensar de nuevo en todas esas personas que se quedaban en la calle. Recuerdo cuando dijo " ¿Porque no hacemos algo por esa gente?" Todos pensemos, "no, otra vez no." Fue gracioso el momento. Pero así lo hicimos, y hoy damos cama y comida a cientos de personas bajo el nombre de Cross. Somos una gran empresa que colaboramos con otras para conseguir todo lo que esa gente necesita sin tener que hacerlo del modo en el que lo hacíamos en la comunidad. Estoy orgullo de seguir con el proyecto de Fabián. Y orgulloso de Tom, ya que por él hicimos bien las cosas y hoy, somos un nombre importante en esta ciudad. Además, ya no solo tenemos un hogar para ellos, si no dos. Las cosas nos van tan bien que decidimos abrir otro centro dejándolo a cargo de Erik *y Sheila. Ah, sí. Tienen dos niños preciosos. Quién lo iba a decir*

cuando ambos tenían tanto miedo de empezar esa relación. Y sin embargo se les ve también.

Y mi Princesa. Qué decir de ella. Que la quiero tanto que…

- ¡¡ Axel!! ¡¡¡Axeeeeel!!!

- ¿Qué quieres? Deja de gritar, que no estoy sordo.

- Pues lo parece. Porque llevo media hora llamándote. ¿Qué escribes? - dijo acercándose a mí. Cerré la libreta y la guardé en el cajón. Era mi diario y nadie podía leerlo.

- Sara, no seas cotilla. ¿Qué querías?

- Ayuda con la ropa. No sé qué ponerme esta noche. - dijo pestañeando y juntando las manos bajo su barbilla. Sabía que no le iba a decir que no. Nunca le decía que no. Fuimos a su habitación y me enseño los modelos que tenía pensados. Cogí una cosa de cada uno y sé lo di.

- Eso debes ponerte.

- ¡¡Me encanta!! Eres el mejor hermano del mundo. - dijo colgándose de mi cuello.

- Ya. Y a Tom le dices lo mismo cuando te da permiso para salir. Anda que no sabes.

- Am... Axel, ¿me peinaras, porfi?

- Claro que sí, princesa.

Esta noche celebramos la Navidad, y como llevamos haciendo estos tres años pasados, este también cenaremos en familia, junto a Erik y Sheila y

después, Tom y yo teníamos nuestra noche especial.

El primer año alquilamos una casita a las afueras de la ciudad. El siguiente, una habitación de hotel. Y el año pasado nos fuimos a un camping de casas de madera, por suerte no eran, ni se parecían, a las de la comunidad. Y este año, yo no sabía nada. Tom me pidió organizarlo él y darme la sorpresa así que, no sabía dónde iríamos ni por cuánto tiempo.

Volví a mi habitación para seguir escribiendo, pero parece que no elegí el mejor día para empezar de nuevo con esa rutina. Mamá me llamó desde abajo para echarle una mano.

- Dime.

- Anda, ayúdame a coger unos cuantos platos de ahí arriba, cariño. Que yo no llego. - los busqué y los bajé

La casa estaba perfectamente acondicionada para mi madre y su silla de ruedas, pero siempre había algo en lo que necesitaba ayuda. Teníamos una casa fantástica, no era muy grande, pero tampoco pequeña. En la planta de abajo estaba el salón, la cocina, un baño y una habitación. La de mi madre. Arriba, dos habitaciones, la nuestra y la de Sara, y otra que habíamos ocupado como oficina para todo el tema de papeleos de la empresa. Y un baño más. Teníamos jardín y hasta piscina, que para mi madre era perfecta.

Al año de estar aquí, le planteé a Tom la idea de que mi madre fuese a algún especialista para mirarla y saber si había posibilidad de que volviera a caminar. Primero fui solo, le planteé el caso de mi madre y me dijo que con una reconstrucción de los huesos que tuviera rotos, tenía posibilidades. Así que hablé con ella y aceptó. Ya llevaba dos intervenciones de las cuatro que le dijeron. Ya podía caminar más o menos con muletas, pero no podía hacerlo mucho hasta que no terminase con todas las operaciones. Y la piscina para la rehabilitación le iba de lujo, aparte de que a ella le encantaba.

Mi relación con mi madre era como recordaba que fue antes. Seguíamos igual los dos. Era como si el tiempo no hubiera pasado para nosotros. Y, además, la convivencia con ella, Tom y Sara no podía ir mejor. Sara al

principio no se enteraba de mucho. Tal como pasó con Tom, corrió a Erik y Sheila a decirles que tenía un hermano más y Mama y Papa. Supongo que fue asimilando poco a poco, y hasta el día de hoy no ha pedido explicaciones de nada. Supongo que lo hará cuando sea más mayor y las dudas le vengan. Ahora estaba grande, preciosa, pero todavía era pequeña para entender ciertas cosas. Como que Tom y yo fuéramos sus hermanos, pero que nosotros no lo fuéramos y que, en cambio, fuéramos pareja. Cuando hablábamos del tema lo dejaba por perdido. Se cansaba de intentar entenderlo y decía que a ella le daba igual con tal de vernos felices. Le era algo complicado entender que su papá era papá de Tom, y su mama, era mi mama. Pero no al revés. La verdad es que era algo que a cualquier niño le costaría de entender.

Ayudé a mi madre a hacer la comida. Ya seguiría escribiendo otro día.

- ¿Que hacías antes? Sara ha estado un buen rato llamándote. - me preguntó metiendo la comida en el horno.

- ¿Te acuerdas que de pequeño escribía diarios?

- Si, claro que me acuerdo.

- Pues quería empezar de nuevo con eso. - me senté en una silla con una cerveza. Había costumbres que nunca cambian, y la cerveza era una de ellas.

- Me parece buena idea. ¿Tom vendrá a comer?

- No. Tiene que pasar por un par de sitios y luego a hacer no sé qué para esta noche.

- ¿Dónde iréis? - se acercó en su silla hasta la mesa con un poco de zumo.

- No lo sé. - me encogí de hombros. - Este año ha querido organizarlo solo.

- ¿Crees que... por fin se decidirá? - fruncí el ceño sin entender.

- ¿A qué te refieres?

- A pedírtelo. El anillo, Axel. Boda. - dijo riendo.

- ¡Oh! Mama. No sigas con eso. Sabes que estamos bien así. Eso no es para nosotros. - ya llevaba varias veces que me hablaba de eso, y entendía que le hiciera ilusión como madre, pero a mí y a Tom eso no nos gustaba. Estábamos bien así y una boda nos parecía algo absurdo. No por casarnos nos hace más pareja o algo así.

- Esta bien. Está bien. - dijo levantando las manos. - Al menos me queda Sara.

- Eso es, moléstale a ella con eso de que busque novio y se case. Yo no lo haré, mamá. Lo siento. - me levanté de la silla y le di un beso en la cabeza. Eché un vistazo al horno y me puse a fregar lo que había en el fregadero.

- Pero hijo, ¿y si...? - mi móvil empezó a sonar cortándola.

- Dime. - era Tom.

- ¿Ya estáis comiendo?

- No, pero casi. Le faltan cinco minutos al pastel de carne de mi madre. ¿Dónde estás?

- En la oficina. Oye, ¿podrías venir en comer? Yo me he comprado algo por ahí así que comeré aquí.

- Vale. ¿Pasa algo? - notaba su voz diferente, como preocupada. Ya no me hacía falta tenerle delante para saber su estado de ánimo. Conocía su tono de voz a la perfección.

- ¿Eh? No. Bueno, ha venido gente a pedir sitio. Ya sabes.

- ¿Y no puedes hacerlo tú? - dije mirando a mi madre que escuchaba atenta.

- Si, pero, quiero que estés aquí.

- Bueno, vale. En comer me paso.

- Vale. Te espero. Te quiero.

- Te quiero. - colgué y metí el móvil en el bolsillo. - Que raro. Quiere que vaya para saber quién ha ido a pedir ayuda.

- Tal vez sea alguien importante. Como el cantante ese arruinado que fue hace dos años.

- Si, puede ser. En fin. Voy a llamar a Sara y comemos.

Me parecía extraño que Tom pidiera mi presencia para eso. No hacía falta estar los dos. Simplemente buscábamos algo de información sobre la gente y si veíamos que de verdad estaba en la calle, entonces no poníamos pegas. Pero decirme que quiere que esté ahí, no sé. Me dejó mosqueado.

Tom pasó un tiempo muy malo después de morir su padre. No pisaba la oficina ni quería saber nada de papeles. La verdad que hubo un momento en el que pensé que no levantaría cabeza. Pero como sabía por mi propia experiencia lo mal que lo estaba pasando, simplemente le di tiempo y su espacio para llorar a su padre. Incluso estuvimos un par de días casi sin hablar. No salía de la cama ni para comer. Hasta llegó un punto en el que de verdad me preocupó tanto que la única manera de hacerle recapacitar y que mirase hacia delante fue sacando todo el pasado. Hablarle de mi madre, de mis cosas raras que me pasaban cuando pensaba en ella, cuando perdía la noción del tiempo y todo eso. Le dije que si quería pasar por lo mismo, que si lo que quería era que todos en casa estuviéramos pasándolo mal por él. Perdió tanto que incluso se quedó más delgado que yo. Daba miedo mirarle por temor a hacerle daño. Pensé que quizás me pasé hablándole como le hablé. Diciéndole que si no recordaba cuando dijimos de vivir la vida por fin, juntos, las palabras que le dijo su padre, Sara... La verdad es que fui duro, pero no vi otra manera de hacerle abrir los ojos y que saliera de esa depresión. Y funcionó. Aquel mismo día, ambos nos dimos una ducha y me dejo cortarle un poco el pelo y afeitarle. Bajó a comer e incluso fuimos los dos a reuniones con otras empresas. Fue increíble la manera que tuvo de salir de ese pozo. Aún le duele, pero ahora es algo normal. Fabián murió un Domingo, y desde entonces

vamos todos los Domingos al cementerio. Le cambiamos las flores y dejo a Tom hablar con él por un par de minutos. Lo entiendo porque después de recuperar su relación, apenas han vivido juntos. Casi tres meses en la comunidad contando el tiempo que estuvo en el Hospital y seis meses aquí. En realidad, no era nada. Y era injusto que no pudieran compartir más momentos. Pero la vida así lo quiso.

- ¿Se puede? - dije asomándome por la puerta sonriéndole.

- Hola, si, pasa mi vida.

- ¿Ya has comido? - cerré la puerta y caminé hacia él.

- Hujum. Estoy terminando unos papeles y ya... ¿Qué haces? - le había empujado hacia el respaldo y me había sentado con mis piernas abiertas sobre las suyas.

- No sé. ¿Tú que crees? - jugué con su corbata.

- Espera. Dame un segundo que termino esto.

- Aburrido... - me levanté y me senté en el sofá.

- Solo es un segundo. - saqué el móvil y contesté un par de mensajes que tenía de Erik preguntándome a qué hora tenían que estar en casa. - Ya está. Ven aquí.

- ¿Y si ahora no quiero?

- Vamos, Axel. No empieces. Te pones peor que Sara, de verdad.

- ¿A si? Pues ahora no quiero. - intente hacerme el enfadado, pero termine riéndome. Me levanté y me acerqué de nuevo a él, pero me quedé apoyado en la mesa.

- ¿Sabes que siempre que estamos en la oficina me acuerdo de ese día? - se acercó a mí y me levantó un poco la camisa besando mi estómago.

- Me suele pasar. No sé por qué. - bromeé.

- Tal vez porque... a ambos... nos gustaría terminar lo que empezamos. - dijo subiendo por mi pecho con besos a la vez que me la desabrochaba.

- Tal vez. ¿Y quieres... - me mordió mi pezón, tirando de él suavemente - ... terminarlo hoy?

- No hay nadie por aquí que lo impida, ¿no? - dijo mirándome a los ojos.

- ¿No vendrá tu jefe, como la otra vez? - se puso de pie frente a mí y me cogió de la cintura con fuerza.

- Creo que esta vez no hay jefes.

Me cogió de golpe de mi culo haciéndome enredar mis piernas en él para sujetarme. Reí por lo repentino que fue. Empezó a besarme y me llevó al sofá, dejándome sobre él como esa vez. Tocándome sin parar por encima del pantalón y haciendo que se volviera todo una locura. Ese toque no lo habíamos perdido y creo que nunca lo haremos. Éramos más cuidados, eso sí. Cuando teníamos ganas de tener una noche loca, nos íbamos de casa. Alquilábamos cualquier casita en el campo o simplemente nos íbamos al hotel más cercano. Eso era lo único malo de vivir con mi madre y nuestra hermana. Pero podíamos darle solución. No nos faltaba el dinero, tampoco nos sobraba. Pero como no éramos de lujos ni tampoco de estar gastando, teníamos un buen dinero ahorrado y nos podíamos dar esos detalles de vez en cuando. Bueno, la verdad era que sí, lo habíamos hecho un par de veces en lugares públicos, pero asegurándonos de que no hubiera cámaras grabando. Y en la oficina... La verdad es que no sé por qué no lo habíamos hecho antes cuando nada nos lo impedía.

- Tom... - metió la mano bajo mis pantalones. Y empezó como aquella vez, desesperándome, tanto por su forma de tocarme como de besarme. Le quité la camiseta y empecé a desabrochar sus pantalones metiendo mi mano y tocándole de la misma manera. - Si esto hubiera pasado ese día... - empecé a decir.

- ... no hubiera dejado que te fueras.

Se apartó arrancándome la ropa literalmente. Me incorporé un poco y le desnudé. Le hice sentarse en el sofá y me senté sobre sus piernas.

- Me vuelves loco. - dijo sobre mis labios.

- Y tú a mí. Y nunca dejaras de hacerlo.

Me restregué contra él sintiendo su erección más que dura, igual que la mía. Así que elevé un poco y con una mano la encaminé a mi entrada. Empecé a moverme sobre él. Besándole. Comiéndonos la boca como desesperados. Cualquiera que nos viera ahora no diría que llevamos cuatro años juntos. Porque esa atracción y esas ganas que no teníamos no desaparecían por mucho que folláramos y conociéramos el cuerpo del otro a cada centímetro. Y eso era lo mejor de todo. Ahora nos conocíamos mejor. Y si había algo que me volvía loco, es que hiciera conmigo lo que quisiera. Y como él bien sabía, así lo hizo. A mí me gustaba que me sujetara y me moviera de repente en otra posición, y a él, le gustaba tener esa sensación de poder hacerme lo que quisiera. Así que cogió mis manos detrás de mi espalda, obligando a curvarme hacia atrás y dejándome totalmente quieto, sintiéndolo hasta lo más profundo de mí, y empezó a masturbarme como un jodido loco.

Me cogió de la cintura sin salir de mí y me llevo sobre el escritorio. Dejándome ahí sobre todos los papeles y demás cosas que había. Me agarró con fuerza de las caderas y empezó a entrar y salir de mí de una manera que creo, me podían oír en el otro lado de la ciudad.

- Joder... Joder, Tom... - gemí una y otra vez, agarrándome de los bordes de la mesa.

- ¿Cambiamos? - me preguntó acercándose para besarme.

- No... Voy a... ¡Ah!... ¿Por qué... eres tan... jodidamente bueno? ¿Eh? - me abracé a su cuello pegando su cuerpo al mío para rozarme contra su estómago.

- Porque me gusta verte disfrutar. Y no... puedo más... Axel.. Jo... der...

¡Ah!

Tom y yo habíamos intentado más veces cambiar roles, pero era imposible. No me dejaba, en cuanto sentía mi dedo, era como si le clavaran una aguja, según sus palabras. Así que lo dimos por imposible. Total, era tan bueno el sexo con él que tampoco es que tuviera la necesidad de hacerlo yo.

- ¿Estas bien? - preguntó abrazándome sobre la mesa.

- Perfecto, como siempre. Tendremos que hacerlo más veces.

- La verdad no sé porque no lo hicimos aquí antes. - reí.

- Te quiero, y me gusta verte desnudo, pero... mejor si nos vestimos.

- Si.

Cogió mi ropa del suelo y me la dio. Ambos nos vestimos y recogimos las cosas que habíamos tirado del escritorio al suelo. Hice un par de cafés para los dos, y me senté en sus piernas mirando facturas y demás en el ordenador.

- Tenía que comentarte algo.

- Ah. Pensaba que querías que viniera solo para lo que hemos hecho.

- También. - dijo besando mi cuello. - Pero también tengo que decirte algo que no sé si te gustara.

- Te escucho. - me giré un poco y dejé el ordenador.

- Bien. Ha venido Gustav.

- ¿Que? ¿Es broma?

- No. Se ha presentado aquí esta mañana. Con Marcus y el Chino.

- ¿Con...? Espera, ¿qué coño hacen aquí los tres?

- Mis tíos por lo que se ve hace dos años dejaron la comunidad y nadie ha sabido de ellos así que...

- ¿Y la gente? ¿Qué ha pasado con ellos?

- Se han buscado la vida como han podido. - miré hacia otro lado, me sentí tan mal por todos ellos. - Gustav y estos dos habían oído hablar de la empresa, y cuando supieron el nombre, no dudaron de que éramos nosotros.

- Mierda.

- Axel, no podemos dejarlos en la calle.

- No, claro que no. - me levanté. - A Marcus y al Chino no, ¿pero Gustav?

- Axel...

- ¿No me vas a pedir que lo acojamos, verdad? Dime que no, Tom. - apoye ambas manos en la mesa. Si me decía que sí, lo mataba.

- No lo sé. Tal vez si le damos una oportunidad para...

- ¡Vete a la mierda!

Me di media vuelta y salí de la oficina. Si se pensaba que iba a acoger a Gustav, la tenía clara. Ni de coña. No después de todo. No. Es que ni en broma.

- ¡Axel!

Monté al coche y me largué dejándole ahí. ¿Pero en qué cojones pensaba? ¿Darle una oportunidad a un traidor de mierda? No.

Llegué a casa más que enfadado y, además, decepcionado con Tom. Pensaba que era un poco más listo. Ahora no podía jugárnosla del mismo modo. Pero sería como si... el hijo de puta de mi padre me pidiera comida. No

se la pensaba dar. Mi madre estaba viendo la televisión y en cuanto escuchó el portazo que di y vio que subía a mi habitación, me llamó. Le dije que no tenía ganas de hablar, pero insistió y no pude hacer otra cosa que sentarme con ella a hablar. Le explique lo que me había dicho Tom, y ella se sorprendió tanto como yo. No entendía cómo a alguien que nos sirvió en bandeja para matarnos, ahora quisiera ayudarle.

- Tom es demasiado bueno. No tiene esa maldad, ese... orgullo que...

- No es orgullo, Mama. No es orgullo. Es cuestión de que nos jodió. Y ahora como no sabe dónde ir viene aquí pidiendo ayuda. No es justo.
- Axel. ¿Le has dejado hablar a Tom?

- No. - dije mirando hacia otro lado.

- ¿Entonces? Tal vez solo te lo estaba preguntando, pero si le explicas tu punto, estará de acuerdo. Aunque no creo que ese muchacho sea tan malo. Me dijiste que fue uno de tus amigos, ¿no?

- Si. Sí hasta que...

- ¿Que, cielo?

- Que se enamoró de mí. Esas mierdas. Que me da igual. Que no y punto. Marcus y el Chino se pueden quedar, él no. - me levanté de nuevo del sofá, y cuando fui a pasar por delante de la puerta de casa, entró Tom.

- Axel, escúchame. - ni le contesté. - Hola, Simone.

- Hola, hijo.

- Axel. Axel. - subió tras de mí. Entré en la habitación y cerré con un portazo. Tom abrió al segundo. - Escúchame, joder. No puedes ponerte así cada vez que te diga algo que no te guste.

- Pues te jodes. Hace años que sabes como soy. - dije sentándome en la cama.

- Por eso mismo tengo tanta paciencia contigo. - se quitó la chaqueta y la dejó sobre la silla. - Escúchame.

- No. - me tapé los oídos con las manos.

- No me jodas. - dijo rodando los ojos. - ¿Me vas a obligar a hacer que me escuches?

- Inténtalo.

- Tu lo has querido.

Se lanzó contra mí, tirándome sobre la cama y subiéndose sobre mis piernas. Me cogió las manos poniéndolas sobre mi cabeza. Antes no hubiera podido, pero ahora tenía más fuerza que yo.

- No te pases de listo. - forcejee.
- No lo hago. Solo intento que me escuches. - me besó y como siempre, caí. Aflojé y me dejé totalmente. Se apartó de mí y fui tras sus labios buscando más. - Me vas a escuchar. - dijo sin apenas entenderle porque le había mordido el labio inferior. - Bien, gracias. - me dijo cuando se lo solté. - Te entiendo si no quieres. Solo era una idea. Si dices que no, será no.

- No.

- Pues ya está.

- ¿El que?

- Que no le acogemos. Ya está. Asunto arreglado. Ves como no tienes que irte así.

- Ya. Pero al menos ahora te tengo como me gustaría. - bromee dándole con la cadera en su culo.

- ¡Eh! Muy listo tú.

Los dos reímos y estuvimos sobre la cama un rato hablando del tema. Al final accedí. Si le dejaba en la calle después me arrepentiría porque me conozco. Así que lo mejor era acogerlo y olvidarnos del tema.

La noche llegó rápido con los preparativos, montar la mesa y ayudar a mi Madre con la cena. En cuanto vieron Sheila y Erik con los niños, cenemos. Después tomemos alguna copa, menos Tom porque tenía que coger el coche. Y yo, como no quería arruinar nuestra noche, me moderé un poco también. Sara se quedó dormida en el sofá así que Tom la llevo a su habitación mientras yo cogía una bolsa con algo de ropa. Solo sabía que tenía que coger ropa suficiente para pasar tres días. Nada más. Esas fueron sus únicas indicaciones. Así que metí un poco de todo de ambos. Nos despedimos de todos y nos fuimos en el coche.

A mitad de camino, Tom me hizo taparme los ojos con un pañuelo. Siguió conduciendo por un rato más y después sentí como el coche se detenía.

- Hemos llegado.

- ¿Puedo destaparme ya los ojos?

- No. Espera. Yo te diré.

Me ayudó a bajar del coche. Después me hizo subir por unas cuantas escaleras. No sabía dónde estábamos ni hacia donde subía. Solo podía sentir grillos a mi alrededor, como si estuviéramos en el campo.

- Quédate aquí un segundo. - asentí. Escuché sus pasos y luego algo que estaba tocando, moviendo. Música, había puesto música a muy bajo volumen. - A ver. Gírate. - me dio media vuelta quedando él a mi espalda. - Ahora te quitaré la venda y quiero que mires al cielo. ¿Vale?

- Vale. - sentí sus manos detrás de mi cabeza deshaciendo el nudo del pañuelo y después lentamente quitarme el pañuelo de los ojos. Primero alcé

mi cabeza al cielo y abrí los ojos. - Tom... - susurré.

Estábamos en medio de... ¿En una casita en un árbol? Miré hacia todos los lados. Estábamos altos, muy altos. Y el cielo estaba despejado de nubes. Había luna llena y lo primero que vi después de mirar fue una estrella fugaz.

- Hoy hay lluvia de estrellas. Hace muchos años que no veíamos una y pensé que te gustaría. - habló sobre mi hombro abrazándome. Acaricié su mejilla con la mía. - ¿Que pediste esa noche?

- ¿En la comunidad? - asintió. - Que todo saliera bien contigo. ¿Y tú?

- Tenerte a mi lado desde ese día. - giré para verle y nuestras miradas se conectaron. Le di un beso y volví a mirar al cielo. - ¿Crees que... mi padre nos protege de alguna manera?

- Estoy más que seguro, amor. Seguro que la estrella que más brilla es él.

- ¿Pedimos un deseo? - dijo cuando vimos de nuevo otra estrella fugaz.

- Claro. - cerré los ojos y lo pedí en voz alta. - Deseo que nuestra vida siga como hasta ahora. Juntos y con mamá y Sara. - Los abrí y miré a Tom.
- Me toca. - cerró los ojos. - Deseo... - me cogió las manos y note algo raro, frío entre mis dedos. - Que cuando abra los ojos, la persona que tengo a mi lado y que es la que más amo en este mundo, me diga un sí.

Mire mis manos. Me había puesto un anillo plateado, liso, simple, pero precioso. Por un momento quería salir corriendo de allí. El pulso se me puso a mil por hora. Miré a Tom, que seguía con los ojos cerrados y después volví a mirar mi mano derecha. ¿Me estaba pidiendo que me casara con él? Pero si él y yo lo habíamos hablado muchas veces. ¡Ay, madre! Una cosa era hablarlo, pero ahora, tenerlo aquí, pidiéndomelo y viendo el anillo, la sorpresa, la casa, la noche... Tom era el amor de mi vida. Era todo para mí desde que apareció ese día. Tocó mi mundo, lo transformó. Me enseñó a querer, a amar, a preocuparme por la gente y quererme a mí mismo, sobre todo. Quererme como Axel. Como quien en realidad era. Con él había pasado los mejores momentos y también los peores. Y, sobre todo, con él despedí a Cross y volví a ser Axel.

Casarme. Casarme con Tom y que fuera mi marido. Dar de nuevo un paso más y volverme a lanzar a algo totalmente nuevo para mí. ¿Estaba seguro de esto?

- Axel... ¿Que... me dices? Sé que muchas veces los hemos hablado, pero... yo quiero que...
- Y yo también quiero.

- ¿Que?

- Que quiero dar ese paso. Sí quiero, Tom. Si quiero, mi vida.